

ESTEBAN SUÁREZ MICELI

EL NACIMIENTO DE UN  
**IMPERIO**

EDITORIAL FLEMING



**El nacimiento de un Imperio**  
*Esteban Suárez Miceli*

*A mis padres por inculcarme  
el amor por la historia y en  
especial a Matías y Martín  
mis grandes amores que me  
apoyaron tanto en este proyecto.*

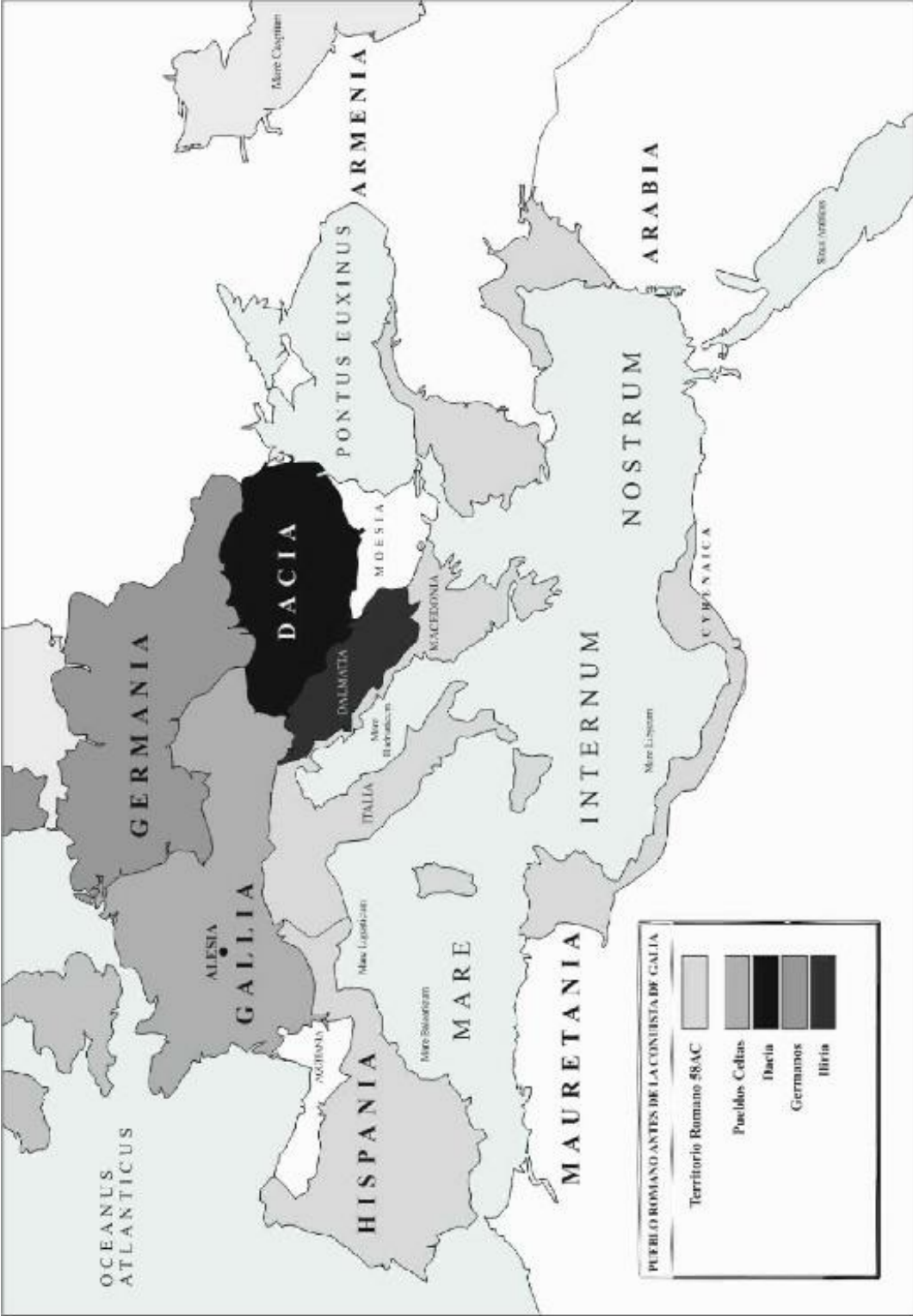
## **Agradecimientos:**

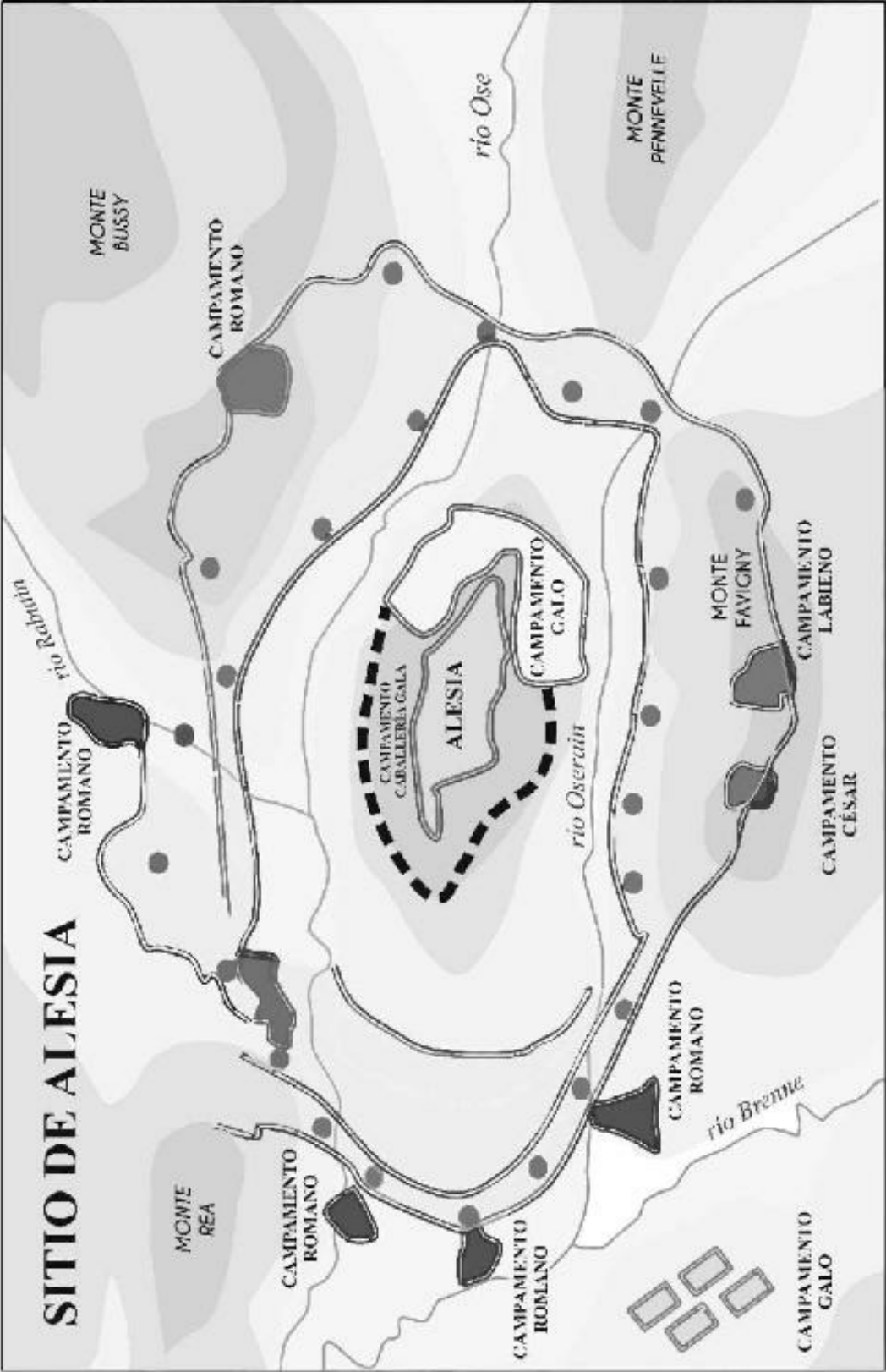
*Un agradecimiento a todas las personas que hicieron posible que pueda terminar esta novela, a Juan Re y a Melba Gómez que sin sus consejos y correcciones esto hubiese quedado en un simple borrador, a mi hermana Noel y a Pepo por su colaboración y paciencia infinita, a todos mis amigos que me apoyaron de una u otra forma, con sus ideas o cebando mate en las largas tardes de escritura. Para mis enanos que me acompañaron a darle vida a la historia de “Quinto Saurio”.*

# **Mapas**

**Antes de la conquista de la Galia**

**Sitio De alesia**





*Ciudad amurallada de Alesia, otoño 52 a.C.*



# Capítulo I

## El asedio

Se sentó pesadamente sobre la silla, estaba exhausto, aquella mañana habían tenido que lidiar con dos cargas de caballería, la defensa había sido un éxito, habían tenido numerosas bajas, pero menos de lo que se podía esperar, el doble anillo que había ideado, al final resultó una gran idea.

—Ayúdame a quitarme la *lorica* —dijo. Marcus asintió—. Estoy cansado amigo, llevo muchos años fuera de Roma y a mi edad la vida en los cuarteles se hace difícil. Tras un instante de incómodo silencio agregó—: Exactamente seis años, nueve meses y diez días, sin ver a *Calpurnia*.

Marcus como era costumbre no decía nada, su función era servir al César no debatir con él. Apoyó la armadura con sumo cuidado sobre unas pieles.

—¿Quiere una copa de vino, señor?

—Sí, gracias, pero rebájala con un poco de agua, si bebo últimamente me cuesta dormir.

—Sí, señor.

La tienda estaba en penumbra, las sombras alargadas se dibujaban como fantasmas sobre la lona, en aquellas latitudes oscurecía temprano y el frío invernal se sentía en los huesos. César se apoyó sobre un escritorio de campaña, cogió el *cálamo*, una hoja de papiro y comenzó a garabatear lo que algún día sería sus memorias.

—¿Cómo me recordarán Marcus?

—¿Cómo el conquistador de la Galia? ¿O como el Senador que perdió diez legiones a manos de unos bárbaros? —Marcus no supo qué contestar—. ¿Y mi final? ¿Moriré como un guerrero en la batalla, o como un anciano, en mi finca de Custulo?

—Cada hombre se forja su destino, señor —dijo Marcus inclinando la cabeza—. Y los grandes hombres, el destino de los pueblos —agregó.

César lo miró y sonrió, llevaban años de campaña juntos y Marcus jamás había contestado una pregunta no directa.

—Y tú Marcus, ¿tú has forjado tu destino?

Marcus permaneció un instante en silencio, nunca había sido muy hablador pero el que le preguntaba era el general.

—Así es señor, yo siempre he decidido mi futuro, podría haber muerto combatiendo en Lusitania contra Roma, pero preferí vivir.

El César tardó en contestar, se giró lentamente y mirándole a los ojos, preguntó:

—¿Has preferido una vida larga de servidumbre, cuando podrías haber muerto defendiendo con honor a tu pueblo y tu familia?

—No soy partidario de muertes inútiles, señor, estaba todo perdido, decidí darle una oportunidad a mi familia, ahora ellos pueden forjar su propio destino.

César sonrió nuevamente, pero esta vez con malicia. Le resultaba inaceptable una vida sin honor ni gloria.

—Traedme una manta Marcus —el sirviente asintió.

—¿De qué sirve una vida sin honor? Estamos en este mundo y en poco tiempo estamos en el Eliseo, ¿cómo puedes preferir la servidumbre al honor? —sugirió el general.

—Si me permite señor, creo que a veces es más valiente optar una vida larga y penosa por amor, que la muerte honrosa por cobardía, nosotros forjamos nuestro destino cuando nos rebelamos a Roma y lo volvimos a forjar cuando decidimos rendirnos. Al final sea cual sea el

desenlace lo decidimos nosotros —Marcus le acercó una piel de oveja—. Si esta guerra mañana estuviera perdida y tendría que elegir rendirse a cambio de que sus tropas puedan volver con sus familias o morir todos para salvar su honor, ¿qué elegiría, Señor?

Ahora era Marcus que preguntaba.

—¡El honor de Roma! —gritó César dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡El honor de Roma está por encima de cualquier vida!

—Sí, señor —dijo Marcus, dando por entender que se había extralimitado y que la conversación había terminado.

Al oír el ruido dos guardias se presentaron empuñando sus *gladius*.

—¿Sucede algo señor? —dijo el *Centurión* acariciando la empuñadura.

—No, estoy bien, podéis marcharos —contestó el general con un gesto con la mano.

Julio Cesar no quería dar por terminada la conversación de esa manera, tras una larga pausa, arrugó el entrecejo y continuó de forma más conciliadora.

—¿Sabes una cosa Marcus?, ¿qué sería de Roma sin el honor de sus soldados y sus generales?

Marcus no tuvo tiempo a contestar, un silbido agudo cruzó el aire e impactó bruscamente contra la tienda, tras unos instantes dos impactos más, el olor a piel quemada y el humo se apoderó del ambiente.

—¡Flechas incendiarias! —gritó el general desenfundando su espada.

La cortina se abrió bruscamente, una sombra imponente entró espada en mano acompañado de dos *tribunos*.

—Señor, los galos han abierto una brecha, en la segunda empalizada norte, han recibido refuerzos durante el día, seguramente suevos o quizás britanos.

—Hemos enviado una unidad para intentar contenerlos, a la espera de órdenes. —dijo *Tito Labieno*.

César afirmó conforme. Las flechas continuaban impactando contra la tienda.

—Señor tenemos que salir, la tienda está ardiendo — dijo Marcus tosiendo, el humo gris y el olor a piel quemada se colaba por cada orificio haciendo imposible la respiración.

César ni se inmutó.

—Escúchame Labieno, coloca dos cohortes a cada lado de la brecha, que el frente retroceda de a poco y ordena a *Marco Antonio* que me espere con una unidad de caballería, los aplastaremos por la retaguardia.

—¡Sí, señor! —dijo el Legado golpeando los talones, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Los gritos, el humo y el golpeo del metal anunciaban la proximidad del combate, se calzó su armadura y ordenó:

—Vosotros ayudad a Marcus a salvar mis pertenencias, quedaros con él, sobre todo proteged mis libros y los mapas.

—¡Sí, señor! —respondieron los guardias.

El paisaje alrededor del campamento era aterrador, cientos de carpas en llamas, el humo se mezclaba con el vapor del frío haciendo difícil la visión, decenas de legionarios yacían heridos en el suelo víctimas de las flechas y las jabalinas que continuaban cayendo como lluvia, mientras sus compañeros intentaban protegerlos con los escudos. El ruido del combate y los gritos de los guerreros cada vez se acercaba más.

—¡Centurión! —gritó el César al ver pasar su penacho rojo.

El soldado se giró al reconocer la voz, cargaba a un compañero herido en una pierna.

—¡Señor! —respondió sin soltar al camarada.

—¡Nombre y unidad! —gritó el César para hacerse oír en el estruendo.

—¡Quinto Fabio Pustulo, Centurión, segunda cohortes, primera centuria de la décima legión, ¡Señor!

El general permaneció mirándolo durante un rato, el Centurión tenía el rostro y piernas cubiertos de sangre, debido al humo no lo había reconocido, esbozó una sonrisa, otra vez Quinto Fabio se cruzaba en su camino.

—Es hora de que me devuelvas el favor soldado —dijo el general con complicidad— A ver si eres tan buen soldado como dicen, tras una breve pausa continuó; reúne a tus hombres ahora mismo, cargad lo imprescindible, nos encontraremos en la *puerta decumana*.

—¡Sí, señor! ¡Así se hará! —respondió Quinto Fabio.

César comenzó a sudar, la mano le temblaba más de lo normal, se había alterado y el cansancio estaba afectándolo en demasía, respiró hondo y rogó a los dioses no padecer ninguna crisis en este difícil momento.

—¡Señor! —dijo un esclavo acercándole las riendas de *Genitor* su caballo preferido.

César no dudó, le acarició la crin y lo montó de un salto certero, a pesar de la edad el general seguía siendo muy ágil. Genitor relinchó nervioso, lo volvió a acariciar lentamente, el animal cabeceó dos veces y se calmó, tenían una conexión especial, quizás porque ambos tenían dolencias desde el nacimiento.

—¡A la puerta decumana! —gritó azuzando la bestia.

Rápidamente un centenar de jinetes con Marco Antonio al mando se apresuraron a seguirlo. La situación de la parte norte del campamento no era mejor, medio centenar de jinetes galos habían logrado romper la segunda línea de defensa y estaban haciendo estragos entre los auxiliares.

—¡Vosotros acabad con esos malnacidos! —gritó el Cónsul señalando la caballería gala.

—¡Sí, señor!

Marco Antonio tiró las riendas bruscamente cambiando de rumbo, envainó la espada y cogió la *Pilum* que llevaba junto a la montura, sus hombres lo imitaron al unísono.

—¡Formación de cuña! —gritó— ¡A mi orden lanzad a discreción!

Las bestias galopaban frenéticamente esquivando tiendas y heridos, los jinetes forzaban sus animales al límite—. ¡Ahora! —aulló Marco Antonio. La primera andanada de lanzas derribó a la mitad de los galos, que al no llevar cota malla cayeron como moscas—. ¡Espadas en mano! —gritó el tribuno. El choque fue brutal, la superioridad numérica y el ataque por sorpresa inclinó la balanza rápidamente, tras varios minutos de cruel combate casi todos los galos habían perecido y los que no, se daban a la fuga entre los gritos de los soldados abatidos—¡Buen trabajo soldados, ahora a proteged al general!

El general los esperaba sobre la empalizada, la situación estaba prácticamente controlada, menos por la brecha principal donde todavía continuaban luchando encarnizadamente. El Centurión *Quinto Fabio* apareció poco después, había reunido su unidad o por lo menos lo que quedaba de ella, heridos y agotados, permanecían firmes junto a la muralla listos para la acción.

—¡Señor! —dijo Quinto Fabio golpeándose el pecho. Estaba agitado, sentía caer las gotas de sudor por su cuello.

—¡Centurión! —respondió el general, necesito que coloques a tus hombres tras esas tiendas, cuando de la señal, retrocederán las defensas y abrirán un pasillo dejando que los jinetes entren en el campamento, coged todas las lanzas posibles, vuestra misión será ensartarlos cuando pasen junto a vosotros, intentad no delatar vuestra posición! Nosotros los remataremos por la retaguardia ¿Puedo contar contigo Quinto Fabio?

—¡Sí, señor! —grito el Centurión orgulloso; el general confiaba en él para una misión

importante; aquella mañana iba a demostrarle que no se había equivocado años atrás.

—¿Habéis oído malnacidos? El Cónsul ha dado una orden y no le vamos a defraudar; coged todas las pilum que podáis cargar, esta tarde enviaremos a esos bastardos al mismísimo inframundo.

—¡Sí, señor! —gritaron sus orgullosos golpeando sus espadas contra los escudos.

El sistema de defensa estaba dando buenos resultados, a pesar de que habían logrado abrir una brecha y que dos de las tres torres principales estaban ardiendo, el coste para los galos estaba siendo muy alto.

Quinto Fabio se secó el sudor, estaba exhausto, necesitaba recuperar fuerzas, llevaba semanas cavando fosas y levantando empalizadas y en poco darían la orden y tendría que combatir.

—¡Maldita vida! —atinó a balbucear.

Alzó la vista, desde las torres la infinita lluvia de dardos parecía no cesar, decenas de soldados subían y bajaban, proporcionando cualquier proyectil que pudieran lanzar, el reguero de cadáveres era tan alto que en ciertos sitios los guerreros tenían que pasar por encima de los heridos para seguir luchando.

—¡*Ovidus*! —gritó Quinto Fabio— ¡Tú y tus hombres detrás de aquellas tiendas!

El *Optio* asintió, cargaba con una decena de lanzas al igual que sus camaradas. Habían dividido las fuerzas, la primera más numerosa a cargo de Quinto Fabio, sería la primera en atacar, y la segunda en el otro flanco al mando de Ovidus con una treintena de hombres.

Quinto Fabio sonrió, la suerte parecía estar de su lado, los galos cada vez empujaban con menos ímpetu permitiendo que las legiones se reorganizaran fácilmente, con un poco de suerte quizás aquella tarde serían meros espectadores.

El sonido del Cornicer anunciaba que el general había dado la orden; como una máquina perfecta, las unidades que mantenían la presión comenzaron a retroceder en formación permitiendo que los galos se adentrasen lentamente entre los dos anillos; la trampa estaba en marcha.

Quinto Fabio se acomodó la armadura, bebió un poco de agua y cogió dos lanzas, ahora sólo cabía esperar. Sentado junto a la tienda la imagen de Alana le reconfortó, llevaba mucho tiempo fuera, cerró los ojos e intentó recordar el aroma de sus cabellos, ese aroma salvaje que tanto le gustaba.

—¡Centurión! —gritó Ovidus señalando la fortaleza, al otro extremo de su posición.

La ciudad de Alesia se encontraba sobre una colina plana rodeada de grandes árboles, un mar de hojas verdes que alcanzaban hasta donde llegaba la vista, su terreno escarpado y sus murallas altas la hacía prácticamente inexpugnables, algo que había obligado al general a tomar una drástica decisión, si ellos no podían entrar, él los obligaría a salir.

Quinto Fabio quedó desolado, las puertas de la ciudad se abrieron lentamente, poco a poco un hormiguo de soldados comenzó a salir desplegándose en varias líneas que abarcaban el ancho de la ciudad; la infantería en vanguardia y la caballería detrás, protegiendo la retaguardia. El general galo *Vercingétorix* se jugaba todo o nada. Si lograban abrir una segunda brecha y unir las tropas, los romanos estarían acabados. Lo que el Cónsul pensaba que era una trampa perfecta, se convertiría en una sentencia de muerte.

—¡Centurión esperamos ordenes! —gritó Ovidus nervioso; Quinto Fabio dudo un instante, no supo qué contestar, era una decisión que no podía tomar él, necesitaba informar al general a la brevedad. El sol comenzaba a decaer en el horizonte y el viento acarrea las tiendas produciendo un sonido espectral. Quinto Fabio se besó el amuleto en forma de falo que llevaba colgado del cuello, nunca había sido demasiado supersticioso, pero esta vez la situación los superaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Quinto Fabio al más joven de los soldados apostados junto a él, un flacucho alto y cabezón que había sido reclutado hacía poco.

—¡*Aulus*, señor! —respondió el joven.

—¿Y eres rápido, Aulus?

—¡Mucho señor! El más rápido de la centuria —dijo el legionario orgulloso.

—Tengo una misión importante que encomendarte soldado, continuó, necesito que cruces la empalizada y le lleves un mensaje urgente al general, necesitamos instrucciones.

El soldado trago saliva a duras penas, tenía un nudo que apenas le permitía respirar, lo que le pedía el Centurión era una locura, tenía que atravesar las líneas enemigas corriendo, sólo y desarmado, arqueó los hombros y respondió.

¡Así se hará! —dijo el legionario, se quitó el casco, la armadura y se ajustó las sandalias, era hora de correr.

—¡Suerte, Aulus!, el futuro de esta legión está en tus manos.

—Sí, señor —dijo el soldado no muy convencido, lanzó una rápida plegaria al cielo y se lanzó a correr agazapado entre las tiendas.

—¿Qué posibilidades de éxito tiene? —preguntó Ovidus que se había acercado.

—No mucha —respondió el Centurión.

Tito Acio Labieno encabezaba la carga, le seguían de cerca sus hombres más leales, poco después el resto de la caballería; El enemigo se encontraba a pocos metros, más de un millar de infantes y un centenar de jinetes presionaban a las legiones bajo la empalizada.

—¡Al galope y en formación de cuña! —gritó.

Necesitaban abarcar el máximo frente posible para compensar la superioridad enemiga, volvió a mirar a sus hombres, la misión era sencilla, empujar a la caballería dentro de las defensas, para poder aniquilarlas con un movimiento de pinzas; una táctica que habían aprendido tiempo atrás, cuando *Aníbal* el general cartaginés había masacrado diez legiones en una sola mañana, el desastre de Cannas todavía estaba presente en la memoria romana. Tito Labieno se acomodó el escudo en el antebrazo y cogió una de las lanzas que llevaba junto a la montura.

—¡Soldado a mi señal, lanzad las jabalinas discreción, tres andanadas y carga frontal! El decurión asintió.

Las primeras jabalinas cogieron desprevenidos a los jinetes galos, casi una treintena cayeron atravesados al instante, cuando todavía no se había repuesto de la primera tanda, ya habían lanzado la segunda y la tercera; en pocos minutos más de un centenar de soldados yacían muertos o heridos, los gritos de desesperación resonaban en el campamento suscitando el pánico entre los demás soldados que empujaban cada vez más hacia la empalizada, la trampa estaba funcionando.

—¡Desenvainad las espadas, choque y retirada!

Los caballos galopaban frenéticos esquivando a los guerreros caídos, el ruido de los cascos aplastando huesos silenciaba los gritos de los heridos que intentaban alejarse de los jinetes. El Legado miró hacia atrás, el vaho de los caballos se mezclaba con la niebla formando una escena aterradora.

—¡Por todos los dioses, vamos aniquilar estos bastardos! —gritó Tito Labieno.

La adrenalina le corría como ríos por las venas, alzó la espada, la primera estocada fue tan brutal que arrancó de cuajo la cabeza de un soldado arrojándola a varios metros. Tito Labieno sonrió, llevaba el rostro cubierto de sangre, no había podido reacomodarse en la montura cuando su caballo aplastó a un galo que se había agachado a coger un escudo, el ruido de huesos rotos y el relinche del animal, lo hicieron volver en sí.

—¡Retirada y nueva carga! —gritó el Legado.

—¡Retirada! —repitió el decurión.

Tito Labieno analizó a su unidad, estaba relativamente intacta, no había bajas mortales, pero sí algunos heridos y algún que otro caballo cojo, se secó el sudor, todo estaba resultando mejor de lo esperado.

Quinto Fabio no quitaba los ojos de la ciudad, los guerreros seguían saliendo de a cientos y colocándose de manera desordenada, los galos no eran disciplinados en absoluto, pero sí valientes, obstinados y sobre todo buenos guerreros. Quinto Fabio suspiró, otra vez presentaban batalla.

Ovidus al igual que Quinto Fabio no quitaba los ojos de la ciudad, Alesia había sido construida sobre una meseta plana en una zona elevada, las grandes murallas y lo inclinado del terreno hacían que sea prácticamente inexpugnable. El líder galo nunca imaginó que el general romano construiría muros, empalizadas y fosos alrededor de la ciudad para finalmente encerrarlos como ganado, no con uno, sino con dos anillos, dejando las legiones entre los muros para evitar que otras tribus los atacasen por la retaguardia, Julio César sabía que, si no podían abastecerse, tendrían que salir y combatir.

Vercingétorix cabalgaba agitando la espada, su pelo largo y sus poblados bigotes se distinguían a la distancia, se movía de lado a lado arengando sus tropas, era una imagen grandiosa, se la jugaba a todo o nada. El bloqueo romano hacía que las tropas comenzaran a pasar hambre, era mejor morir luchando que de inanición, si lograban hacer un pasillo y unir las tropas con las del exterior, todo cambiaría. La superioridad numérica Gala contra las duras defensas romanas.

Quinto Fabio miraba los guerreros agazapado detrás de un carro, no lograba ver bien, pero eran muchos.

—¿Cuántos crees que son? —preguntó el Optio.

—Cinco mil, quizás más —respondió el Centurión.

—Debemos tomar una decisión señor —susurró Ovidus—, o nos aniquilarán en pocos minutos.

El Centurión afirmó. El César le había dado la orden de esperar y emboscar a la caballería, pero si no hacía algo, los galos lograrían unir fuerzas y sería el fin de todos. Tenía que actuar.

—¡Sígueme Ovidus! —dijo el Centurión.

Caminaron agachados intentando no ser abatidos por ninguna de las flechas que seguían surcando el cielo.

—Aquí está la solución, Ovidus, —dijo Quinto Fabio, señalando unos enormes barriles amontonados junto a unos carros.

—¿Lámparas? —preguntó el Optio incrédulo.

El Centurión sonrió para decir:

—No amigo, aceite de lámparas, necesitamos dilatar lo máximo posible la carga, rociaremos todo el frente con miles de litros y haremos barricadas con todo lo que se pueda quemar, cuando los galos estén lo suficientemente cerca, lo incendiaremos y retrasaremos el avance hasta que el general envíe refuerzos.

El Optio sonrió satisfecho.

—Si funciona, Centurión, te prometo que te pagaré esa puta germana que tanto te gusta.

Ambos se abrazaron.

—Dividiremos los hombres, tú con media centuria encárgate del plan original, yo iré por las bombas de agua y el aceite. Con un poco de suerte esta noche no cenaremos en el Eliseo.

—¡Sí señor! —respondió Ovidus saludando con el brazo en alto.

*Algunos años antes, ciudad de Brigoles la Galia*

## Capítulo II

### La chica gala

Se recogió la falda con sumo cuidado, comenzó a trepar el roble más grande de la aldea, su hermano la miraba desde abajo preocupado.

—Date prisa *Alana* o nos meteremos en problemas. La joven sonrió, se detuvo un instante para recogerse el cabello y continuó escalando como si nada. Era sumamente ágil.

—¡No seas cobarde! Ya casi llevo.

—¡No soy cobarde! —respondió enfadado el pequeño, si no fueses mi hermana te tumbaría de una pedrada. Alana sonrió, sabía que nunca lo haría.

*Breogán* estaba nervioso si alguien los descubría mancillando el Roble Sagrado, tendrían problemas, no estaban cerca del poblado, pero era la ruta más rápida al río y no era difícil encontrarse con alguien. El pequeño echó un rápido vistazo alrededor.

Alana se estiró, apenas pudo rozar el nido.

—Debo trepar un poco más —pensó. Se acomodó nuevamente la falda, dio dos saltos y se apoyó en una rama más grande.

La brisa zarandeaba las ramas en una danza hechizante, cortejada por el ruido de las hojas en una magnífica sinfonía.

Breogán se acomodó la capa, el viento gélido le cuarteaba los labios, el invierno estaba llegando a su fin, pero el frío aún no quería marcharse.

—¡Ya lo tengo! —dijo la joven haciendo equilibrio entre dos delgadas ramas. Metió la mano en el nido y cogió cuatro pequeños huevos de seis que había —¡Píllalos! Breogán —le gritó, el chico estiro la capa y los fue atrapando uno a uno con mucho cuidado—. ¿Ves hermanito? Hoy desayunaremos como reyes —gritó con una sonrisa. Breogán permaneció mirándola mientras descendía con saltos certeros. Alana era de una belleza diferente, largos cabellos colorados como el fuego, ojos verdes como esmeraldas, ¡y el rostro poblado de pecas como estrellas en una noche sin luna! —¡Qué hermosa! —pensó. Las piernas largas, sus pechos como manzanas le daban una apariencia mayor a los catorce años que recién cumplía.

—Venga, volvamos a casa, con un poco de suerte padre no habrá notado nuestra ausencia —dijo Alana. Breogán la abrazó con dulzura, desde que había fallecido su madre dos inviernos atrás, ella era todo en su vida.

La vuelta a casa fue rápida, vadearon el río que aún estaba en mínimos y se introdujeron en el bosque de los druidas, alejándose lo máximo posible de las chozas de los sacerdotes, no por miedo, sino porque estaba mal visto que los niños anduvieran solos por aquel paraje. Alana se detuvo un instante a coger setas y un poco de savia que proliferaba en aquella época del año.

La aldea se encontraba en un enorme valle rodeado de montañas escarpadas, donde en la cima, la nieve abundaba casi todo el año: al norte un caudaloso río de deshielo y al sur el gran bosque de frondosas. La aldea tenía una gran protección natural, sólo accesible través de la espesura. *Brigoles* no era de las aldeas más ricas ni más pobladas, su importancia residía en la su ubicación cercana al *Limes* con la Galia Narbonensis ya romanizada, donde el comercio florecía y se podía vigilar los movimientos de las legiones a través de una red de informantes distribuidos por toda la zona.

Alana miró el firmamento, el sol estaba llegando a su cenit, llevaban casi toda la mañana fuera del poblado y aún no había realizado los quehaceres del día, era hora de volver o se metería en



problemas.

La aldea contaba con varios centenares de cabañas, distribuidas en líneas que cruzaban el valle de norte a sur formando un gran rectángulo. En el exterior las cabañas más precarias, en su mayoría agricultores y ganaderos seguidos de los artesanos y en el centro junto a los guerreros, nobles y comerciantes, Alana divisó su casa a la distancia, una gran chimenea humeante la delataba, se encontraba en el centro del poblado, acentuando el estatus de gran guerrero y líder de su padre.

Corrió el cortinaje lentamente con la esperanza de que no se notase su ausencia, pero no fue así. —¿Dónde estabas Alana? —le preguntó su padre disgustado.

—En el bosque —susurró la joven tras un breve silencio. El padre frunció el ceño, no le gustaba nada que anduviera sola ahí y aún menos con Breogán, ya no era una cría a la que había que andar cuidando.

—Escucha Alana dijo de manera indulgente, ya no eres una niña, este verano florecerás y tendré que buscarte un marido con el que podremos posicionarnos mejor en la tribu, podrás formar tu propia familia, pero necesito que madures, no puedes pasarte todo el día cazando o jugando a ser guerrera. Alana no decía nada, lo miraba cabizbaja—. Sé que no es de tu agrado pequeña, pero es parte de la vida —Alana asintió a desgano. La idea de desposarse con cualquiera de los idiotas de la aldea le removía las entrañas, ella no era un objeto al que entregar por un puñado de cabras, la joven lo miró apesadumbrada; con cada palabra de su padre parte de su juventud se desvanecía.

—Sí padre —contestó.

—¡Ven pequeña! —dijo y la abrazó.

El ruido de caballos al galope le llamó la atención.

—¡Señor! —gritó una voz ruda asomándose por la puerta—. Tenemos visitas.

—¡Quedaros aquí! —dijo su padre—. Luego continuaremos esta conversación —Cogió la espada, se colocó la capa y se marchó.

Los jinetes se detuvieron frente a los soldados que custodiaban la entrada a la aldea, el más alto un hombre entrado en la edad madura, con el rostro demacrado por el cansancio y el frío, desmontó con un movimiento ágil y le entregó las riendas a su compañero.

—¡Os saludo valientes guerreros! —dijo con voz ronca—. Que *Lug* os proteja. Soy Vercasivelauno de los Avernos, tengo un mensaje importante para Aviorix, señor de Brigoles — Los soldados ni se inmutaron.

—Yo soy Aviorix —dijo el padre de Alana abriéndose paso entre sus soldados. El Averno lo miró sorprendido, él era alto y fuerte, pero Aviorix le sacaba una cabeza y su espalda era mucho más ancha y musculosa; llevaba el pelo largo hasta los hombros, barba descuidada y bigotes largos y poblados. Aviorix, le devolvió la mirada sin quitar la mano de la empuñadura, lo examinó con cuidado y tras un breve silencio lo invitó a seguirlo, nunca se fiaba de los extranjeros y menos si no habían sido invitados.

Se adentraron por unas callejuelas entre la barraca de los mercaderes y los artesanos, el olor a madera quemada, el golpeteo del metal fraguado y el olor a pieles secas le recordó su aldea, el Averno se relajó. Breogán curioso los acompañaba ocultándose entre las tiendas, no quería perderse aquel acontecimiento, que por el aspecto de su padre no auguraba nada bueno.

Las grises nubes dejaron paso al sol que inundó la aldea de una brisa cálida. El jinete respiró hondo. Continuaron caminando hasta desembocar en la plaza principal junto a la taberna. Aviorix encabezaba la marcha, le seguían de cerca dos guerreros y pocos pasos atrás Vercasivelauno y los demás jinetes.

—Sentaros —dijo Aviorix apartando la cortina.

La cabaña en forma ovalada era la más grande de la aldea, más del doble de cualquier otra, tenía dos grandes entradas y dos fogones junto a las mismas, el techo era tan alto que ni dos hombres juntos podrían tocarlo, en el medio dos grandes mesas de roble tallada, donde cada luna nueva los señores se reunían para designar el destino del poblado. Aviorix se sentó en la cabecera de la mesa como mandaba la tradición y ofreció al jefe de los jinetes que se sentase junto a él.

—Tus guerreros deben estar exhaustos y hambrientos —dijo Aviorix—. Permíteme que mis hombres les inviten unas copas y algo de comer en la cantina —Vercasivelauno asintió, estaban entre aliados no había nada de qué preocuparse—. Acompañad a estos hombres a la cantina, que beban y coman a voluntad, son mis huéspedes, tratarlos como tal, y traed un poco de vino para nosotros —Aviorix sabía que eran noticias importantes y quería la menor cantidad de testigos posible.

—Te escucho Vercasivelauno —dijo de forma directa, tenía el presentimiento que los jinetes no le traerían buenas nuevas y no quería dilatar más la situación. El Averno asintió, cogió una pequeña bolsa de cuero que llevaba en el cinturón y la arrojó sobre la mesa. Aviorix la abrió lentamente, depositó el contenido en la mesa, se acomodó contra el respaldo de la silla y enumeró cada uno de los objetos: un anillo de plata tallada con un gran pedrusco turquesa, varios sestercios romanos y un *pungió* decorado con piedras de colores y la imagen de un águila en la funda. El crujir de la leña en la hoguera amenizaba el son de las palabras que sonaban lentas y calmas.

—¿Qué es esto? —preguntó Aviorix irritado.

—Pertenencias romanas —dijo el Averno orgulloso.

—¡Eso ya lo sé! —gritó, la voz le temblaba. Vercasivelauno no supo que contestar, dudo un instante y agregó.

—Las patrullas romanas se adentran cada vez más en nuestro territorio, asaltan nuestras aldeas y se llevan el ganado, estos objetos pertenecían a una patrulla que cayó en desgracia, es un obsequio de nuestro rey como símbolo de amistad hacia ti y tu pueblo —Aviorix lo miraba distante acariciándose el bigote, tuvo el reflejo de coger su espada, pero se tranquilizó.

—Te has equivocado soldado —dijo el rey remarcando la diferencia de estatus entre ambos, estos obsequios sólo traerán problemas a mí pueblo, si los romanos se percatan que somos partícipes de asaltar una patrulla, vendrán con sus legiones, arrasarán la aldea, matarán a nuestros guerreros y se llevarán como esclavos a nuestras mujeres e hijos.

—¡Por eso estoy aquí! —dijo el Averno dando un puñetazo sobre la mesa, *Vercingétorix* nuestro líder, está formando una alianza de tribus para enfrentarse a Roma y destruirla, necesitamos a todos los guerreros. La cortina se abrió y una hermosa joven entró portando una jarra de vino y dos viejas copas, las depositó sobre la mesa y se marchó sin decir nada.

—Escúchame escoria —dijo Aviorix desenfundando la daga y apuntándole a la nariz—. Puedo cortarte el cuello a ti y a tus hombres ahora mismo y entregárselo a los romanos, me congraciare con ellos, quizás hasta reciba una buena suma de dinero —El Averno empalideció—. Llevamos décadas conviviendo en paz con los romanos, ellos no cruzan las montañas y nosotros no nos acercamos a sus ciudades, y ahora vienes tú y pones en peligro mi pueblo por el delirio de grandeza de tu rey.

—Pero.... —atinó a decir el jinete.

—Marcharos de aquí ahora mismo y llevaros estas cosas si no queréis terminar colgado de un palo.

Vercasivelauno se puso de pie de un salto, tenía los ojos inyectados en sangre, la mano le temblaba, intentó desenfundar, pero Aviorix ya lo había hecho y le apuntaba a la cara.

—Sabes que volveremos —gritó el Averno—. Nadie me amenaza de muerte y vive para contarlo. Aviorix esbozó una sonrisa.

El Averno salió de la tienda dando largas zancadas, tenía el rostro desencajado, sus cuatro escoltas se encontraban arrodillados y maniatados junto a la tienda, cada uno tenía una daga en el cuello listo para ser degollado a la mínima señal. El Averno se giró y le echó una mirada fulminante a Aviorix.

—¡Marcharos ahora mismo o seréis comida para los buitres!

Los jinetes fueron escoltados a empujones hasta las afueras del poblado, montaron con rapidez, azugaron las bestias y se marcharon al galope sin girarse.

—¡Señor! ¿Cree que ha sido una buena idea? —dijo su segundo, viendo el rostro preocupado.

—No lo sé, he tenido que decidir entre dos males, y elegí el menos peligroso. Sea como sea, preparaos porque correrá mucha sangre en breve, Crixo asintió.

El sol comenzaba a ocultarse tras las grandes montañas pintando la nieve de un rojo cobrizo, los últimos rayos anaranjados atravesaban el humo de las chimeneas dibujando sombras coloreadas. «¡Qué bonito!», pensó Alana. El bullicio de la aldea decrecía cuanto más descendía el sol, era su momento especial, se sentaba bajo el cobertizo junto a la hoguera a contemplar cómo los aldeanos disponían todo para la mañana siguiente, en poco oscurecería y sólo los centinelas permanecerían despiertos. Alana suspiró, cada día era lo mismo, podía repetir esa misma escena día tras día y poca cosa cambiaría, a ella le gustaba quizás por que demostraba que todo iba bien, lo que no sabía es que las cosas cambiarían en breve. Cogió una pequeña piel de oveja y se tapó la espalda, comenzaba a refrescar, la brisa cálida de la tarde se había transformado en un viento gélido, tomó un par de ramas secas y la arrojó a la hoguera, cerró los ojos y apartó la vista para no ser alcanzada por las chispas. «¿Y Breogán?», pensó, hacía rato que no lo veía, había estado tan entretenida desollando un par de liebres para la fiesta de primavera que no se había percatado de la ausencia de su hermano. Se acomodó la piel, cogió una antorcha que colgaba junto a la puerta y se encaminó al centro de la aldea.

—¡Breogán! —gritó preocupada. «Es extraño que el pequeño esté tanto tiempo sin incordiar», pensó. El estómago se le encogió—. ¡Breogán! —llamó. Continuó caminando hacia el centro de la aldea durante un tiempo, preguntando a cualquiera que pasaba junto a ella. Nadie sabía nada. «Quizás esté en el bosque», se dijo. Se acomodó las viejas sandalias y comenzó a correr hacia la arboleda, estaba muy oscuro, se tanteó el puñal que siempre llevaba bajo el faldón y continuó corriendo.

Aviorix estaba reunido con los guerreros y nobles más influyentes de la aldea, debatiendo sobre cuál sería la mejor reacción a los hechos acontecidos esa misma mañana. El ambiente se había caldeado, la normal división entre guerreros y nobles estaba más acentuada que nunca, había mucho en juego, unos partidarios de negociar con las Tribus y otros de hacerlo con los romanos. Aviorix estaba sentado en la punta de la mesa rodeado de sus hombres más leales, tenía la mirada fija en la hoguera, absorto del griterío de la sala.

—¡Debemos preparar mañana mismo las defensas! —gritó Aviorix dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. ¡Y a partir de esta noche se doblarán las guardias! Se colocarán soldados en el bosque y se patrullará el río —Nadie osó a contradecirle, el silencio se apoderó de la sala, Aviorix sabía que en lo único que estaban todos de acuerdo era en que sea cual fuera la decisión, habría que afilar las espadas—. ¡Crixo! Envía mañana media docena de jinetes a las montañas y verifica si hay movimientos de legiones y otra docena al desfiladero a controlar los jinetes Avernos, dividiros en dos grupos, preguntad a mercaderes, campesinos o aldeanos, es vital saber dónde se encuentran los soldados, si es necesario usad el dinero, si no, la espada —Su

lugarteniente asintió.

Aviorix estaba irascible, la situación era crítica, si aceptaban incorporarse a la coalición de tribus la próxima primavera, las legiones cruzarían las montañas y Brigoles sería la primera aldea en ser destruida, tendrían que abandonarla y refugiarse en las montañas. Aliarse con Roma sería una condena a muerte, las demás tribus nunca se lo perdonarían y en invierno cuando las legiones vuelvan a los cuarteles, caerían sobre ellos como lobos hambrientos.

La cortina de la cabaña se abrió de repente, Alana apareció corriendo envuelta en llanto, tenía los ojos hinchados, un gran corte en la mejilla y las rodillas magulladas, Aviorix se alzó de un salto dejando caer la silla con un fuerte estruendo.

—¡Alana! —gritó, sentía el corazón reventar bajo su pecho.

—¡Padre! —gritó la pequeña, acongojada, estaba sumamente agitada, un hilo de sangre le corría por la mejilla amoratada. ¡Se lo han llevado! ¡Padre! ¡Se lo han llevado! —Nadie decía nada, la cara de terror de todos se contagió.

—¡Los Avernos! —gritó Crixo, comprendiendo la situación ¡Fueron los Avernos! — Todos empalidecieron.

—¡Se han llevado a Breogán! Padre, ¡se lo han llevado como castigo!

A Aviorix enfureció, arrojó la mesa contra la pared furibundo, desenfundó la espada y comenzó a correr detrás de Alana, que ya se dirigía hacia el bosque. Todos los siguieron, en poco tiempo, toda la aldea estaba convulsionada.

Aviorix estaba agitado, abrazó a Alana que continuaba llorando, allí estaba el Roble Sagrado, firme en la espesura, la capa de Breogán se encontraba clavada en el árbol, con la daga romana, era un mensaje muy claro, tendría que negociar o combatir.

—¡Traed los caballos! Con un poco de suerte los interceptaremos antes del amanecer.

*Campamento estable romano, límite con la Galia*

## Capítulo III

### Campaña de verano

Quinto Fabio regresaba a trompicones desde la taberna *Venado Rojo*, a las afuera de la guarnición, se había gastado sus últimos denarios a los dados y en vino, como todo últimamente no le sentaba bien, se acomodó la capa y se acercó a un gran Olmo a orinar.

—¿Qué sucede *Primus Pilum*, el vino no le ha sentado bien? —dijo Ovidus dejando entrever una dentadura en pésimas condiciones. Quinto Fabio lo fulminó con la mirada.

—¡Centurión! —respondió—. Ahora soy sólo un Centurión —El Optio entendió que se habría sobrepasado y se calló. Quinto Fabio le hizo un gesto obsceno y se marchó, desde que habían pisado suelo Galo las cosas no le habían ido nada bien, se limpió la comisura de los labios y se encaminó entre las tiendas de la décima legión.

El sol rojizo comenzaba a esconderse entra las grandes montañas, iluminando las cimas nevadas como antorchas en el firmamento. Quinto Fabio encontró la tienda por casualidad, se recostó torpemente en el camastro, hacía frío, intentó cerrar los ojos, pero las tripas se le revolviéron, no tanto por el vino, sino al recordar el incidente con *Craso* y sus secuaces. ¡Por *Castor y Pollux* que se mueran esos cabrones! —balbuceó.

Apenas había pasado un rato, donde sólo había podido dormirar, cuando la cortina se abrió de golpe, Quinto Fabio se cubrió los ojos, su andar cojo y el penacho rojo, delató al *Primus Pilus Rómulo*, Quinto Fabio se incorporó a duras penas.

—¿Qué sucede, gruñó de mala manera?

—¡Nos ponemos en marcha Centurión! —dijo Rómulo acentuando su nuevo rango, ten pronta tu cohorte a primera hora —Quinto Fabio asintió con un gruñido, desde que había sido degradado ya no daba las órdenes, las obedecía, si ese maldito hubiese osado entrar de esa manera en otro momento, lo hubiese enviado a azotar.

Permaneció un instante sentado intentando recuperar fuerzas, la cabeza le latía, humedeció las manos en la tinaja y se refrescó el rostro. «Va a ser una campaña dura», pensó, ya no era un muchacho, la vida en los cuarteles, las largas caminatas y la mala comida cada vez las sufría más, le faltaban pocos años para licenciarse, sólo tenía que sobrevivir unos veranos más—. ¡Quinto Fabio el granjero! —chilló esbozando una sonrisa, si Ovidus lo hubiese escuchado se hubiese reído de él.

—¡Legionario! —gritó asomándose por la tienda—. Que el Optio *Ovidus* se reúna conmigo ahora mismo.

—¡Sí, señor! —dijo y se marchó.

Habían formado varios minutos antes del alba, Ovidus se había encargado personalmente de coordinar la centuria y de controlar a cada legionario; llevaban todo el invierno holgazaneando tras el limes y las legiones estaban oxidadas, era hora de cruzar la frontera y poner en marcha la maquinaria bélica.

—¡Todo en orden, Centurión! —dijo el Optio— Nada que no se soluciones con una buena patada en el culo. Quinto Fabio sonrió satisfecho, llevaban una década marchando juntos, habían pasado frío y hambre, habían combatido hombro con hombro. La legión *Gémina* era su única familia.

Quinto Fabio se abrochó el casco, que a pesar de los golpes y arañazos brillaba y estaba en buenas condiciones, llevaba desde siempre con él y nunca lo había querido cambiar, cada marca, cada golpe era parte de su vida y le recordaba cuantas veces había estado a punto de morir.

El sol despuntaba desde el horizonte, como era costumbre en la legión comenzó a pasar revista personalmente, llevaba rostro serio y paso firme, a pesar de la edad, Quinto Fabio aún era fuerte como un buey, no era muy alto, pero de espalda ancha y musculosa, piernas gruesas y un cuello basto como un roble. Los soldados lo respetaban, era un buen líder, sin duda el Centurión más valorado de la legión y para casi todos aún seguía siendo su Primus Pilus.

—¡Roma o muerte! ¡Roma o muerte! —repetían los soldados golpeándose el pecho con el puño—. ¡Roma o muerte! —Sin duda darían la vida por su Centurión.

Se subió a una tarima y agudizó la vista, desde allí podía contemplar el mar de soldados formados en una inmensa máquina bélica, pocas veces había visto tantos legionarios en un mismo terraplén.

—¡Hermoso paisaje! —dijo Ovidus que se había acercado con una sonrisa.

—¡Realmente hermoso! —contestó Quinto Fabio. Diez legiones formadas en grupo de dos, cien cohortes de ochenta hombres perfectamente constituidas, casi sesenta mil soldados dispuestos a dar su vida por Roma y su grandeza.

Estuvieron formados toda la mañana, la brisa cálida, el cielo despejado y la ausencia de lluvia fue bien recibida por los soldados que añoraban la primavera después de un invierno duro.

Marco Antonio pasó revista poco después, montado en su hermoso semental hispano, le seguían varios tribunos entre ellos *Tito Acio Labieno* y *Publio Licino Craso*.

—¡Atención! —gritó Quinto Fabio, al ver pasar al tribuno. El discurso de arenga de Marco Antonio fue meloso y aburrido. Cabalgaba entre las legiones para hacerse oír, haciendo hincapié en la gloria de Roma, sus instituciones y la grandeza de sus generales. Ovidus puso cara de asco, Quinto Fabio sonrió, estaba sediento, hubiese vendido a su madre por una jarra de vino. Marco Antonio era un buen guerrero, recio y obstinado, nacido para la vida en los cuarteles como ellos, quizás por eso se le daban tan mal los discursos.

—¿Veis esas montañas soldados? —gritó el tribuno, señalando las cimas nevadas—. Detrás les espera, ¡oro, esclavos y gloria! ¡Luchad como leones y os prometo que despertareis entre las piernas de alguna puta gala! Los legionarios aullaron frenéticos, el ruido de las lanzas contra los escudos y sandalias contra el suelo, hizo temblar la tierra. Marco Antonio asintió satisfecho. En poco cruzaremos el desfiladero, les enseñaremos a esos bárbaros como golpea una legión—. ¡Roma o muerte! —gritó el tribuno, zarandeando la espada sobre su cabeza.

—¡Roma o muerte! ¡Roma o muerte! —rugieron los legionarios.

Rómulo se encontraba en la tienda magna revisando el avituallamiento para la legión, era un buen soldado, pero nunca se le había dado bien los números.

—¡Por Castor y Pollux! Que alguien traiga ese maldito esclavo griego, no hay nadie que entienda estos papiros—. Dos soldados salieron de inmediato en busca de *Acacius*.

Rómulo se sirvió una copa de vino y se sentó algo mareado, detestaba esa parte del trabajo, la cojera le volvía a molestar, se frotó la pierna intensamente, cada vez le costaba más disimular el dolor.

La tienda se abrió despacio, una cabeza calva bronceada por el sol se asomó. Llevaba el casco en la mano y la vara de mando en la otra.

—¡Permiso señor! —dijo el Centurión. Rómulo lo miró fastidiado.

—¿Qué sucede *Titus*? ¡Ahora no es un buen momento! —respondió, sin ni siquiera mirarlo. Titus era su hombre de confianza, desde siempre había servido bajo su mando, pero tenía la virtud de aparecer en los momentos menos indicados.

—Ha vuelto la patrulla esta mañana, hay buenas noticias, parece que Marte nos sonríe —dijo ignorando su comentario.

—Espero que no te equivoques.

La trompeta que anunciaba la hora de rancho había sonado hacía rato, prácticamente todos los legionarios se encontraban en sus tiendas. Rómulo caminaba tras Titus con rostro serio y paso firme, llevaba armadura, pero no casco. Como un dominó los soldados se apresuraban a ponerse firme tras su paso.

El sol estaba en su cenit, Rómulo se detuvo un instante a sentir la calidez en el rostro y descansar la pierna que otra vez le punzaba. Se apretó la herida con disimulo.

—¡Malditos astures! —pensó.

—Estamos cerca —dijo Titus percatándose de la situación.

Los guerreros se encontraban sentados espalda con espalda junto a la vía principalis, los habían desarmado y atados con gruesas sogas a un palo, por la sangre y marcas en el rostro la captura no había sido fácil. Rómulo se secó el sudor y se tomó un instante para mirar a cada uno de los soldados, un guerrero alto de largo cabello rubio, llevaba una gran herida en la pierna y junto a él, los cadáveres de otros dos soldados—. ¿Me has hecho venir por cuatro prisioneros? —preguntó Rómulo disgustado.

—Es más que eso Señor —dijo Titus satisfecho—. Aquel soldado de los grandes bigotes y pelo largo es *Vercasivelauno* general de la tribu de los Avernos y el de la herida en la pierna es su hijo *Virix* —Rómulo se frotó el mentón, el día comenzaba a mejorar—. Y esto no es todo —agregó Titus, señalando un niño atado junto a un poste, llevaba los cabellos revueltos y lágrimas en los ojos, tampoco había sido tratado muy bien, Rómulo lo miraba curioso, el pequeño se revolvía como un pez intentando zafarse de las ataduras. Rómulo se acercó un poco más, Titus lo imitó. Breogán seguía con su empeño de desatarse, el guardia cansado le dio un puntapié en la cara que lo hizo desfallecer, todos sonrieron.

—El pequeño es el hijo varón del líder de Brigoles, lo llevan de rehén —dijo Titus. Rómulo asintió satisfecho.

—Muy buen trabajo, realmente muy buen trabajo.

—Por lo visto Vercasivelauno es más rápido con la lengua que con la espada —argumentó Rómulo, ambos echaron a reír. El pequeño nos será de gran valor, no le hagáis daño, que Acacius se ocupe de él y a los demás encerradlos en las mazmorras, si intentan escapar cortadles el cuello. Titus asintió. Rómulo dio un último vistazo y se marchó satisfecho.



## *Aldea de Brigoles*

## *Capítulo IV*

### Un pacto con los dioses

El sol penetraba vigoroso por una ranura de la pared cercana a la entrada, iluminando el rostro todavía dormido de Alana, la joven se desperezó muy lentamente, estiró los brazos y se frotó los ojos con delicadeza, permaneció un instante recostada sin moverse como si algo le impidiera levantarse. Estiró el brazo en busca de Breogán que habitualmente dormía a su lado, tanteó durante un instante, pero no lo encontró, se incorporó rápidamente asustada, miró a su alrededor, pero estaba sola.

—¡Nooo! —gritó aterrada, lo que parecía un sueño no lo era, había pasado tantas noches sin dormir que la gran diosa Anu, le había jugado una mala pasada, como una gran broma, le hizo creer que su hermano aún estaba a su lado. Alana se incorporó, estaba agitada, su rostro transpirado lleno de pecas brillaba como estrellas en una noche de verano. «¡No puedo seguir así!», pensó, se recogió sus largos cabellos rojizos. Habían pasados muchas lunas y no había noticias del pequeño.

Alana era de una belleza fascinante, sus ojos verdes resaltaban como esmeraldas en su tez blanca, se secó las lágrimas suavemente, estaba desnuda, tomó un mantón para cubrirse, el sol traslucía sus finas y largas piernas dejando entrever sus pequeños pero firmes pechos. Cogió un pequeño cuenco y bebió un poco de agua, estaba sedienta, un hilo de agua fría cayó por sus senos endureciéndole el pezón. El caldero chispeaba prácticamente apagado, lo removió, agregó un poco de yescas y unas ramas secas, casi al instante se avivó calentando sus piernas desnudas.

El grito de los guardias y varios caballos al galope la espabiló, algo sucedía en la aldea, se puso de pie con un gran salto, se cubrió como pudo, y salió con prisa.

Crixo cabalgaba su semental negro, le seguían seis de sus mejores hombres, estaba sucio y desaliñado, sus largos cabellos estaban arremolinados en el yelmo, llevaba toda la noche cabalgando, sólo se habían detenido para dar de beber a las bestias. Desmontó del caballo sin detenerse con una agilidad de un gato, llevaba la gran espada envainada y se cubría con una gran piel de lobo.

—¿Dónde se encuentra Aviorix? —gritó a los guardias, llevaba el rostro desencajado por el cansancio y el hambre. Una mujer le acercó una vejiga de agua, Crixo bebió ansiosamente, se echó un poco de agua en la mano y se refrescó el rostro.

—¿Qué sucede? —dijo una voz ronca. Aviorix caminaba con paso firme, llevaba la mano en la empuñadura, sólo se relajó cuando divisó a su lugarteniente.

—¡Señor! —dijo Crixo agachando la cabeza— Tengo noticias sobre Breogán. Por el semblante serio y el tono de la voz, no eran buenas.

Alana se lanzó sobre él llorando, lo golpeaba con los puños desconsolada.

—¿Dónde está mi hermano?, ¿Dónde está Breogán? —Crixo ni se inmutó, le echó una mirada cómplice y la separó suavemente.

—¡Sígueme! —dijo Aviorix sin inmutarse, Crixo asintió. Caminaron en silencio los metros que lo separaban de la gran choza, cada uno absorto en sus pensamientos.

Los soldados se hicieron cargo de los caballos, en las prisas del momento no se habían percatado que Crixo llevaba otro caballo atado en la montura, en el yacía recostado un soldado Averno. Aviorix se sentó pesadamente, Alana se arrodilló junto a él, dada la situación le permitió permanecer en la sala.

—¿Qué sucede? —preguntó Aviorix cabizbajo. Crixo se acomodó el cabello, era un hombre alto y rudo, de larga nariz aguileña y ojos saltones, se quitó la piel que lo cubría, trago saliva y carraspeó.

—Estábamos patrullando anoche junto al río como nos ordenaste, cuando uno de mis hombres divisó uno de los Avernos que huía, estaba herido, no fue difícil desármalo, intentamos...

—¿Dónde está mi hijo! —gritó Aviorix dando un fuerte puñetazo en la mesa. Alana se sobresaltó. Crixo que no había podido terminar la frase, agachó la cabeza y agregó:

—¡Lo tienen los romanos! —Aviorix se cubrió el rostro, era una pésima noticia, se incorporó rápidamente para darle un puñetazo, pero se contuvo, no era culpa de Crixo.

—¡Debemos ir por él! —dijo Alana desconsolada. Aviorix la miró y le acarició la cabeza, aún estaba arrodillada junto a él, envuelta en lágrimas.

—¡No podemos pequeña! Tenemos que esperar —Aviorix sabía que no podía asaltar un campamento romano, sería una masacre y aunque lo lograra matarían al pequeño al instante.

—¿Algo tenemos que hacer padre? No podemos dejarle al pequeño sólo —Aviorix respiró hondo, estaba desesperado. Tenían dos opciones, esperar que los romanos intentaran negociar o unirse a las tribus contra Roma, seguramente no recuperaría a su hijo, pero habría venganza. Crixo permanecía firme junto a la mesa.

—¡Señor! Si me permite podemos con mis hombres intentar rescatarlo, partiremos esta misma noche con un poco de suerte...

—Ya has hecho bastante —dijo Aviorix, apoyando la mano en su hombro—. Vete, come algo y descansa, te necesitaremos mañana en buena forma —Crixo asintió y se marchó.

En las siguientes horas la aldea fue un torbellino de chismorreos y suposiciones, la noticia de la captura de Breogán había alterado la rutina diaria, casi todos los hombres en edad de luchar afilaban sus espadas, se preparaban para combatir. Aviorix había hecho reunir el consejo de ancianos, llevaban horas reunidos y como siempre no llegaban a conclusión alguna. Estaba desesperado, había solicitado a los druidas que realizaran un sacrificio de diez corderos, en busca de una señal que los guiara, el más grande en años.

Alana montaba nerviosa su caballo *Ixo*, se había refugiado en el bosque vadeando el río por la ribera este, necesitaba huir de la aldea, la pasividad de su padre le revolvió las tripas, algo tenía que hacer. Se detuvo un instante a refrescarse, algo le llamó la atención, se acomodó la protección de cuero del antebrazo, cogió el arco curvo que llevaba en la espalda y una flecha de la montura, contuvo la respiración un instante, lo tensó con mucho cuidado y apuntó a una pequeña liebre a varios metros entre dos grandes robles, el animal movió la cabeza alerta, presagiando su fin, la flecha surcó el aire altanera, rápida y mortal, impactando contra el animal, ensartándolo contra uno de los árboles. Era un tiro complicado pero a Alana siempre se le daba bien, descendió del caballo de un salto, caminó hasta la liebre que daba sus últimos coletazos, lo arrancó de la flecha del cuerpo y lo recostó en el suelo, aún se movía, lo cogió del cuello retorciéndolo hasta que el crujir de huesos puso fin a su vida, respiró hondo, esa parte del trabajo nunca le había gustado, le dedicó una plegaria a la diosa del bosque y lo colgó de la montura.

Una fría ventolina se levantó, agitando las ramas de los árboles. El vuelo de los pájaros era errático, Alana permaneció un instante contemplándolo, un grupo de petirrojos levantaban vuelo y caían hasta casi rozar el suelo, volvían a ascender girando en círculos sobre su cabeza caían una vez más. «Esto no es normal», pensó. Los pájaros giraban y caían siempre sobre su órbita, hasta chocaban entre sí. Alana suspiró, quizás era una señal sobre Breogán que no llegaba a interpretar. Uno de los pájaros rodó sobre sí mismo e impactó en el suelo, murió al instante. ¡Sólo los druidas lo pueden descifrar! Corrió hacia su caballo, montó de un salto y se adentró en el bosque.

El viejo se encontraba sentado junto a la puerta de la choza con las piernas cruzadas y los brazos bajo la capa, Alana desmontó con cuidado, intentando hacer el menor ruido posible, estaba nerviosa. El anciano llevaba un manto negro que le cubría la cabeza, parecía en trance y no se movía. El viento y el movimiento de las ramas le daba un aspecto fantasmal; Alana dio un par de pasos y se detuvo, no sabía qué hacer, era el bosque prohibido y ella no podía estar allí.

—Acércate pequeña —dijo el druida con voz suave, llevaba los ojos cerrados y varias figuras pintadas en el rostro, Alana se sobresaltó, soltó las riendas y se acercó lenta al sacerdote.

—No tengas miedo —agregó—, los dioses te condujeron hacia mí con una señal de las aves. Alana contuvo la respiración, dio un par de pasos hacia atrás y volvió a detenerse.

El anciano permanecía sentado, estiró las manos con las palmas hacia arriba, tenía las uñas largas y negras como un zorro, la respiración profunda y pausada, Alana estaba asustada —He visto los pájaros... —atinó a decir.

—Los dioses te han enviado una señal —la interrumpió el anciano—. ¿Estás dispuesta a seguirlos? —Alana no supo que contestar—. Las señales del cielo tienen un precio, yo te puedo ayudar a descifrarlas. ¿Estás dispuesta a pagarlo? —Alana asintió, hubiese hecho cualquier cosa por volver a ver a Breogán—. ¡Muy bien! —dijo el druida—, haremos un sacrificio en tu honor. Las nubes se abrieron paso dejando entrever una gran luna llena colmando de luz esa parte del bosque. El rito que siguió Alana ya lo había presenciado una vez, diseccionaron la liebre desparramando las humeantes vísceras sobre un pequeño altar. La joven miraba prudente, el druida repetía palabras en alguna lengua que nunca había oído, separando las tripas del animal y oliendo su contenido, permaneció un instante en silencio, el viento que agitaba entre las ramas, se detuvo de repente y las nubes habían vuelto a cubrir la luna, sumiendo el bosque en la oscuridad. Alana se puso tensa.

—Los dioses han hablado —dijo el druida—, puede ayudarte a encontrar a tu hermano, pero el precio es alto.

—¿Cuál es el precio? —dijo la joven, el viejo la miró a los ojos, se descubrió la cabeza dejando entrever largos cabellos canosos.

—Una vida dedicada a *Dagda* —Alana lo miraba asustada—. Dedicarás tu vida a servir a los dioses, no podrás formar nunca una familia, ni yacer con hombre alguno. ¿Vale la vida de tu hermano ese precio? —tras un instante silencio, Alana asintió.

—La vida de Breogán vale más que mi propia vida.

—Así sea —respondió el anciano. El druida, la hizo recostarse sobre la yerba, la despojó de sus prendas, y dibujó símbolos sagrados en su cuerpo desnudo. Alana ya no temía, los dioses cuidarían de ella.

## *Aldea de Brigoles*

## Capítulo V

### La huida de Alana

Alana se acercó a la puerta haciendo el menor ruido posible, se asomó con mucho cuidado, estaba nerviosa, no muy lejos dos jóvenes preparaban el pan en un gran horno. El sol todavía no despuntaba desde el horizonte, la oscuridad era absoluta.

«¡Mejor así!», pensó. El aroma a pan recién horneado se sentía por toda la aldea, un aroma dulce mezclado con leña quemada, el olor de pan tostado y de decenas de hogazas calientes reposando sobre la madera, para Alana era el olor de su hogar.

Se dirigió a las cuadras intentando no ser vista. Allí la esperaba *Elixa*, si cabe más nerviosa aún. —¡Gracias! —dijo Alana abrazándola—. No creo que sea una buena idea —le reprochó Elixa. Alana la calló con un gesto.

Elixa era una mujer no muy agraciada, largos cabellos rubios, nariz prominente, ojos saltones, de un corazón grande y honesto.

—¡Estaré bien! —la consoló Alana y la volvió a abrazar.

—He perdido a tu madre, mi única hermana, me han arrebatado mi pequeño Breogán, no quiero perderte a ti —dijo con lágrimas en los ojos. Alana le apretó fuerte el brazo y le secó las lágrimas, desde que su madre había fallecido, siempre había estado a su lado, había cuidado de ellos en todo momento, sobretodo de Breogán que era todavía un niño.

—He hecho una promesa a los dioses y mi vida ahora les pertenece, ¡volveré con Breogán o no volveré!

—¡Cúdate! —dijo Elixa.

—¡Lo haré! —contestó.

Alana montó a Ixo apoyándose en una vieja silla, se cubrió con una manta y se acomodó su arco curvo que llevaba en la espalda. En su rostro la tristeza y las marcas del incidente con los Avernos aún estaban presente.

—Toma, aquí tienes algo para comer le ofreció acercándole una saca con pan y queso fermentado. Alana le agradeció con una sonrisa.

—Hasta pronto —dijo y se marchó. Tener que cruzar el bosque de noche le incomodaba, pero más aún, cruzar en solitario las gélidas montañas cuando la primavera se negaba a llegar.

La noche era espesa, las nubes cubrían la luna y los árboles hacían el resto. Alana cerró los ojos y se dejó guiar por Ixo que ya había cruzado el monte más de una vez. «¡Si tienes miedo cierra los ojos y escucha el bosque, él te guiará con sus sonidos! ¡Escucha y aprende!», las palabras del hechicero resonaban en la cabeza.

La noche estaba cálida, el chirrido de los grillos acompañaba el sonido de las hojas formando una melodía graciosa, Alana se relajó. Un búho graznaba impaciente flanqueado por los golpeteos de las pezuñas de Ixo. Tras horas de marcha el cielo se despejó levemente permitiendo a Alana guiarse por las estrellas, el terreno se había vuelto más rígido y escarpado, reduciendo la marcha a pasos continuos pero lentos; Ixo se detuvo un instante a descansar, su piel negra resplandecía como brea en la oscuridad. La joven se inclinó y le acarició el lomo, estando con él se sentía más segura; aún faltaba para que amaneciera, se sentía agotada, pensó en descansar cobijada bajo la oscuridad de la noche; amarró a Ixo de una rama baja, estiró una manta y se recostó.

El bosque ya no era tan denso, la luz de la luna se filtraba entre las ramas alargando las sombras, convirtiendo a Ixo en una extraña bestia deforme. Cerró los ojos he intentó dormir, estaba nerviosa, el chirrido de los grillos y la respiración del caballo la inquietaba. Probó

relajarse recordando las palabras del druida: «Guíate por tu instinto, los dioses velarán por ti, escucha la naturaleza ella te protegerá, cree en ti misma el camino se abrirá paso, cuando pienses que está todo perdido, allí estaré».

Un movimiento brusco en la maleza la sobresaltó, apenas se percibía, algo no iba bien, respiró profundo, buscó el puñal entre su ropa y retrocedió un par de pasos. Una brisa se alzó agitando las ramas, el ruido del follaje no le permitía oír con claridad. Alana no se había equivocado, una sombra se acercaba agazapada, sentía el crujir de las ramas a su paso. Una pareja de búhos levantaba vuelo golpeteando las alas, huían de lo que sería una presa fácil. El ruido se acrecentó, unos ojos astutos se asomaban entre la maleza, ahora lo sentía detrás y a la izquierda. Alana se movía con movimientos erráticos, cogió el arco del suelo, buscó las flechas, pero estaban en la montura.

—¡Maldición! —gritó frustrada. Necesitaba un plan, sacó un trozo de queso de la alforja y lo arrojó detrás del caballo, no había tocado el suelo cuando dos lobos saltaron lidiando por la comida, Ixo lanzó una zancada violenta alcanzando al macho gris, el animal impactó con un árbol aullando de dolor. Alana aprovechó para acercarse a por las flechas. Tensó el arco, las manos le sudaban. Los lobos se habían reagrupado, volvían a arremeter, un macho tomó la delantera, los colmillos afilados resplandecían en la oscuridad, saltó sobre Alana, estiró el arco y lo ensartó en el aire sin darle la menor posibilidad, volvió a cargar. Esta vez fueron a por Ixo, el caballo se movía lanzando golpes y estocadas, estaba rodeado. La joven intentaba mantener la calma, lanzó otro disparo hiriendo a una hembra en la cadera, cargó una vez más, los animales aparecían por todos lados, la joven se giró, estaban tan cerca que casi los podía tocar. Se secó el sudor con el puño, sacó el puñal y corrió a desatar a Ixo que luchaba con tres fieras, cortó la soga y saltó sobre él. Sentía el pecho del animal bombear entre sus piernas, se aferró a la crin con todas sus fuerzas, Ixo se puso de pie encabritándose con las patas traseras, intentó resistir, pero el sudor la hizo caer. El viento cambiaba de dirección errático, moviendo las ramas violentamente, Alana sentía que no podía respirar. El impacto contra una roca la dejó aturdida, se arrastró como pudo hasta un árbol cercano, había perdido el arco e Ixo había huido; respiró profundo, cuatro fieras iban al acecho a sabiendas de lo fácil de la cacería.

Una bruma gélida se alzó en el aire, el cielo se había cubierto escondiendo las estrellas en la oscuridad absoluta. Cerró los ojos, dedicó un último pensamiento a Breogán. Sentía el aliento de los animales en su piel.

—¡Venid a por mí cobardes! —gritó agitando el puñal.

Una intensa luz se apoderó de la noche, iluminando el bosque, pocos segundos después, un ruido atronador y el fuego devorando las ramas. Un inmenso rayo originó un gran incendio, la manada retrocedía asustada; corrió a por el arco, lo tensó; los lobos volvían a reagruparse una vez más, no estaban dispuestos a desaprovechar la presa que había casi saboreado. Todo el lado derecho estaba en llamas, otra vez a pocos metros. Lanzó su última flecha, el macho rápido logró esquivarla con un salto certero.

«Qué manera más horrible de morir», pensó, sacó el puñal, no se daría por vencida tan fácilmente.

El cielo estaba negro como el inframundo. Alana sintió un chasquido detrás, se volteó apuntando con la daga, la adrenalina le corría por sus venas, Ixo había vuelto, la suerte empezaba a cambiar, retrocedió lentamente hacia el caballo, los lobos no se rendían, se abalanzaron sobre ellos una vez más, el cielo se volvió a iluminar majestuoso, otro relámpago impactaba a pocos metros haciendo temblar la tierra. Los lobos retrocedieron permitiendo a la joven saltar sobre el caballo, se aferró al animal con todas sus fuerzas, apretó los tobillos, cerró los ojos y huyó; Ixo

galopaba frenético entre la maleza esquivando ramas y piedras.

Alana comenzó a llorar, no tuvo el valor de girarse, miró al cielo, agradeció a los dioses, se recostó sobre el animal y desfalleció.

Se despertó después, aún recostada sobre la montura, había perdido la noción del tiempo y le dolía todo el cuerpo. El sol brillaba en el horizonte calentándole la piel. Alana se estiró suavemente, el inmenso bosque había desaparecido tras de sí dando paso a una llanura protegida por montañas nevadas. Las colinas abruptas se izaban majestuosas frente a ella, agudizó la vista en busca de alguna ruta, pero estaba desconcertada y no la encontraba.

En esta época del año la nieve comenzaba a fundirse creando numerosos arroyos de agua fresca y cristalina que descendían de la montaña portando vida a la naturaleza de la zona. Arrimó a Ixo al cauce para que bebiera, estaba extenuado; las manchas de sudor dibujaban mapas en su maltratado cuerpo. Se agachó a inspeccionarlo, tenía una gran herida en la pata trasera y unos magullones en la otra, a pesar de ser bastante profunda no era mortal; humedeció el faldón en el arroyo y le limpió la herida con mucho cuidado. Ixo se revolvió nervioso, aún estaba tenso, Alana se acercó y lo acarició dulcemente, luego poco a poco se fue relajando.

Se sentó junto al caballo que se había acostado a descansar, había perdido casi todas las pertenencias, no tenía comida ni abrigo, no tenía flechas y ambos estaban heridos. Pensó en regresar, pero el hecho de volver a adentrarse en el bosque la desalentó. Estaba viva y Breogán la necesitaba, tenía que sobrevivir como fuera y cruzar las montañas.

En las siguientes horas se dedicó a buscar comida y a encender una hoguera, estaba hambrienta. Logró capturar un pequeño pez en el arroyo, no sin pocas dificultades algo que saboreó como nunca. Ixo en tanto disfrutaba del banquete que le ofrecía aquella inmensa llanura verde, con agua y comida en abundancia.

El viento frío de los días anteriores se había transformado en una soleada jornada de primavera, Alana se remangó la falda y salió en busca de ramas de enebro que abundaba por la zona, no le llevo poco tiempo encontrar el material necesario para su tarea. Se sentó junto al fuego y acobijada por el calor, comenzó a tallar lo que con suerte sería una flecha que saliera recta. Terminó de comer pasado el mediodía, se sentó sobre el regazo de Ixo y continuó tallando hasta que el sol se fue escondiendo detrás de las inmensas montañas que rodeaban aquel imponente paisaje, dentro de toda la desgracia había tenido suerte, aún conservaba la daga y el arco.



## *Campamento romano*

## Capítulo VI

### La gran caída

Quinto Fabio estaba de muy mal humor, caminaba entre las tiendas en busca de Ovidus, llevaba la vara de mando en la mano dispuesto a partírsela en la espalda al primero que lo mirase mal; los días trascurrían, pero la mala suerte continuaba; había recibido la orden de escoltar al general capturado Verscasivelauno, detrás de las montañas y eso no le apetecía en absoluto. «¿Por qué arriesgar la vida de mis hombres, por un miserable salvaje?», se repetía. La mayoría de las tribus eran hostiles a Roma, tenía más oportunidades de sobrevivir sólo, que escoltado por legionarios. Quinto Fabio respiraba hondo intentando contenerse; Rómulo lo había elegido para fastidiarlo, y con un poco de suerte era una buena oportunidad para deshacerse de él.

El Centurión corrió la cortina de la tienda bruscamente, un legionario que dormitaba se levantó rápidamente al reconocerlo.

—¿Dónde está el Optio? —preguntó de mala manera. El legionario que no se había espabilado aún, dudó un instante.

—Me imagino que en la taberna, o con alguna puta —Quinto Fabio lo fulminó con la mirada, pero sabía que tenía razón. Ayer había sido día de paga y Ovidus, tenía un récord, podía despilfarrar la paga de un mes en vino, putas y dados en una sola noche. El Centurión se marchó tan rápido como había venido.

El sol comenzaba a esconderse detrás del horizonte, las jornadas se volvían cada vez más largas y el frío amainaba día tras día, la vuelta a la rutina había sido dura y la mayoría de los legionarios aprovechaban a descansar tras varias jornadas de duras marchas y prácticas militares.

—¡Otra Jarra de vino! —gritó Ovidus en completo estado de embriaguez. La taberna del *Jabalí Rojo* estaba a reventar, Ovidus tuvo que gritar otras dos veces para hacerse oír entre la muchedumbre. El Optio se encontraba en una de las mesas del fondo, habían llegado temprano para obtener un buen sitio y por el aspecto de los legionarios no habían perdido el tiempo, las manchas de vino y los restos de comida estaban desparramados por toda la mesa. Una gala entrada en carnes y ligera de ropa pasó junto a Ovidus llevando un gran plato de gachas, el Optio al pasar le tocó el culo esbozando una sonrisa maltrecha, Galicana que lo conocía bien, lo empujó con una sonrisa de manera cómplice.

—Creo que tengo que mear —dijo *Gaius* el mayor de los tres soldados

—¡Espera ya casi terminamos! —respondió Ovidus molesto, llevaban rato jugando a los dados. Gaius se había cansado, no era buen jugador y como tal no le gustaba perder.

—¡Búscate a otro, yo ahora vuelvo! —Ovidus dio un puñetazo en la mesa haciendo temblar las jarras, Gaius alzó los hombros para quitarle importancia, se puso de pie y se marchó como si nada.

—¡Bueno, jugaremos nosotros! —insistió el Optio al otro legionario, *Kaeso* que había tenido la idea de huir al igual que Gaius negó rápidamente—. ¿Dónde está mi vino? —gritó el oficial nervioso; Todos los miraron, el vino comenzaba a no sentarle demasiado bien, momento en que la noche normalmente terminaba de manera un poco violenta.

—Aquí lo tienes —dijo una voz ronca, golpeando con fuerza la jarra sobre la mesa. Ovidus lo miró por el rabillo del ojo, incorporándose de mala manera, al igual que su compañero

—¡Tranquilo amigo! —respondió Titus, con voz sosegada, vengo en son de paz.

—¡No se te ha perdido nada aquí! —respondió Ovidus tocando la empuñadura de la daga. Los soldados que acompañaban a Titus amagaron a desenvainar, pero éste los frenó con un gesto

sereno.

—Podrán matarme, pero antes te ensartaré como a un cerdo —dijo Ovidus viendo la situación de desventaja. En la taberna se hizo el silencio absoluto, la mayoría de los soldados abrieron hueco, conocían la poca paciencia de Ovidus y lo dispuesto a saldar las ofensas.

—Como te he dicho vengo en son de paz, sólo quiero jugar a los dados —dijo Titus mostrando una bolsa con monedas—. A no ser que seas un cobarde como tu Centurión —agregó lanzando una carcajada exagerada. Ovidus rabioso intentó desenfundar, no iba a permitir que insultasen a Quinto Fabio, pero Kaeso lo detuvo sujetándolo del brazo. A pesar de la diferencia de rango, Ovidus no tenía el menor respeto sobre el recientemente ascendido Centurión, ascenso que había obtenido traicionando a su amigo Quinto Fabio y a varios compañeros de la unidad.

—No es buena idea Optio, sigue siendo tu superior —comentó Kaeso intentando calmarlo, varios compañeros que estaban presentes desenfundaron las espadas en apoyo a Ovidus, el odio a Titus era compartido, nadie olvidaría esa traición entre compañeros de armas que casi provoca el desmantelamiento de la unidad, la peor humillación para un soldado romano; Ovidus miró alrededor, ahora las fuerzas se habían igualado.

—¿Por qué no lo resolvemos aquí y ahora mismo? —amenazó Ovidus acercando el rostro a centímetro del de Titus—. Tú y yo solos, ¿o acaso tienes miedo sin la protección de tu amo Rómulo? —A Titus se le transformó el semblante, la situación se había vuelto demasiado tensa, como oficial no podía permitir que un subordinado le hablara de esa manera frente a sus hombres, bastaba mínimo movimiento para que comenzara a llover sangre.

—¡A mí nadie me llama cobarde! —gritó Titus lanzando un puñetazo. Ovidus, a pesar de la embriaguez, lo esquivó fácilmente. Cuando estuvo a punto de responderle, alguien le aferró fuertemente del brazo, lanzándolo hacia atrás.

—¡Basta ya! —gritó Quinto Fabio que se había acercado abriéndose paso a empujones entre los soldados—. Este no es un comportamiento digno de un soldado —añadió gritando—. Y menos de un oficial —A Ovidus le temblaba la mano, tenía los ojos inyectados en sangre, tuvo que hacer el máximo acopio de templanza para no ensartar al malnacido.

Titus dio un paso hacia atrás nervioso, a pesar de ostentar el mismo rango, muy pocos tenían el valor de enfrentar al Centurión y salir de una sola pieza.

—Y a ti pedazo de estiércol —dijo Quinto Fabio acercando el puño a milímetros del rostro de Titus—, como vuelvas a tocar, insultar o dirigirte a cualquiera de mis hombres, te prometo que desearas no haber nacido.

—Sí, señor — tartamudeo Titus humillado.

—Ahora vete y llévate a esta pandilla de cobardes contigo.

Titus hizo una seña a sus hombres y se marcharon, ente las risas e insultos de los demás legionarios. Quinto Fabio tenía muchas virtudes, pero la de hacer amigos no era una de esas.

No había tocado la diana de la primera hora y la turma de caballería estaba pronta para partir, caballos ensillados, armas y provisiones prontas. Ovidus esperaba órdenes montado en su caballo.

—¡Señor! —dijo el Optio al ver acercarse al Centurión con rostro serio, le latía la cabeza y no había dormido demasiado bien, respiró hondo y puso su mejor cara por vergüenza. Quinto Fabio montó de un salto sin decir nada, azuzó el caballo y comenzó a cabalgar entre los cientos de tiendas que rodeaban el inmenso campamento, le seguían de cerca Ovidus, Gaius y Kaeso sus hombres fieles. Ovidus hizo una señal y varios guardias se dispusieron a abrir la puerta principal para que pudieran salir los jinetes.

La mañana se preveía cálida. En los alrededores del campamento las flores silvestres

asomaban perfumadas y coloridas entre abejas y mariposas. Quinto Fabio estiró la mano y arrancó un tallo de Margarita, la olió y la guardó bajo el yelmo, era la flor que abundaba en su tierra natal, símbolo de primavera y prosperidad, un hermoso recuerdo de su hogar distante y olvidado que quizás algún día volvería a ver.

La turma avanzaba a paso lento, Quinto Fabio se giró para contemplarla, los treinta soldados marchaban en tres columnas, encabezada por Ovidus y cerraban filas Gaius, Kaeso y un soldado Nubio con cara de pocos amigos, en el medio y bien custodiado cabalgaba Vercasivelauno, impasible como siempre.

—¿Por qué tenemos que arriesgar nuestras vidas, por este despojo? —dijo Ovidus, molesto. Quinto Fabio puso cara de circunstancias y alzó los hombros en señal de desconocimiento.

—Por lo que he escuchado, este cobarde ha hecho un acuerdo con nuestros generales, nos han ordenado custodiarlo a través de las montañas, una vez al otro lado esperar que alguien nos vea, fingir que se escapa e intentar regresar sanos y salvos. Ovidus negaba desconfiado, miró al galo y escupió al suelo, no había nada peor para un soldado que un cobarde que traiciona su propio pueblo.

—El soldado herido es su hijo, ¿no? —preguntó Ovidus.

—Sí —respondió Quinto Fabio con una sonrisa—. Lo tienen como rehén por si se les ocurre olvidarse del pacto, ¿y los demás guerreros?

—Muertos! —respondió el Centurión arqueando las cejas—. No tienen ningún valor y eran una molestia —Ovidus no preguntó más y continuó cabalgando absorto en sus pensamientos.

La jornada transcurrió tranquila, recorrieron la distancia que los separaba de la base de la montaña más rápido de lo que esperaban, sólo pequeñas paradas para descansar y dar de beber a los caballos. Quinto Fabio miró el cielo, se estaba poniendo oscuro y comenzaba a refrescar, el clima en esa época era muy cambiante y sobre todo en la base de la montaña.

Vercasivelauno no había emitido palabra en todo el día, no había bebido ni comido nada en ninguna de las paradas, cabalgaba firme como una gran estatua magna, llevaba una manta en las manos para disimular sus ataduras y sólo se detenía para dar de beber y descansar a su caballo.

—Los galos llevan mejor que nosotros eso de estar todo el día sobre un caballo —dijo Gaius tocándose el culo.

—Mejor que yo seguro —respondió Kaeso con una enorme sonrisa. La turma se había detenido junto a un angosto arroyo que se bifurcaba hasta desembocar en una pequeña laguna verdosa, dos soldados descargaban los caballos mientras el resto montaban un improvisado campamento en la cima de una colina. Era un buen sitio para acampar, protegido por el río a un flanco y las montañas a sus espaldas. Ovidus había ordenado no encender ninguna hoguera, esa noche comerían carne seca y pan duro.

El Centurión inspeccionaba la zona en busca de enemigos, hasta allí llegaba el poder de Roma, detrás de las altas montañas estarían solos en territorio enemigo.

Se sacó el casco y se secó el sudor que corría como ríos por su espalda, Quinto Fabio cabalgaba a paso lento por un sendero empinado de unos pocos palmos de ancho, con la pared a un lado y un desfiladero en el otro, quería llegar hasta la desembocadura del camino colina arriba y desde ahí observar que ninguna patrulla los estuviera siguiendo.

Acariciaba el hocico a Tormento obligándolo a centrar su atención al frente, le había cubierto el rostro con un manto para que no pudiera ver el precipicio cada vez más empinado. —¡Tranquilo amigo! Hemos atravesado caminos peores —le susurró el Centurión.

Tras un largo tramo comenzó a dudar si seguir avanzando, la desembocadura aún estaba lejos y el camino se había estrechado aún más. Un ruido intenso le llamó la atención súbitamente, gritos

y golpes. Quinto Fabio desmontó de un salto y se refugió detrás de una roca en una pequeña abertura que daba a la ladera, desde ahí podía ver la banda opuesta del desfiladero, cruzando el río justo frente a él.

Un centenar de guerreros Galos descendían al galope hacia una pequeña meseta, el capitán encabezaba la marcha enfilando ágilmente entre los juncos que abundaban en la ribera, los demás lo seguían con muchas dificultades. El arroyo estaba en mínimos y el barro entorpecía el camino, los jinetes empleaban la fusta sin descanso, el sudor hacía merma en sus pieles fustigadas y rojizas.

—¿A qué se debe tanta prisa? —se preguntó Quinto Fabio, agazapado en la ladera.

—Avanzad holgazanes que no tenemos todo el día —gritó el cabecilla—. ¡El que se retrase conocerá mi azote! —El eco de los gritos retumbaba en el desfiladero.

Los caballos seguían avanzando con las patas hundidas en el fango, el esfuerzo era demoledor, trotaban relinchando siguiendo ciegamente las órdenes de los jinetes.

Uno de los caballos, el más rezagado, tropezó con un canal, dejando caer al soldado por encima de su cabeza, para luego caer sobre el maltrecho jinete. Un grito desolador y un crujir de huesos le dejó sin respiración, el pánico se reflejaba en sus ojos.

Nadie se detuvo, un soldado de vanguardia se giró para contemplar la escena, el guerrero yacía inerte con la cabeza hundida en el fango, el caballo relinchaba de dolor intentando ponerse de pie sobre las patas rotas, tragó saliva y gritó:

—¡No aminoréis la marcha verraca y estad atentos si no queréis que este fango sea vuestra tumba!

El último jinete que había esquivado al caballo por poco, sin poder resistirlo se giró a contemplar a su amigo caído, la escena lo desoló, se volvió al frente, apretó los talones y se dispuso a alcanzar a los demás compañeros.

Quinto Fabio, no podía creer lo que veían sus ojos, esos bastardos habían girado y se dirigían al campamento romano por el camino corto, tenía que volver o los masacrarían en una emboscada.

Los galos atravesaron un arroyo aminorando la marcha, las bestias estaban exhaustas, con el agua hasta el cuello luchaban apenas por respirar; algunos caballos se negaban a cruzar, encaramándose sobre las patas traseras, los jinetes se ensañaban con los golpes obligándolos a avanzar.

El Centurión bajó la vista sobre el arroyo, como un mal presagio, varias nutrias se lanzaban mortales sobre las truchas atrapadas en un improvisado lago, bloqueaban la entrada sin darle la menor posibilidad de huir, para darse un festín sin el menor esfuerzo, algo que les sucedería a sus hombres si no les avisaba con tiempo.

Quinto Fabio cogió las riendas y retrocedió agazapado, se quitó la capa y le vendó los ojos esta vez con más precaución, saltó sobre el caballo y le acarició el lomo, —Tendrás que confiar en mí, amigo —le susurró. Apretó los talones con fuerza y el caballo salió al galope como un rayo. Quinto Fabio sujetaba las riendas con dureza intentando que sintiera al máximo sus órdenes. Tormento corría desbocado por el estrecho paso, los guerreros galopaban a la misma altura pero metros más abajo, todavía no lo habían divisado, tragó saliva, el mínimo tropiezo y sería su fin. «¿Cómo era posible que la red de informantes sea tan extensa y eficaz?», se preguntó el Centurión, tal vez nunca lo sabría.

El paso se estrechaba mucho justo antes de una gran curva y Tormento iba a demasiada velocidad, Quinto Fabio tiró de las riendas con todas sus fuerzas inclinando el cuerpo hacia atrás, el caballo intentó detenerse clavando las pezuñas, pero la gravilla y algunas rocas le hicieron resbalar, impactó duramente la cabeza contra la ladera, después de eso, una gran caída, muchos

golpes y la oscuridad.

## *Aldea de Brigoles*

## Capítulo VII

### La Asamble Gala

Aviorix había reunido el consejo de ancianos por segunda vez en tres días, a pesar de insistir no lograban llegar a un consenso, el sector que agrupaba a los mercaderes y campesinos no estaban dispuestos a perder las ventajas que les proporcionaba Roma. La guerra no era buena para los negocios, en contra, los guerreros querían actuar y unirse a las demás tribus. Anhelaban el poder que habían perdido estos últimos años de paz.

La sala del concejo estaba más abarrotada de lo habitual, Aviorix alzó la mano solicitando la palabra. La situación estaba caldeada y los gritos e insultos tronaban, Aviorix se puso de pie con la mano alzada, algo inusual en él.

—¡Silencio! —gritó, pero el alboroto aún continuaba—. ¡Silencio! —repitió dando un puñetazo en la mesa—. ¡Silencio! —gritó por tercera vez, puso su peor cara y le pegó un puñetazo a un joven guerrero que lo miraba sin callarse. El joven que era alto y fuerte como él, con unos cuantos años menos, cayó de espalda golpeando la cabeza contra el suelo. Los presentes que habían visto lo sucedido dieron un paso para atrás y se callaron de inmediato.

—¡Gracias! —dijo Aviorix, ofreciéndole la mano al joven aún tendido en el suelo; este accedió con un gruñido, limpiándose la sangre que salía de la comisura de los labios. Desde que había desaparecido Alana hacía unas semanas estaba irritable. En poco tiempo había perdido su mujer y sus dos hijos habían desaparecido.

El humo de las chimeneas y la cantidad de gente viciaba el aire. Aviorix carraspeó, apoyó las manos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia delante:

—Como ya sabéis, la próxima luna llena, será la reunión de las tribus en *Gergovia* —dijo haciendo una breve pausa y continuó—. He enviado hombres para confirmar nuestra presencia y verificar que no sea una emboscada —El murmullo y los comentarios se apoderaron de la sala, todos sabían que la sola presencia de una embajada era una declaración de guerra a Roma. Aviorix alzó la mano para continuar, se le veía hundido—. No podemos ponernos a las tribus en contra hasta que no sepamos con qué apoyo cuentan, iré personalmente con un pequeño grupo de soldados. Como sabéis, Alana se ha marchado hace días —continuó Aviorix—, y qué a Breogán lo tienen los romanos. Crixo ha ido en su búsqueda, le he ofrecido la mano de Alana si logra traerla con vida, afianzaremos nuestro vínculo y recuperaré a mi hija —Todos los guerreros se miraron incrédulos, si el matrimonio se llevaba a cabo y Breogán no aparecía, Crixo sería el legítimo sucesor, para ellos la ambición del general no tenía límites.

Aviorix se sentó pesadamente, cogió una copa de vino y bebió ansiosamente hasta vaciarla, últimamente bebía más de lo habitual. Las nubes cubrieron el sol dejando la sala en penumbra, una fría ventolina entró por la chimenea dejando la sala llena de humo, se había hecho silencio absoluto, las cortinas bailaban como fantasmas empujadas por el viento.

—¡Escuchad! —dijo una voz ronca desde el fondo de la sala, los presentes se hicieron a un lado dejando entrever una silueta desgarbada. El anciano se puso de pie lentamente con la ayuda de su báculo, alzó la mano solicitado silencio, tenía la voz suave y pausada, apenas se le veía el rostro escondido tras la capucha de su túnica negra. *Antar* dio un par de pasos acercándose al centro de la sala, el humo que lo envolvía le daba una apariencia sobrehumana.

—Aviorix, gran guerrero de Brigoles —continuó diciendo el druida, Aviorix lo miró sorprendido, era poco habitual que el gran maestro druida se presente en la asamblea y menos aún que intervenga.



—¡Te escucho hombre sabio! —dijo Aviorix devolviéndole el cumplido.

—He consultado a los espíritus, he orado durante días, he ofrecido el favor de los dioses a tu joven hija —Aviorix le miraba estupefacto—. Y... los dioses han hablado, cuidaran de ella y volverá —Aviorix esbozó una sonrisa dejando entrever sus grandes dientes blancos, cogió una copa y la alzó para brindar por los dioses—¡Alto! —interrumpió el anciano—. Todo tiene un precio en esta vida —en la sala el silencio era sepulcral, Aviorix bajó la mano y dejó de sonreír, intuía que no eran buenas nueva—. Alana, joven hija de Aviorix, dará su vida a Dagda y a los druidas, ese es el precio por el favor de los espíritus y ella lo aceptó con un sacrificio ritual.

Aviorix dejó caer la copa, se puso de pie de un salto golpeando la mesa con ambos puños.

—¡Alana es mi hija y me pertenece! ¡Yo decido su futuro! —exclamó el guerrero.

—¡Alana ya no te pertenece! ¡Ahora pertenece a los dioses! Si actúas contra la voluntad, la desgracia caerá sobre ti y tú pueblo —gritó el anciano señalándolo con el bastón.

—¡Sobre mi cadáver! —gritó el patriarca, marchándose con pasos largos y rápidos.

—¡Así se hará! —susurró el anciano con una sonrisa maliciosa.

## *Bosque de la Galia*

## *Capítulo VIII*

### El encuentro

Alana descendía la ladera recostada en un improvisado camastro atado a Ixo, después de la experiencia en el bosque cualquier precaución era poca, cabalgaba sin descanso de día y de noche, se recostaba en el catre que arrastraba el caballo, permitiendo seguir la ruta sin detenerse. Habían pasado varias noches desde que partiera, recién esa mañana vislumbraba el otro lado de la ladera. Alana sonrió, la nieve cada vez abundaba menos y el frío le daba un respiro.

Alana detuvo el caballo junto a una pequeña arboleda que ya empezaba a predominar en el paisaje, bebió un poco de agua y se la acercó a Ixo para que bebiera también, desató el camastro para permitir que descansara un poco. Echó un vistazo al camino; hasta ahora habían seguido la ruta de los pastores, una ruta larga, difícil y empinada pero que le permitía seguirla sin perderse y más importante, sin encontrar soldados que preferían el camino más ancho y directo. Se cubrió con una piel de oveja que había obtenido en el camino, a pesar de que a esa altitud la temperatura era más benévola, aún sentía frío. Tanteó la bolsa de las provisiones que llevaba en la montura, le quedaban algunos trozos de liebre que había cazado antes de partir, se acercó a una roca y encendió una pequeña hoguera para calentarse, se recostó sobre la hierba húmeda, cerró los ojos e intentó recordar el aroma de su hogar que tanto añoraba. Alana comenzó a llorar, cada vez estaba más convencida que el viaje había sido una locura, había que ser muy valiente para cruzar los Alpes en solitario a merced de frío y la naturaleza, sólo el recuerdo de Breogán y el miedo a perderlo, le animaba a continuar. La imagen de su padre le vino a la cabeza, sabía que era un hombre fuerte y rudo, pero lo amaba y sabía que estaría pasándolo muy mal, se secó una lágrima y le dedicó una plegaria para reconfortarse:

«Que el camino salga a tu encuentro, que el viento siempre esté detrás de ti y la lluvia caiga suave sobre tus campos. Y hasta que nos volvamos a encontrar, que los dioses te sostengan suavemente en la palma de su mano. Que vivas por el tiempo que tú quieras y que siempre quieras vivir plenamente, que nuestros ancestros te cuiden en esta y en la otra vida».

Aquella mañana, Alana se dedicó a reabastecerse sin demasiada prisa, a partir de ahora atravesaría territorio romano y debía estar lo más entera y descansada posible.

Quinto Fabio vislumbró una pradera verde justo al final del camino, sobre unas grandes rocas, una joven cabra intentaba mantener el equilibrio, la imagen le pareció graciosa, intentó girar la cabeza, pero el dolor no se lo permitió.

—¡Por Castor y Pólux, este es el destino que lo dioses me deparan! —exclamó, se tanteó el cuerpo con la única mano que podía mover, el dolor era tan intenso que apenas podía tocarse la herida, no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, había sido una fortuna que no se lo hubiese comido alguna alimaña. Tragó saliva y comenzó a contar —una, dos, tres: ¡Hugh! —Como se imaginaba, tenía dos costillas rotas, la situación era extrema, había que sumarle el hombro dislocado y una gran herida en el muslo que no lograba ver. Volvió a respirar hondo, estiró la mano, Quinto Fabio se retorció de dolor, la herida era peor de lo que pensaba, la funda del pungió se le había clavado en el muslo, intentó relajarse, por primera vez sintió miedo; dio una breve mirada alrededor, Tormento caminaba errático junto a él, sonrió, no todo estaba perdido, por lo menos no moriría sólo—. ¡Ven pequeño, acércate! —le susurró el Centurión, el caballo lo miró curioso—. Ven, acércate —le repitió un poco más fuerte. Tormento sacudió la cabeza y se aproximó, aún estaba lejos, el Centurión arrancó un poco de hierba y se la acercó al hocico, Tormento dio dos pasos más, ahora lo tenía al alcance de la mano, estiró el brazo y le acarició la

pata, la tomó suavemente y la dobló hacia adelante hasta que el caballo apoyó la rodilla contra el suelo, luego le golpeó suavemente el lomo y Tormento se acostó. Quinto Fabio se sintió satisfecho, ese truco que le había enseñado de potrillo quizás le salvara la vida.

El sol había cruzado las cimas, los rayos calentaban sus protecciones haciéndolo sudar en exceso, debía beber o se deshidrataría, estiró la mano sobre el lomo del animal alcanzando la vejiga de agua, se la acercó a la boca y bebió muy lentamente. Con cada respiración sentía los huesos clavarse en su pecho, tras un breve descanso, se volvió a estirar para coger la capa que llevaba colgando de la montura. El esfuerzo fue tan feroz que pensó que se desvanecía nuevamente. Tormento, como si entendiera, rodó levemente permitiendo que Quinto Fabio no se esforzara tanto; sentía el aliento del animal en la cara, expulsó una gran bocanada de aire, mordió la capa y la rajó. Rodeó la pierna con la tela y comenzó a oprimir hasta sentir que la sangre disminuía su flujo, arqueó la columna y levantó la pierna para poner el cuchillo debajo de su pierna; el muslo le latía tan fuerte que lo sentía en la sien, cerró los ojos y pensó en dejarse ir—. ¡Esta no es forma de morir de un legionario! —gritó, juntó coraje, tomó la funda clavada con fuerza y la arrancó bruscamente; luego un gran grito, la falta de aire y la oscuridad.

Alana caminaba agazapada tras los pasos de dos crías de zorro, llevaba rato tras ellas, sería una buena cena y la piel quizás la podía intercambiar en algún poblado por comida. Estiró el arco apuntando con mucha cautela, las nuevas flechas funcionaban bien a corta distancia, contuvo la respiración y... un grito desolador retumbó en la ladera. La cría miró asustada y escapó rumbo a la madriguera, Alana se lanzó al suelo, escondiéndose entre los arbustos, el corazón le latía desbordado, intentó estirar la cabeza, pero no veía nada. «¿Qué hago?», pensó, estaba confusa, lo único que sabía era que ese grito no era de un animal. Se arrastró como pudo en dirección contraria, llevaba las manos y piernas llenas de barro, se colgó el arco en la espalda y comenzó a gatear por el lodo, no estaba dispuesta a ponerse en peligro una vez más, una sensación extraña le revolvió las tripas. Como un raro presagio las ramas comenzaron a agitarse, el viento iba en aumento arremolinándole los cabellos, las cimas de los abedules se inclinaban hasta casi partirse. «Tengo que mantener la calma», pensó, dos quebrantahuesos levantaron vuelo de forma errática, golpeándose entre sí, se elevaban a gran altura y caían en picado girando sobre sí mismos. Alana continuaba la huida asustada. Un abedul alto como una colina se inclinó tanto que el tronco se partió, bloqueando la huida, sentía el corazón reventar en el pecho, cogió el amuleto que la protegía y cerró los ojos.

«¡Escucha el bosque, él te protegerá, observa los animales ellos te guiarán!», las palabras del anciano volvían a su cabeza. «Esto es una señal», pensó, «¡El bosque me habla!». Alana juntó valor y lentamente retrocedió hasta donde estaba. Miró el cielo una vez más, el sol comenzaba a aparecer cubierto tras espesas nubes negras, el viento antes violento, se transformaba en una fuerte brisa invernal.

—¡Por lo visto esto es lo que quieres! —dijo, mirando al firmamento, se agachó e introdujo la cabeza dentro del arbusto de moras silvestres, se arrastró ágilmente hasta desembocar junto a un gran tronco caído, estiró la cabeza y agudizó la vista.

Un soldado extranjero yacía acostado junto a un caballo, las hojas caían lentas como lluvia formando un colchón sobre la tierra fértil, le pareció una imagen hermosa, respiró profundo, desde la distancia no podía ver si estaba muerto, se recogió el cabello que le impedía ver bien, cerró los ojos, apretó el amuleto y pidió a sus ancestros que la protegieran. La tormenta había amainado considerablemente, eso la tranquilizó. Se acercó agazapada a un arbusto próximo, desde allí podía verlo bien, el soldado llevaba armadura, el arco era inútil, tanteó la daga y se aproximó a Tormento que se había puesto de pie nervioso.

—¡Tranquilo! —le susurró estirando la mano, tras dos largas zancadas y varios cabeceos, el caballo le ofreció el hocico.

Otra vez el sol volvía a brillar con más vigor. Quinto Fabio respiraba de forma lenta y pausada, estaba cubierto de hojas casi en su totalidad, la herida en la pierna dejaba una gran aureola roja sobre la tierra, pero ya no sangraba. Alana se acercó rápida, cogió la espada del soldado y la escondió bajo una rama, tuvo el instinto de volver a huir, pero sentía que su lugar estaba allí. Miró al firmamento en busca de otra señal, pero los dioses habían sido bastante claros; bufó desconsolada. Con mucha cautela retiró las hojas del cuerpo y examinó la coraza, nunca había visto una y quitarla le llevó bastante tiempo. Revisó las pertenencias en busca de algo que pudiera ser útil, vertió agua en las manos y se las lavó, siempre era lo primero, sacudiéndose las gotas volvió a acercarse a Quinto Fabio que respiraba con más dificultad.

—Déjame ver qué tienes —dijo dulcemente colocando una manta bajo la nuca, con un movimiento ágil, le rajó la túnica hasta la cintura dejando entrever el pecho fuerte y curtido; Alana lo miró curiosa, a pesar de la edad, Quinto Fabio era un hombre apuesto y musculoso. Estiró las manos y comenzó a palpar la zona morada, nunca había tocado a un hombre, el brillo del sudor en su cuerpo y las viejas cicatrices le parecieron atractivas. Era un guerrero, lo que toda mujer anhelaba y como tal tenía la obligación de curarlo como mandaba la tradición de su pueblo, se secó el sudor con el brazo, bebió un poco de agua y continuó bajando hasta el estómago y luego un poco más, la sensación le pareció placentera. Se le acercó al oído,

—¡Tienes dos costillas rotas, guerrero y el hombro dislocado! Es doloroso, pero tiene solución, si me permites curarte intentaré no hacerte daño— dijo. Quinto Fabio, aún inconsciente, movió la cabeza lentamente. Tormento permanecía cerca pastando, la presencia de la joven lo había tranquilizado.

Alana le examinó la herida de la pierna sin tocarla, a pesar de que alguna vez había ayudado a su madre a curar a los guerreros, está herida la venía muy grande, cogió la poca agua que quedaba y la echó en la llaga, luego con ayuda de un trozo de tela, la limpió con mucho cuidado.

—¡Ahora vuelvo! —dijo la joven adentrándose en la arboleda.

Alana corría entre los arbustos esquivando rocas y ramas, quería llegar lo antes posible junto a Ixo, lo había dejado atado cerca del bosque.

De camino al campamento se detuvo a coger unas plantas de Ulmaria, que según los druidas purifican y ahuyentan las fiebres y unas raíces de anémonas para las heridas, eran raras y pocas veces se encontraban juntas. Ixo permanecía inquieto, agitando la cabeza, el no poder moverse le ponía nervioso, Alana recogió sus pertenencias, desató al caballo y lo montó de un gran salto. Ixo lo agradeció sacudiendo la cabeza.

Cuando volvió, a pesar del calor, Quinto Fabio estaba tiritando, como era usual con este tipo de heridas, las fiebres comenzaban a atacar. Alana se arrodilló pesadamente, lo cubrió con la piel de oveja y encendió una pequeña hoguera para mantenerlo caliente.

—Te pondrás bien —le susurró no muy convencida. Acercó el rostro a la herida, la olió. y por fortuna los tumores no habían aparecido. El murmullo de un tejón royendo una rama, le distrajo, empañó la manta y le humedeció los labios. Cogió el cuenco de la hoguera, esparció el contenido sobre una roca y amasó la pasta, la mezcló con raíces de jengibre, le vertió agua tibia y la dejó enfriar. Alana respiró hondo, esta era la parte que menos le gustaba, se le acercó al oído y en voz dulce le dijo—: Esto te dolerá un poco —Cogió la plasta y la apretó sobre la herida de la pierna, Quinto Fabio se retorció nervioso hasta quedar nuevamente inconsciente.

En las siguientes horas Alana aprovechó para descansar, reabastecerse de agua y bayas silvestres. Tenía que trazar un plan, no podía dejarlo morir, pero tampoco irse con él. Unas

grandes nubes taparon el sol que comenzaba su descenso, en poco tiempo la temperatura bajó considerablemente y si comenzaba a llover pasarían mucho frío. A Alana no le gustaba la posición en que se encontraban, quietos y sin protección natural, estaban demasiado indefensos.

Tomó la espada que había escondido y la examinó lentamente, era mucho más pequeñas y ligera que la de sus guerreros, la acarició con los dedos, blandeándola de un lado al otro, ¿cómo era posible que una espada así podía causar tantas bajas entre los suyos? Alana arqueó los hombros dubitativa, se quitó la manta y comenzó a practicar unos movimientos que su padre le había enseñado.

—Si te mueres, me la quedo —dijo esbozando una sonrisa, nadie podrá negar que yo también he matado a un soldado romano, aunque esa no fuera la intención. Aferró la espada de la punta y la lanzó ágilmente contra el tejón que continuaba absorto en su rama, la espada surcó el aire envenenada, el golpe fue tan brutal que el animal dejó de moverse al instante. Alana dio un gran salto de alegría y corrió a coger su presa. —¿Ves amigo? —dijo mirando a Quinto Fabio—. Tu espada y yo ya nos conocemos, mejor que te pongas bien si no quieres que me quede con ella.

El sol comenzaba a esconderse detrás de las altas cimas, augurando lo que sería una noche larga y fría. El rocío y la gran humedad hacía imposible volver a encender el fuego, Alana hizo un gesto molesto, esta noche tendrían que dormir a la intemperie, pero mañana al alba buscaría un refugio más seguro. Las estrellas envolvían el firmamento de un azul negro fascinante, la luz de la luna se reflejaba en la montaña alumbrando la noche mucho más de lo habitual. «Por lo menos lo veremos venir», se consoló la joven, ató un caballo a cada flanco como sebo. El cansancio comenzaba a mellar su ánimo, era inútil intentar permanecer despierta, fabricó un improvisado cojín y se recostó junto a Quinto Fabio que estaba cubierto con ambas pieles. Alana se arrimó hasta rozarse con él, la piel cálida y curtida le propició una extraña sensación, la noche era gélida y sin sus pieles sería muy larga, respiró hondo y se arrimó un poco más, alzó la cabeza hacia el Centurión. —¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Cuál es tu historia? —Sentía su aliento en la cara, a pesar de la situación, se sintió segura.

La luna continuó brillando creando un gran manto de luz, Alana apenas había conciliado el sueño, la mezcla de sensaciones y el frío se lo impedían.

Metió la mano por debajo de la piel y le tocó el pecho, a pesar de estar caliente seguía tiritando. —Quizás sea incómodo por las heridas, pero nos ayudará a mantenernos calientes —le dijo, se puso de pie y se quitó el vestido de un sólo movimiento, la ropa se deslizó sobre su piel quedando amontonada a su lado. Estaba desnuda, como una gran ofrenda a los dioses; las estrellas iluminaban su piel blanca y sus pecas rojizas se fundían como una gran continuación del firmamento. El graznar de un búho surcó el aire. La joven apartó las mantas con cuidado y se recostó sobre Quinto Fabio, intentado no presionar sus heridas demasiado. Él se movió lentamente, relajando los brazos. Los cuerpos desnudos se fundían en uno sólo, apoyó la cabeza en el pecho del soldado y sintió su aroma embriagador. La calidez del cuerpo recorrió todo su ser envolviéndola con sus manos aún frías.

## *Frontera con la Galia*

## Capítulo IX

### La emboscada

Ovidus apenas podía respirar, se limpió el barro del rostro y continuó arrastrando a Kaeso colina abajo, las nubes cubrieron el sol y una brisa leve le acarició la cara magullada, se frenó un instante a mirar a su compañero inconsciente, tenía un gran corte en la frente que aún sangraba y una herida a la altura del hombro. —Si no nos aniquilan, te pondrás bien amigo —dijo Ovidus no muy convencido—. Lo siento — agregó, y lo lanzó rodando colina abajo, Kaeso descendía rebotando entre las piedras y el lodo. Ovidus alzó la vista en busca de enemigos, pero no los seguían, juntó coraje y se lanzó detrás de Kaeso que aún rodaba por la colina. El legionario impactó bruscamente sobre una rama, deteniéndose a metros del precipicio, Ovidus estaba totalmente magullado, intentó recuperar el aliento y se deslizó hasta su compañero un poco más abajo. El impacto contra la rama le provocó otra brecha en el rostro, Ovidus esbozó una sonrisa —. Esta herida es culpa mía, si logramos volver, te compensaré en la taberna —le dijo dándole un golpe en el pecho, recuperó un poco el aire y lo enterró entre ramas secas, barro y hojas—. Aquí no te encontrarán, intenta no moverte, volveré pronto amigo —y se marchó.

Gaius corría desesperado entre los matorrales colina abajo, le seguía de cerca un guerrero galo alto como una montaña, el legionario lo miró de reojo y continuó corriendo, poco tenía que hacer con semejante bestia estando desarmado. El impacto del ataque había sido tan rápido y brutal que la mayoría de los legionarios no había podido coger sus espadas, algunos habían muerto antes de saber qué había pasado. Gaius continuaba corriendo intentando desprenderse de la coraza, volvió a mirar al galo que le reducía la distancia rápidamente. El legionario continuaba el descenso frenético entre salto y salto, buscando alguna herramienta para defenderse, no iba a regalar su vida, no era propio de él.

En el instante que logró desprenderse de las protecciones, estas se le enredaron en la túnica haciéndole tropezar, Gaio dio un par de volteretas impactando con una gran roca, cuando finalmente logró ponerse en pie, tenía al guerrero galo blandiendo la espada y aullando como un lobo frente a él. La escena era aterradora, el gigante disfrutaba su momento, tenía una presa fácil y quería saborearla, Gaius cogió la armadura y se la enredó en el brazo a modo de escudo, tomó un gran palo intentando mantener al guerrero a raya. El gigantón se movía de lado a lado con una gran sonrisa, le gritó una palabra que no logró entender y lanzó una estocada que lo hizo caer varios metros. El impacto en la coraza fue tan brutal que pensó que le había partido el brazo.

—Sí que eres fuerte —balbuceó Gaius. El guerrero bajó la espada y se aproximó acariciándose su largo bigote rubio, tenía una gran cicatriz en el pómulo que no le permitía abrir el ojo derecho del todo. Gaius respiró hondo, estaba jugando con él, lo quería ver sufrir. El legionario soltó la coraza y dio dos pasos hacia atrás arrastrándose con el culo, por primera vez en tantos años, sintió miedo, el guerrero Galo vio el pánico en los ojos del legionario y alzó la espada para rematarlo—. ¡Venga bastardo! —gritó Gaius, ofreciéndole el cuello—. ¡Los legionarios no tememos a la muerte! ¡Roma o muerte! ¡Roma o muerte! —repitió. El galo lanzó un grito atronador, el legionario cerró los ojos por reflejo y se entregó a Marte. Tras un interminable instante de espera, Gaius los volvió a abrir.

Ovidus se encontraba sentado sobre el cadáver del galo con una enorme sonrisa en la boca, le había atravesado la garganta con el punjío, el galo que no lo había visto venir, aún se esforzaba en respirar entre espasmos y largos borbotones de sangre. Gaius lanzó una gran carcajada.

—Esto te va a salir muy caro —dijo Ovidus extendiéndole el antebrazo.



—Ven, vamos a matar bárbaros —respondió Gaius viéndose renacer. Ovidus lanzó una carcajada y se marcharon colina arriba.

El espectáculo en el campamento era penoso, los guerreros galos se afanaban a saquear entre risas los cuerpos de sus compañeros caídos, sólo el Nubio permanecía vivo, arrodillado junto a la pared. Ovidus juntó valor y se arrastró entre los pastizales para no ser visto, Gaius lo imitó. —¿Qué hacemos? —preguntó Gaius dubitativo, sabía la respuesta, un legionario no abandona un compañero en desgracia, Ovidus lo miró y le hizo una señal de silencio.

Crixo caminaba orgulloso entre los cuerpos de los legionarios caídos, había sido una victoria aplastante, la adrenalina corría aún por sus venas. Limpió la espada con el cuerpo de un legionario muerto y le cortó las cuerdas de Vercasivelauno que aún continuaba atado.

—¡Gracias amigo! —respondió este—. Serás bien recompensado —Crixo asintió con un gesto.

—Ya tendremos tiempo de hablar de eso —dijo.

Un guerrero regordete con unos grandes cachetes colorados, se acercó a Crixo, aún estaba agitado. —¿Qué hacemos con él? —le preguntó señalando al Nubio con la espada. Crixo lo miró con desprecio, hizo una mueca queriendo decir que era de poca importancia—. Lo que queráis —dijo. El soldado regordete enfundó la espada y sacó un cuchillo pequeño pero filoso, bosquejó un guiño y se encaminó hacia el legionario negro, no había hecho ni dos pasos cuando una mano musculosa lo sujetó del brazo.

—Vosotros ya os habéis divertido bastante, ahora me toca a mí—dijo Vercasivelauno quitándole el puñal de la mano.

—Como quieras —le respondió el regordete mientras se marchaba en busca de algo de valor entre los cuerpos de soldados muertos.

Vercasivelauno se acercó con pasos lentos hacia el legionario, que no entendía lo que decían, pero que intuía que sería su fin. El galo se detuvo a un palmo del soldado africano y en un latín bastante decente, le recriminó—: No hay nada peor para un romano que un extranjero, y no hay nada peor para un extranjero que ser lacayo de Roma —le alzó la cabeza cogiéndolo de los pelos y presionó el cuchillo lentamente en el ojo, unas gotas de líquido bañaron la daga haciéndolo aullar de dolor. El legionario es vez de amedrentarse, sonrió y gritó—: ¡Roma o muerte! —, presionó bruscamente contra el puñal, hasta causar su propia muerte.

Ovidus, que había visto la escena, le vinieron arcadas, tuvo que controlarse para no vomitar, se secó los labios con el antebrazo y bajó la cabeza hundida. —Era buen soldado —comentó el Optio—, hemos luchado juntos en muchas batallas, era como un hermano, me la pagaré ese hijo de puta.

—Vámonos —le dijo Gaius que se había acercado junto a él—, ha muerto con honor, ha muerto como un legionario.

Ovidus asintió y comenzó a deslizarse colina abajo, hacia Kaeso, que aún estaba inconsciente enterrado bajo las ramas.

## *Bosque de La Galia*

# Capítulo X

## La Traición

Alana se había acercado al arroyo a por un poco de agua, apenas había conciliado el sueño en toda la noche, hundió las manos el agua y se refrescó la cara, bebió un poco y se acomodó el cabello. Se recostó sobre la hierba pesadamente, la noche había sido un sinfín de emociones que no sabía describir, dibujó una enorme sonrisa dejando ver la dentadura blanca como la nieve que aún brillaba en las cimas. Ixo llevaba todavía el camastro atado a la montura, tuvo que utilizar toda su maña para subir al Quinto Fabio y trasladarlo a un lugar más seguro, cerca de un arroyo. El Centurión había dado señas de mejora, pero aún no había despertado.

—Habrà que comer algo —pensó Alana, se acercó al caballo y cogió las últimas dos flechas que le quedaban, estiró el cuello y se adentró por la arboleda en busca de alguna presa, con un poco de suerte una liebre. Echaba de menos la aldea, allí no tenía que preocuparse por la comida, ni por los peligros que la acechaban, estaba su padre que pensaba en ello, bufó profundo y continuó caminando siguiendo la ribera. Se arremangó el vestido y vadeó el río en la zona menos profunda, una zona poco boscosa donde la corriente arrastraba peces de colores vivos. Se detuvo un instante a orinar, antes de reanudar la marcha, los rayos le calentaban la piel augurando una jornada calurosa; había avanzado unos metros cuando el murmullo de una conversación le llamó la atención. Alana se detuvo en seco y se escondió ágil entre los matorrales. Comenzó avanzando agazapada, cuanto más se alejaba del río más clara eran las voces. En un principio pensó en retroceder, pero la idea que fuesen soldados enviados por su padre le animó a seguir. Alana sentía las gotas de sudor caer por su nariz, no tanto por el calor si no por lo nervios, la idea de volver a casa esta vez no le pareció tan absurda. Avanzó unos metros hasta lo alto de la colina, tuvo que hacer uso de toda su pericia para no resbalar, una vez arriba se asomó por un hueco entre dos grandes rocas. El olor a madera quemada y carne asada le pareció familiar, tragó saliva y se recostó para no ser vista.

Crixo estaba sentado junto a la hoguera, tenía un trozo de carne en la mano y un pequeño puñal en la otra, comía ansioso mientras conversaba con un gran soldado rubio. El tono de la conversación le pareció familiar, eran sin duda los guerreros de su padre; Alana sonrió esperanzada, por fin la suerte se ponía de su lado, en pronto podría volver a su casa, sólo el destino incierto de Quinto Fabio le hizo dudar. El resto de guerreros disfrutaban de la comida entre risas, satisfechos de una tarea bien hecha, Alana reconoció a varios de ellos, muchos eran vecinos y otros habían luchado junto a su padre. Ella sonrió entusiasmada, por fin volvería a casa, este viaje desesperado llegaba a su fin.

Crixo cogió el vino y bebió ansiosamente derramándolo sobre la camisa, se limpió con el puño y se lo ofreció al guerrero alto que conversaba con él; cuando se giró para cogerlo Alana lo reconoció de inmediato, ese rostro malvado aún estaba presente en sus pupilas. El pánico la hizo retroceder, ¿Qué hacía el guerrero Averno con él? Alana no podía contener las lágrimas, una sensación de sofoco se apoderó de su cuerpo. Respiró hondo intentando mantener la calma, el guerrero Averno no estaba atado ni lo trataban como enemigo, estaba sentado junto a los guerreros de más alto rango, volvió al hueco intentando entender la conversación.

—Volveremos a la aldea en breve —le dijo Crixo a Vercasivelauno, señalando las montañas —, será aquí cuando necesite tu ayuda. Aviorix, nuestro rey, marchará para la asamblea en breve, ¿sabes lo que significa? —preguntó Crixo serio—. Que no debe llegar a su destino —continuó el guerrero—, y esa es tu misión —Vercasivelauno asintió conforme—. Yo me encargaré de

encontrar a Alana y cuando me despose con ella y el pequeño Breogán muera, seré el auténtico rey y las cosas a partir de ese momento serán diferentes, muy diferentes —agregó.

Alana escuchaba la conversación pálida, ese malnacido estaba tramando un plan para asesinar a su padre y ocupar su lugar; respiró hondo para mantener la templanza. Cogió el arco y comenzó a tensarlo apuntando a la cabeza del guerrero, no iba a ser un tiro fácil, el viento había aumentado y era mucha distancia para esas flechas.

—Que unos guerreros me escolten hasta mi aldea —dijo el Averno—y te prometo que tu rey no llegará nunca con vida a la asamblea. Crixo sonrió satisfecho, por fin después de tantos años su plan estaba en marcha.

Alana destensó el arco y hundió la cabeza en la hierba, las lágrimas rozaban su mejilla, iluminándole el rostro, tenía que avisar a su padre o sería su fin.

Quinto Fabio vislumbró la claridad después de varios días, le dolía todo el cuerpo y lo vivido las últimas noches le pareció una macabra broma de los dioses. Estiró el brazo y se rozó los labios agrietados, tenía mucha sed, necesitaba agua. Echó una mirada rápida alrededor, no tenía claro que había pasado, sólo el sueño de una diosa gala que velaba por él. «¿Cómo he llegado hasta aquí?», pensó, nada le parecía familiar, sólo la presencia de Tormento le reconfortó. Se tomó un instante para juntar fuerzas, arqueó los brazos y se sentó a duras penas apoyándose contra la roca, la punzada le recordó las costillas rotas, se levantó la túnica y comprobó que lo que había parecido un sueño, no lo había sido. El vendaje que le cubría la pierna estaba limpio y por el olor comprobó que había sido tratado de manera correcta. «¿Qué está sucediendo aquí?», se preguntó, apoyó la cabeza en el muro, estaba mareado, el dolor que le asolaba le hizo vomitar lo poco que tenía en el estómago.

—No te levantes —le dijo Alana con un gesto amable, todavía estaba asustada y el miedo se le reflejaba en el rostro. La diosa gala que lo protegía en sueños era real, Quinto Fabio atinó a buscar la espada, pero la herida se lo impidió—. No te esfuerces, aún no estás curado —le repitió la joven tocándole el hombro. Quinto Fabio le sujetó con fuerza el brazo y le pidió agua, señalándole la vejiga que llevaba en la espalda. Alana a pesar de no entender latín, comprendió enseguida y se la acercó. El cielo se había despejado considerablemente y las nubes que amenazaban una fría jornada, habían desaparecido permitiendo al sol brillar con intensidad.

Quinto Fabio cerró los ojos exhausto, el esfuerzo había sido demasiado, tras un breve instante de respiración agitada, volvió a caer en un sueño profundo; Alana lo sujetó de la cabeza y lo volvió a recostar sobre la cama de hojas. Pocas veces había sentido tanto miedo, se sentó junto al Centurión y le sujetó la mano con dulzura—. No te abandonaré a tu suerte —dijo entre lágrimas—, sé que los dioses nos han unido por algún motivo y debo corresponderles —Alana se secó las lágrimas, le miró y dijo —: No podrás acompañarme en mi viaje, te dejaré en la primera aldea bajo el control romano, seguramente las monedas de plata que llevas, te garantizarán tu estada hasta que alguna patrulla te rescate, yo afrontaré mi destino y el de mi gente —Acercó su rostro al del soldado y lo besó con dulzura.

## *Campamento romano*

## Capítulo XI

### Un rehén de importancia

—¡Tienes que comer algo! —le reprochó Acacius a Breogán que permanecía recostado junto a la hoguera, dio dos pasos y le acercó la bandeja con algo de fruta y un trozo de liebre que había sobrado de la noche anterior. Breogán se giró dándole la espalda, estaba enfadado, llevaba días así.

—Soy hijo de un rey y un gran guerrero, ¿no me podéis tratar como un niño! —Acacius esbozó una gran sonrisa.

—Sé que eres un gran guerrero, pero si quieres llegar a rey, tienes que comer y ponerte fuerte —Breogán se sentó sin mirar al griego, cogió una manzana de la bandeja y la mordisqueó. Las velas dibujaban la silueta fina y alargada del pequeño contra la tienda—. Yo algún día seré rey y tú seguirás siendo un esclavo —respondió el pequeño. Acacius asintió.

—Eso es verdad —respondió—, para mí es un honor tener de amigo un futuro rey —Breogán lo miró con el rabillo del ojo, nunca lo habían llamado rey, y eso le hizo sentirse importante.

—¿Hasta cuándo tengo que estar aquí prisionero? —preguntó de manera más conciliadora, Acacius se acercó y le acarició la cabeza.

—Sabe que eso no lo decido yo, majestad, pero no se preocupe, apenas sepa algo, se lo informaré a la brevedad —respondió haciendo una reverencia un poco exagerada. Breogán lanzó una gran carcajada, llevaba semanas en compañía de Acacius y se había encariñado.

El pequeño se puso de pie y cogió una espada de madera, la blandió en el aire, imitando el bramido de los soldados galos. La puerta de la tienda se abrió de repente cegándole, continuaba aullando como un guerrero, una gran silueta apareció desenfundado la espada, dio dos pasos largos hasta Breogán y lanzó una estocada. El pequeño sorprendido dio un paso hacia atrás, alzó la espada y bloqueó el ataque, el impacto lo hizo caer de culo, entre las risas de Acacius y el improvisado atacante.

—Vas mejorando gran guerrero — lo felicitó el soldado enfundando la espada. Breogán que aún permanecía sentado en el suelo humillado, respondió:

—Si tuviera una gran espada como la de mi tribu, te enterarías — Ambos comenzaron a reír, el guardia se acercó y le dio la mano para ponerse de pie.

—Si Acacius te da permiso, continuaremos con las clases de esgrima esta tarde —Breogán miró al esclavo en busca de aprobación, entusiasmado. Acacius no tuvo tiempo de responder cuando la puerta se abrió nuevamente, la silueta del Titus se vislumbró entre los rayos.

—¿Qué sucede aquí? —gritó el Optio fulminando con la mirada al guardia—. Esto es intolerable —continuó—, el bárbaro es un prisionero y debéis tratarlo como tal, las órdenes fueron claras. El silencio se apoderó de la sala, Breogán intentó intervenir alzando la espada de madera de forma amenazante, pero una patada del Centurión lo lanzó bruscamente contra la mesa. El pequeño se puso de pie de inmediato desafiante. El golpe le había producido una brecha en la frente que apenas sangraba, aun así, no se amedrentó, estaba nervioso e intentaba contener las lágrimas. Titus desenfundó la espada y se la presionó contra el cuello, provocándole otra pequeña herida—. Te ensartaré como un cerdo, si me vuelves a amenazar, ¡escoria! —agregó. Acacius bajó la cabeza, sabía que al pequeño lo necesitaban vivo, pero él no correría la misma suerte si intervenía. Titus estaba colérico, era sabido su odio a los galos, era de la idea que niño bárbaro algún día sería una amenaza—. ¡Llevalo a las mazmorras y reducidle las raciones a la mitad, ya verás cómo se le quitan las ganas de desafiarme! —El guardia, golpeándose el pecho cogió al

pequeño de la muñeca y lo arrastró hacia la puerta.

Rómulo estaba nervioso, revisaba la lista de avituallamiento una y otra vez, eran demasiados números y no se podía concentrar, había mandado a buscar a Titus, pero aún no había aparecido. Se sirvió una copa de vino y bebió lentamente, aquella mañana una patrulla que volvía del norte, había encontrado dos caballos que pertenecían a los hombres de Quinto Fabio, no había rastro de ellos y eso le preocupaba. A pesar de la rivalidad con el Centurión lo consideraba un buen soldado. La puerta se abrió dejando entrever los penachos del Optio.

—¿Me ha mandado a buscar, señor? —preguntó Titus poniéndose firme.

—Sí, siéntate —respondió Rómulo sirviéndole una copa, el rostro serio delataba la gravedad de la situación—. Me llegaron informes del norte —comenzó el Primus Pilus—, y no son buenas noticias —Titus lo miraba curioso—. Las tribus del norte se están organizando, según los informes están armando un frente en común y no nos pondrán las cosas fáciles —dijo Rómulo bebiendo otro gran sorbo—. El Cónsul llegará este mes para preparar la campaña de verano y necesitamos un informe real de la situación.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el Optio incómodo.

—Necesito más datos —respondió el Centurión—, y que nuestras redes de espías muevan el culo, quiero saber qué tribus están con nosotros y cuáles no, necesito saber con cuántos hombres cuentan y cuáles son sus intenciones —dijo y se acomodó el cabello humedecido por el calor—. Confío en ti Titus, no me decepciones.

—¡Sí, señor! —respondió el Optio mientras se ponía de pie.

—Algo más —agregó—. Quinto Fabio y sus hombres han desaparecido, se comenta que pudieron caer en una emboscada, organiza una patrulla que salga en su búsqueda, sé que el Centurión no es de tu agrado, pero es un buen soldado y los necesitamos a todos y a cada uno.

—Así se hará —respondió Titus, dio media vuelta y se marchó.

La noche estaba fresca, un grupo de guardias reían junto a una hoguera cerca de la puerta principal, Acacius se puso la capucha y se encaminó entre las tiendas de la X legión, era muy conocido y no quería ser reconocido. Las estrellas iluminaban el camino, haciendo que no fuera necesario el uso de una antorcha; se acomodó la capa y se tanteó el puñal que llevaba en el cinturón. Caminó entre las tiendas como un fantasma, dobló en el foro y se acercó a las mazmorras. El edificio de adobe estaba poco vigilado, un guardia dormitaba sentado junto a la puerta de acceso, llevaba la espada envainada y la lanza en la mano, al oír los pasos abrió los ojos y se puso de pie, Acacius lo reconoció de inmediato.

—¿Quién anda ahí? —gritó apuntando con la lanza, Acacius se acercó y se quitó la capucha para ser reconocido, metió la mano en la bolsa y cogió dos monedas de plata.

—Necesito hablar con el prisionero —dijo el esclavo lanzándole las monedas, el guardia que aún no se había espabilado, se guardó las monedas y agregó:

—Te doy diez minutos, no quiero terminar yo ahí dentro —Acacius asintió.

El chirrido de la puerta despertó a Breogán que dormía acurrucado intentando mantener el calor. Las órdenes de Titus habían sido, media ración y nada de mantas, quería dar buena lección a sus soldados y era sabido el odio hacia las tribus. El esclavo se acercó lentamente, Breogán que no lo había reconocido, se arrastró contra la pared esperando lo peor, Acacius se quitó la capucha para que lo pudiera ver.

—¿Tienes hambre? —preguntó Acacius. El pequeño afirmó, apenas había comido en todo el día, el esclavo sacó de la bolsa un pan y un trozo de queso, el pequeño no dudó y comenzó a comer desesperadamente—. ¿Te tratan bien? —preguntó el esclavo. Breogán encogió los hombros.

—Tengo mucho frío —dijo escupiendo trozos de queso. Acacius se quitó la capa y se la acercó, Breogán la cogió agradecido y se la colocó en la espalda. Le aconsejó esconderla para no meterse en problemas. Acacius se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Me tengo que ir, no nos pueden ver juntos, volveré pronto, intentaré sacarte de aquí.

—Gracias —respondió el pequeño. Acacius le sonrió y se marchó.

Titus estaba formado junto a sus hombres en la puerta Pretoria, tres turmas de caballería lo acompañaban, noventa hombres elegidos personalmente por él y de su máxima confianza, al Optio no le gustaba dejar las cosas al azar. Las órdenes eran formar una red de informadores detrás de las líneas enemigas, preparar un informe exhaustivo de la situación, y enviar una patrulla en busca de Quinto Fabio y sus hombres, esto último, a pesar de la insistencia de Rómulo, no iba a ser su prioridad. Odiaba al Centurión y no arriesgaría la vida de ninguno de sus hombres por ese bastardo, además ansiaba su puesto. La mañana se preveía calurosa, sacó un pañuelo y se secó el sudor, hizo una señal y un legionario se acercó al galope.

—¿Sabes lo que hay que hacer con el niño? —preguntó sin esperar a que se detuviera.

—¡Sí, señor! —respondió el soldado.

—Confío en tu discreción.

— ¡Así se hará! —respondió el legionario.

Tito se acomodó el casco, acarició el caballo y dio la orden de partir, una vez más la maquinaria de guerra Romana se puso en marcha.



## *Bosque de la Galia*

## *Capítulo XII*

### Tras el rastro de Alana

Bajo un manto de nubes Alana continuaba la marcha, había tenido que cruzar el río y la fuerte corriente de deshielo le había dificultado el paso, aun así, no se atemorizó. Durante la tarde, había sujetado el camastro a ambos caballos para facilitar la marcha, ella los guiaba caminando. Quinto Fabio permanecía dormido, recostado entre ambas bestias, el calor le empapaba el rostro haciéndolo sudar más de lo conveniente. Alana estaba exhausta, desde su partida, había perdido mucho peso y las marcas de la travesía hacían mella en su cuerpo, aún así, no había perdido esa belleza salvaje de una guerrera gala.

El plan era sencillo, había que alejarse lo máximo posible del campamento de Crixo, rodear las colinas evitando el bosque y continuar hasta la aldea más cercana, después de allí, realizar el mismo camino que a la ida hasta su aldea. El estómago le crujía, los acontecimientos de aquella tarde no le habían permitido cazar, Alana suspiró asustada, pensó en detenerse e intentar pescar algo aprovechando la zona poco profunda, pero el miedo a encontrarse una patrulla le hizo desistir, conocía sus soldados y lo normal era que los jinetes patrullaran los alrededores del campamento en varios grupos. Se detuvo un instante a verificar que nadie la seguía, a lo lejos entre las colinas una pequeña humareda delataba el campamento de Crixo, que todavía no se habían puesto en marcha, la joven suspiró inquieta, aún estaban cerca, la noche iba a ser larga.

Tras varias horas de marcha, Tormento caminaba con dificultad, Alana no se había percatado de la cojera del semental, la caída había sido dura y no era raro que el animal estuviera herido también, desplazó la carga a Ixo que, al estar más fresco, la trasportaba con más facilidad. Se alejó del camino unos metros, tenía que comer algo y lo único que le ofrecía la naturaleza era amargas bayas silvestres, se arremangó el vestido y lo llenó de frutos maduros, había que conformarse con lo que le ofrecía la diosa madre, por lo menos, no morirían de hambre.

Los centinelas galos se habían alejado bastante del campamento, patrullaban en busca de alguna unidad Romana, no era raro que enviaran varios contingentes en direcciones distintas, la orden de Crixo había sido clara, patrullar el perímetro del campamento en turnos de dos horas, verificar los caminos y sobre todo la ladera de la montaña.

Los centinelas habían partido hacía rato, tras verificar la montaña se adentraron con mucha precaución en el bosque cabalgando con lentitud, estaban exhaustos, el cambio de guardia les vendría bien. El humo de la hoguera se alzaba distante detrás de la colina, el guerrero regordete sonrió satisfecho, ya estaban cerca, finalmente podrían comer algo y descansar.

Se encaminaron por un estrecho sendero repleto de plantas con grandes espinas puntiagudas, tras una larga serie de insultos y maldiciones, el guerrero por fin vio la claridad. Un gran árbol se alzaba entre un largo colchón de hojas, el guerrero frunció el ceño con preocupación algo no iba bien, hizo una señal al compañero, desenfundó la espada y descendió del caballo sin hacer ruido. Habían encontrado un campamento abandonado y por el calor de las brasas se habían marchado hacía poco. El guerrero más alto con una gran barba tupida, imitó a su compañero y desmontó desenfundando su gran espada.

—¡Romanos! —dijo el guerrero rechoncho, señalando la armadura abandonada y está herido —agregó clavando la espada en un sucio vendaje húmedo. Ambos se miraron con desconcierto, tras revisar dos pequeños cuencos, un trozo de tela y un broche del cabello, llegaron a la conclusión que los acompañaba una mujer celta.

El galo se arrodilló y examinó el terreno con precaución, examinó los restos de comida y

contó las huellas—¡Dos caballos! —dijo señalando las marcas en el fango, por la pisada uno cojea.

—No va a ser difícil dar con ellos —respondió el compañero. El guerrero se puso de pie y caminó hacia el árbol, se volvió a arrodillar y examinó las pisadas.

—¿Sabes lo más raro? —agregó—. Las únicas pisadas son de mujer —Ambos se miraron extrañados—. ¿De quién es la armadura?

—Tenemos que informar al capitán a la brevedad, nos llevan menos de media jornada de ventaja —El guerrero barbudo, que se estaba impacientando, dio un gran salto sobre el caballo y reanudó la marcha sin esperar a su compañero.

Alana continuó la ribera, hasta los pies de una pequeña y redondeada colina, el manto verde se desplegaba más allá de lo que alcanzaba la vista, ató los caballos a un viejo abedul y se acercó a examinar a Quinto Fabio que había abierto los ojos y la miraba con sorpresa—. Te pondrás bien —dijo la joven—, eres un guerrero fuerte —Quinto Fabio balbuceó unas palabras que se perdieron con el chirrido de las aves—. No malgastes tus fuerzas, las necesitarás —dijo la joven acariciándole la frente. Se acercó al árbol y arrancó una rama repleta de hojas, se alejó hasta el río y retrocedió borrando las huellas de los animales, no los iban a rastrear con tanta facilidad o por lo menos eso creía ella. El sol había comenzado su arco descendente, en poco oscurecería, las nubes habían desaparecido dejando entrever una gran luna—. Con un poco de suerte podremos continuar la ruta bajo la luz de la noche —le dijo Alana mientras reanudaba la marcha.

Crixo escuchaba a sus guerreros con mucha atención, algo no usual en él, entre frase y frase daba una mirada furtiva a los objetos que habían traído, la suerte no lo había abandonado, si la diosa de la fortuna le sonreía podía ser Alana y eso significaría adelantar el plan de manera considerable. Meditó un instante la situación, miró cauteloso a sus guerreros.

—Tú y tú —dijo a dos soldados que se habían recién despertado—, seguid los rastros de los caballos a la distancia, intentad no ser vistos e informadme de su posición cada dos horas. Tú y tú —agregó señalando a los soldados que habían encontrado el campamento— volved al bosque y verificad que no haya más patrullas, no os alejéis demasiado, sólo lo suficiente para asegurarnos de que estamos solos—. El centinela regordete suspiró afligido, se le escapaban las esperanzas de poder descansar. Los soldados convinieron, ensillaron los caballos y se marcharon a la brevedad. Sin esperar orden alguna, el soldado de más alto rango, un celta con el torso pintado de azul turquesa, comenzó a dismantelar el campamento; entre patadas e insultos, ordenaba la tropa, que aún estaba aturdida tras una noche de excesos.

Crixo bebió un poco de agua y se lavó el rostro empapándose la camisa, permaneció un instante en silencio y señalando a Vercasivelauno, agregó —: Partirás ahora mismo con varios de mis hombres hacia tu aldea, ya conoces tu misión. Seguid el camino rápido y deteneos lo imprescindible, como falles te despellejaré personalmente —el guerrero rubio concedor del mal humor de Crixo, asintió y comenzó a preparar el viaje.

## *Aldea de Brigoles*

## *Capítulo XIII*

### La muerte de un rey

Los primeros relámpagos centelleaban detrás de las colinas iluminando el humo de las chimeneas, transformándolos en fantasmas de un amarillo blanquecino; el joven mozo alzó la cabeza y permaneció un instante contemplando el vuelo majestuoso de un águila, como un mal augurio, el ave levantó vuelo errático y comenzó su rápido descenso en busca de su incauta presa, rápida y mortal atacaba, pero esta vez la víctima fue más rápida en su mordisco fatal. Ahí yacía el águila con la serpiente aún en sus garras, dando sus últimos movimientos y sintiendo el veneno correr por sus venas. El joven mozo cogió la rienda del gran semental hispano y continuó su marcha hasta el centro del poblado. Aviorix continuaba dando órdenes a sus guerreros, bajo la atenta mirada del consejo de ancianos. Llevaba su armadura de gala y la espada ceremonial en la cintura. El mozo se quedó contemplando, a pesar de la edad, era un hombre fuerte, aún podía batir a cualquiera en un duelo, y verlo así vestido, imponía respeto.

—¡Volveré en unas semanas! —gritó Aviorix para hacerse oír entre la muchedumbre.

—¡Continuad con las patrullas por el bosque, cualquier problema, no dudéis en enviar unos jinetes en mi búsqueda! —El joven mozo le entregó las riendas de Alabastro; Aviorix le acarició el hocico y lo montó de un salto certero. Veinte de los mejores jinetes, hijos de las familias más influyentes de la tribu, partían hacia Gergovia al mando de su rey, allí se iba a decidir el futuro de su pueblo y él debía estar presente. Miró el cielo en busca de algún presagio, dos gotas frías impactaron en su frente y luego otras dos, sacudió la cabeza y comenzó su camino. Flanqueados por los niños y mujeres de la aldea, la casta del ejército, comenzaba sin saberlo su último gran viaje.

Cuanto más se alejaban, más se oscurecía el cielo, el resplandor iluminaba de a ratos las siluetas de las montañas tras el horizonte, un viento frío soplaba del norte sacudiendo las cimas más altas de los árboles, Alabastro seguía su lenta e hipnótica marcha hacia la tormenta.

Aviorix se acomodó la capa y se colocó la capucha, iba a ser un viaje bastante largo, respiró profundo algo nervioso, tenía una sensación extraña, una sensación de desarraigo que no había sentido nunca. Tras media jornada de marcha, los caballos cabalgaban con el fango hasta las rodillas, lo que aparentaba una borrasca primaveral se había convertido en una gran tormenta eléctrica, entorpeciendo el tránsito por el monte, Alabastro cabalgaba nervioso, sacudiendo la cabeza entre trueno y trueno, Aviorix le acarició la crin suavemente y el semental parecía relajarse.

El rey iba en vanguardia, alzó la vista en busca de orientación, necesitaba guiarse, la cantidad de agua vertida apenas le permitía ver a unos pocos metros, se quitó el casco que le incomodaba, estaba completamente empapado, se acomodó el cabello y silbó para hacerse oír entre sus camaradas.

—¡Tenemos que buscar refugio! Con esta tormenta apenas podemos seguir la ruta y los caballos necesitan descansar. El impacto del agua en las ramas era tan ensordecedor que la mayoría de los jinetes tuvieron que hacer caso a su instinto para descifrar las palabras de Aviorix. La búsqueda del refugio no le fue fácil, demoraron horas en encontrar una pequeña cabaña, utilizada por los pastores cuando la nieve les apremiaba.

Uno de los jinetes más jóvenes fue el primero en entrar espada en mano, estaba desierta, por el estado llevaba tiempo sin presencia humana, a pesar del agua que se filtraba entre el techo y las paredes parecía un buen refugio, por lo menos no pasarían tanto frío.

Aviorix se quitó la armadura y ordenó que encendieran una hoguera, habían tenido suerte y aún había algo de leña seca, el rey estaba completamente empapado, miró a un soldado que acababa de entrar y ordenó:

—Descansaremos en turnos de dos horas, vosotros dos permaneceréis con los caballos haciendo la primera guardia, ya no estamos en territorio seguro, estad atentos, en eso les va la vida.

—Sí, señor —respondió y se marchó por donde había venido.

La luz impetuosa de los relámpagos se filtraba por una pequeña abertura, iluminado la habitación a ratos, los soldados estaban nerviosos, sólo algunos lograron conciliar brevemente el sueño, el resto charlaba amenizando la tarde con un poco de carne seca. Aviorix permanecía sentado en silencio frente a la puerta, tallaba un pequeño caballo con un afilado cuchillo, estaba absorto en sus pensamientos, no estaba seguro si había sido una buena decisión. Si las tribus se ponían de acuerdo en enfrentar a Roma, no tendría más remedio que aceptarlo, si no, quedaría aislado y las demás tribus lo verían como un traidor, tendría los días contados, debía hacer todo lo posible para disuadirlos.

Tras una serie de imponentes truenos el más joven de los vigías se acercó a un árbol para orinar, tenía frío y necesitaba moverse.

Se desabrochó los pantalones, no había logrado terminar, cuando un zumbido atravesó la lluvia y se ensartó en su pecho, el grito sordo del vigía quedó apagado por el sonido estridente de la lluvia contra las ramas. Su compañero permanecía absorto junto a los caballos, limpiaba las garrapatas de su viejo animal, eso era mejor que permanecer sentado sin hacer nada y esperar que el frío le congelase el cuerpo, se acomodó el cabello y continuó con su labor, el movimiento extraño de los animales le llamó la atención, algo no iba bien, desenfundó la espada y se acercó al bosque en busca del algún movimiento, no era raro encontrarse algún oso en busca de comida.

El viento y la continua lluvia movía las ramas desconcertándole, aún así, continuó avanzando. No había logrado hacer dos pasos cuando tres zumbidos atravesaron el aire, dos impactaron en su pecho destrozándole las costillas, el tercero más letal le seccionó la yugular impidiendo dar la voz de alarma, la muerte fue rápida y dolorosa.

Vercasivelauno caminaba agazapado, estaba satisfecho, habían liquidado a los centinelas sin alertar al resto, aún contaban con la ventaja de la sorpresa, en poco tiempo al rey de Brigoles se le desprendería la cabeza del cuerpo. Con una serie de gestos, más de cincuenta hombres rodearon la cabaña, el capitán no iba a desperdiciar esta oportunidad, no iba a dejar nada al azar.

Aviorix estaba inquieto, tenía una mala sensación, la lluvia había disminuido y el relinchar de caballos a la cercanía lo puso en alerta, se puso de pie de inmediato y sacó la espada, el resto de los soldados lo imitaron en silencio. Tras un instante de incertidumbre un gran estallido confirmó el mal presagio, la pared entera de la cabaña había sido arrancada de cuajo; la imagen era abrumadora, dos jinetes cabalgaban arrastrando el muro atado con gruesas sogas. A partir de allí la batalla, dos de sus soldados perecieron al instante, los atacantes eran muchos, casi tres por cada uno de sus hombres. Aviorix fue el primero en ensartar un enemigo seccionándole el brazo de un certero golpe, el resto de los guerreros lo imitaron, tenían que salir de allí y luchar en campo abierto o eran hombres muertos. Tras un primer embate inicial, los hombres de Vercasivelauno comenzaron a retroceder, en un ambiente reducido las fuerzas se igualaban, y luchar por sus propias vidas le daba algo más de valor.

—¡Mantened el frente compacto! —gritó el rey. La lluvia comenzaba a golpear con fuerza de nuevo, Aviorix combatía codo a codo con un guerrero enorme, tenía la cara llena de sangre y bramaba como una bestia acorralada. Se detuvo a contemplar la situación, en pocos minutos el

suelo estaba plagado de cadáveres y en su mayoría Avernos, la visión le dio fuerzas extras, con un gran grito lanzó una brutal estocada derribando a dos guerreros; ya casi había logrado salir.

Vercasivelauno comenzaba a entrar en cólera, ¿cómo podía ser que un puñado de soldados repeliese a sus guerreros y causaran tantas bajas? Se acercó a un joven que permanecía en la retaguardia, le dijo unas palabras y se marchó de prisa. El capitán estaba nervioso tenía que sacarlos de ahí y aprovechar la superioridad numérica o la situación se complicaría. Los soldados Avernos retrocedieron unos pasos más, permitiendo a Aviorix luchar en campo abierto, el rey hizo una señal y sus hombres se unieron en un frente común, la situación seguía siendo dramática, a pesar de las bajas causadas, aún los superaban ampliamente en número. El enorme guerrero que luchaba a su flanco atacaba sin piedad, acababa de desollar a uno y ya atacaba a su compañero.

—¡Mantened la posición! —gritó Aviorix—. ¡No os separéis, mantened el frente cerrado!

En el flanco izquierdo la situación era distinta, sus hombres estaban siendo superados y poco a poco el ataque inicial perdía fuerzas, los hombres de Vercasivelauno habían logrado rodearlos y los estaban diezmado. Aviorix dio un gran giro con su espada arrancando la cabeza de su rival de cuajo, la cantidad de sangre expulsada le tiñó el cuerpo de rojo casi en su totalidad, retrocedió un par de pasos para recuperar fuerzas, apenas contaba con una docena de hombres exhaustos, la idea de la rendición no le pareció mala.

Vercasivelauno permanecía en la retaguardia sin entrar en combate, había perdido una veintena de sus mejores hombres y se comenzaba a exasperar, buscó a Aviorix en el fulgor de la batalla, el rey había cambiado de flanco e intentaba recomponer el frente izquierdo agrupando a sus hombres; la imagen del rey teñido en sangre, luchando codo con codo con sus soldados le provocó admiración, sabía que era su fin, aún así, iba a vender su piel muy cara.

Un gran rayo impactó violentamente con un gran árbol derribándolo, Aviorix tuvo que retroceder rápidamente para no quedar aplastado, el tronco y el gran follaje se interpuso entre el rey y sus atacantes formando una defensa natural, dando tiempo a sus soldados de recuperar el aliento y rearmar las líneas. De a ratos la fortuna se ponía de su lado. «Quizás no esté todo perdido», pensó, lo que Aviorix no sabía era que el capitán Averno tramaba un plan y el árbol caído terminaría siendo su tumba.

Vercasivelauno caminaba nervioso entre sus hombres de retaguardia, cada tanto daba una señal y las líneas se intercambiaban dejando descansar a los soldados de la primera línea. Alzó la espada y dibujó un círculo en el aire, era la señal esperada, la trampa estaba en marcha. La lluvia había amainado considerablemente, permitiendo a los soldados Avernos ver la señal con claridad, el retumbar de un cuerno a la lejanía daba la orden; al instante, las líneas enemigas retrocedían compactas alejándose de la batalla, Vercasivelauno esbozó una sonrisa macabra.

Aviorix se esforzaba por respirar, sentía el corazón explotar bajo su pecho, el soldado gigantón que luchaba a su lado, estaba herido en un brazo y le habían seccionado dos dedos aún así combatía sin descanso. El tronar de un cuerno lo alertó, algo no iba bien, de inmediato los soldados Avernos del frente comenzaban a retroceder de manera organizada, Aviorix echó un vistazo rápido, sus hombres se encontraban desperdigados, todos estaban exhaustos y muchos heridos.

—¡A mí, mis soldados! —gritó Aviorix, de inmediato un puñado de hombres fieles se agruparon junto a él.

Los alrededores de la cabaña estaban sembrados de cadáveres, el grito agónico de los heridos de ambos bandos revolvió las entrañas.

El rey contemplaba al enemigo, los soldados habían retrocedido considerablemente, estaban distanciados más de veinte metros permitiéndole a sus hombres recuperar el aliento, los Avernos

bien organizados mantenían un frente compacto empuñando sus espadas a la espera de órdenes.

Vercasivelauno cabalgaba espada en mano, se lucía altanero frente a sus hombres, alzó la espada y la bajó de golpe, de inmediato sus líneas se abrieron y una decena de arqueros se posicionaron en primera línea estirando sus arcos. Había llegado su fin, Aviorix había caído en la trampa, una sensación de amargura se apoderó de su ser, no tanto por lo inminente de su final, sino por la muerte poco digna que recibirían sus guerreros. Miró a sus hombres, la desolación estaba presente en sus rostros.

—¡Guerreros de Brigoles! —gritó el rey —Habéis luchado como héroes y no puedo estar más orgulloso, sabéis que este es mi fin, sabéis que me quieren muerto, pero vosotros no tenéis que morir de esta manera tan poco digna, entregad las armas, volved con vuestras familias, no sacrificéis vuestra vida en vano. Los soldados en vez de acobardarse comenzaron a golpear las espadas con el pecho orgullosos gritando como bestias, heridos y cansados nunca iban a abandonar a su rey y Aviorix lo sabía.

—¡¿Estáis conmigo, guerreros?! —gritó Aviorix, de inmediato el golpeteo de las espadas retumbó en el ambiente. El rey alzó la espada— ¡Por Brigoles! ¡Por sus guerreros! — Y comenzó a correr espada en mano contra sus atacantes, al unísono sus guerreros lo imitaron con un grito atronador.

Vercasivelauno observaba la escena perplejo, por primera vez en su vida sintió admiración, se detuvo frente a sus hombres, bajó la espada secamente y una lluvia de flechas surcó el aire poniendo fin a un gran rey.



## *Bosque de la Galia*

## Capítulo XIV

### El regreso de los legionarios

La tormenta parecía no darle un respiro, Ovidus alzó la vista cubriéndose con el antebrazo, «el cielo estaba negro como el mismísimo inframundo», se dijo, negó con la cabeza y continuó la marcha, nunca había visto llover tanto, las gotas caían tan pesadas que dañaban la piel. El optio observó a sus compañeros, estaban agotados, llevaban horas caminado, el barro se filtraba en las *caligae* cuarteándole los pies. Kaeso miró al oficial, escupió al suelo y comentó—: ¿Sabes lo que dicen los celtas sobre cuando llueve tanto? —Ovidus alzó los hombros desinteresado, estaba cansado y los pies le sangraban, no tenía ganas de charla. Kaeso retomó la marcha y continuó hablando—. Las tribus dicen que tanta lluvia anuncia la muerte de un gran hombre —Ovidus lo miró de reojo escéptico, se secó el rostro y comentó:

—Con lo que está lloviendo el que se muere debe ser un rey de reyes —Los soldados comenzaron a reír a carcajadas. Gaius que marchaba en vanguardia alzó la mano e hizo una señal del silencio, todos se frenaron de inmediato.

El diluvio apenas permitía ver a unos pocos pasos, las ramas se sacudían violentas originando un ruido atronador. El soldado se detuvo, había percibido movimientos detrás de un arbusto, se tiró al suelo y comenzó avanzar en cuclillas con una lanza como única arma. El viento separó las ramas permitiendo entrever la silueta oscura de un ciervo hembra. Gaius apartó las hojas con cuidado, cruzó los brazos y avanzó con lentitud, la cierva acariciaba con su hocico su pequeña cría, agitaba la cabeza y volvía a empujarla, la criatura de pocas horas de vida no había sobrevivido a tanta cantidad de agua y su madre desesperada intentaba que se pusiera de pie; sonrió, por fin algo de suerte, si no lograba abatir a la madre tenían a la cría como cena. Como era costumbre en él, se humedeció los dedos y acarició la punta de la lanza, era muy supersticioso y según contaban los que lo conocían, eso hacía que siempre diera en el blanco, muchos se reían, pero todos sabían que nadie era mejor que él con la *pilum*.

El animal movió las orejas asustado, algo le alarmó, dio dos cabezazos erráticos y alzó la pata en un intento de huida, de inmediato Gaius salió de entre los arbustos con largas zancadas, se inclinó hacia atrás y se lanzó preciso entre dos ramas; el animal ya había recorrido unos cuantos metros con grandes saltos y continuos cambios de ritmo; Ovidus miraba la escena expectante, era una belleza ver huir al animal, pero el hambre era más fuerte. La lanza continuaba su avance mortal, el legionario había intuido la huida lanzando desviado a la derecha, pocos segundos después un golpe brutal. La cierva impactó contra un árbol con el pecho destrozado, la lanza había penetrado por el esternón y desgarrado sus órganos, la muerte fue al instante, sólo la sangre que emergía por su hocico recordaba que una vez tuvo vida.

Ovidus se acercó y le golpeó el hombro satisfecho, Gaius sonrió.

—¡Hoy comeremos bien! —dijo.

Los tres soldados se sentaron en círculos junto al animal, Gaius realizó una rápida plegaria sin demasiada dedicación, y comenzó a despellejar la presa, llevaba la cría colgada del cuello y una sonrisa de oreja a oreja.

Ocho jinetes de Crixo seguían el rastro de Alana bajo la lluvia, lo suficientemente cerca para no perderlo, pero lo bastante lejos para no ser vistos. Tenían órdenes claras, capturar a la joven y liquidar a cualquiera que se interpusiera, eso sí, nunca antes de la próxima luna llena, debían dar tiempo a Crixo, de llegar a la aldea y organizar su plan.

El soldado al mando era *Golovix*, un veterano de numerosas batallas, alto y cabezón, tenía el

cuerpo curtido con numerosas cicatrices, fiel a la idea de un cambio de rey, era amigo personal del general Crixo.

Detuvo a la cuadrilla con un gesto, desmontó del caballo y estiró los huesos, era muy rudo, pero la edad hacía que cada vez sufriera más las largas horas de montura.

—Acamparemos aquí —dijo mientras bebía un poco de agua—, organizad las guardias —continuó—. Quiero hombres vigías en cada momento.

Golovix se secó el rostro y se quitó la coraza a duras penas, tanta cantidad de agua estropeaba la armadura endureciendo las escamas, escupió al suelo y lanzó una maldición; realizó una mirada rápida y se dirigió colina arriba en busca de algún rastro. El valle majestuoso se expandía hasta donde alcanzaba la vista, sólo pequeñas zonas boscosas alteraban tan maravilloso paisaje, de fondo grandes montañas nevadas demarcaban el límite entre dos culturas en un conflicto irreconciliable.

Golovix se cubrió los ojos del agua que continuaba cayendo como espinas en su piel, se acomodó en la montura y señaló un hueco en la ladera de la montaña, una pequeña humareda delataba el campamento de las improvisadas presas. A pesar de la ventaja no se sentía seguro; el agua como toda la jornada, continuaba arremetiendo sin descanso, no era un buen presagio, «los dioses debían estar furiosos», pensó; dos inmensos relámpagos iluminaron el firmamento haciendo relinchar a los caballos. El capitán suspiró y centró su mirada nuevamente en la humareda, la zona boscosa le permitiría poder rodearlos sin ser vistos, era mejor actuar con cautela y no dejar nada al azar. Alana era una presa importante y cualquier error le costaría la cabeza. Uno de los soldados se acercó con pasos firmes.

—Señor, ya están las guardias organizadas, he dado la orden de no encender ningún fuego —Golovix afirmó, sin ni siquiera mirarlo y agregó:

—Actuaremos esta madrugada, que no se acomoden demasiado, no tendremos otra oportunidad.

Quinto Fabio no había hablado demasiado en toda la mañana, permanecía sentado junto a la hoguera contemplando el vaivén de las llamas, intentaba entender lo que había sucedido en los últimos días; sombras y luces vagaban por su cabeza, aún estaba aturdido, lo que le había parecido un sueño finalmente era real, y la diosa que lo había sanado estaba en la gruta junto a él. Alana en cambio había tenido un día agitado, la búsqueda del refugio y de comida le había llevado mucha energía, pero había valido la pena, aquella jornada descansarían en un lugar seco y caliente.

La joven entraba y salía de la gruta sin prestarle demasiada atención al Centurión, la lluvia incesante le había empapado el vestido ciñéndoselo al cuerpo, sus largos pezones resaltaban como avellanas en su delgada y esbelta figura, Quinto Fabio la miraba asombrado, su joven belleza era perfecta, una belleza salvaje llena de energía que le hacía sentirse vivo. En una de las salidas la cogió del brazo y la invitó a sentarse junto a él; el Centurión nervioso sintió el temblar de la joven en su mano.

—¿Quién eres? ¿Por qué me has ayudado? —le preguntó. Alana,

que apenas entendía latín, le respondió con lentitud gesticulando para hacerse entender con cada palabra; con dulzura intentó explicarle que en su cultura nunca se abandonan los guerreros caídos y que, para ella, era un honor poder ayudarlo. Señalando el cielo le explicó que por algún motivo los dioses lo habían cruzado en su camino y ella había hecho un pacto y debía responderle.

Permanecieron un largo rato hablando con más o menos fortuna, Alana le describió cuando lo encontró después de la caída y como lo transportó de un campamento a otro en un camastro. El Centurión miró sus heridas sorprendido, no habían cicatrizado del todo, pero ya no corría peligro

y se sentía mejor. La sujetó con delicadeza del brazo y le agradeció con un gesto en el pecho, Alana afirmó con la cabeza, sabía que sin ella habría sido comida para los depredadores.

Quinto Fabio no podía quitarle los ojos de encima, sus ojos verdes y su delicadeza fiera lo desconcertaba a tal punto que tuvo la necesidad de abrazarla, aún así, se reprimió y continuó preguntando.

—¿Dónde están el resto de mis camaradas? —preguntó, Alana negó con la cabeza y encogió los hombros. Dos fuertes estruendos iluminaron la entrada a la gruta, la joven se sobrecogió por un instante, miraba al Centurión con devoción, el rostro había tomado color y su voz fuerte y masculina le hizo sentirse más segura. Tras un par de miradas cómplices se puso de pie, se acercó al caballo, cogió un trozo de carne asada unas bayas y se las ofreció. Quinto Fabio estaba realmente hambriento, no había comido demasiado en los últimos días y había perdido mucho peso, se tocó el pecho como agradecimiento, partió el trozo en dos y se lo acercó a la joven que mantenía una cierta distancia. Con una tímida sonrisa señaló un sitio junto a él y la invitó a sentarse, Alana no lo dudó y se acomodó a su lado, todavía tenía presente aquella noche en las que sus cuerpos desnudos se cruzaron por primera vez, un escalofrío recorrió su ser.

La hoguera irradiaba una agradable sensación de calor calentándole la piel, ambos comieron con calma y en silencio, tenían infinidad de preguntas que hacerse y todo el tiempo del mundo, las miradas se cruzaban iluminándoles el rostro y por primera vez en mucho tiempo, ambos se sintieron realmente a gusto.

La hoguera chispeaba con la humedad del ambiente, Alana amagó a levantarse para acomodar la leña, pero Quinto Fabio se lo impidió con un gesto dulce en el hombro. Se puso de pie como pudo y arrodillado junto al fuego acomodó las pilas con sumo cuidado, Alana sonrió, el roce en su piel le había producido una sensación de tranquilidad que pocas veces había sentido. Quinto Fabio, de rodillas junto al fuego sentía el calor irradiar en su pecho, el ardor penetraba en sus heridas ofreciéndole una sensación de calma y plenitud. La joven se sentó detrás de él en silencio, con dulzura comenzó a quitarle el vendaje húmedo de su espalda, sus dedos rozaban cada cicatriz de su piel, una piel curtida por tantas batallas, sintiendo el dolor y sufrimiento de cada herida. El soldado cerró los ojos y se dejó llevar, el escalofrío por su espalda y el calor en su corazón hacía crecer de energía su parte más viril.

## *Bosque de la Galia*

## *Capítulo XV*

### El poder de un legionario

Los jinetes de Golovix descendían la ladera a ritmo lento, el barro hasta las rodillas dificultaba la marcha obligando a los caballos a forzar las patas delanteras, el esfuerzo era demoledor, cada jinete se esmeraba en no lesionar a su caballo, tener que cruzar las montañas a pie hubiese sido un suicidio. Golovix cabalgaba en la retaguardia absorto en sus pensamientos, no necesitaba guiar a sus camaradas, el fino hilo de humo sobre la ladera marcaba el camino. Miró el horizonte en busca de una señal, el cielo que minutos antes aclaraba ahora volvía a oscurecer. El viento volvía a soplar con fuerza golpeando con virulencia la cima de los árboles. Golovix negó con la cabeza, otra vez el fatídico augurio, aún así, el plan estaba en marcha ya no había vuelta atrás.

Avanzaron los siguientes kilómetros en total silencio, cada soldado estaba absorto en sus pensamientos, pero el recuerdo de sus familias le daba fuerzas para continuar, llevaban tiempo fuera de casa, ya era hora de volver.

La lluvia comenzaba nuevamente a golpear con fuerza las ramas, dibujando siluetas de gigantes sobre el fango. La tormenta que llevaba días acechando los jinetes, parecía no amainar nunca. El soldado de vanguardia, un joven alto y apuesto, detuvo la marcha, ya se habían adentrado bastante en el bosque, ante sí dos caminos que marcaban una bifurcada. El soldado le hizo una señal a Golovix y éste se acercó a paso lento, miró al cielo y sin dudarlo dijo—: Por la izquierda —El jinete afirmó con la cabeza y emprendió nuevamente la marcha.

La oscuridad de la mañana era total, había amanecido, pero no había rastro de luz; guiarse en la oscuridad del bosque con tanta lluvia no era fácil. Ya no estaban lejos, Golovix adelantó sus soldados y se puso a la cabeza, se tocó la espada, respiró hondo y aceleró un poco la marcha, quizás la oscuridad fuera su mejor aliado.

La luz de las llamas se reflejaba en la bruma propiciando un ambiente cálido y relajado, la lluvia lejana resonaba en el exterior como la más bella melodía que recordaba, Alana sonrió, se sentía bien. Quinto Fabio de pie frente a ella le acarició el rostro con dulzura, suspiró, sus grandes ojos verdes reflejaban el torso desnudo del legionario, podía sentir su calor. Quinto Fabio dio un paso más hasta rozar su pecho con el de la joven, sus labios se rozaron, primero con dulzura, luego con pasión, el beso se prolongó un instante que pareció una vida. Un instante donde por primera vez se sintió libre como mujer.

Las llamas reflejaban las siluetas dibujando un único ser unidos por el deseo y la pasión. Descendió la mano y la sujetó por la cadera con fuerza, la arrimó hasta sentir su pecho, la volvió a besar, Alana no se resistió, se dejó llevar en una danza que interpretaba por primera vez. Quinto Fabio se creció, sentía sus pezones en su piel, unos pechos de mujer que dejaba de ser niña. Dos intensos relámpagos iluminaron su piel curtida, Alana se dejó llevar acariciándole el torso, sin prisa recorrió cada herida, cada cicatriz, dibujando con pasión el retrato de su vida.

Ya no había dolor, un fuego recorría su piel regenerándole de energías, una fuerza que había perdido en aquella fatídica caída. Estiró los brazos, desató un nudo y sintió como el vestido se deslizaba dejando al descubierto el más bello de los cuerpos, sin poder resistirlo, dio un paso hacia atrás para contemplar tan bello espectáculo, un cuerpo salvaje y natural, blanco y delicado con tantas pecas como el mismo firmamento. Alana se ruborizó, nunca la habían visto así, como acto de pudor intento cubrirse sus partes presionando con los brazos sus pechos firmes y delicados, Quinto Fabio sonrió, su tierna timidez le transmitía aún más placer, la sujetó de la mano

con dulzura y la recostó en la manta junto al fuego. Por primera vez Alana dudó, entre tanto calor había olvidado su promesa a los dioses, esa promesa que le había salvado la vida en más de una ocasión, cerró los ojos e intentó recordar ese momento en el bosque, al instante las palabras de druida volvían a su ser. Sin saberlo había prometido algo que no comprendía, algo tan hermoso que descubriría por primera vez y que ahora le impedía poder continuar. Acostada en el lecho sentía el cuerpo del soldado, una presión placentera que rozaba lo más íntimo de una mujer, Alana intento relajarse, notaba el movimiento del legionario en sus caderas, un goce infinito que había renunciado sin saber. Sin poder resistirlo, como una fuerza que se apoderaba de su cuerpo Alana abrió las piernas un poco más, permitiendo al Centurión rozar su miembro con la parte más húmeda de su cuerpo, cerró los ojos y se dejó llevar.

Ovidus comía un trozo de ciervo con una gran sonrisa, contaba una vieja anécdota de una de sus tantas batallas, los trozos de comida volaban de su boca mientras sus compañeros se reían a carcajadas entre frase y frase, a pesar de su malhumorado carácter, siempre había sido un tipo muy gracioso.

Kaeso había encontrado un hueco en un ripio que le permitió encender una hoguera con la poca leña seca que había conseguido, encender fuego no había sido una gran idea, pero necesitaban comer, ahora el hambre era primordial. Gaius no se sentía nada cómodo, sabía que los galos estaban cerca y el humo era una sentencia de muerte. Ovidus había ordenado cocinar lo más rápido posible y emprender la marcha a un sitio más seguro, todos aceptaron, pero finalmente carne caliente en un sitio seco fue más fuerte, postergando la partida.

Gaius se había ausentado varias veces, había descubierto huellas frescas y no estaba tranquilo, el legionario que se había criado en las montañas del norte era un buen rastreador, sin duda el mejor de la legión, conocía cada camino de montaña y cada animal, las huellas de unos jóvenes oseznos le incomodaban sabía que la madre estaba cerca y si se los cruzaban podía ser un gran problema. Al volver al campamento cavó un foso y enterró las brasas intentando hacer el menor humo posible, Kaeso hizo una mueca de disgusto, pero no protestó, sabía que era lo correcto, la sensación de frío volvió a su cuerpo y con ella el malestar. Ovidus imitó a su compañero y con una rama disimuló cualquier rastro con lo que les pudieran localizar. Alrededor del campamento, enterró los restos de comida y se apresuró a emprender la marcha.

—Ahora vuelvo —dijo Gaius desapareciendo una vez más entre los arbustos, siempre reconocía la zona antes de reanudar la marcha, odiaba las sorpresas en eso le iba la vida. No había caminado ni diez minutos cuando una brisa gélida recorrió su cuerpo haciéndolo detenerse; la lluvia cesó por un instante permitiendo escuchar el murmullo de una conversación. Gaius se lanzó al suelo hundiendo la cara en el fango, la voz ronca de un hombre se alzaba sobre las demás, Gaius no podía entender lo que decían, pero de algo estaba seguro, no eran romanos. Se arrastró entre los arbustos en busca de una posición más segura, desde ese lugar no los podía ver, estaban al mismo nivel y el bosque se interponía entre ellos; dudó un instante, no estaba seguro qué hacer, aún así, decidió escalar uno de los árboles que lo rodeaba, no era el más alto pero las ramas gruesas y la gran cantidad de hojas le daban una mejor protección. El sudor corría por su frente, exhaló hondo, paso a paso fue escalando. Gaius se tambaleaba acompañando el vaivén de las ramas con su cuerpo; la cantidad de agua que seguía cayendo dificultaba el ascenso, había que asegurar cada paso para no caer. No había escalado la mitad del árbol cuando un grupo de jinetes aparecieron abriéndose paso entre las ramas con andar lento y despreocupado.

Un guerrero alto y armado con una gran lanza iba en vanguardia, su cara relajada y el ritmo pausado aseguraban que todavía no los habían descubierto. La situación era complicada, ocho guerreros armados, contra tres legionarios que apenas contaban con lanzas improvisadas y un

puñal.

Las ramas se movían con más virulencia golpeando entre sí, dos relámpagos cruzaron el cielo iluminándole el rostro, Gaius por primera vez tuvo miedo, no por sí, sino por sus compañeros, tenía que avisarles o los masacrarían antes que pudieran verlos venir.

El jinete en vanguardia aminoró la marcha, tuvo una extraña corazonada, algo no iba bien. Alzó la mano y sus compañeros se detuvieron en silencio, desmontó con cautela, los caballos relinchaban nerviosos, los demás soldados lo imitaron desmontando también. El guerrero caminaba con la espada en alto apuntando a la oscuridad, no había recorrido dos pasos cuando una figura monstruosa emergió de entre las ramas alzándose imponente con un gruñido. el animal lanzó dos veloces zarpadas, intentó retroceder sorprendido, el golpe fue tan brutal que lo lanzó contra los caballos despojándolo de la espada y parte de la cota de malla. El soldado se miró el pecho, le costaba mucho respirar, tenía las costillas destrozadas, la sangre fluía tiñendo de rojo el suelo a su alrededor. Dos compañeros se acercaron rápidamente, la imagen los desoló, el pecho abierto y la piel desgarrada aseguraban su inminente fin. El soldado en vez de amedrentarse le ofreció el pecho, era guerrero valiente, prefería una muerte rápida y honrosa. La osa aceptando el desafío, se abalanzó nuevamente y con un gran mordisco le seccionó el cuello, sacudiendo su cuerpo como una bolsa de piedras; la muerte fue rápida y dolorosa.

Golovix ordenó formación en semicírculo, rodear el animal y atacar de diferentes puntos, los soldados obedecieron al unísono, la superioridad numérica era su única ventaja. El animal bramaba parado sobre las patas traseras, lanzaba golpes y bocados sin alejarse demasiado de sus crías. Los guerreros poco a poco lo fueron rodeando, había que distraerlo para que no centrara su cólera sobre un sólo objetivo, un poco más lejos, dos soldados extendían un arco apuntando al pecho del animal. El capitán hizo una señal para que no se apresuraran, era un animal sagrado, como reencarnación de los antepasados, si podía hacerlo huir no lo mataría.

Gaius observaba confundido, tuvo la idea de gritar, pero sabía que no tendrían la más mínima posibilidad, al final optó por el silencio y esperar un poco de fortuna. La bestia se alzaba majestuosa, lanzaba gruñidos y zarpadas demostrando todo su poder, pocas veces habían visto un ejemplar tan grande, el pelaje sucio y sus ojos rojos le daban una apariencia demoníaca. Los guerreros alzaban las espadas intentando parecer lo más grande posible, los gritos se confundían con los gruñidos del animal que no retrocedía; miró a sus crías una última vez, se inclinó hasta casi rozar el suelo y saltó sobre un soldado que apenas tuvo tiempo de reacción, el golpe fue demoledor desgarrándole el rostro por completo. En la caída el soldado logró herir al animal, que en vez de huir arremetió con más furia saltando sobre el pecho del guerrero caído, destrozándole la columna, paralizado de cuello para abajo, presenciaba aterrado como el animal le arrancaba la piel a bocados.

Golovix miraba la escena apesadumbrado, ya había perdido dos hombres y no estaba dispuesto a perder ninguno más por más sagrado que fuera el animal; dio la orden y una lluvia de flechas cayeron sobre la bestia, el animal herido mortalmente, se revolvía en el suelo, grandes chorros de sangre fluían por su boca. Golovix se acercó lento, alzó la espada, y lanzó una estocada en el cuello del animal, ocasionando su rápida muerte. Desde lo alto Gaius contemplaba la escena, el oso yacía inerte sobre el cuerpo de su soldado desmembrado. Golovix no decía nada, mantenía su mirada perdida sobre el animal, en pocos minutos había perdido dos buenos soldados, y la muerte de la osa no auguraba nada bueno, arrancó la espada, la limpió con la piel del animal y mirando a sus hombres dijo: —Dadles una sepultura digna, eran buenos soldados.

El legionario permanecía inmóvil en la altura, sólo disponían de una posibilidad de sobrevivir y todo pasaba por no ser vistos, las fuerzas ahora estaban más igualadas y con un poco de suerte



contarían con la ventaja de la sorpresa.

## *Bosque de la Galia*

## *Capítulo XVI*

### El Asalto

La luz de la hoguera reflejaba las siluetas desnudas sobre la pared, las sombras se movían al compás de los cuerpos con movimientos lentos y coordinados, Quinto Fabio recostado sobre Alana, la besaba con pasión recorriendo todo su cuerpo con los labios, su olor salvaje lo excitaba. Alana estiró la mano y lo sujetó por la cadera presionando con firmeza, sentía que no podía parar, el peso del musculado abdomen sobre ella, apenas le permitía moverse y eso le gustaba. Dos fuertes ráfagas de viento cruzaron la gruta amagando con extinguir la hoguera, escondiendo los cuerpos en la oscuridad absoluta, otra ráfaga poco después lo alimentó reflejando nuevamente los movimientos lentos de los amantes. Quinto Fabio estiró su cuerpo hacia atrás y se desató el cinturón dejando al descubierto su masculinidad fuerte y excitada. Una sensación húmeda recorrió el cuerpo de Alana haciéndola temblar, la respiración agitada sobre el cuello del romano lo confirmaba, ambos cuerpos desnudos se rozaban con pasión; descendió con delicadeza acariciando la flor de la joven, los dedos húmedos del soldado se movían en la estrechez de su cuerpo en un vaivén que amenazaba con hacerla enloquecer. Quinto Fabio sujetó a Alana de la cadera girando sobre sí, invitándola a sentarse sobre él, sentía su miembro caliente entre sus piernas húmedas, apoyó las manos sobre el pecho del soldado recorriéndolo con los dedos, los abdominales marcados se entrecruzaban con cicatrices desde el pecho hasta su abdomen, era el cuerpo de un guerrero que había combatido en numerosas batallas, un cuerpo curtido y musculoso que sabía lo que era sufrir. Alana cerró los ojos, se agachó y le besó cada marca, cada herida, guiada por el roce de sus dedos. La joven fue descendiendo hasta sentir que el legionario arqueaba su cuerpo de placer, Quinto Fabio la sujetó de la cadera y con dulzura la invitó a que se recostara sobre él, permaneció un instante contemplando tan joven cuerpo, estiro la mano y comenzó a acariciarle los pechos que, a pesar de no ser grandes, sus finos y largos pezones le excitaban de una manera que nunca había sentido.

La lluvia disminuyó considerablemente dejando percibir el goteo de los árboles sobre la húmeda hierba, poco a poco, las negras nubes fueron dando lugar a una tenue claridad que iluminaba la sala y sus cuerpos de los apasionados.

Un chasquido suave se escuchó a la distancia acallando el gimoteo de las aves; tras un instante de duda, el Centurión abrió los ojos extrañado, Alana continuaba sobre su cuerpo besando cada rincón del mismo sin percibir nada. Algo había cambiado, el cantar de los gorriones que anunciaba el fin de la tormenta ya no se oía. El Centurión giró la cabeza hacia la entrada, las nubes daban paso a la luz permitiendo ver con más claridad. Algo no iba bien, inmovilizó a Alana por la muñeca y le tapó la boca, tras unos interminables segundos de incertidumbre dos sombras asomaron, acompañados por el roce de las sandalias. Con un empujón seco, Quinto Fabio giró a Alana alejándola de la entrada, se puso de pie y cogió un gran tronco humeante de la hoguera, la punta en llamas marcaba directamente hacia la entrada; Quinto Fabio buscó un arma para defenderse, pero era tarde ya estaban sobre él. El brillo metálico de una espada apareció entre el humo, primero uno y luego dos más, el legionario dio un paso hacia atrás alejándose de los enemigos, respiró agitado, la desnudez de su cuerpo todavía excitado le hacía sentirse vulnerable. Miró alrededor en busca de un milagro, poco podía hacer, lo superaban en número y estaban bien armados.

Alana permanecía agazapada, todavía desnuda, buscaba la manera de recuperar su arma en la esquina opuesta de donde se encontraba, estaba asustada, la idea de no poder defenderse la

aterraba.

Los primeros segundos se hicieron eternos, nadie daba el primer paso, el Centurión cogió la vejiga de agua y la vertió sobre las llamas generando gran cantidad de humo, que se abrió paso hacia el exterior cegando a los atacantes. Quinto Fabio se agachó y cogió una gran roca, todavía contaban con la ventaja de la sorpresa. Las sombras se abrieron paso entre la blanquecina pared de humo, el más joven de los guerreros abrió paso seguido de otro calvo con una enorme cicatriz en la cabeza que le llegaba hasta la ceja; Quinto Fabio dio un paso al costado encarando al guerrero de la cicatriz, la cantidad de dibujos que decoraban su cuerpo le daban una apariencia espantosa. «¡Galos!», pensó el romano desconsolado, sabía que Alana podría tener una posibilidad, pero él estaría muerto en breve.

Tras un momento de incertidumbre, los cuatro guerreros bloquearon la puerta esgrimiendo sus espadas amenazantes, el soldado calvo comentó algo señalando el cuerpo desnudo del romano, una sonrisa macabra se dibujó en sus rostros; el Centurión entendió que rendirse no era una opción.

El humo que pensó ser su aliado le irritaba los ojos haciéndole lagrimar; Golovix se abrió paso apartando a sus guerreros con poca delicadeza, dio dos pasos situándose frente a Quinto Fabio, su semblante calmo no auguraba nada bueno, la humareda que antes llenaba la sala comenzaba a dispersarse dejando ver los rostros con claridad.

—He venido a llevarte a casa —dijo Golovix a Alana, convencido que aún confiaba en él. Alana se puso de pie cubriéndose con sus manos, la mirada lasciva del capitán le provocó arcadas, la joven suspiró, hasta la muerte de su madre las familias habían estado emparentadas, la conocía desde que era niña.

El Centurión estaba expectante, amagó un ataque, pero se detuvo rápidamente, necesitaba mantener a raya sus contrincantes sin ponerse en peligro, ante la duda no sería él quien diera el primer golpe, con un poco de suerte Alana lo solucionaría.

El guerrero de la cicatriz enfurecido alzó la espada para embestir al legionario. Sólo la idea de que un romano tocara a una de sus mujeres lo enajenaba.

—¡No! —gritó Alana—. ¡Quiero matarlo con mis propias manos! El galo se detuvo de inmediato esbozando una sonrisa negra casi sin dientes. Quinto Fabio permanecía desnudo con un tronco en la mano y la piedra en la otra, la salida estaba bloqueada y no tenía más opción que luchar, la forma de la conversación entre Alana y los guerreros, demostraba que a pesar de todo había elegido a su tribu. La miró sin girarse, la idea de que por un instante había confiado en ella, lo desoló.

—¡Venga cobardes! —gritó el Centurión, no había terminado la frase cuando un golpe por la cabeza lo derrumbó, de repente, la oscuridad segó su mente. El romano yacía en el suelo con una brecha que a pesar de no ser profunda sangraba en cantidad. como un gran torbellino se lanzaron sobre él inmovilizándolo, los guerreros rieron satisfechos, sobre todo Golovix, estaba orgulloso de sus mujeres, fuertes y valientes, Alana como una gran guerrera había facilitado mucho las cosas, todo iba mejor de lo esperado.

Las nubes negras se alternaban entre claras y nubes grises, una leve brisa hacía danzar la copa de los árboles como una gran danza lúgubre. La gruta se encontraba en medio de un gran ripio rodeado de una gran arboleda de altos y tupidos árboles. Aún aturdido Quinto Fabio permanecía atado boca abajo, con la cabeza en una roca aplastada por las sandalias del guerrero tatuado. Golovix se acercó a la joven y le dio una palmada en la espalda, a pesar del incierto futuro que le esperaba siempre la había apreciado.

—¿Qué haremos con él? —preguntó el guerrero más joven, todos sabían la respuesta, incluida

Alana que buscaba la manera de cambiar la situación.

Golovix se acercó a Quinto Fabio, se agachó con la calma de quien se siente vencedor y le dijo unas palabras que nadie llegó a oír, pero por la reacción violenta del Centurión auguraba que su final estaba cerca.

—¡Dejádmelo a mí ¡—gritó Alana intentando ganar tiempo—, quiso ultrajarme, es mi derecho poner fin a su vida, así dictan nuestras leyes —Los guerreros miraron a Golovix en busca de aprobación, este miró a la joven y asintió con una sonrisa burlona.

Gaius se arrastraba entre los matorrales intentando no ser visto, asomaba la cabeza buscando una posición segura para contemplar la situación, con una señal invitó a sus camaradas a acercarse, los legionarios lo imitaron con suma precaución. La ladera donde se encontraban estaba a unos pocos metros sobre la boca de la cueva, estaba bien cubierta de espeso matorral de moras. Los legionarios estaban exhaustos, llevaban horas persiguiendo a los jinetes a pie bajo la lluvia.

—Un poco más —susurró Ovidus, desde aquella posición sólo veía parte de los soldados, y si tenían que actuar tenían que tener una visión completa, esos mal nacidos habían aniquilado a su unidad, no lo dejaría pasar. No había avanzado unos palmos cuando el rostro se le desfiguró, la escena que contemplaba lo había descolocado, como un rayo empuñó el punjió que llevaba en su espalda e intentó incorporarse, sus camaradas tuvieron que poner todo de sí para impedir que el Optio saltase sobre los galos. Kaeso sujetó del brazo a Ovidus y le tapó la boca para que no gritara. Ovidus estaba enajenado, sólo la simple visión de Quinto Fabio desnudo con la sandalia de un galo en su cabeza, lo enloquecía, no permitiría jamás verlo morir de esa manera.

—Tranquilo señor —le susurró Gaius—, si nos escuchan, perderemos la única posibilidad de sacar con vida al Centurión, tenemos que ser más listos, no tendremos otra oportunidad —Una ráfaga de aire movió las copas de los árboles, dejando caer una gran cantidad de agua sobre el Optio, el agua fría y el viento gélido lo hicieron volver en sí.

—Al final los dioses no nos han abandonado del todo —dijo Kaeso—, nosotros pensando que el Centurión había muerto y sólo estaba haciendo nuevas amistades —agregó— Todos sonrieron, sabían que tenían pocas posibilidades, pero morir por el Centurión era un honor, morirían como soldados, como verdaderos romanos.

Alana caminaba con paso firme cerca del Centurión, llevaba el arco en la espalda y la gladius lista para ensartarlo, se tomaba su tiempo, su vida estaba en juego y tenía que actuar con serenidad, cerró los ojos y dedicó un pensamiento a Breogán, hacía días que no pensaba en él y su sola imagen la reconfortó; él era la meta en esta aventura, lo demás no importaba.

—¡Venga cobarde! —gritó el romano—. ¿Acaso las mujeres bárbaras tienen miedo de matar un verdadero soldado? —Quinto Fabio continuaba en la misma posición, con el pie del guerrero en su cabeza y su rostro teñido de rojo, sus ojos fríos no demostraban temor alguno, había estado tantas veces a punto de morir que ya le daba lo mismo, quizás lo único que sentía era desesperanza.

Alana dio dos pasos y apoyó la espada sobre el cuello del soldado, la empujó levemente produciéndole una pequeña brecha, su rostro inmutable no demostraba sentimiento alguno, cerró los ojos y dedicó una oración a los cielos: «¡Gran druida, protector en este viaje, guía en mi vida, dame fuerzas para que mi espada no tiemble y dame valor para que el acto de traición que voy a hacer no deje huella en la otra vida!».

Las nubes una vez más recubrieron el firmamento, la luz de los rayos iluminaban por momentos el cielo ofreciendo una estampa siniestra.

—¡No tenemos todo el día! —gritó el guerrero del tatuaje, llevaba rato sobre el Centurión y se

estaba incomodando, Alana juntó valor, se acercó al guerrero y le susurró al oído—: ¡Lo siento! —Dio dos pasos hacia atrás, alzó la espada girándola sobre su cabeza y lanzó una estocada brutal.

Ovidus contemplaba nervioso la escena, cada segundo parecía una vida y la respiración se entrecortaba con cada latido, miraba como la guerrera disfrutaba y se pavoneaba frente a su amigo, es eso lo que lo sacaba de sí, era hora de actuar. Los tres legionarios estaban dispuestos, llevaban sus lanzas improvisadas como única defensa y la ventaja de la sorpresa como estrategia, sólo necesitaban la orden y los soldados caerían como cuervos sobre los bárbaros. Gaius era el más sereno de los tres, humedecía la punta de la lanza como era costumbre, sabía que sólo tenía una oportunidad, debía abatir un guerrero e intentar apoderarse de su espada o estarían muertos en breve, eran seis guerreros contando a la chica, debían hacer todo lo mejor que podían. Los rayos iluminaron el cielo, con la luz, Ovidus dio la orden de ataque.

—¡Ahora! —gritó al ver la joven alzar su espada.

Alana dio dos pasos hacia atrás, alzó la gladius girándola sobre su cabeza y lanzó una estocada feroz, el hierro surco el aire silbando, el golpe fue seco y brutal, una ola de sangre le manchó el rostro, la guerrera sonrió satisfecha, la pierna tatuada del soldado se desprendió de su cuerpo de cuajo, el guerrero cayó impactando contra el suelo aullando de dolor.

Quinto Fabio al ver ceder la presión sobre su cabeza, se giró rápidamente alejándose del peligro, se puso de pie mirando a Alana cubierta de sangre. La joven guerrera lo miró con una sonrisa y le lanzó su espada, estaba totalmente agitada y temblaba del nerviosismo. Quinto Fabio le devolvió la sonrisa, una sensación de emoción le sobrecogió el pecho, la había juzgado mal, en ese instante supo que no la dejaría marchar nunca más. Se acercó al guerrero herido y lo degolló de un movimiento seco, el galo se revolvía ahogado con su propia sangre. El guerrero joven quedó pasmado ante el cambio de los acontecimientos, sin esperar orden alguna, cargó contra el romano que movía la espada desafiante, regenerado de energías el intercambio de golpes fue duro, Quinto Fabio retrocedía ante el empuje del galo que poseía una espada más larga y pesada. Los otros guerreros, sin dudarlo, se sumaron al combate, empujando al romano cada vez más hacia el muro.

Alana observaba atemorizada, dio dos pasos hacia atrás alejándose del combate, todo había mejorado, pero aún estaban en peligro. El golpe del metal no daba respiro al Centurión, la guerrera juntó valor nuevamente cargó su arco, contuvo la respiración y lanzó una flecha contra Golovix que permanecía aún con la boca entreabierta, el silbido lo hizo reaccionar en el último instante, la flecha le rozó la oreja destrozándole el lóbulo.

Golovix estaba enfurecido, había sido engañado de la manera más ingenua y no iba a dejarlo pasar por alto; levantó la espada y cargó contra la joven que intentaba volver a cargar, el golpe la desestabilizó haciéndole caer de espaldas. El capitán sabía que no la podía matar, pero estaba dispuesto a darle una buena lección.

Los cuatro guerreros cargaban contra Quinto Fabio sin darle respiro, estaba rodeado, tuvo que protegerse contra la ladera para no ser atacado por la espalda. Luchaba con todas sus fuerzas, los golpes recibidos le habían provocado una herida en la espalda, no muy profunda, pero sangraba en abundancia, aún así, continuaba luchando como una fiera acorralada. Un guerrero alto y regordete, cargó por el flanco provocando que el legionario tropezara y cayera aparatosamente desprendiéndose de la espada, no había podido reaccionar cuando otro de los guerreros le propinó un puntapié en la cara haciéndolo rodar. El Centurión otra vez volvía a estar perdido.

Alana aún estaba en el suelo, rodó rápidamente para alejarse de Golovix y volvió a cargar el arco, apenas pudo soltar la flecha cuando el soldado le propinó otro puntapié haciéndole caer nuevamente. La joven estaba extenuada, intentó arrastrarse lejos, pero éste la sujetó de las piernas atrayéndola hacia a él, le sangraba la nariz, el rostro teñido de sangre mezclado con la tierra le

daba un aspecto feroz, giró la cabeza para mirar a Quinto Fabio, la imagen la desoló, su situación era peor que la de ella, cerró los ojos, y una cálida lagrime le recorrió el rostro.

Ovidus descendía la ladera a trompicones, llevaba la improvisada lanza en una mano y el punjió en la otra; el sudor corría como ríos por su espalda, pocas veces había estado tan ansioso, sus camaradas lo seguían a duras penas, sólo Gaius, cargaba su lanza sobre el hombro lista para usarla.

—¡Roma o muerte! —gritó el Optio con todas sus fuerzas, quería llamar la atención sobre ellos y que se olvidaran por un instante del Centurión.

—¡Roma o muerte! —gritaron sus compañeros.

El joven guerrero galo, apuntaba al cuello del legionario, disfrutaba ese último instante antes de que su sangre bañara la espada, otra vez volvía a tener el control.

—¡Roma o muerte! ¡Roma o muerte! —Se escuchó desde los arbustos, el joven retrocedió rápidamente alzando la espada, no tuvo tiempo de decir nada cuando la lanza de Gaius le atravesó el esternón, el guerrero cayó bruscamente, golpeando la cabeza contra una roca, el crujir del cráneo fue atroz. Gaius continuaba el descenso satisfecho, sabía que sólo él podía abatir un guerrero con esa lanza desde aquella distancia. Ovidus lo miró orgulloso, si querían llamar la atención de los galos lo habían logrado.

Alana permanecía bajo el yugo de Golovix, intentaba soltarse revolviéndose como un pez fuera de agua, pero el guerrero la sujetaba con fuerza.

—¡Roma o muerte! ¡Roma o muerte! —Se escuchó desde la ladera, con un movimiento sincronizado ambos se giraron a la vez, la sorpresa fue la misma para ambos, pero la sonrisa fue para Alana. La situación otra vez cambiaba, ahora los romanos eran cuatro y los galos eran tres, a pesar de contar con mejores armas. Golovix estaba fuera de sus cabales, ¿cómo podía haber cambiado el escenario de esa manera? Si no llevaba a Alana, ¡estaban muertos! Volvió a desenfundar la espada y dio un puntapié en la cabeza a la joven dejándola inconsciente.

—Ahora te quedarás tranquila —dijo en tono mordaz.

Las nubes que antes asolaban el cielo, estaban teñidas de sangre dibujando en el firmamento figuras infrahumanas. Ovidus estaba lo bastante cerca para arrojar su lanza, apuntaba al guerrero regordete que retrocedía lentamente, no tenía la pericia de Gaius pero estaba dispuesto a mandarlo al hades de los galos; la lanza cortó el aire bamboleándose de arriba abajo, la punta quemada se abrió paso altiva; el guerrero retrocedió nuevamente causando un rasguño leve en el hombro, la situación se complicaba, el Optio descendía desarmado hacia un galo que lo esperaba listo para abatirlo, la suerte estaba echada, Ovidus cogió el punjió y continuó el descenso desbocado, no tenía miedo, su amigo estaba a salvo.

Kaesos en cambio no lanzó, estaba convencido que serviría mejor como defensa hasta que pudieran conseguir un arma de verdad, clavó la punta en el suelo, alzó las piernas y se lanzó con los pies por delante golpeado y desestabilizando al guerrero regordete, el galo dio un paso hacia atrás hundiéndose una rodilla en el barro, momento que aprovechó Ovidus para clavarle su puñal en el rostro, el crujir del hueso de la mandíbula y el grito del soldado se escuchó a la distancia, Ovidus se ensañó con él clavándole otras seis puñaladas. Los dioses sonreían, Quinto Fabio luchaba con un joven que apenas había combatido en su vida, el terror se le reflejaba en el rostro, el romano desnudo se lucía bloqueando las estocadas con suma facilidad.

—Deja de jugar —le dijo Ovidus con una sonrisa, Quinto Fabio le respondió clavando la espada en la tripa, la sangre corría por su espada salpicando las manos, el Centurión cogió el cuello al guerrero y giró la espada, destrozándole las entrañas.

Los aullidos de unos lobos auguraban una victoria segura, sólo Golovix permanecía con vida,

ante tan desastrosa situación optó por huir en busca de su caballo, irse ahora no le parecía tan mal, los romanos estaban exhaustos, habían llegado a final de sus fuerzas, sólo atinaban a ver como el capitán abandonaba despavorido. Kaeso que apenas había entrado en combate comenzó a correr detrás de él empuñando una espada gala, no había logrado acercarse lo suficiente cuando el silbar de una flecha atravesó el aire impactando en la espalda del capitán, Golovix cayó de rodillas sin saber siquiera qué había sucedido, la muerte fue rápida y poco honrosa. Alana aún permanecía con el arco tenso y el rostro bañado de sangre, tierra y lágrimas.



## *Campamento romano*

## *Capítulo XVII*

### Intento de asesinato

La luz se filtraba por la pequeña ventana iluminado el catre como único mueble que adornaba la celda, la humedad constante le agrietaba la piel provocándole pequeñas, pero dolorosas llagas; Breogán permanecía recostado la mayor parte del tiempo, desde que lo habían encarcelado, lo único que había visto era una pequeña cortina de luz que eventualmente se filtraba por la ventana, a pesar de que Acacius lograba introducir comida a menudo, había perdido mucho peso, llevaba casi dos semanas enjaulado y la única vez que había logrado salir fue por pedido del esclavo para que lo visitase un médico, al fin y al cabo era mucho más valioso vivo que muerto.

Aquella mañana estaba inquieto, los guardias le habían dicho que por pedido expreso de Rómulo le permitirían salir un rato cada mañana y las raciones de comida volverían a ser las habituales, no era un secreto que Acacius había intervenido, aprovechando que Titus aún no había vuelto y no se esperaba su regreso hasta mediados de la primavera.

Breogán caminaba nervioso por el calabozo, con un poco de suerte hoy podría comunicarse con Virix, el hijo de Versicauvelauno, o cualquier otro guerrero galo que había caído en desgracia junto a él, estaba ansioso por saber algo de su gente, sabía que la guerra estaba próxima y si no lograba huir antes de que estallara, su vida ya no tendría valor alguno, estaba convencido que su padre haría cualquier cosa por liberarlo, pero también estaba seguro, que como rey nunca antepondría la vida de su hijo a la libertad de su pueblo.

El crujir de la puerta al abrirse lo hizo volver de sus pensamientos, la luz invadió la sala de golpe obligando al joven a cubrirse los ojos.

—Es hora de salir —dijo una voz ronca de manera poco amigable, y sin esperar respuesta lo sujetó del brazo y lo llevó a empujones hasta las caballerizas. Llevaba tanto tiempo sin sentir la brisa en el rostro que por primera vez disfrutó del paseo por las barracas. Las caballerizas eran cuatro bloques que estaban acomodadas de forma perpendicular junto a las barracas de los legionarios, el hedor a estiércol le pareció mucho más agradable que el de la humedad que se filtraba por la celda, realmente estaba disfrutando del paseo. Se concentró e intentó recordar cada edificio, cada puesto de guardia y las zonas de la muralla menos vigiladas, si lograba huir, tendría que reconocer los puntos más débiles, iba a ser muy complicado, los romanos se tomaban su seguridad a conciencia.

Uno de los auxiliares de caballería, un hispano flaco y desgarbado con muchas malas pulgas, se acercó al guardia y lo invitó a jugar una partida a los dados, sabía la debilidad de este por el juego y si además lo invitaba a vino barato, sacarle el dinero sería mucho más fácil.

—Sólo un par de partidas —dijo gesticulando exageradamente—, me han dejado al cuidado de este bárbaro, se piensan que soy una maldita esclava Nubia —dijo dibujando unos pechos con la mano. El guardia, que aún tenía a Breogán cogido del brazo, lo empujó bruscamente contra el pajar.

—¡Quédate por aquí e intenta no molestar! —le gritó, Breogán asintió y se alejó rápidamente. El clima había cambiado abruptamente, después de varios días de una intensa lluvia, por fin el sol primaveral golpeaba con fuerza y la mayoría de los soldados lo agradecían, llevaban tantos días encerrados en sus barracones, que extrañaban un poco de instrucción con el Centurión.

Breogán se acercó al abrevadero de los caballos, sumergió la cabeza y se lavó como pudo, después de tantos días recluso comenzaba apestar seriamente, se quitó la camisa y la sumergió, la frotó un poco como había visto hacer tantas veces a su hermana y la dejó tendida sobre una pila de

leña. El pequeño caminaba altanero con el torso desnudo, se pavoneaba como príncipe que era, en el brazo llevaba una cicatriz mal saturada, al que le preguntase solía contar que era una herida en una batalla, una historia muy diferente de esa torpe caída del caballo cuando era un crío.

—¡Galo! —le susurró una voz desde detrás del barracón—. ¡Aquí! —insistió haciendo un gesto rápido. Breogán que normalmente no se intimidaba, tuvo una sensación no muy agradable, algo le hizo dudar, aún así, juntó valor y se acercó. Los cabellos canosos asomaban como gusanos sucios por debajo de la capucha, una nariz puntiaguda y unos ojos pequeños y juntos le daban la apariencia de una grulla.

—¿Qué quieres? —le preguntó Breogán de manera arrogante, al percibir que era un esclavo o por las pintas eso era lo que parecía. El viejo se acercó un poco más a Breogán, la capa de lino estaba tan sucia que apenas se distinguía el color y al sonreír dejó al descubierto una dentadura prácticamente nula.

—¡Tengo un mensaje para tí! —dijo la grulla salivando más de lo que al joven le hubiese gustado, Breogán lo miró con desconfianza, sabía que, a pesar de estar dentro de un campamento, había cantidad de malhechores que se ganaban la vida a costa de los legionarios incautos, tendría que ir con cautela—. Tu padre ha enviado un emisario, requiere tu presencia urgente —susurró, el joven dio un paso hacia atrás desconfiado—, sígueme unos pasos por detrás, no nos pueden ver juntos —agregó. El anciano apestaba más de lo que Breogán podía soportar, unas pústulas en la mejilla confirmaban que había estado en contacto con la peste, intentó sujetarlo del brazo, pero el joven se lo impidió de un manotazo.

—Te seguiré, pero no te atrevas a tocarme —dijo sin ni siquiera mirarlo. Se encaminaron entre las callejuelas de las tiendas de los soldados, Breogán mantenía la distancia, no estaba convencido de lo que le decía el viejo, pero no podía arriesgarse a equivocarse—. ¡Date prisa! —le ordenó el joven, si no vuelvo pronto comenzarán a buscarme y no se tomarán bien mi ausencia, la grulla asintió bajo la capucha, caminaron un poco más ligero y giraron junto frente a los baños—. ¿Porque nos detenemos? —preguntó Breogán preocupado.

—Yo te acompañaré hasta aquí no puedo arriesgarme a que me vean contigo —respondió la grulla—, tú sigue hasta aquel muro y dobla en el granero —agregó—, allí te estarán esperando —Breogán lo miró receloso, el viejo se dio media vuelta y se marchó rápido por donde habían venido, ya había cumplido con su misión.

El granero era un edificio rectangular con techo de tejas, quizás de los pocos del campamento, unas pequeñas ventanas marcaban el perímetro a cada lado, la mayoría estaban cubierta con tela de red, para impedir que las ratas la visitasen. El joven se giró en busca del viejo, pero ya no estaba, se había marchado más rápido de lo que había venido. Juntó valor y se animó a seguir, él no era un cobarde, se convenció.

Dos guardias discutían en la puerta principal por el resto de una jarra de vino, Breogán aprovechó la situación para escabullirse y dirigirse a la parte trasera de edificio, la discusión se volvía cada vez más acalorada, a tal punto, que uno de los guardias amagó a desenfundar la espada, era la zona menos custodiada del campamento, si alguien quería matar, ese era el lugar.

Una silueta sentada junto a la pared, le hizo una señal con la cabeza, al igual que la grulla iba encapuchado y no lograba ver con claridad el rostro, pero por la vestimenta no era uno de los suyos. Breogán suspiró, ya no podía retroceder, todo el valor que había acumulado poco a poco fue desapareciendo, por primera vez asumió que continuaba siendo un niño. Dio dos pasos largos demostrando confianza, simuló acomodarse las sandalias y cogió un trozo de pico metálico del suelo, con un movimiento rápido lo escondió en los pantalones, el frío metal en el estómago lo hizo sentirse seguro. Continuó avanzando, a pasos rápidos, cerró los ojos y una frase de su padre

le vino a la cabeza. «Ante una situación incierta, demuestra serenidad y actitud», le había dicho, hoy se tomaba sus palabras muy en serio.

La discusión entre los guardias se había calmado, por lo visto el amague de la espada había sido lo suficientemente persuasivo.

—¡Acércate! —le susurró el hombre de la capucha, Breogán lo miró cauteloso, permanecía en cuclillas apoyado contra el muro en una postura un poco extraña, igualmente se acercó unos pasos más; prácticamente estaban a la misma distancia—. Acércate más—le repitió el hombre—, no quiero que nos oigan.

—¿Dime cual es el mensaje? —exigió el muchacho—, no tengo todo el día —El encapuchado que por el acento no era romano, se incorporó y acercó la cabeza a la de Breogán, no había comenzado a decir nada, cuando un rayo de luz, destelló en la hoja metálica que empuñaba bajo la túnica, como un gato Breogán se lanzó hacia atrás, pero el atacante ya lo había sujetado del brazo, el joven sin dudarle y con un movimiento ágil cogió el pico de la cintura y lo clavó en la mejilla, el extranjero tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar y alertar a los guardias, la presión sobre el brazo fue tal que Breogán pensó que se lo partía, miró al atacante, el rostro le sangraba en cantidad, el golpe fue tan certero y brutal que lograba ver los dientes a través de la mejilla. Breogán intentó gritar y zafarse arrastrándose con los pies, pero el encapuchado saltó sobre él tapándole la boca, ahora sí estaba perdido, el peso sobre él le impedía moverse y apenas respirar, intentó girarse para mirar a los ojos a su verdugo, llevaba una daga en la mano lista para robarle su último aliento. El atacante estaba colérico, había subestimado al pequeño y ese error le había provocado una seria herida en el rostro que ahora iba a vengar sin la más mínima piedad.

—En realidad, sí tengo un mensaje —dijo el bandido, acercándose a su cara desafiante—, pero no de tu padre, si no de... —No había logrado decir nada cuando una espada le seccionó el cuello de un sólo movimiento rápido y profundo. El peso muerto sobre Breogán apenas le permitía moverse, el joven intentaba escapar bajo la lluvia de sangre que lo bañaba, el atacante luchaba por respirar, en pocos segundos dio dos espasmos rápidos y su corazón dejó de latir.

—A estado cerca —dijo una voz familiar mientras le quitaba el cadáver de encima de un puntapié, Breogán lo había reconocido, el acento griego era único en el campamento.

—Te has apresurado Acacius —le reprochó el niño— estuvo a punto de decirme quien ordenó mi muerte.

—¡De nada majestad! —respondió el esclavo haciendo una exagerada reverencia, ambos sonrieron, Breogán se acercó y lo abrazo, había pasado mucho miedo—. ¡Gracias! Sí que ha estado cerca —agregó de forma conciliadora, mi padre te lo compensará cuando me liberen, quizás te pueda comprar y te vengas a vivir con nosotros —añadió Breogán, volvía a ser un niño, el parloteo ansioso demostraba su renovada felicidad y su excitado estado de ánimo. Acacius sonrió, sabía que las cosas no eran tan de fáciles, aún así, le acarició el pelo y dijo:

—No es una mala idea, pero mejor que te laves, si no quieres que todo el campamento te pregunte de quien es esa sangre.

El sol brillaba con intensidad poco habitual, el calor calentaba la piel provocando una sensación placentera. Acacius dio dos pasos hacia el costado contemplando a Breogán, tenía todo el rostro teñido de rojo, sólo los dientes y las pupilas brillaban iluminándole la cara.

El carcelero no había notado la ausencia del pequeño, estaba concentrado en el juego, habían comenzado la tercera partida y la segunda jarra de vino y por el semblante serio, había perdido una gran suma—: Por castor y Pólux! —gritó el soldado—, estos dados están trucados o alguien me ha maldecido —voceó. Su compañero un veterano de las armas y de los dados lo miró sonriente. Llenó la copa y se la ofreció para calmarlo, miró alrededor y volvió a esconder la jarra

entre unos troncos, si el Optio lo descubría bebiendo en la guardia, pasarían varios días en las mazmorras, este sonrió, el riesgo valía la pena si lograba desplumar al carcelero.

Acacius caminaba serio entre los barracones, Breogán lo seguía a poca distancia, estaba sonriente había sido un día con muchas emociones, más de las que recordaba y por algún momento se sintió un verdadero guerrero; el esclavo se detuvo en seco permitiendo al joven acercarse, se giró serio y dijo—: Tendrás que huir Breogán, pensé que podía protegerte, pero no va ser así, no puedo vigilarte todo el tiempo, en poco volverán las patrullas del norte y ya no te podré proteger.

Breogán lo miraba desconcertado, sabía que tenía razón, pero el hecho de separarse de él lo asustaba enormemente. El esclavo reanudó la marcha, absorto en sus pensamientos, ¿tanto apreciaba a ese joven galo para comprometer su propia vida? Se giró y lo contempló durante un instante, la sonrisa sincera y su ingenua bravura le recordaba enormemente a su hijo pequeño, quizás por eso sentía la necesidad de protegerlo; suspiró largamente, el recuerdo de su familia volvió a sus pensamientos, llevaba años sin saber nada de ellos, habían pasado muchos inviernos desde que había sido capturado y ya había perdido la esperanza de poder reunirse algún día con ellos. Acacius miró al cielo en busca de una señal que le dijera qué hacer, quizás era menos valiente de lo que creía, bajó la mirada y una lágrima le humedeció el rostro.

## *Aldea de Brigoles*

## *Capítulo XVIII*

### Toma de control

Crixi cabalgaba en vanguardia escoltando la carroza real, más de cincuenta de sus leales jinetes le seguían, formando una larga caravana y su escolta personal. La mayoría de los soldados llevaban la vestimenta de gala y sus espadas ceremoniales como mandaba la tradición, sus relucientes armaduras brillaban bajo el sol, que los bendecía desde hace unos días.

A cada lado del camino una multitud acompañaba con expresión seria y lágrimas, dedicaban su último adiós a un gran rey, las cabezas cubiertas de las mujeres, rendían homenaje a un gran guerrero caído en desgracia. El general había dado la orden de que el séquito familiar y personas más próximas que debía acompañar al difunto en su viaje permanecieran en el pueblo bajo una extensa vigilancia, no quiera que el rey se convirtiera en un mártir.

Crixi se detuvo un instante a contemplar el firmamento, el vuelo sincronizado de las aves auguraba la satisfacción de los dioses y

la aceptación del rey antes del gran viaje, las barcas que tenía que cruzar el alma a la gran isla, lo esperaban en las tierras del norte. Crixi alzó los hombros para quitarle importancia, se volvió y escupió al suelo en señal de desprecio.

Desde que Crixi había vuelto se había hecho con el poder, con el rey muerto y sin la presencia de Breogán, el trono seguía vacante y nadie se atrevía a disputarle el control.

La purga de los últimos días había sido despiadada, el general se había desecho de familias nobles y guerreros afines al antiguo regente, acusándolos de traición y de haber conspirado contra el rey al que había ordenado eliminar. Toda persona cercana a Aviorix era eliminado de inmediato, el ambiente en el pueblo era funesto, algunas de las familias habían huido y los menos afortunados había caído bajo el yugo de las espadas. Mientras Breogán no regresara, el terror seguiría vigente y lo más probable que sin la ayuda de las familias influyentes y buenos soldados, no duraría mucho vivo.

La purga en el ejército no había sido mucho más benévola, todo aquel que podría representar un peligro, había sido enviado al norte a salvaguardar la frontera. En aquel paraje alejado de todo, los esperaba un ejército Averno dispuesto a hacer el trabajo sucio de Crixi, desde la altura y sin posibilidad de defenderse fueron masacrados por cientos de arqueros, que se ensañaron entre risas burlonas. La mayoría de los valientes soldados murieron con la espada enfundada, la peor deshonra para unos guerreros tan valientes.

Crixi alzó la mano y la caravana se detuvo, hizo una señal y uno

de sus subordinados se acercó al galope. Crixi era de los generales que no le gustaba esperar.

—¡Señor! —dijo el Olix, apurado, llevaba muchos días organizando la purga y no había descansado demasiado, aún así, no se quejaba, no era muy sensato y sabía que bajo las órdenes de Crixi sus posibilidades de ascender eran muchas, sólo tenía que obedecer y ser lo más eficiente posible. Crixi lo miró durante un instante sin decir palabra, carraspeó y agregó:

—¿Has podido hallar a Elix?

—Sí, señor—respondió el soldado sin dudarlo, se escondía en la cabaña de Antar el viejo druida. Nos ha costado mucho poder

sacarla de allí —tras un instante de silencio, agregó—, los soldados no eran de la labor de profanar el bosque sagrado, he tenido que utilizar la vara para obligar a más de uno.

—¿Y el anciano? —preguntó Crixi algo confuso, tras otro largo silencio, el soldado agachó la cabeza.

—Ha huido —contestó sin atreverse a mirar al general a la cara. El rostro de Crixo empalideció, lo miró de manera asesina, lo cogió del cuello lento pero firme y presionando con firmeza le susurró al oído:

—¿Cómo puede ser que un anciano en sus últimos días, que apenas puede caminar, huya de veinte jinetes?

El oficial hundió aún más su cabeza, no tenía respuesta para esa pregunta; bueno en realidad sí, nadie de la tribu y menos sus soldados osaría tocar al sacerdote, eran supersticiosos, estaban convencidos que la maldición caería sobre toda la aldea y en especial sobre ellos y su familia. Crixo sabía la respuesta de antemano, pero esa orden había sido una prueba y Olix había fallado, nada bueno para sus planes de ascenso. Crixo soltó del cuello al capitán y sin ni siquiera mirarlo, preguntó:

—¿Dónde se encuentra Elix?

Olix estiró el cuello sin que se notara demasiado y respondió con tono firme:

—Cómo has ordenado, en su cabaña custodiada por cinco soldados leales, y por precaución he ordenado que unos jinetes patrullen los alrededores en todo momento.

El general asintió satisfecho, esa era una buena noticia y su salvo conducto hacia el trono, si no lograba capturar y casarse con Alana, Elix su tía y hermana del difunto rey, era el familiar de sangre más cercano, sólo tenía que eliminar a los hijos del rey y obligarla a casarse con él; el general se acomodó la ropa y lanzó una larga y funesta carcajada, todo iba como quería.

La comitiva continuó con andar lento y solemne hasta la colina verde que se juntaba con el gran río, a las afueras de la aldea, la carroza real se había engalanado como nunca y se abría paso trajinada por seis hermosos sementales blancos, la escoltaban a cada flanco los más altos rangos del ejército y para demostrar su nuevo estatus, Crixo cabalgaba en vanguardia, guiando la carroza funeraria como si los dioses le hubiesen dado el designio de custodiar el alma del rey hasta la tierra de los bienaventurados. El general se detuvo para contemplar la marea de antorchas que formaba un camino serpenteante hasta donde alcanzaba la vista, sin duda el difunto rey se había ganado el cariño del pueblo; y, a pesar de que Crixo había querido que la ceremonia fuera rápida y sencilla para que se olvidara lo antes posible, no había sido así, casi toda la tribu estaba presente y no había sido más, porque el general había prohibido que se informaran a las aldeas continuas.

El sol que por la estación se escondía más tarde, aquel día como un capricho de los dioses se había ocultado mucho antes dejando la colina en la más absoluta oscuridad, sólo la gran cantidad de antorchas daba un poco de claridad a la noche. La luna grande y hermosa parecía brillar sin ganas, tiñéndose de un naranja rojizo como delatando la traicionera muerte del gran rey.

Crixo miró al cielo extrañado, «¿será una señal?», se preguntó, puso cara de poca importancia y dio la orden para que le acercaran una antorcha, desmontó lentamente y se acercó a la pira funeraria que se alzaba altanera entre las bamboleantes luces de los fogones. Con rostro serio, miró a los carpinteros que habían preparado la pila de leña que sería la última morada del rey, había dado la orden explícita que no fuera muy ostentosa para no resaltar la grandeza del difunto soberano, pero en un acto de rebeldía, habían levantado la pila de leños más alta que nunca había visto, tan alta y tan grande que el propio general dudó de cómo lo habían podido hacer en tan poco tiempo. Los carpinteros contemplaban orgullosos su trabajo, sabían que el castigo que les esperaba iba a ser cruel, pero quería despedir con honor a un hombre que había sido bueno ellos y ahora eso no les preocupaba.

Crixo ordenó a un grupo de hombres que izaran el cuerpo, la armadura y las pertenencias, que lo debían acompañar a la otra vida pesaban más de lo imaginable; fue necesario poner todo su



esfuerzo y pericia para mover el cadáver. Los hombres se adelantaron unos pasos y se detuvieron extrañados. La montaña de leños era tan grande que era imposible depositarlo sin ayuda, era casi tan alto como tres hombres uno sobre el otro. Al instante y sin dudarlos, varios carpinteros se acercaron y montaron una sencilla pero efectiva escalera que les permitía acceder a la parte superior del monumento funerario, la escena fue tan emotiva que muchas mujeres comenzaron a llorar de una manera un tanto exagerada, era una forma de demostrar su descontento con los nuevos cambios que sucedían en la aldea. Crixo se volvió a girar en busca de los carpinteros, la mirada fue tan despiadada que intuyeron lo cerca que estaban de acompañar al gran rey en su última morada, aún así, no se asustaron y de manera desafiante encendieron una veintena de antorchas gigantes por todo el perímetro. Las antorchas iluminaban con tanto vigor que parecía que había vuelto el día, algo que el pueblo presente reconoció con gritos de vítores al antiguo rey.

—Es vuestro fin —dijo el general mordiéndose los labios. Lo que debía ser un sencillito y olvidable funeral, se había convertido en una humillación hacia él y un gran homenaje para el difunto rey y como si fuera poco y sin autorización alguna ni organización previa, la gente comenzó a depositar flores y frutas haciendo la escena aún más gloriosa. Las ofrendas de infinidad de colores, se abrían paso junto a los leños más grandes. La gente colocaba los cestos y se hacía a un lado sin entorpecer la ceremonia, los niños en orden y en silencio dejaban improvisadas espadas y botes de madera que representaban la gran barca de la noche que debía transportar el alma del rey a través del canal hacia las tierras del norte. Un tanto nervioso y exasperado, Crixo dio la orden de encender la hoguera, sin esperar que la inmensa comitiva hubiese acabado. Entregó la antorcha a Orix en una señal de desprecio y descontento por lo que estaba sucediendo, en su mente sólo entendía que la purga que creía terminada, aún no había comenzado.

Las llamas se alzaban inmensas hasta alcanzar una altura nunca vista, los árboles más altos y robustos parecían diminutos ante el inmenso fuego que comenzaba a devorarlo todo, era tanta la cantidad de leña, que tardó varios minutos en alcanzar el cuerpo del rey y muchas horas en consumirse, al final, el general tuvo que esperar más de la cuenta para dar por finalizado lo que creía una simple ceremonia. El alma de Aviorix ya estaba de camino a la tierra fértil donde siempre era verano, donde los manzanos abundaban por doquier, donde los pastos verdes y fértiles ofrecían sus frutos en abundancia, más de lo que alguien pudiera imaginar.

La tristeza y las lágrimas del pueblo decían adiós a un gran líder y sin saberlo, despedían al último rey galo, que gobernaría sobre esas hermosas tierras.

## *Bosque de la Galia*

## *Capítulo XIX*

### Un poco más cerca de casa

Quinto Fabio cabalgaba a paso lento, acompañando con el cuerpo el andar hipnotizante del Ixo, aún le dolía la pierna, sólo el calor de Alana que lo abrazaba en la marcha parecía reconfortarle, se giró levemente y miró a la joven que apoyaba la cabeza en su espalda sujetándolo con dulzura, el calor de su mano en su pecho lo hizo sentirse afortunado. Las risas de sus camaradas lo hicieron volver en sí, el Centurión los miró molesto, a Kaeso y Gaius le parecía divertido ver el temible Quinto Fabio en una situación tan tierna. Los minutos pasaban lentos, Kaeso se relajó y alzó el rostro en busca de calor estival, desde que habían comenzado el regreso, el sol brillaba con más fuerza, las nubes habían desaparecido, sólo una brisa cálida los acompañaba, todo indicaba que lo peor había pasado, en poco estarían de regreso en el campamento, cerró los ojos y respiró hondo, nunca imaginó que podía anhelar tanto la rutina y la seguridad de las legiones.

Alana sentía el palpitar del Centurión en su mano, ese poderoso latido le provocaba un cosquilleo que fluía por su cuerpo hasta invadirle de hormigas el estómago, una sensación placentera que nunca había sentido, cerró los ojos y lo abrazó con fuerza, ansiando que ese momento no acabara nunca, estaba agotada y por un instante no deseaba ser valiente. Quinto Fabio se arqueó levemente, las costillas aún le molestaban, aún así, sonrió y le devolvió el afecto con una caricia en su mano.

El Centurión cerró los ojos y se dejó llevar, la brisa cálida le acariciaba el rostro; la sensación de plenitud contrastaba con el nerviosismo de no saber bien cómo actuar. El plan que habían trazado no era el mejor, pero era el único que le aseguraba el bienestar de Alana. Habían barajado la idea de escoltar a Alana a su aldea, pero Kaeso y Gaius se había negado, en el fondo tenían razón, sabían que Crixo se había hecho con el poder y la suerte de la joven pendía de un hilo, además la idea de arriesgar sus vidas por una joven extranjera no les agradaba en absoluto, para ellos Alana seguía siendo un problema. Quinto Fabio había cedido, no quería arriesgar a sus hombres por una joven que apenas conocía, a pesar que le había salvado la vida y que comenzaba a sentir que no podía distanciarse de ella. La idea de regresar al campamento bajo la seguridad de Roma no le pareció mala, Alana permanecería bajo su custodia como una esclava capturada en el accidentado viaje, él era un hombre muy respetado y estaba convencido que le permitirían quedarse con ella, el rango se lo permitía, lo único que le preocupaba era que averiguaran su identidad, entonces todo cambiaría, proteger la hija de un rey enemigo sería considerado traición y su vida y la de sus hombres estarían en peligro, todo dependía de la discreción y la fortuna en el devenir de los acontecimientos.

La pradera verde se alargaba hasta donde alcanzaba la vista, el florecer de las plantas era de una belleza singular que inundaba de vivos colores el camino, había dejado detrás las frías montañas, que formaban numerosos arroyos que regaban de vida esta tierra de rudos y aguerridos habitantes, a pesar del sufrimiento habían aprendido a amar ese lugar, un territorio fértil donde el vino era bueno como en Sicilia, la pesca era abundante y los animales salvajes vagaban con total libertad, donde el hombre convivía con la naturaleza en total armonía; sólo la ambición de Roma resquebrajaba la calma y auguraba dolor a sus habitantes. Quinto Fabio miró al cielo y suspiró, la idea de jubilarse en estas praderas le empezaba a parecer buena.

Alana había entendido el plan desde el principio, su conocimiento del latín era mejor de lo que romanos pensaban, quizás porque escuchaba al soldado con tanta pasión, que sentía sus

palabras fluir sin ni siquiera tener que pensarlo. La princesa sabía que no podía volver sin su hermano y aún menos sin soldados que la protegieran. Alana había estado toda la mañana en silencio, algo no muy común en ella, su felicidad no era completa, la situación de su pueblo le preocupaba, el malestar de los hombres del Centurión también era evidente, la veían como una carga que era mejor deshacerse. Abrazó con fuerza al soldado y le besó la espalda, se sintió protegida. Asomó la cabeza por el hombro de Quinto Fabio, las nubes dibujaban formas extrañas en el firmamento, en poco se encontraría con Breogán y en su cabeza sólo cabía un pensamiento, abrazarlo y huir de allí lo antes posible. «¿Y luego qué?», pensó, no sabía qué hacer. «¿Volver a la aldea e implorar por sus vidas? ¿Vivir bajo el yugo asfixiante de Crixo? ¿Intentar forjar una alianza con alguna tribu? ¿A qué precio?», bajó la cabeza desesperanzada, era una mujer valiente y orgullosa, venía de una estirpe de grandes hombres, como mujer y guerrera no borraría el pasado de su familia sin antes luchar. La joven suspiró una vez más, las ideas volaban por su cabeza como una bandada de estorninos en una cálida mañana primaveral.

Las horas pasaban cabalgando con suma tranquilidad, sólo breves descansos para dejar reposar y pastar a los animales, ya habían entrado en territorio romano y eso les aseguraba la mínima seguridad, Alana y Quinto Fabio aprovechaban cada descanso para parlotear entre sonrisas y grandes gestos. Todo iba mejor, aquella tarde se había cruzado con una patrulla fronteriza, al reconocer al Centurión, los soldados se habían alegrado mucho, la noticia de su desaparición había corrido como una plaga por todo el campamento y todos esperaban lo peor, Quinto Fabio era un hombre duro como el que más, pero también muy querido, todo el campamento lo conocía, cualquier legionario daría la paga de un año por servir bajo su mando, en la guerra un buen mando era la diferencia entre vivir o morir y el Centurión tenía la fama de volver siempre con sus hombres. Los jinetes se habían ofrecido a escoltarlos hasta el campamento, pero se había negado, para él la seguridad de Roma y su frontera era primordial. Como símbolo de amistad y para congraciarse con su superior, los jinetes entregaron vino y comida, algo que el Centurión no despreció y aún menos sus hombres. Alana permanecía mirando sin llamar la atención, pocas veces había visto sonreír al Centurión, estar entre los suyos le hacía sentirse fuerte. Los soldados se saludaron con respeto y cada uno se marchó por su camino. Habían acampado antes del anochecer, el sol comenzaba a esconderse detrás de la pared de montañas que había dejado atrás, buscaron un lugar cálido cerca de una gran colina que le daba mínima tranquilidad a las afueras de una aldea que los legionarios prefirieron evitar, aquella tarde no tendrían que cazar para comer y el vino haría la noche más placentera, Gaius era consciente de ello, amaba el vino y la sonrisa de satisfacción lo acompañó toda la tarde.

El soldado acompañó a los caballos a un arroyo próximo, los desató y permitió que se alejaran un poco y pastaran más relajados, la hierba verde y húmeda de esa época del año era muy apreciada por los animales. Ixo y Tormento al igual que sus amos no se alejaban demasiado uno del otro, había química desde un principio, disfrutaban acariciándose la crin con la cabeza y correteando con cortos pero rápidos sprint. De vez en cuando Tormento mordisqueaba las orejas de la yegua, como semental demostraba su carácter de líder, en cierta forma ya reconocía a Ixo como parte de su manada. Alana se acercó a los caballos con una sonrisa infantil, acarició a Tormento y lo besó, estaba dando progresos, pero aún cojeaba. El animal acercó la cabeza a la de Alana y la sacudió de manera juguetona, hasta ahora había cabalgado atado a Ixo, Quinto Fabio era de la idea de no forzarlo, para Alana la idea de cabalgar junto al Centurión no le pareció mala. La yegua que no estaba lejos se acercó y la empujó con el lomo, la joven trastabilló y casi se cae.

—¡Ven! —le dijo Alana con una sonrisa—, también tengo cariño para ti —dijo dibujando el símbolo del Trisquel en el lomo que según la leyenda traía el equilibrio y perfección.

Los últimos rayos iluminaban con más vigor, dando paso a una luna llena que brillaba reflejando su estela alargada en el agua, Kaeso miró al cielo un instante y salió en busca de leña, encender la hoguera había sido siempre su labor, era al que mejor se le daba, sólo Alana lo superaba, pero no intervenía para no generar rivalidad con el legionario. Aquella tarde Kaeso había regresado con una liebre viva que había quedado atrapada al desprenderse una rama, eso aseguraba algo de carne fresca. Alana se acercó a la hoguera y se sentó junto al Centurión, había recogido un puñado de moras dulces rojas, las lavó y las depositó sobre una gran hoja, esta noche por fin tendrían una cena copiosa después de mucho tiempo.

La noche fue larga y divertida entre risa y viejas anécdotas el vino fluía alegrando el alma a los soldados, con la buena comida todos se divertían, sólo Alana se mantenía al margen y sólo intervenía de vez en cuando. Avergonzada y después de mucho insistir, se había animado a cantar una vieja canción de su infancia a las que los romanos respondieron con grandes aplausos y carcajadas. La noche continuó muy amena, una vez que Quinto Fabio y Alana se retiraron en busca de más intimidad, Kaeso y Gaius continuaron entonando alegres canciones militares y de arenga de la legión, hasta largas horas de la noche.

La noche había refrescado y, sin el calor que irradiaba la hoguera, la sensación era más fría aún, Quinto Fabio, que no había bebido demasiado, se sentía bien, desplegó una manta con delicadeza y le hizo una señal a Alana para que se recostara junto a él; como cada vez que intimaba con el Centurión, la joven se ponía nerviosa, hasta que las caricias del soldado recorrían su cuerpo y sus besos la rozaban, sacando la naturaleza salvaje de la joven.

La gran luna era la única fuente de luz en aquella noche de primavera, brillaba lo sufriente para reconocer la silueta de los amantes. Quinto Fabio cogió otra manta y cubrió a Alana, que se había despojado del vestido dejando al descubierto su delicado cuerpo de mujer, amaba sus caderas y su piel blanca y delicada. Se quitó la túnica y se recostó sobre ella con dulzura, presionado su abdomen sobre su pecho. El calor de la piel y su aroma salvaje lo excitaba, sentía el calor entre sus piernas, como el fuego de un volcán listo para estallar. Alana lo abrazó con pasión y lo besó en la boca, una y muchas veces más, a lo que el soldado respondió descendiendo por sus caderas lentamente, dibujando con los dedos sus curvas, deteniéndose poco después en su parte más íntima y húmeda. Alana cerró los ojos y abrió la boca con pasión, Quinto Fabio la besó sujetándola por los cabellos con firmeza, algo que la joven respondió arqueando la espalda de placer. El fuego recorría su cuerpo como nunca antes, la sujetó por la cadera, le separó las piernas y presionó contra su pelvis. La joven abrió los ojos grandes como la luna, Quinto Fabio sonrió, los movimientos que le siguieron fueron lentos y armoniosos, algo que la guerrera disfrutó de todos y cada uno de ellos, acompañando con un lento y constante movimiento de caderas. Los amantes se entregaron durante horas a la pasión, con la luna como única espectadora, dibujando sus sombras sobre la húmeda yerba, en una decisión que los acompañaría el resto de sus vidas. Alana sujetó al soldado de la cara y lo besó con picardía, los romanos eran rudos y valientes al igual que sus guerreros, pero a diferencia de estos eran dulces con sus mujeres y mejores amantes.

## *Campamento Romano*

## *Capítulo XX*

### De vuelta a casa

Una centuria de legionarios se dirigía en formación hacia las murallas con el equipamiento completo, por el estado de los soldados llevaban varias horas de marcha, Kaeso se acercó a Ovidus y le palmeó la espalda.

—Por lo visto, ya te han encontrado sustituto —dijo lanzando una larga carcajada al reconocer su unidad. Ovidus permanecía con el rostro serio, se giró y escupió al suelo.

—¡Llevo unas semanas fuera y el bastardo de Servus piensa que se va a quedar con mis soldados! —Todos miraron al Ovidus que señalaba al nuevo Optio y comenzaron a reír.

—No te preocupes, me ocuparé personalmente que te devuelvan

a tus hombres —gritó Quinto Fabio mientras se secaba las lágrimas de tanto reír. Era bien sabido que Ovidus era un Optio duro, que quería a sus hombres y la legión era el único hogar que había conocido, no permitiría que se lo arrebatasen.

La colina donde se encontraban estaba por encima del nivel del campamento, desde allí se podía vislumbrar con claridad el ajeteo de los soldados, Quinto Fabio se tomó un instante para contemplar, la campaña de verano había comenzado nuevamente y las legiones una vez más se preparaban para la guerra.

Una veintena de soldados se afanaba en reparar el foso frente a la Praetoria, quitaban hierbas y fango y volvían a darle la profundidad que le garantizaba la seguridad de los muros; otros legionarios reparaban la empalizada junto a las torres bajo la atenta mirada de los centinelas, era un no parar constante, los legionarios no eran simples soldados, eran carpinteros y constructores a tiempo completo.

Alana asomaba la cabeza sorprendida por detrás del Centurión, nunca había visto un espectáculo similar, un continuo hormigueo de carretas y personas, se dirigían a paso lento hacia el campamento improvisado de comerciantes junto a las murallas, un centenar de tiendas con leñadores, taberneros, comerciantes de esclavos y prostitutas, mucha gente vivía de las legiones y muchos de ellos eran extranjeros. Kaeso, que aún sonreía, señaló un grupo de soldados junto a una arboleda, practicaban tácticas militares bajo la atenta mirada del Centurión. Al sonar de la trompeta modificaban rápidamente la formación, era una máquina perfecta, en pocos segundos pasaban de una columna de ataque a la formación de defensa de tortuga; a Alana se le encogió el estómago, era un espectáculo maravilloso, una manera de combatir muy distante de la caótica organización de sus guerreros.

Una brisa cálida se alzó en el aire, Gaius cerró los ojos e inspiró profundamente, el olor a eucaliptus le llenó los pulmones.

—Es hora de volver, señor —agregó, todos miraron a Quinto Fabio, este asintió lentamente, sujetó a Alana dulcemente del brazo y con amargura en la voz, le dijo:

—A partir de ahora tendrás que seguir a pie, te comportarás como una esclava, tú sígueme la corriente y no estarás en peligro, estás conmigo, nadie se atreverá a tocarte —Alana asintió resignada, desmontó del caballo y comenzó a caminar a paso lento junto al caballo del Centurión.

La breve distancia que separaba la colina de la muralla le pareció una eternidad, caminar entre una multitud de soldados sin sentirse en peligro le generó una sensación extraña, algo que en breve se acostumbraría. Entraba en la boca del lobo, sólo el hecho de poder volver a tocar a Breogán le hizo sentirse mejor. Miró a Quinto Fabio que cabalgaba erguido con la mirada en la inmensa puerta, al verlo fuerte y seguro se tranquilizó.

—Abre la puerta soldado —ordenó secamente. El legionario, que lo reconoció, dio la orden con una gran sonrisa, rápidamente y un grupo de centinelas se apresuraron a obedecer de inmediato. Los guardias lo señalaban incrédulos, el Centurión que habían dado por muerto una vez más, regresaba, como si lo de morir no fuese con él.

Quinto Fabio, se detuvo un instante, le hizo una señal a Ovidus y este se acercó.

—Lleva a Alana a la taberna el **Jabalí Rojo**, habla con **Galicana**, explícale la situación, pero no desveles su identidad, ella la acogerá en su casa, es de confianza.

Ovidus asintió, se acercó a Alana y le hizo una señal para que lo siguiera, la joven miró a Quinto Fabio en busca de un gesto cómplice pero no lo encontró, se giró cabizbaja y comenzó a seguir al Optio.

La noticia de la vuelta del Centurión se había propagado como el fuego por todo el campamento, Quinto Fabio caminaba firme bajo la mirada atenta de los soldados, que al pasar se erguían y alzaban el brazo en señal de respeto, estaban orgullosos de la vuelta del Centurión, había combatido con muchos de ellos y su fama de líder le precedía.

Quinto Fabio se dirigía hacia la tienda de los oficiales a informar de lo acontecido estas últimas semanas, no era un buen orador, contaba con que las palabras fluyeran solas, se había detenido un instante a asearse y colocarse nuevamente el uniforme, a pesar de todo era un soldado y como tal tenía que estar presentable. La sensación de caminar protegido bajo el águila de Roma le renovó de energías, volvía a ser un soldado, sentir el peso del uniforme, era la sensación más agradable que podía sentir un soldado.

La puerta de la tienda estaba abierta, dos soldados custodiaban la entrada, al verlo venir se hicieron a un lado dejándolo pasar. La noticia de su regreso ya había llegado a los oídos del Primus Pilus que lo esperaba ansioso.

—Adelante —dijo Rómulo con un gesto de la mano, Quinto Fabio respondió con un breve saludo con la cabeza, a Rómulo la

impertinencia no pareció importarle, tenía cosas más urgentes de que ocuparse, le hizo una señal para que se sentara, no había logrado acomodarse cuando el ruido de unas sandalias le obligó a girarse. Quinto Fabio reconoció de inmediato al Legado Tito Acio Labieno, se incorporó rápidamente y saludó como corresponde a un mando de su rango. Tito Labieno, saludó amablemente, se acercó a la mesa y sirvió una copa de vino, Quinto Fabio continuaba de pie, el general se giró y le acercó la copa al Centurión.

—Gracias —dijo Quinto Fabio, Tito Labieno se sirvió otra copa y bebió lentamente bajo la mirada de Rómulo que había sido ignorado, la fama del Centurión había llegado a los oídos del Legado y eso a Rómulo le enervaba.

—¡Centurión! —dijo Rómulo de manera despectiva acentuando su nuevo rango, no había comenzado a hablar cuando Tito Labieno lo calló con un gesto sin ni siquiera mirarlo. El rostro del Primus Pilus se transformó de cólera, aún así, mantuvo la compostura y volvió a sentarse con el rostro desenchajado.

—Tu fama te precede, Centurión —dijo el Legado con una sonrisa—, los soldados dicen que eres inmortal, ¿eso es cierto? —preguntó curioso, Quinto Fabio dudó un instante y contestó:

—Nadie es inmortal señor, sólo que Marte me tiene en consideración más que a los demás —dijo tajante, el Legado lo miró un instante y comenzó a reír.

—¡Además modesto! —dijo Tito Labieno.

El oficial era un hombre alto y fornido, que impresionaba en su forma de actuar, vestía como era costumbre en una persona de su rango, el uniforme militar. A pesar de venir de unas de las familias más importante de Roma, se consideraba un soldado, una herida en su rostro lo



atestiguaba. El Centurión permaneció un instante mirándolo. Siempre había sido un general de acción y de combatir en primera línea, Quinto Fabio lo admiraba, ya había combatido en otras ocasiones con él, era un hombre justo con sus hombres, pero cruel y despiadado con el enemigo. Algo que no compartía, pero aceptaba; al final, la guerra siempre era injusta y los que eran derrotados siempre sufrían las consecuencias. Quinto Fabio permanecía serio, se acercó la copa a los labios y bebió con moderación para no despreciar la invitación, se la hubiese bebido todo de un sólo sorbo, pero ese no era el lugar.

—Debes estar cansado —continuó el general—, así que no te haremos perder tiempo. Necesito saber toda la información que puedas darnos, como habrás visto la campaña ya está en marcha, el Cónsul Julio César llegará en breve y como sabrás, es un hombre decidido y está dispuesto a poner orden tras el limes.

Quinto Fabio asintió, tragó saliva y comenzó a relatar lo sucedido en las últimas semanas. El general y el Primus Pilus lo escuchaban atentos, el Centurión se tomaba pequeños descansos, para tragar saliva y beber con moderación, las palabras fluían de su boca como nunca antes. Quinto Fabio, relató cómo había sido la emboscada donde su unidad había sido aniquilada, haciendo hincapié en la brutalidad de los galos con los prisioneros y heridos. La ira se le reflejaba en el rostro del Legado, eran sus hombres y le enfurecía una muerte tan poco digna. Relató su incidente con el caballo minimizando sus heridas, para no tener que dar demasiadas explicaciones sobre su pronta recuperación, el Legado asintió intrigado. Quinto Fabio volvió a hacer una breve pausa, y contó cómo había sido capturado y salvado por sus soldados, que habían logrado escapar a la masacre en el bosque. A Tito Labieno se le hinchaba el pecho de orgullo, miró al Centurión con admiración, se acercó y le palmeó la espalda.

—Tus hombres te respetan soldado —dijo—, se han adentrado en territorio enemigo, desarmados para poder liberarte, eso dice mucho de ti—Quinto Fabio afirmó, sabía que sus hombres eran incondicionales y darían la vida por él.

Rómulo observaba distante, estaba descontento con el protagonismo que estaba asumiendo Quinto Fabio, a pesar de que lo habían degradado por insubordinación la campaña pasada, continuaba siendo una amenaza.

Quinto Fabio volvió a reanudar el relato, en ningún momento nombró a Alana, para ellos la joven no debía existir, si en algún momento se descubría la verdad, diría que la había capturado mientras vagaba por la montaña, nadie pediría más explicaciones, llevarse algún trofeo tras el limes, era lo habitual en las legiones.

—¿Un poco más de vino? —preguntó Tito Labieno, Quinto Fabio negó con la cabeza y continuó la narración, quería terminar con esto lo antes posible y volver con sus hombres, donde realmente se sentía cómodo.

El informe se prolongó por varios minutos más bajo la atenta mirada de sus superiores, sólo había sido interrumpido brevemente por Acacius que se había acercado con una bandeja de fruta y otra jarra de vino.

Quinto Fabio informó que el rey de Brigoles había sido asesinado y que Crixo el general que lo había depuesto, era un enemigo incondicional de Roma, se estaban organizando para luchar junto a Vercingétorix contra ellos. Tito Labieno hizo una señal y Quinto Fabio dejó de hablar, se giró y miró a Rómulo con desprecio.

—¡Soldado! —dijo dirigiéndose al Primus Pilus—. Me has hecho informar erróneamente que teníamos un pacto con las tribus y que daríamos la libertad a un general... recuérdame su nombre —dijo de manera despectiva Tito Labieno.

—¡Vercasivelauno! —respondió Rómulo de inmediato.

—¡Eso! —continuó el general—. Hemos liberado un general con la promesa de que nos ayudaría en la lucha contra las tribus y nos ha traicionado —Rómulo bajó la mirada humillado—. No me gusta tener que retractarme en mis informes —continuó el general con rostro serio—, ese maldito bárbaro ha aniquilado a buenos soldados y ahora más tribus se rebelan contra nosotros.

—Pero aún tenemos a su hijo... —atinó a decir Rómulo desesperado, pero Tito Labieno lo volvió a callar.

—Ahora tendré que informar nuevamente al Cónsul y estas noticias no serán de su agrado. Las tribus se están organizando y la situación ahora es más complicada, contábamos con aliados que ahora no tenemos y nuestros soldados son los mismos. ¿Sabéis lo que significa? Que tendremos una campaña más complicada de lo esperado.

Quinto Fabio permanecía inmóvil escuchando con atención, aún continuaba de pie con la copa en la mano, la situación le incomodaba, quería poner fin al interrogatorio y volver con Alana.

El general se giró y tomó al Centurión por el hombro.

—¡Has hecho un buen trabajo soldado! Ojalá todos mis hombres sean tan efectivos como tú —dijo mirando con desprecio a Rómulo—, puedes marcharte, vuelve con tus soldados, te necesitareé descansado.

Quinto Fabio respiró profundamente, se golpeó el pecho en señal de respeto y se marchó bajo la mirada de ira del Primus Pilus. Quinto Fabio se había ganado un aliado, pero un enemigo irreconciliable también, aunque aún no lo sabía.

## *Campamento romano*

## *Capítulo XXI*

### La vida en el campamento

Ovidus caminaba unos pasos por delante de Alana para no llamar demasiado la atención, se dirigía entre las callejuelas improvisadas del campamento de los comerciantes, el bullicio de gente que abarrotaba las calles siempre le llamaba la atención, desde que había comenzado el calor y las nuevas unidades habían llegado al campamento, la cantidad de comerciantes se había multiplicado y las tiendas improvisadas se amontonaban por toda la explanada, pasaron brevemente por una tarima donde un gigantón Nubio exhibía una docena de esclavos capturados tras el limes, por la apariencia de los mismos, habían llegado hace poco y las condiciones no eran las mejores. Sobre la madera, una joven esclava llevaba un pequeño en sus brazos que no paraba de llorar, intentaba amamantarlo para que se calmara, pero la discusión a gritos de los compradores y el negro la ponían muy nerviosa. Querían separarla del bebe, pero el Nubio insistía que se llevaran a ambos, para los compradores el pequeño sólo era un incordio que limitaba las tareas que la joven debía realizar, para el Nubio un bebé sin su madre tendría las horas contadas. Alana se detuvo un instante a contemplar la situación, hubiese hecho cualquier cosa por salvar esa mujer, sólo cuando Ovidus la sujetó del brazo para que continuara, la hizo volver en sí.

La taberna el Jabalí Rojo estaba próxima a una colina en la parte más alejada del campamento, el establecimiento era fijo y permanecía abierto la mayor parte del año, a diferencia de las demás tabernas que sólo trabajaban en la época de campaña. Era la más concurrida de todas y la mayor parte de los legionarios se dejaban su paga en vino y en mujeres faltas de ropa. Dos pequeñas ventanas en la parte central eran los únicos respiraderos del lugar, que daban un poco de aire en ese ambiente cargado y enrarecido.

—Es aquí —dijo el Optio, Alana permaneció un instante mirando el lugar, era un espacio rectangular de adobe con techo de paja, en la parte trasera tenía unas habitaciones, la joven intuyó rápidamente cuál era su uso, respiró hondo, ya no estaba tan segura si había sido una buena idea venir con Quinto Fabio.

La puerta se abrió con un crujido sordo, a primera vista estaba vacía, sólo dos esclavas intentaban poner orden después de una noche larga que se había prolongado hasta altas horas de la madrugada, la infinidad de jarras y copas se amontonaban sobre una mesa, donde una mujer entrada en años se afanaba en lavarlas en un cubo mugriento. El olor a alcohol rancio le revolvió el estómago, sin embargo, para Ovidus significaba volver a casa, pasar un rato de diversión después de una dura jornada de trabajo, era lo más parecido a un hogar que tenía en ese sitio alejado del mundo, sonrió, siempre le traía buenos recuerdos y realmente lo añoraba.

—¿Dónde se encuentra Galicana? —preguntó Ovidus a la mujer de la barra, esta sin ni siquiera mirarlo respondió que se marchara que estaba cerrado, Ovidus escupió al suelo en señal de desprecio, en ese antro no era el que daba las órdenes, más bien las recibía, respiró hondo—. Me manda Quinto Fabio, tengo un mensaje para ella y es importante —La mujer al escuchar el nombre del Centurión, alzó la vista un poco intrigada, Quinto Fabio no era muy habitual de ese sitio, pero todos lo conocían, sin la aprobación de los mandos de la legión, que también se llevaban una tajada, el negocio no prosperaba.

—Ha ido un instante al mercado, podéis esperarla en aquella mesa —dijo señalando una mesa sucia en el fondo de la sala, se giró y volvió al trabajo sin añadir nada más. Ovidus sonrió, había estado mucho tiempo fuera y ahora podía saciar su sed con un poco de vino malo mientras

esperaba.

—¡Sírreme una jarra, bruja! —dijo el Optio con una sonrisa, la mujer alzó la vista malhumorada, estiró la mano y le deslizó una jarra medio llena que habría sobrado de la noche anterior, esto no pareció importarle al Optio que rápidamente comenzó a beber con sorbos largos y apurados. Los minutos pasaban sin noticias de Galicana, Alana permanecía sentada escuchando la conversación de las esclavas que por el acento debían de ser de una tribu cercana a la suya, Ovidus en cambio ya iba por la segunda jarra, sólo cuando la puerta se abrió dejando entrever una silueta robusta, el soldado dejó de beber.

—¿Qué sucede aquí? —gritó Galicana, al ver al Optio bebiendo con la taberna cerrada, Alana de inmediato se puso de pie en señal de respeto. La tabernera no era una mujer joven, pero a pesar de la edad y de los quilos que le sobraban, era una mujer muy hermosa, Ovidus la miraba en silencio, llevaba un ramo de romero en la mano y detrás de ella un esclavo empujaba un improvisado carro con las provisiones que habían conseguido esa mañana—. ¿Qué es lo que queréis? —insistió Galicana, Ovidus que ya llevaba unas copas de más, atinó a decir un comentario gracioso al que la mujer contestó tirándole el ramo de romero por la cabeza, en ese momento Ovidus recordó el porqué del mote que le habían puesto los soldados: «El minotauro». Ovidus lanzó una carcajada burlona, era grande, muy fuerte y seguramente de peor carácter que la bestia mitológica.

—No te enfades —agregó el soldado—, tengo un mensaje de Quinto Fabio para ti —La mujer gala lo miró con desprecio, aún así, tenía respeto por el Centurión, pero no por la chusma que venía cada noche a gastarse sus denarios, incluyendo a Ovidus que era un habitual del lugar—. En privado mejor— dijo el Optio. Galicana le hizo una señal para que lo siguiera, cruzaron la sala y entraron en una pequeña habitación desordenada con mucho olor a humedad. Ovidus reconoció el lugar de inmediato, en aquel sitio había pasado noches muy felices, acompañado de alguna sucia prostituta extranjera. Galicana no se sentó, cruzó los brazos y miró fijamente al Optio con rostro serio, el soldado entendió rápidamente que a esa mujer no le gustaba esperar. Ovidus no se explayó demasiado, le explicó que Alana era la esclava personal del Centurión, que por el momento no podía estar con él y que necesitaba un lugar donde quedarse, que confiaba en ella y que sería recompensada por el favor. La brabucona tabernera lo miraba sin pestañar, la idea no le gustaba en absoluto, ya tenía demasiadas sirvientas de las que ocuparse, otra más era un incordio. Aún así, el Centurión era un amigo, la había ayudado varias veces con los soldados borrachos que se descontrolaban y era el único de los oficiales que no pedían parte de las ganancias, era un buen aliado, ¿no podía decir que no!

—Está bien —dijo la mujer—, pero tendrá que ganarse la comida, aquí no estamos para alimentar vagos —Ovidus, asintió de inmediato, se acercó unos pasos a Galicana que era más alta que él, y por primera vez la miró serio a los ojos.

—Ella se ganará su sustento trabajando —dijo el Optio, además Quinto Fabio te recompensara generosamente por el favor, pero —dijo el Optio acariciando la empuñadura de la espada—, ¡nunca y bajo ningún concepto, trabajará en esta habitación! Y si es maltratada o le sucede lo más mínimo, tú pagarás por ello —a la tabernera se le encogió el estómago, normalmente no se amedrentaba, pero las palabras de Ovidus habían sido muy claras. Galicana asintió, bajó la mirada y volvió a la sala a poner un poco de orden. «¿Quién era esa esclava?», se preguntaba la tabernera, «¿Por qué tanto interés?», no lo sabía, pero en breve lo averiguaría.

Quinto Fabio se sentía confuso, él era un soldado y el protagonismo no iba con él. Los acontecimientos de los últimos días lo dejaban en evidencia y eso no era bueno para él ni para Alana. Caminaba entre los barracones con pasos rápidos como era costumbre, quería llegar con su

unidad lo antes posible y hablar con Ovidus. Quinto Fabio miró el cielo, el sol estaba en su cenit y el calor calentaba enrojeciendo la piel. Uno de sus soldados se acercó con rostro serio, lo saludó con respeto y le informó que sus pertenencias volvían a estar en su lugar. Quinto Fabio lo miró fijo, colérico, el soldado bajó la vista de inmediato.

—Lo habíamos dado por muerto —atinó a decir.

Como era costumbre en la legión, cuando un soldado moría, se enterraban las pertenencias íntimas, el resto de los objetos se repartían entre los demás soldados y el hecho que se repartieran sus pertenencias estando con vida al Centurión no le había hecho demasiada gracia, ni tampoco era un buen augurio. Volvió a entrar en su barraca, la luz intensa iluminó la sala dejando a la vista todos sus objetos bien acomodados en una esquina, Quinto Fabio asintió más tranquilo, a pesar que por su rango le correspondía los barracones de los oficiales más grandes y más espaciosos, él prefería la compañía de sus soldados, que a fin y al cabo, eran los que luchaban junto a él. El soldado, que no se había marchado, le señaló sobre la mesa, dos jarras de vino que le ofrecían como bienvenida y en busca de perdón, pero los que conocían al Centurión, sabían que eso se ganaba con largas marchas de castigo. Quinto Fabio se limitó a agradecer con un movimiento de la cabeza, todavía no estaba para fiestas, necesitaba saber cómo estaba Alana y si Ovidus había cumplido con su cometido.

Alana, que como pertenencias llevaba una pequeña bolsa prácticamente vacía, se acomodó en un catre junto a la ventana en el cuarto donde dormían las otras dos esclavas, no era el mejor lugar, pero las jóvenes lo mantenían limpio y ordenado, era mucho mejor que compartir cuarto con las prostitutas en un antro lleno de pulgas. Estiró la manta y guardó la daga debajo del cojín, sabía que en aquel lugar estaría segura, aún así, cualquier precaución era poca. La pequeña ventana se abrió dejando entrar una brisa cálida, Alana se asomó en busca de un poco más de aire, la habitación daba a la parte lateral del campamento a pocos metros de la muralla. Alana permaneció un instante contemplando aquella magnífica fortificación, parecía inexpugnable, enormes torres con soldados se erguían cada poco metro. ¿Cómo podía ser que tan cerca y a su vez tan lejos se encontrara su hermano?

—Espero que estés cómoda —le dijo una potente voz de mujer, Alana se giró de inmediato mirando a Galicana que se encontraba en la puerta con los brazos cruzados.

—Sí, gracias —dijo la joven. La tabernera la miraba con una mezcla de curiosidad y fastidio, no le gustaba que le impusieran a nadie y menos hacer de niñera, pero esa joven mujer tan bella, no era una simple sirvienta.

—En unas horas, abriremos las puertas y un reguero de soldados sedientos descontrolados vendrán a gastarse su dinero —dijo la grandullona—. Tú estarás en la cocina y ayudarás a Tunella con las gachas —añadió mientras señalaba a la esclava que anteriormente estaba lavando las copas—. Tendrás mucho trabajo, pero los soldados te dejarán tranquila —Alana asintió sin decir palabra. Galicana se giró para marcharse, pero Alana la detuvo.

—¿Cuándo podré salir? —preguntó la joven con la esperanza de poder encontrar a Breogán. La tabernera sin ni siquiera girarse, repitió en voz alta.

—¿Salir? —Con una sonrisa, lanzó una carcajada y se marchó sin responder.

## *Ciudad de Gergovia*

## Capítulo XXII

### Reunión de los guerreros

La hilera de hogueras se extendía hasta donde alcanzaba la vista, flanqueaba la calle de ambos lados formando un camino que llegaba hasta las casas más alejadas de la aldea, todavía no había anochecido y la luz formaba un espectáculo formidable. En el centro, entre las fogatas, una veintena de mesas estaban listas para un banquete como pocas veces se había visto en Gergovia.

—¡Lo has conseguido! —dijo Vercasivelauno dándole una palmada en la espalda un poco brusca, Vercingétorix le devolvió la gentileza con un puñetazo en el hombro, ambos sonrieron, se conocían de niños a pesar de la diferencia de rangos, la relación era muy buena.

—Han venido hasta de Britania —dijo emocionado Vercingétorix, todo va mejor de lo que esperábamos. ¡El día ha llegado por fin!

Una docena de mujeres se afanaba en decorar las mesas con flores silvestres y conchas marinas siguiendo el protocolo que marcaba la tradición. En una ladera cercana sobre una loma una docena de jabalíes se asaban a fuego lento, la luz iluminaba la piel dorada del animal dándole una apariencia deliciosa.

—¡Más leña! —gritaba el jefe de los cocineros, un enjuto hombre de mediana edad, estaba perdiendo la paciencia, los ayudantes estaban más predispuestos en probar el vino que en obedecerle a conciencia, después de tanto gritar un golpe con la vara le recordaba que era él quien mandaba.

En la esquina opuesta, doce barriles de vino se amontonaban detrás de la mesa principal, Vercingétorix había conseguido vino de *Venetia*, aquella noche el general galo no escatimaría en gastos, debía contentar a todos, lo que tenía que proponerles definiría su futuro y el de las demás aldeas. Al final, terminaba siendo irónico que festejaran con vino romano, una posible rebelión contra ellos.

La luna brillaba desde hacía rato cuando llegó la primera comitiva, el rey de los Helvecios desmontó de su semental negro; jefe de una de las tribus más poderosas del este de la Galia, había llegado dos días antes de lo previsto, pero recién ahora se presentaba, el cacique intuía que las tribus estaban formando una federación y eso a él le venía muy bien, llevaba tiempo guerreando con los pueblos germanos y poco a poco, su gente, era obligada a desplazarse hacia el oeste, esto no era del agrado de las demás tribus, sobre todo de alóbroges que veían como su territorio disminuía bajo la presión de los Helvecios. *Orgetorix*, rey de los Helvecios, era un hombre apuesto a pesar de la edad, alto y fuerte, vestía la armadura ceremonial que le daba una apariencia aún más majestuosa, su cabello y barba blanca contrastaba en su tez morena.

—Has cumplido tu palabra —le dijo a Vercingétorix estrechándole el antebrazo, Orgetorix asintió serio—. He venido cómo te he prometido y he traído sólo veinte hombres como me has pedido, espero que los demás cumplan también su promesa —dijo algo desconfiado, vengo a oír tus palabras, no me gustaría tener que blandir mi espada por una traición.

El recelo entre las tribus era evidente, muchas estaban en guerra entre ellas desde siempre, sólo cuando los romanos comenzaban las campañas hacían una tregua, para recomenzar apenas se marchaban.

—Te he dado mi palabra —contestó Vercingétorix—, y sabes que soy un hombre de honor.

El comandante Helvecio afirmó no muy convencido, aquel era el lugar ideal para eliminar la competencia, lejos de su tierra y con un contingente reducido a un puñado de hombres, aún así, no era un cobarde y no dejaría que lo intimidara, necesitaba la ayuda de las tribus más que nadie.



Vercingétorix llamó a una esclava para que lo acompañara a una mesa y lo agasajase con algo de vino mientras los demás líderes se presentaban.

Vercingétorix sonrió satisfecho, había tenido que utilizar toda su inteligencia para no sentar clanes rivales juntos, si no quería que lo que él esperaba que fuese una alianza se transformase en una masacre.

El cielo se fue apagando poco a poco, hasta la luna parecía colaborar iluminando grande y altanera. La infinidad de hogueras daban luz y calor necesario para una noche que se intuía larga, una cuarentena de esclavos eran los elegidos para que no faltara combustible en el fuego, iban y venían a los almacenes, reponiendo las gigantescas pilas de leña seca, uno de los guardias, un bigotudo flaco y encorvado, se aseguraba de que los montones mantuvieran la misma altura para darle un poco más de orden a esas montañas de madera.

Poco a poco los demás líderes fueron llegando, los Suevos, Caletes, Nervios y Crixo, como nuevo rey de Brigoles, fueron de los primeros, Vercasivelauno se aseguraba de recibirlos y de avisar a Vercingétorix para que pudieran saludarlos y acompañarlos a su sitio. Las cosas por el momento iban bien, el comandante había enviado varias patrullas para corroborar que cada uno de los reyes cumplieran su palabra y trajeran sólo la escolta necesaria, sabía que el más mínimo error, podría enfrentar las tribus una vez más. Pasada unas horas de la llegada del rey de los Helvecios, todos los líderes y sus hombres más leales estaban sentados en la mesa, nunca nadie los había podido reunir a todos, Vercingétorix, sonrió satisfecho una vez más, lo que hubiesen pagado los romanos por tener esta jugosa información, los reyes más influyentes de toda la Galia reunidos en un sólo lugar y con una simple escolta, hubiese sido un golpe mortal para las tribus, sin apenas derramamiento de sangre, por lo menos no romana.

Vercasivelauno se acercó a una tarima y estiró el cuello para poder contemplar la situación, por el momento los líderes y sus hombres se limitaban a beber con moderación manteniendo la compostura, de vez en cuando alguno de los caudillos se acercaba a otra mesa y brindaba entre risas y bromas con otro rey, en cierta medida muchos estaban emparentados, al final eso era un juego de estrategia y todos buscaban la mayor cantidad de aliados posibles para asegurarse lo que más le favorecía. Vercingétorix, mandó a llamar a su esposa y le entregó la espada para que la guardase, quería que fuese una señal y que los demás líderes se sintiesen un poco más cómodos, la besó en la frente y con calma se dirigió a la mesa que tenían reservada para él y sus hombres más leales. Respiró hondo y se sirvió una copa, miró a los invitados y bebió un gran sorbo para juntar valor.

Como era convenido, Vercasivelauno hizo una señal, el líder asintió, se puso de pie, era el momento de decir unas palabras, carraspeó y con la copa en alto brindó por los líderes presentes.

—Sé que habéis tenido muchas jornadas de marcha para presentarse aquí con nosotros y eso se lo agradezco —dijo el líder de los Avernos, tras una breve pausa continuó todos los líderes lo miraban en silencio, hasta tal punto que se podía escuchar el crujir de las ramas en el fuego—. Os he mandado a llamar como muchos intuís, con la intención de que dejemos a un lado nuestras diferencias, todos descendemos del mismo dios y somos tribus hermanadas, tenemos la obligación de defender nuestros territorios de la opresión romana —Vercingétorix hizo una nueva pausa. El murmullo comenzó a fluir entre las mesas de los invitados, muchos no eran de la opinión de enfrentarse a los legionarios, algunas tribus tenían buena relación y comerciaban abiertamente con Roma sobre todo las más cercanas a la frontera. El líder Averno hizo un breve repaso de cada mesa y se

centró en los líderes más influyentes para reconocer su reacción, sabía que después de esas

palabras le estaría declarando la guerra a Roma, la información de lo acontecido esa noche, en breve estaría en los oídos de los Cónsules y tenía que estar listo. Alzó la mano para pedir silencio y continuó—: Durante años hemos batallado por nuestra cuenta contra Roma para demostrar nuestro descontento con los abusos sufridos. ¡Esos mal nacidos! Cada año cruzan la frontera y se llevan nuestros rebaños y nuestras cosechas y poco podemos hacer al respecto, es hora que nos unamos y realmente le plantemos cara —El murmullo que anteriormente apenas se oía, se había transformado en gritos de descontento y golpes sobre la mesa, algunos a favor y otros en contra, aun así, estaba satisfecho, había logrado llamar su atención y que le continuaran oyendo y eso lo agradecía, por el momento ningún líder se había levantado y marchado. El general Averno bebió un poco más de vino y agregó—: En breve comenzará una nueva campaña, miles de legionarios se plantarán ante las puertas de vuestras casas exigiendo el pago de tributo y la entrega de alimento y poco podremos hacer al respecto —Todos comenzaron a vociferar descontentos, sabían que eso era verdad y cada uno en su medida estaban hartos—. El verano pasado, debido a la mala cosecha y al no haber podido pagar el tributo a tiempo, se presentaron con sus legiones en nuestra aldea y se llevaron muchos de nuestros hombres y mujeres como esclavos. ¿Hasta cuándo vamos a permitir que nos sigan humillando de esa manera? —gritó Vercingétorix, los soldados comenzaron a gritar, a casi todos le había pasado lo mismo y estaban cansados del constante abuso que sufrían—. ¡Así que hermanos! —gritó el general—, unámonos como un único pueblo, y cuando legiones osen cruzar las montañas, los estaremos esperando. ¡Será tan grande el castigo que no desearán traspasar nunca más las cimas nevadas! —Todos los líderes comenzaron a golpear las mesas en señal de satisfacción, los gritos eufóricos incentivados por el alcohol, se escuchaban desde afuera de la aldea.

El general sonreía satisfecho, todo iba mejor de lo que esperaba, sabía que la mayoría de las tribus lo apoyarían, superarían enormemente a los romanos en cantidad de efectivos y en recursos, ellos conocían el terreno y luchaban por su tierra y su gente, los romanos no se atreverían a presentar batalla.

Vercingétorix era un buen estratega y mejor líder, se jugaba todo a una baza, si todo salía como lo había planeado no tendría que combatir, sólo darían una demostración de fuerza, se presentaría en el campo de batalla con una ingente cantidad de guerreros y los romanos se retirarían. Lo que Vercingétorix no se imaginaba era que las legiones nunca rechazaban un desafío y cualquier ofensa a Roma se pagaba, sobre todo si el que comandaba las legiones era un joven Cónsul con una ambición y una inteligencia fuera de lo común.

El general se volvió a sentar con una sonrisa, por el momento era suficiente y no quería exaltar aún más a los guerreros, dio una señal y un ejército de sirvientes comenzaron a presentar la comida ante la atónita mirada de los comensales que pocas veces había visto tantos manjares en un sólo banquete.

Vercingétorix estaba absorto en sus pensamientos, ahora habría que esperar y mirar la reacción de cada uno, en el peor de los casos, tendría que negociar. «Todos querrán algo a cambio», pensó, era un botín muy suculento para que permitieran que se lo quedara el sólo. Vercasivelauno se acercó al oído del general y sin que nadie le oyera, le dijo:

» Creo que nos ha ido muy bien, he estado mirando la cara de cada rey y juro por mi propia sangre, que casi todos no apoyarán en esta aventura.

El banquete duró hasta altas horas de la madrugada, entre ingentes cantidades de vino y una sobremesa copiosa, varios de los líderes en estado de embriaguez se habían retirado a las cabañas que le habían destinado con alguna esclava o simplemente escoltados por sus propios hombres, Vercingétorix aprovechaba el estado eufórico de los líderes para obtener la promesa de su apoyo,

sabía que eran más vulnerables y además un galo nunca faltaría a su palabra, aunque la hubiese dado en estado ebrio.

Crixi no había bebido demasiado, mantenía la compostura e intentaba no hablar demasiado ni relacionarse. La decisión de hacerse con el poder en la aldea no había sido del agrado de muchos líderes que siempre habían tenido una muy buena relación con Aviorix. Algún jefe como el de los Suevos se había acercado a la mesa y lo había mirado amenazante, había escupido al suelo delante de todos en señal de desprecio, Crixi sólo había osado a mirarlo disconforme, era un rey muy poderoso para desafiarlo en este momento. Crixi, ahora estaba seguro en quien podía contar, se tenía que hacer conocer y cuando las cosas se calmaran y lograra posicionarse, se iba ocupar personalmente de los que se habían atrevido a desafiarle.

Las horas habían pasado muy rápidamente, música y bailes habían amenizado la velada, sólo pocos líderes quedaban presentes y la mayoría en un estado deplorable, Crixi en una de las mesas más alejadas dialogaba con sus hombres más allegados, evaluaba la situación; suspiró hondo, Alana y Breogán seguían siendo su mayor problema. Hasta que no acabara con ellos, para muchos líderes, seguían siendo los verdaderos herederos al trono y si no lo solucionaba pronto, alguno de los jefes emparentados podría reclamar el trono de Brigoles, y como era costumbre entre las tribus, los demás pueblos estaban en la obligación de apoyarlos a mantener la dinastía.

Vercingétorix se acercó a la mesa de Crixi, la noche había refrescado un poco y se tapaba con una piel de oveja un poco descuidada, hizo un gesto para que sus hombres se marcharan, quería hablar a solas, Crixi asintió y sus soldados se alejaron de inmediato, lo suficiente para no escuchar la conversación, pero lo bastante cerca por si la situación se complicaba.

—Te saludo, Crixi de Brigoles —dijo el general sin hacer mención a su nuevo rango, Crixi asintió con la cabeza—. Te he hecho venir a pesar del descontento de las demás tribus, que no ven con buenos ojos que tengas un lugar en nuestra mesa, sabes mejor que yo que la mayoría de los jefes están emparentadas con el antiguo rey, y no ven con buenos ojos tu decisión de hacerte con el poder, aquí estás bajo mi protección y nadie se atreverá a despreciarte —Crixi escuchaba sin decir nada—. A mí, realmente, me da lo mismo quién esté al mando de tu tribu, siempre que esté de nuestro bando. Si te unes a nosotros, no podrán tocarte, porque formarás parte de la alianza y estarás a salvo. Te necesito a ti y a tus hombres —dijo Vercingétorix—, pero tú me necesitas más a mí—continuó diciendo—, si decides unirme estarás a salvo y me encargaré personalmente de que mantengas tu lugar y que tengas una silla en la asamblea de las tribus, pero si decides dar un paso al costado, yo mismo me encargaré de eliminarte y de solicitar mi derecho a tu asiento —Crixi se limitaba a oír al rey de los Avernos, necesitaba su protección y ahora le tocaba pactar, se puso de pie y le estrechó la mano.

—Puedes contar con mis guerreros en esta aventura, por eso he venido hoy, pero una vez que todo esto haya terminado, honrarás tu promesa y solicitaré un asiento permanente en las reuniones tribales y tú serás mi garantía—Vercingétorix convino satisfecho, había logrado un buen aliado, lo que no se imaginaba, es que la palabra de aquel general, era tan frágil como la rama más débil de un árbol caído.

## *Campamento Romano*

## Capítulo XXIII

### Una despedida dolorosa

La mañana comenzaba apacible, el sol se asomaba detrás de la colina dibujando las sombras alargada de los barracones, sólo el repiqueteo de las aves alteraba la calma del campamento que aún dormía. La bruma matutina le helaba las manos, las frotó rápidamente y continuó caminado a paso rápido.

Breogán esperaba ansioso sentado sobre el catre de aquella húmeda mazmorra, estaba cansado, aquella mañana Acacius se demoraba más de lo habitual, en breve tocarían diana y los soldados comenzarían una nueva jornada donde pasar desapercibidos sería difícil. El ruido de las llaves contra el metal confirmaba que el esclavo había llegado.

—¡Llegas tarde! —le reprochó el joven bastante malhumorado, Acacius lo miró disgustado, estaba arriesgando su vida para ayudar aquel joven y que lo regañara no le apetecía en absoluto.

—No, he podido venir antes —contestó—, Rómulo anda con dolores en la pierna una vez más y no me dejaba marchar.

—¡Lo siento! —respondió Breogán al ver el rostro exhausto del esclavo. Acacius dio unos pasos y se acercó al joven para poder hablar sin que los guardias lo oyeran.

—Ya tengo todo preparado —dijo no muy convencido, tras una breve pausa continuó—. Anoche Rómulo me confirmó que Titus estará de vuelta esta misma semana, no podemos esperar más, tienes que irte mañana mismo — Breogán asintió algo nervioso estaba asustado, sabía que con la vuelta del Titus, su suerte se terminaría, ya no tenía ningún valor sin su padre con vida; agachó la cabeza y se frotó el pelo. Acacius lo miró algo preocupado.

—¿Qué dice Alana? —preguntó Breogán, Acacius tardó un rato en responder, desde que Alana se había comunicado hace unos días, no la había vuelto a ver.

—No te preocupes —respondió el esclavo, sin darle demasiada información—, mañana a la noche estarás lejos de aquí, Alana te estará esperando donde acordamos —Breogán afirmó aún más nervioso, si era posible.

—¿Y luego qué? —preguntó el joven, Acacius se acercó, le acarició la cabeza y casi susurrando, le contestó:

—No lo sé, eso sólo lo sabe ella, y por vuestra seguridad es mejor que sea así —agregó—. Ahora he de marcharme —dijo Acacius, Rómulo me debe estar buscando por todo el campamento, mañana al alba te sacaremos de aquí. Sin decir nada más, se puso de pie y se marchó.

Breogán se recostó sobre el frío camastro de piedra, sentía que el corazón bajo el pecho le iba a explotar, se tapó el rostro con las manos y comenzó a llorar. «¿Volveré a ver a Acacius», se preguntó?

Alana caminaba por la sala vacía de la taberna, no paraba de pensar, se sentía agitada, aquella mañana se había levantado más temprano de lo habitual, poco después que se marchara el último soldado con la libido saciado, tenía una sensación rara, la cama le ahogaba, necesitaba caminar, la joven suspiró nerviosa, se sirvió un poco de agua, y comenzó a recoger las jarras de la noche anterior.

El crujir de los troncos en la hoguera la tranquilizó, amaba el fuego, desde niña se pasaba horas contemplándolo en la pequeña cabaña de Brigoles, añorando la caricia de su madre que nunca más tendría. El recuerdo de su infancia la angustiaba, se acercó y arrojó un tronco en la chimenea, una cortina de humo se alzó en el aire haciéndola estornudar.

—Nunca te acuerdas de abrir el respiradero —dijo una voz ronca con una sonrisa, Alana le

devolvió el gesto, se acercó y la besó con mucha dulzura. Galicana no era muy propicia a demostrar cariño, aún así, la abrazó con tanta intensidad que Alana pensó que se ahogaba.

Desde que la princesa gala apareciera en su vida hacía unas semanas, se habían vuelto muy amigas, el recelo de Galicana desaparecía con cada gesto y cada palabra de Alana, al mismo tiempo que aumentaba el recelo de las demás sirvientas, que no ansiaban demasiada competencia.

Los días en el campamento habían pasado más rápido de lo esperado, en cierto sentido se había sentido como en casa, logrando un lugar importante entre sus compañeras, estar tan ocupada, le había servido para despejar la mente y olvidarse de los problemas que tanto la aquejaban, aún así, no pasaba ni una sola noche sin pensar en su hermano.

Galicana la miró a los ojos y la besó en la frente.

—¿Estás segura? —le preguntó una vez más, Alana asintió desconsolada—. ¿Sabes que puedes quedarte aquí conmigo todo el tiempo que quieras? —insistió la tabernera. Alana esbozó una sonrisa triste.

—¡No puedo! —respondió—. Es por mi hermano —Galicana la volvió a abrazar.

—¿Quién me va a ayudar a darle una patada en el culo a los soldados borrachos? —preguntó lanzando una larga carcajada, la joven volvió a sonreír. Su fama de poner orden se había hecho eco por todo el campamento, guapa y guerrera decían los legionarios, cuando la situación se descontrolaba salía de la cocina y junto a la tabernera apaleaban a cualquier idiota que intentaba sobrepasarse, Galicana lo agradecía, ser la favorita del Centurión ayudaba a que se lo pensarán dos veces, sino recibirían una paliza a la noche y luego a la mañana de parte de Quinto Fabio.

—¡Espérame aquí! —dijo la tabernera sonriente y se marchó a toda prisa. Alana no tuvo tiempo de decir nada. La luz anaranjada del sol comenzaba a filtrarse por la ventana, Alana miró la habitación, no estaba todo ordenado, pero casi, cuando las demás sirvientas despertaran, poco tenían que hacer, esto en vez de agradecerlo, las enfadaban aún más, ya no eran indispensables para la tabernera, sobretodo Tunella que cada día la odiaba más. La joven arqueó los hombros quitándole importancia, en pocas horas estarían lejos de allí.

Galicana volvió poco después con una pequeña caja de cobre y roble gastado, Alana la miraba intrigada, la llevaba en la mano con mucho cuidado, asegurándose que no se abriera.

—¿Qué es? —preguntó curiosa. Galicana sonrió, le alzó las manos y se lo dio con delicadeza.

—Es toda mi vida —respondió. Alana abrió la caja con mucho cuidado, miró durante un rato y negando con la cabeza dijo:

—¡No lo puedo aceptar! —Galicana la cogió de los hombros.

—Te harán más falta a ti que a mí —respondió.

Alana continuaba mirando la caja y negando. Una pila de monedas de oro y plata acomodadas en ordenadas filas, era todo el dinero que Galicana había ahorrado para su jubilación, y ahora se lo ofrecía. La joven negó otra vez.

—Has sufrido mucho por este dinero —contestó Alana devolviéndole el cofre, Galicana sin soltarla de los hombros, añadió:

—Sí, he sufrido mucho por este dinero, he tenido que yacer con tantos hombres que tardaría una vida en contarlos —Alana la miraba sin decir nada—. Llegué aquí siendo una niña, me arrebataron a mis padres, me quitaron mi hogar, me robaron mi libertad, he trabajado en esos cuartos toda mi vida, he sido humillada y he sufrido más de lo deseable —Alana no decía nada, sólo sentía culpa—. Tú te pareces a mí de joven —continuó la tabernera—, por eso te aprecio tanto, yo me he hecho a mí misma, volví a ganar mi libertad y no supe qué hacer con ella, he deseado toda mi vida huir de este antro y después de tantos años, sigo aquí acumulando monedas

—Alana la abrazó—. Es lo único que he conocido en mi vida y aquí soy alguien —continuó la tabernera. Las lágrimas caían por su rostro como ríos de tristeza—. ¿Dónde voy a ir? ¿Qué voy a hacer? —continuó Galicana. Ambas mujeres lloraban desconsoladas, una porque perdía una hija y la otra porque se alejaba de lo más parecido a una madre que había tenido nunca. La tabernera se distanció un paso, metió la mano en la saca y sacó un pequeño colgante, Alana la miraba sin decir nada—. Esto es lo único que me queda de mi familia, ahora quiero dártelo a ti —Alana negaba una vez más, aún así, no se resistió, miró el collar con forma de flor y lo apretó con fuerza. El silencio se apoderó de la sala, se abrazaron como nunca, sin saber que era la última vez que lo harían.

Quinto Fabio se encontraba en las cuadras como las dos últimas

mañanas, se había levantado al alba y como los días anteriores había ido a visitar a Tormento, que desde que había llegado al campamento había mejorado considerablemente, aún así, no estaba en su mejor momento. Lo cogió del bocado y lo sacó del establo para poder examinarlo con más cautela, Tormento agitó la cabeza y caminó junto a su amo a paso lento, ya no cojeaba, aún así, no podía forzarlo demasiado. Cogió un cepillo y comenzó a acariciarle el lomo, el caballo cerró los ojos y encogió el cuello, ambos disfrutabas de esos plácidos momentos. No habían terminado cuando, Kaeso apareció al trote, por el rostro serio las noticias que portaba no eran las mejores.

—¡Señor! —dijo el legionario sin siquiera detenerse, Quinto Fabio alzó la vista sin parar de peinar al caballo, como si la noticia que trajera no podía ser lo suficientemente mala como para dejar su cometido.

—¿Qué es tan importante? —preguntó el Centurión. Kaeso se detuvo, recuperó un poco el aliento y con palabras agitadas, le informó que Tito, había vuelto al campamento la noche anterior, Quinto Fabio ni siquiera se inmutó, miró al soldado, restándole importancia, agachó la cabeza y comentó—: Eso ya lo esperábamos soldado, sólo se ha adelantado unos días —dijo. Kaeso que aún estaba agitado, le tocó el hombro y para no ser

oído le susurró:

—Señor, anoche Rómulo dio la orden y los guardias de las mazmorras han sido relevados —  
Quinto Fabio se incorporó de

inmediato, recién en ese momento comprendió la gravedad de la

situación. ¿Qué información habría recibido Rómulo para tomar tal extraña decisión? Las guardias se establecían mensuales y los centinelas sólo llevaban una semana en el puesto. Quinto Fabio asintió, miró al legionario y comentó:

—Todo sigue adelante como estaba planeado —Le entregó las riendas de Tormento y se marchó rumbo a las barracas.

El ruido de unas sandalias le hizo girarse, Acacius llevaba a toda prisa unos rollos con mapas de la zona, aquella tarde había una reunión informativa con los mandos de la legión y por la celeridad de las mismas, las noticias que llevaba Titus no eran las mejores.

—¡Alto esclavo! —le ordenó Quinto Fabio. Acacius se detuvo de inmediato. El Centurión apreciaba al griego, aunque en público, intentaba mantener las distancias, llevaban tiempo en contacto, sobre todo porque era vínculo entre Alana y su hermano. Acacius lo miró en silencio, esperando que hablara—. Han cambiado a los guardias —dijo el Centurión en voz baja. Acacius lo miró sin demasiada sorpresa, se acercó un poco más al soldado para no ser oído.

—Lo sé Centurión —contestó—, ayer mismo, Rómulo dio la orden poco después de la llegada de Titus. Quinto Fabio lo miraba consternado esperando alguna explicación, pero era todo lo que sabía el esclavo—. ¿Qué haremos? —preguntó Acacius.

Quinto Fabio, tras un instante de silencio respondió:

—Todo sigue como lo acordamos, no tenemos otra opción—. Acacius hubiese preferido esperar, pero si las noticias de Titus confirmaba las revueltas de las tribus, Breogán sería ejecutado de inmediato, ya no tendría el más mínimo valor.

Alana se encontraba en la habitación descansando, había ordenado todas sus pertenencias sin dar demasiado a entender que se marchaba, se sentó en la silla y comenzó a peinarse, su larga cabellera rojiza brillaba como nunca, había ganado algo de peso y sin duda la vida más sosegada en la taberna le había favorecido, estaba más bella que nunca, la adolescente que se había marchado de su aldea meses atrás, se había convertido en una hermosa mujer de una belleza felina. Quinto Fabio permanecía en la puerta contemplando su belleza, Alana absorta en sus pensamientos se trenzaba el cabello al estilo celta sin notar la presencia del Centurión. Quinto Fabio sintió un nudo en el estómago, alejarse de ella después de estar juntos tanto tiempo le partía el corazón, nunca había sentido nada igual y ahora que por primera vez era feliz, tenía que dejarla marchar. Alana notó el brillo de su armadura con el reflejo del sol, se giró y la sola presencia del soldado le iluminó la cara. Se puso de pie y corrió a abrazarlo.

—No te había oído —dijo la joven mientras lo besaba con dulzura. Quinto Fabio sonrió, le devolvió el abrazo y la besó en la frente.

Permanecieron un buen rato entrelazados sin que ninguno dijera nada, como queriendo sentir cada instante que le deparaba la vida, sin saber si después de mañana se volverían a ver—. ¡Vente con nosotros! —le suplicó la joven, Quinto Fabio la abrazó con más fuerza aún.

—¡No puedo! —contestó—. En este momento mi lugar está aquí junto a mis hombres —respondió el soldado—, en breve me licenciarán y saldré a buscarte por toda la Galia si es necesario, después, nadie podrá separarnos. A Alana esas palabras le supieron a simple promesa, aún así, apoyó la cabeza en el pecho del Centurión y lo besó—. Si me voy ahora pondrán precio a mi cabeza y no descansarán hasta encontrarme, seré un desertor y todos estaremos en peligro. Sólo te pido que me esperes unos meses más y viviremos juntos para siempre. Alana comenzó a llorar, las lágrimas caían desconsoladas enrojeciéndole el rostro, sabía que el Centurión tenía razón y no podía pedirle que traicionara sus principios y la única vida que había conocido. Al final y al cabo para un soldado la legión era todo, sólo le pedía unos meses más.

Quinto Fabio cerró la puerta para poder contar con más intimidad, la cogió de la mano y la acompañó hasta la cama, sentados en esa posición, estuvieron hablando hasta primera hora de la tarde, planeando la huida y la vida que le depararía el futuro. Algo que no podía reprochar la joven, era que el soldado le dedicaba cada minuto que la legión le daba de libertad y en más de una ocasión, se había escapado de la seguridad del cuartel para dormir abrazado a ella.

Alana ya no lloraba, aunque la tristeza y el miedo era evidente en su rostro.



***Algunos años después. Ciudad asediada de Alesia, otoño  
52 a.C.***

*(continuación del capítulo I)*

## *Capítulo XXIV*

### Una nueva misión

El Centurión eligió personalmente los hombres para que lo ayudaran con su tarea, cogieron una vieja carreta y la dispusieron para cargar los barriles con el aceite incendiario, tuvieron que utilizar toda su fuerza y su ingenio para poder lograrlo, no contaban con caballos y todo se tenía que realizar a pulso:

—¡Gaius! —gritó el Centurión, el soldado se acercó de inmediato, tenía el pelo revuelto y una herida en la pierna no muy profunda, Quinto Fabio la examinó un instante, al ver que no tenía gravedad, continuó con las órdenes:

—Necesito que traigas las bombas para desparramar el aceite de las barracas con urgencia, llévate un par de hombres, ¡las necesito, ya! —gritó para hacerse oír.

El soldado se le quedó inmóvil pensando que hacer, cada bomba pesaba una infinidad, tardarían una vida en traerlas todas, aún así, llamó a tres de sus incondicionales y desaparecieron entre una ingente cantidad de flechas que continuaban cayendo e incendiando todo por doquier. El silbido de los dardos era horrendo, tantos y tan seguidos que los soldados ya no le prestaban atención, cada uno seguía con su tarea a la espera que una de esas flechas se le clavara en la piel y se encomendaban a Marte para que la herida no fuese mortal, o en el peor de los casos que la muerte fuese rápida.

Quinto Fabio analizó el terreno, la zona que tenían que empapar era inmensa, cada vez tenía más dudas de que su plan fuese a funcionar, los galos tenían un frente ancho como la ciudad que los resguardaba. No había más opción se convenció, reunió a sus hombres y reanudó su tarea. Quinto Fabio ayudó a cargar una última barrica, ya tenían el primer carro listo, ahora había que llevarlo fuera del campamento y volver por más, siempre que Gaius se diera prisa con las bombas todo iría bien.

Una densa neblina se alzó en el aire, nubes bajas y espesas tapaban el sol dando un respiró a los soldados, las flechas incendiarias cruzaban el cielo dibujando estelas rojas entre las capas como estrellas fugaces.

Quinto Fabio se secó el sudor, hizo la señal y veinte hombres comenzaron a empujar del carro, las venas hinchadas de los brazos contra la madera, demostraban lo demoledor del trabajo y lo difícil de la misión. Lentamente las ruedas cedieron a la presión y el carro comenzó a moverse, con mucho esfuerzo los hombres se dirigían a una improvisada abertura junto a una torre.

Dos flechas impactaron contra la madera, uno de los soldados se lanzó sobre las mismas impidiendo que el fuego se propagase. El legionario hizo una mueca de dolor, mirándose las manos chamuscadas, el Centurión se acercó y le palmeo el hombro quitándole importancia. La tarea se volvió más complicada cuando una de las ruedas quedó atrapada en el fango provocado por el aceite derramado por un barril roto, los soldados insistieron con su esfuerzo y poco a poco lograron moverlo.

Tito Labieno había dado la orden de retirada una vez más, las cargas habían sido un éxito, habían causado numerosas bajas entre los galos y la caballería romana estaba intacta, alzó la vista en busca de Julio Cesar que había trasladado el puesto de mando en una de las torres que permanecía intacta, desde la altura podía analizar mejor la situación y guiar a sus hombres con más precisión.

En el frente de batalla las legiones retrocedían poco a poco, siguiendo el plan estipulado, permitiendo que los galos se adentraran cada vez más en territorio romano, la trampa seguía en

marcha y todo iba como estaba planeado.

Tito Labieno desmontó del caballo de un salto, y comenzó a trepar la escalera que lo llevaba hasta el general, el Legado negó contrariado, no consideraba que trasladarse a una torre fuera una buena idea, si los galos lo descubrían, centrarían su ataque en ese punto y si los atrapaban podrían descabezar el alto mando romano de un golpe. Labieno se acercó al general y lo saludó con respeto.

—Señor —dijo—, esperamos órdenes.

El general permanecía absorto en la batalla, estiró la mano y le tocó el hombro al Legado sin mirarlo.

—Buen trabajo —dijo el Cónsul, todavía no está todo decidido, reagrupa tus hombres, es probable que tengamos que empujarlos un poco más, no quiero que los galos pierdan el ímpetu inicial, estad pronto a mi señal —agregó. Julio César volvió a centrar su atención en el fragor de la batalla, el calor apremiaba haciéndole sudar en demasía, se secó el rostro lentamente, el choque de los metales y los gritos de los guerreros erizaba la piel, los alaridos de dolor de los heridos se confundían con el relinchar frenético de los caballos heridos. «Todo va bien», se repitió el Cónsul. Abrió un rollo que siempre llevaba consigo, lo desplegó sobre una improvisada mesa, quería consultar el mapa en todo momento, necesitaba saber dónde se encontraban en cada momento sus tropas, la planificación era la base del éxito. No había terminado de anotar los desplazamientos de sus soldados, cuando Marco Antonio apareció abriéndose paso a empujones entre la multitud de guardias que incordiaban en el lugar; por la mirada perdida las novedades no eran buena. El Cónsul le invitó a que hablara cuando aún no se había detenido.

—¡Señor! —dijo el Legado, nos informan que un numeroso grupo de guerreros está vadeando el río, han derribado unas de las torres y están desmontando la empalizada con ganchos. Los mandos piden refuerzo de inmediato, la situación es muy complicada y estamos perdiendo muchos hombres, hay que darse prisa no podrán aguantar demasiado.

—¿Cuántos calculas? —preguntó el Cónsul preocupado. Marco Antonio dudó un instante.

—Es difícil calcularlo señor, el paso entre los ríos es estrecho y no pueden armar un frente amplio, por eso intentan derribar las torres, para poder aplicar su superioridad y envolvernos, según informan los mandos, cuentan con más de diez mil hombres, quizás veinte mil.

—¡Eso no es un grupo de guerreros, es un maldito ejército! —gritó el cesar dando un puñetazo sobre la mesa.

—Por el momento están atrapados en un embudo, y nuestras tropas aguantan a duras penas —contestó Marco Antonio, he movilizado seis cohortes de reserva, para darle un respiro a los hombres de primera línea.

—El Cónsul afirmó preocupado, otro problema del que preocuparse, y este no era de poca importancia, tenían que detenerlos. Si los galos lograban ensanchar la brecha en la empalizada, podrían atacar con todos sus efectivos y la situación sería dramática, los superaban en número.

—Bien hecho —dijo César—, traedme mi armadura, me encargaré personalmente de la situación, tu permanece aquí y me informas de cualquier novedad, en cualquiera de los frentes.

Aulus continuaba corriendo como un poseído, no se había detenido en ningún instante, todavía no había atravesado en su totalidad el frente de batalla que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, la situación era compleja, por cualquier lado guerreros que se enfrentaban a las legiones que aún mantenían su posición, las flechas continuaban cayendo como una torrencial lluvia de verano, ensartando soldados sin discriminar, los gritos de dolor de los heridos erizaban la piel. Todo era un caos, los centuriones se esmeraban en mantener las líneas juntas, remplazando las unidades para que pudieran tomarse un respiro cada poco tiempo; los guerreros galos aullaban como lobos

hambrientos, saltaban sobre las legiones que los recibían con las lanzas en alto. Se detuvo un instante sobre el cadáver de un soldado muerto, le revisó las pertenencias y cogió una daga larga que aún llevaba en la cintura, era momento de tener más precaución, ya no había sitio donde esconderse; no se había puesto de pie, cuando un guerrero galo, que no debía de tener más de dieciséis años, se abalanzó sobre él lanzando una estocada feroz, Aulus reaccionó de inmediato girando sobre sí mismo, dio dos vueltas alejándose lo máximo del atacante, el joven guerrero alzó la espada nuevamente y lanzó una segunda y tercera estocada, el legionario apenas pudo esquivar la segunda, el golpe le provocó un corte en el antebrazo que le hizo caer la daga, retorciéndose de dolor. Aulus permanecía boca arriba desarmado y herido, el sol le segaba la vista impidiéndole ver con claridad, sólo la silueta de guerrero que volvía a alzar la espada para lanzarle el golpe final. El legionario apenas tuvo tiempo de cubrirse con el antebrazo como si ese gesto sirviera para detener el golpe, cerró los ojos afligido, no por el hecho de morir, sino por no poder cumplir la misión que le había encomendado Quinto Fabio. Haría cualquier cosa para salvar a sus compañeros. Tras unos segundos de interminable espera, un chorro de sangre le bañó el rostro, luego un grito agudo y el guerrero que se desplomaba sobre él atravesado por la gladius de un Centurión.

—Hoy es tu día de suerte —dijo el oficial pateando el cuerpo inerte del guerrero para que Aulus pudiera salir, lo miró durante un rato con una sonrisa de satisfacción, le extendió la mano y le ayudó a ponerse de pie.

—Gracias —apenas pudo balbucear, todavía le temblaban las piernas y el susto no se le iba.

—¿Que haces aquí! —le reprochó el Centurión—¿Dónde está tu unidad? —continuó.

Aulus que apenas podía emitir palabra, como pudo le informó de su misión y la prisa en cumplirla.

—¿Cuál es tu superior? —preguntó .

—Quinto Fabio —respondió con rapidez, el Centurión permaneció un instante mirando al soldado con una sonrisa, le palmó la espalda, y dijo—, mi intervención ha sido más propicia de lo que pensaba.

Se acercó a su Optio que luchaba junto a él, y le ordenó que reuniera una decena de hombres y que escoltaran al soldado hasta el Cónsul; Aulus le agradeció estrechándole la mano, ahora se sentía más seguro, quizás con un poco de suerte lograría llegar con vida hasta el general. Saludó una vez más y se reunió con los improvisados custodios que comenzaron la carrera hacia el puesto de mando.

No se había alejado demasiado, cuando la voz del Centurión que lo había salvado volvió a intervenir gritando con tono irónico.

—¿Dile al bastardo de Quinto Fabio que ahora estamos a mano, que ya no le debo nada!

Aulus asintió sin girarse y reprendió la marcha con energías renovadas.

Ovidus gritaba las últimas indicaciones a sus hombres, había tomado la iniciativa y los había desplegado de forma que formaran una punta de lanza invertida en la parte más próxima al combate, los soldados estaban más distanciados, se iban cerrando cuanto más se adentraban en la trampa, una vez dentro sería muy difícil salir con vida. Se sentó sobre una gran pila de lanzas, había perdido la cuenta, pero debían ser más de treinta, el Optio permaneció mirándolas, no sabía si le iba a dar el cuerpo para lanzarlas todas, ya tenía su edad, aún así, haría todo lo posible, no quería ser el hazme reír de la centuria. Se frotó los ojos nervioso, las tripas se le revolviéron con un ruido roto, necesitaba evacuar, siempre le sucedía lo mismo antes del combate, era como si el cuerpo le avisara lo próximo de la batalla, por el momento tendría que esperar, se asomó una vez más y verificó que cada uno de sus hombres estuviera en su sitio, gritó la últimas indicaciones y

volvió a sentarse a esperar que la trampa se pusiera en marcha, le gustaba tener todo controlado, en cierto sentido era un obseso cuando quería algo bien hecho.

A pesar de que las nubes formaban un espeso manto gris, el calor apremiaba, se quitó el casco y vertió agua en la cabeza, Ovidus estaba sofocado, suspiró largamente un par de veces, repasó el plan una vez más. En poco las legiones comenzarían a retroceder, dejando una brecha por donde los guerreros podrían adentrarse en el primer anillo defensivo, en ese instante actuarían ellos, más de sesenta hombres con cuarenta lanzas cada uno, saliendo como sombras detrás de las tiendas, ensartando caballos y guerreros sin piedad, no era un plan demasiado elaborado aún así, no sería una tarea fácil, eran jinetes muy escurridizos pero ellos contaban con la fortuna de que la mayoría de ellos no llevaban malla.

Un silbido agudo, luego otro y un fuerte impacto cerca de él, de repente el humo y el calor asfixiante le abrazaba la piel, dos flechas habían impactado en una de las tiendas, provocando un gran incendio a sus espaldas, Ovidus le hizo un gesto a sus hombres para que se ocuparan ellos, los soldados se acercaron como pudieron a la tienda, rápidos como gacelas, cortaron las cuerdas y la tienda se desplomó formando una nube en forma de hongo, los soldados alejaron cualquier cosa que pudiera propagar el fuego y retornaron rápidamente a sus puestos, poco a poco el calor fue cediendo y el fuego extinguiéndose por falta de combustible.

El Optio se acercó a uno de sus hombres y le pidió que lo remplazara un instante, quería saber cómo iba la otra parte del plan, no estaba seguro que Quinto Fabio, consiguiera su cometido antes de que los soldados de Alesia atacaran. Se alejó no demasiado de su puesto, lo suficiente para poder ver con claridad. Los soldados del Centurión se esforzaban en cargar las barricadas, iban muy retrasados, a esas alturas tendrían que estar empapando de aceite el campo, pero ni señales de las bombas, la situación no iba nada bien, pensó en enviarles hombres de refuerzo, pero no podía descuidar su misión, si el fallaba, masacrarían a muchos camaradas.

*Unos años antes, Campamento romano*

## *Capítulo XXV*

### Una huida maloliente

Breogán permanecía recostado como cada mañana, no había descansado en toda la noche, miró por la ventana, el alba aún no despuntaba, gran parte de los legionarios estaban en sus barracas, no había sonado el *Cornu*, el campamento aún dormía. El rozar de la llave contra el metal daba comienzo al plan, dos giros de vuelta y la puerta se entreabrió, nadie se asomó, era la señal, llegaba el momento de irse. El pequeño esperó un instante por seguridad, todo iba como se había planeado, se ató fuerte las sandalias y se puso la capucha para no ser reconocido, abrió la puerta un poco más y comprobó que nadie lo estuviera esperando. El único guardia que lo debía vigilar, dormía tirado sobre la mesa con la boca abierta y la baba lo delataba, estaba inconsciente, le droga que le habían suministrado en el vino había hecho efecto mejor de lo esperado.

Breogán salió lentamente haciendo el menor ruido posible, había que ser cauto. Se dirigió por una callejuela caminando pegado a la pared, aún estaba oscuro, tenía que darse prisa, en breve, con las primeras luces, todo sería más difícil. Se agazapó en una esquina y se tomó un instante para pensar, debía salir a campo abierto y estar atento de que ningún legionario desvelado deambulara por la zona. «¡Es el momento lo sé!», se dijo, «¡Ahora o nunca!». Cuando intentó dar los primeros pasos, una voz ronca lo hizo detenerse, Breogán estaba aterrado; miró alrededor.

Un legionario en estado de embriaguez retornaba a los tropezones después de una larga noche en la taberna, ningún soldado que aprecie su seguridad estaría despierto a esas horas sin autorización; Breogán volvió a asomarse con cautela. El soldado intentaba sobornar un guardia para que no lo delatase, tras varios minutos de intensa discusión, el guardia aceptó las monedas y despidió al borracho con un empujón que lo hizo trastabillar. El centinela sonrió satisfecho, cualquier dinero extra era bien recibido. El legionario, todavía molesto balbuceó unos insultos incomprensibles y se adentró en una de las tiendas sin saber siquiera si era la suya.

Era el momento de continuar. Arrastrándose entre las tiendas se dirigió hasta las letrinas, no necesitaba ver demasiado, el olor nauseabundo le servía de guía, tras rodear los barracones, se detuvo de inmediato. En una de las casetas próximas un legionario orinaba por la puerta, aún dormido y con los ojos cerrados vaciaba su vejiga con la esperanza de poder dormir unos minutos más. Breogán permaneció inmóvil hasta que el soldado desapareció nuevamente rumbo al catre.

Aquella noche el silencio era más tenue de lo habitual, si se cerraban los ojos y se prestaba atención, se podían oír los grillos que abundaban detrás de las murallas.

El joven se arrastraba como una serpiente entre las barracas, la oscuridad y la poca envergadura hacía imposible que lo descubrieran, respiró agitado, se detuvo una vez más, ese era el lugar señalado, miró alrededor y comenzó a contar las letrinas. «Una dos, tres.... ¡es allí!», se dijo. Rápido como una gacela, se enfiló en el único orinal con la puerta entreabierto, se escondió tras la misma y la bloqueó con un pie, estaba agitado, ahora debía esperar.

El retrete era un cubículo improvisado, debido a la cantidad de nuevos soldados, se habían habilitado baños extras para evitar que el campamento se transformase en una cloaca. Breogán permanecía acurrucado en un rincón, la caseta del tamaño de un par de pasos no daba lugar a esconderse demasiado, tenía que contar con la fortuna que ningún soldado se le diese por evacuar a esas horas y que su contacto llegase lo antes posible.

Los minutos pasaban lentos, el contacto se retrasaba y el joven se impacientaba, en breve tocarían diana y un hormigueo de almas abarrotarían todas las esquinas haciendo imposible la

huida. «¡Maldición!», llegó a decir Breogán, estaba asustado. Buscó un pequeño frasco que llevaba entre la ropa, cerró los ojos y rogó no tener que utilizarlo, aún recordaba las palabras de Acacius:

—Guarda esto con sumo cuidado, si algo no sale bien y eres capturado, bébetelo sin dudarlo, el castigo a un fugitivo es atroz, mejor una muerte rápida a una lenta y dolorosa.

La luz se filtraba por la madera iluminándole el rostro, esos tenues rayos de claridad le brindaban la seguridad que no había logrado hasta el momento.

Guardó el veneno, las piernas se le comenzaban a entumecer, necesitaba moverse, el contacto no aparecía y sin él nunca podría atravesar las murallas. El ruido de una carreta aproximándose lo tranquilizó, un esclavo negro tarareaba una alegre melodía, era la segunda señal.

Breogán permanecía inmóvil, se frotó las piernas para evitar que se le acalambraran, ahora debía ser rápido, la puerta se abrió y una voz dócil le invitó a seguirlo. Salió rápidamente y se dirigió a la carreta a unos pocos metros, el esclavo lo seguía alerta, le hizo un gesto y el joven se escondió debajo, habían fabricado una especie de cajón para que se pudiera esconder. Una vez dentro, protegido en el improvisado escondite, se sintió más seguro.

La vieja carreta estaba en pésimas condiciones, dos caballos longevos arrastraban una decena de barriles a duras penas, Breogán suspiró, los barriles apestaban más de lo que hubiese querido. El esclavo se apartó del carruaje y continuó con su labor diario, no quería llamar la atención, sin hacer nada diferente a lo habitual. Entró en el primer retrete y cogió el cubo con los excrementos del día anterior, se acercó a la carreta y lo vertió dentro de uno de los barreños, una a una fue vaciando las letrinas y reponiendo los cubos vacíos. El olor repugnante parecía no importarle, estaba acostumbrado, mejor esa labor que trabajar en las minas o en alguna cantera en los confines de la república, al final se sentía afortunado.

Durante varios minutos el negro continuó vaciando una a una las casetas, la alegre melodía era su única compañía. La labor era sencilla y tras unos minutos había completado más de la mitad de los barriles, los suficientes para que lo guardias ni siquiera se acercasen a inspeccionarlos.

Breogán permanecía recostado boca arriba debajo del carro, el cajón que habían fabricado cumplía su función a pesar de que los

pies le sobresalían y tenía que recogerlos, en aquel cubículo apestoso se sentía protegido. El joven intentaba respirar lo más suave posible, el olor era inaguantable, tenía el fondo de los recipientes a unos pocos centímetros de su rostro. Se relajó y pensó que eso era mejor que la mazmorra donde había estado los últimos meses y era un pequeño precio para abrazar nuevamente a Alana.

El esclavo se aproximó y vertió un cubo en el barril que tenía justo por encima de su cabeza, debido a las prisas parte del líquido se derramó, filtrándose entre las maderas y mojándole el rostro, Breogán comenzó a arquearse, el excremento que corría por su cara, amagaba con hacerlo vomitar, tuvo un primer impulso de salir y empezar a correr, pero logró contenerse. No se podía mover, ni siquiera para limpiarse el orín que corría por sus labios, cerró los ojos y se imaginó que con un poco de suerte, en breve, estarían lejos.

Los primeros rayos asomaban por detrás de la colina anunciando la proximidad de una nueva jornada, uno de los *cornicen*, un veterano regordete de nariz prominente, dio la orden y varios instrumentos comenzaron a sonar al unísono, indicando la diana y que era hora de levantarse. Poco a poco los soldados fueron apareciendo con el rostro desencajado por el cansancio, las legiones comenzaban a prepararse para una jornada que sería larga. Poco a poco, los soldados comenzaron a ponerse en marcha, caminaban erráticos como fantasmas, cobijado bajo oscuridad que aún predominaba.



Los Optios encargados de la disciplina caminaban entre las tiendas con la vara en la mano, como era costumbre y con cara de pocos amigos, castigaban aquel desgraciado que permanecía aún entre los brazos de Morfeo, la disciplina era la base de la organización, cada soldado tenía su labor y los oficiales se aseguraban que se respetara a raja tabla y no escatimarían en golpes para que se cumpliera.

Acacius había salido con unos rollos en la mano antes de la diana, se dirigía hacia la puerta por donde Breogán debía escapar, el esclavo se había prometido que no lo haría, pero la incertidumbre le carcomía las entrañas. Caminaba a paso rápido sin mirar a nadie, todos sabían quién era y no lo molestaban, era una de las ventajas de trabajar con Rómulo. Justo en el sonar de diana, Acacius se encontraba cerca de las letrinas, en breve los legionarios ocuparían los cubículos y si Breogán no había logrado salir sería su fin, y si lo pillaban con vida, él también estaría en problemas. Miró al cielo, no era muy creyente, pero dedicó una plegaria a un dios que ni recordaba, había perdido un hijo una vez y no estaba dispuesto a perder a Breogán también, los dioses se lo debían o por lo menos era lo que creía, aunque si era sincero, las deidades nunca habían sido justo con él.

El estruendo anunciaba diana una mañana más, el esclavo se apresuró y giró en una esquina tropezándose con un soldado que salía todavía dormido de la tienda, el legionario lo miró con desprecio, pero no dijo nada, Acacius ni lo miró, se giró y continuó camino en busca de la carreta.

Cientos de soldados, con los más disciplinados a la cabeza, comenzaban a salir de las barracas, Acacius suspiró, ya no había tiempo de maniobra, ahora dependían de la fortuna y de que los dioses por una vez se pusieran del lado de los débiles.

La carreta permanecía detenida aún junto a los baños, el esclavo que había sobornado se retrasaba más de lo planeado y eso lo impacientaba, sabía que como todos los sobornables, se brindaban al mejor postor, no había que fiarse demasiado. El esclavo sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, si eran descubiertos los despellejarían sin el menor miramiento. Respiró profundo y tanteó el frasco que al igual que Breogán llevaba entre la ropa.

El esclavo negro vaciaba su último cubo, Acacius se acercó y se agachó simulando atarse las sandalias, intentaba ver si el joven ya estaba en el carro, desde donde estaba no podía verlo bien y en el fondo eran buenas noticias, si él no lo descubría, aún menos los demás.

El negro se secó el sudor con las manos hediondas, a pesar de la hora el calor comenzaba a apremiar y no dejaba de sudar, tanto por el calor como por los nervios. Dejó el último balde y cogió las riendas del carruaje, juntó valor y a paso lento comenzó la marcha hacia la puerta principal por donde debía salir, ese era el último escollo que debía afrontar.

Dos guardias permanecían firmes y de pie con las *pilum* en la mano, custodiaban la entrada y salida al campamento, por la postura y el rostro cansado, llevaban toda la noche de guardia. Los soldados se miraron, el pestilente olor anunciaba la llegada del esclavo con su carga, casi sin dudar el más veterano hizo un gesto y otros dos compañeros se apresuraron a abrir las puertas. El negro asintió, todo iba como estaba planeado, los centinelas ni siquiera amagaron a revisar el carro, querían que el olor desapareciera rápidamente de su nariz.

—¡Alto! —gritó una voz segura, al reconocer al oficial, los guardias se pusieron firme y saludaron como correspondía.

Titus se aproximaba a la puerta seguido por seis de sus hombres de su séquito. El esclavo al verlo venir empalideció, la presencia del oficial no era habitual y no auguraba nada bueno, sin girarse, tiró de las riendas deteniendo el carro a pocos metros de la entrada; el movimiento brusco de los animales, empujó una de las barricas volcando parte del contenido sobre la madera, el líquido nuevamente se filtró bañando el cuerpo del pequeño que intentaba a duras penas no

devolver. EL esclavo sentía los movimientos del joven que se revolvía bajo la madera, se tenía que calmar o el crujir de la madera alertaría a los guardias que se encontraba a unos pocos pasos de la carreta.

Breogán intentaba respirar por la boca, estaba íntegramente bañado en orín y excrementos, a pesar de todo se esforzaba controlarse, conteniendo las arcadas que lo invadían constantemente; tenía los ojos irritados y el cabello empapado, parte del líquido se había filtrado por la comisura de los labios, suscitando un gusto repugnante, aún así, después del primer impulso logró mantener la calma.

Titus se acercó al guardia de más alto rango, y lo miró de arriba abajo con desprecio.

—¡Soldados! —dijo el Centurión—. ¿Alguna novedad que tenga

que ser notificada? —El guardia tragó saliva, dudaba qué responder, no estaba seguro si, el infortunio con el soldado ebrio era significativo, aún así, respondió:

—Todo en orden señor, sólo algún soldado rezagado que conoció la dureza de mi vara —Titus asintió, el soldado no había sido del todo sincero, pero eso no le importaba.

El sol comenzaba a asomar por detrás de las colinas, calentando la piel después de una noche larga y fría, la luz proyectaba las siluetas alargadas augurando una jornada larga y calurosa.

El guardia miró a sus compañeros de reojo, al ver que el Centurión no se marchaba, dio el orden y dos de sus compañeros se acercaron a la carreta para inspeccionarla, había que seguir el protocolo establecido, algo que normalmente no hubieran hecho, pero la presencia de un rango superior lo obligaba.

Acacius contemplaba la situación desesperado, las cosas comenzaban a complicarse, la extraña presencia de Titus a esas horas no auguraba nada bueno. «¿Qué hacía allí el Centurión?», se preguntó. «Nos han descubierto», pensó, aún así, junto valor y se encaminó hacia los guardias que se aproximaban a la carreta, algo tenía que hacer, el tiempo se le terminaba. Un soldado aún adormilado salió de la tienda con los pertrechos para el desayuno, Acacius sonrió, era su única oportunidad, aprovechó para hacerle la zancadilla provocando que el soldado tropezara haciendo un estruendo que resonó como un trueno en la calma de la mañana.

—¡Mira por dónde andas idiota! —le reprochó al esclavo de mala manera. Rápido y sin previo aviso el legionario saltó sobre él propinándole un puñetazo en la mandíbula, no iba a permitir que un esclavo le hablara así y aún menos delante de sus compañeros. Acacius, cayó de espaldas aparatosamente, momento que aprovechó para propinarse otra ráfaga de puñetazos. El esclavo no se resistió, como parte del doloroso plan, se limitó a recibir los golpes gritando y revolviéndose, para hacer el mayor escándalo posible.

Titus que continuaba parlamentando con el guardia, al oír la trifulca se giró, la imagen de un soldado que se abalanzaba sobre Acacius lanzando una ingente cantidad de puñetazos, era algo totalmente inaceptable, alzó la mano e hizo una señal para que los guardias lo siguieran, iba a poner fin a la disputa, no sin que antes el esclavo recibiera una buena tunda; era sabido que Titus no lo apreciaba en lo más mínimo, aún así era el hombre de confianza

de Rómulo y la conducta del soldado era inaceptable.

El legionario continuaba castigando al esclavo sin descanso, sólo cuando un puntapié en el rostro lo alcanzó se detuvo con rabia renovada, volvió a incorporarse para atacar a su nuevo agresor, pero al reconocer al Centurión se contuvo como pudo.

Titus cogió la vara que llevaba en la cintura y comenzó a castigar al agresor, disfrutaba de la golpiza, sabiente que el soldado no se iba de defender. Los guardias tampoco intervenían, bastante estaban comprometidos para involucrarse en una refriega que no tenía nada que ver con ellos, sólo cuando la sangre comenzó a hacer mecha en su cuerpo el Titus se calmó, estaba agitado y le

sangraban las manos, sus ojos enajenados daban verdadero terror, nadie osó a intervenir, ni cuando el soldado cayó desplomado.

—Llevalo a los calabozos —dijo con la voz entrecortada, — y que no reciba ni agua ni comida hasta mañana. ¡Yo le enseñaré a este mal nacido comportarse como un legionario! —gritó haciéndose oír entre los murmullos de los demás compañeros. Acacius no estaba mucho mejor, permanecía en el suelo con la cara ensangrentada, la nariz rota y una brecha en la ceja que le teñía el rostro de rojo. — ¡Por Júpiter! ¿Qué haces tú aquí? —gritó Titus con desprecio; Acacius apenas podía hablar, la sangre le corría la cara y el pómulo se le comenzaba a hinchar a tal punto que parecía una bestia infrahumana.

—Yo sólo, yo sólo... —atinó a decir, alzó la vista en busca de la carreta que cruzaba las puertas sin custodia, —yo sólo... —volvió a repetir y se desmayó bajo la mirada burlona de los soldados.

—¡Llevalo a la enfermería! —ordenó Titus, aquella paliza le alegraba la mañana. El Centurión se volteó hacia la puerta sin custodia, la carreta se alejaba lenta hacia las montañas, miró a los guardias que sujetaban al soldado maltrecho y ordenó—: ¡Dejadlo ir! Ya ha recibido su merecido y no ha hecho nada que no me hubiese gustado hacer a mí, volved a vuestros puestos.

Los soldados asintieron y se marcharon rápidamente hacia la puerta, la mañana había comenzado más agitada de lo habitual y el cambio de turno estaba próximo.

## ***Campamento romano***

### ***Un adiós doloroso – Capítulo XXVI***

El Centurión se acercó y cogió las riendas de Ixo, Alana desmontó ágilmente apoyándose sobre sus hombros, tenía el rostro extenuado por el cansancio y la incertidumbre. Se arrimó a Quinto Fabio y lo abrazó con dulzura, el soldado permaneció mirándola fascinado, la joven a pesar de las noches sin dormir y el cansancio, era de una belleza que no dejaba indiferente a nadie. Le acarició el rostro, su tez blanca resaltaba en un mar de pecas que rodeaban sus grandes ojos verdes, el cabello rojizo recogido con una cinta de piel, le daba una apariencia felina, sólo dos trenzas, destacaban en su rostro llegando hasta casi la cintura. Quinto Fabio la cogió del mentón con delicadeza, se había pintado la cara con símbolos azules, al estilo de una guerrera Picta; quizás porque le recordaba a su madre y la hacía sentirse más segura. El Centurión suspiró, es pocos meses se había transformado en una mujer fuerte y decidida muy lejos de aquella chiquilla que le había salvado la vida en las montañas; sentía que se moría, tenía que dejarla marchar y nada podía hacer al respecto. Desde que habían llegado al campamento no se habían vuelto a separar, habían aprovechado todo el tiempo que le permitía la legión, disfrutando de la compañía mutua, hablando y haciendo el amor hasta largar horas de la madrugada. Ya no era una niña, era una guerrera con un pueblo que la necesitaba. Alana se puso de puntillas y lo besó dulcemente, una lagrima esquiva se deslizó por su rostro tiñéndole las mejillas de azul, hoy no se sentía fuerte, no se quería marchar, al igual que el Centurión sentía el corazón deshacerse dentro de su pecho. La joven negó como queriendo que ese momento no fuese real, pero la decisión estaba tomada, no había más opción, su hermano y su gente dependían de su fortaleza. Quinto Fabio la miró con admiración, aunque se lo había sugerido, nunca había querido vestir al estilo romano, se sentía más cómoda con un viejo vestido y una piel de oveja acariciándole el cuello; a pesar de las miradas inoportunas y de desprecio, le recordaba de dónde venía y hacia donde tenía que ir. Una guerrera, una princesa y una hermosa mujer se marchaba

—¿Cómo podía ser que se sintiera así? —se preguntó Quinto Fabio, Cómo podía ser que el dolor fuera más fuerte que cualquiera de las heridas que surcaban su maltrecho cuerpo, una puñalada que no sangraba, pero amenazaba con vaciarlo por dentro.

—¿Dónde irás? — le preguntó el Centurión, ya sabía la respuesta, lo habían hablado infinidad veces, pero lo quería oír una vez más.

—A las montañas —dijo señalando las cimas nevadas que se erguían a la distancia —, el hermano de mi padre nos acogerá, estaremos seguros y no nos faltará nada. La influencia de Crixo no llega tan lejos, ni tampoco se lo permitirán, el ejército de mi tío es muy numeroso y cuenta con el apoyo de la mayoría de las tribus del norte. Crixo no se atreverá a tocarnos; desde allí podremos organizarnos y buscar el compromiso de las tribus en nuestra causa. Alana ya no hablaba como mujer, hablaba como una reina decidida a salvar su pueblo de la aniquilación.

Quinto Fabio se acercó al caballo y comprobó que las riendas estuvieran bien sujetas, Alana sonrió, sabía que la situación le incomodaba, nunca había sido propicio a demostrar sus sentimientos, todo eso era nuevo para él y ella lo respetaba. Se arrimó por la espalda y lo abrazó, las lágrimas corrían por su rostro, se sentía frágil, cogió la mano del Centurión y la apoyó en su vientre, lo miró a los ojos y le susurró con dulzura:

—Cumple con tu palabra soldado, no te olvides de mí —Y presionando con firmeza su matriz agregó—. Vuelve por nosotros, te estaremos esperando —Quinto Fabio absorto en las riendas del animal, tardó un instante en reaccionar, abrió los ojos grandes y atinó a balbucear:

—¡Por Júpiter!, ¿Nosotros? —Alana lo volvió a besar y con una sonrisa, musitó:

—¡Ya no estaremos más solos!

El cantar de un joven jilguero eran su única compañía, Olix se acercó a la hoguera y vertió un poco de tierra para apagarla, no quería que el humo los delatase, se acomodó el bigote y se acercó a sus guerreros que aún dormían, sólo él y un centinela habían permanecido despiertos toda la noche, estaban en territorio romano y toda precaución era poca. Le dio un puntapié a uno de los soldados para que se despertara, le costaba entender cómo podía dormir con tanta tranquilidad, se acercó a su caballo, cogió un poco de agua y bebió con avidez, se acomodó la espada y se encaminó a una de las colinas a constatar que todo estuviera tranquilo.

Una pareja de gaviñanes volaba en círculos revelando un campamento a poca distancia, no eran buenas noticias, podían ser soldados y todo se complicaría, ellos eran sólo cinco guerreros, un contingente pequeño para pasar desapercibidos. Olix hizo una señal a uno de los soldados para que se acercara, este obedeció de inmediato acercándose al trote. Olix sin ni siquiera mirarlo señaló al cielo, los pájaros seguían volando en círculos esperando algún resto que comer.

—¿Qué piensas? —preguntó. El guerrero arqueó los hombros en señal de duda.

—Seguramente una caravana de comerciantes o tratantes de esclavos, no hemos visto avanzadilla así que dudo que sean soldados.

Olix asintió más tranquilo, quería una segunda opinión, él era valiente, pero dudaba en la toma de decisiones. Se frotó los ojos sin demasiada delicadeza, tras unos segundos de silencio, agregó:

—Envía a uno de los hombres a investigar, que no se acerquen demasiado —dijo, lo cogió de la pechera y con el rostro serio añadió. Nuestra misión es encontrarlos, no ser vistos y seguirlos hasta la frontera, una misión muy fácil, una vez allí tenemos nuevas órdenes.

El capitán se reservaba parte de la información, por el momento tenemos que ser como fantasmas. El guerrero asintió un poco a disgusto y se marchó a informar a su compañero sobre su tarea. Olix se sentó sobre una roca, cerró los ojos, disfrutaba de los rayos de sol que le calentaban la piel, el sur era muy distinto a su pueblo donde el sol se escondía bajo interminables jornadas de nubes, lluvia y niebla.

La carreta marchaba lenta, el esclavo caminaba junto a los caballos guiándolos cogido del arnés, llevaban varias horas de camino, ya había pasado la antigua mina donde vertía los desechos, quería alejar a Breogán lo máximo posible, por el momento nada se lo impedía.

Acacius había sido claro y había pagado muy bien sus servicios, tenía que alejarlo en dirección norte, intentando evitar los caminos demasiado transitados luego en las afueras de la aldea de Balvec, dejarlo y emprender el camino de regreso.

El negro alzó la vista, le había parecido ver algo tras una roca en una colina cercana. «Será mi imaginación», pensó, volvió a mirar con más atención, pero nada, la silueta había desaparecido, suspiró nervioso, aunque pareciera raro, extrañaba la seguridad del campamento. Se agachó en busca de Breogán que con el traqueteo se había adormilado. —¿Estás bien? —le preguntó el esclavo en un latín un poco tosco, Breogán que no se había despabilado del todo, gruñó, estaba incómodo, cansado y a pesar que se había acostumbrado al olor esperaba con ansias poder sumergirse en algún arroyo cercano.

—¿Cuánto falta? —preguntó el joven, el esclavo arqueó los hombros y respondió sin mucha seguridad:

—¿Un par de horas, quizás tres? Breogán asintió y volvió a acomodarse, no era buena idea dejarse ver, por el momento estaba más seguro allí abajo, el joven volvió a cerrar los ojos, las piernas se le habían entumecido y apenas las sentía.

El negro se volvió hacia los animales y los acarició con afecto, prefería su compañía a la de los hombres que tanto daño causaban, volvió a levantar la vista en busca de esa figura que le había parecido ver, pero nada, no había rastro, golpeó al caballo en el muslo y ambos comenzaron a andar.

Tito caminaba nervioso por la barraca, había dado la orden de reunir a veinte de sus mejores hombres, dotarlos de armas y que lo esperaran cerca del templo en la parte central del campamento, haciendo hincapié en que no llevaran ropa militar y que las armas pasaran desapercibidas. Su plan estaba en marcha y la discreción era esencial. La puerta se abrió y una silueta coja entró sin pedir permiso, Tito reconoció a Rómulo de inmediato, el Primus Pilus entraba con el rostro desencajado seguido de dos fornidos custodios con cara de pocos amigos.

—¿Te has enterado de la noticia? —gritó Rómulo golpeando la mesa con rabia, Tito lo miraba sin inmutarse. —¡Ese maldito niño se ha escapado! —gritó pateando la silla de rabia, estaba irascible, la única baza que tenían era el hijo de Aviorix y se había marchado, ahora todo se complicaba. Rómulo recogió la silla y se sentó frotándose la pierna, comenzaba a dolerle.

—¡Por Júpiter! —atinó a maldecir. Titus se acercó lento y lo cogió del hombro, Rómulo alzó la vista, perplejo por la confianza del soldado, la sonrisa en el rostro del Centurión le intrigó—. Todo va como estaba previsto —susurró Titus, quitó la mano al ver la incomodidad de Rómulo y continuó—. ¡Por Hércules! —vociferó el soldado con más entusiasmo—. Si todo sigue como está previsto, mañana a estas horas todos nuestros problemas se habrán terminado —Rómulo lo miraba con la boca entreabierta—. Confíe en mi señor, todo será mejor de lo que se imagina —alzó la mano como saludo y se marchó dejando a Rómulo desorientado.

Galicana discutía enérgica con un vendedor de vino, nunca había sido de buen carácter, pero ese día estaba más irritable que nunca.

—¡No te pagaré esa cantidad ni que fuera la última barrica de vino del mundo! —vociferaba gesticulando exageradamente, el vendedor sabiendo el mal genio de la tabernera, intentaba disuadirla, enumerando las cualidades del néctar, algo que a Galicana la enfurecía aún más.

—¡Te pagaré la mitad como siempre! —gritó la tabernera; llevaban años con el mismo juego, pero hoy no estaba para demasiados regateos. El comerciante al ver la multitud que se aproximaba a ver el espectáculo juntó valor y de mala manera le gritó:

—¡Si no te gusta, puedes marcharte con tuapestoso dinero! Galicana que en aquel momento se había girado en busca de su esclavo, al oír las palabras se volvió y cogió del cuello del enjuto

vendedor, desatando las risas de los presentes, el comerciante sorprendido por la reacción exagerada de la gigantona Gala, amagó a propinarle un puñetazo, pero Galicana fue más rápida y lo arrojó contra las barricadas.

—Ahora entiendo porque los sucios bárbaros acuden a sus mujeres para luchar contra Roma —dijo una voz lenta pero potente, al reconocer al interlocutor, los presentes abrieron paso dejando pasar a Titus y a su numerosa escolta. Galicana sin el menor temor, escupió al suelo y con su arrogancia que la caracterizaba contestó:

—¡Porque no se necesita más que una mujer para patear el culo de un legionario! —Todos los presentes comenzaron a reír, descolocando al Centurión que no se esperaba ninguna respuesta. Aún así, Titus sonrió y haciéndoles una señal a sus soldados, dijo:

—Yo te enseñaré lo que le sucede a quien desafía a Roma —sin darle tiempo a reaccionar, le propinó un puñetazo en el estómago, haciendo que la tabernera cayera de rodillas. El esclavo que se encontraba a unos pocos pasos corrió para anteponerse entre Galicana y el Centurión y así evitar una paliza, pero Titus rápido como un rayo, desenfundó la gladius y se la clavó en el cuello sin el menor miramiento, sorprendiendo al esclavo que se derrumbó entre espasmos y borbotones de sangre. Galicana al ver la agresión se abalanzó sobre Titus desestabilizándole de un certero cabezazo en la sien. El Centurión dio dos pasos hacia atrás, pero mantuvo el equilibrio; se tocó el rostro, una brecha en la cabeza le teñía los dedos de rojo; los soldados sorprendidos ante la rapidez de la tabernera, desenfundaron y se precipitaron sobre la mujer, que entre patadas y puñetazos intentaba cubrirse a duras penas.

—¡Alto! —gritó Titus al ver la golpiza, la quiero con vida, ya me divertiré con ella más tarde.

Galicana apenas podía respirar, Titus se acercó lento y desafiante, dispuesto a cobrarse la ofensa, no permitiría que lo humillase en público; le apoyó el calzado en la cara y apretó girando el pie en círculos sin dejar de presionar, las tachas de las *Caligae* comenzaron a rajarle la piel, haciendo que la mujer se retorciera de dolor entre un baño de sangre, se agachó con lentitud y susurrándole al oído le dijo:

—Mañana a estas horas desearás haber muerto.

Las horas pasaban lentas desde que lo habían trasladado a la enfermería, había estado inconsciente por mucho tiempo y la nariz le dolía de manera horrible, Acacius a pesar de todo estaba contento, la paliza había valido la pena, Breogán había podido huir sin ser descubierto, un pequeño precio para lograr su libertad. Un esclavo como improvisado enfermero le había informado que además de la nariz rota y una infinidad de moretones tenía un par de costillas fisuradas, Acacius se tanteó el pecho con cuidado, a pesar de la dificultad en la cura, el otro esclavo lo había hecho bien. El vendaje estaba bien sujeto sin presionar demasiado, algo que él había aprendido como auxiliar médico en numerosas batallas. Se incorporó lento y bebió un poco de agua, tenía la boca seca y un dolor extremo con cada sorbo, intentó ponerse de pie, pero el otro esclavo se lo impidió sujetándolo del brazo.

—Todavía es pronto —Acacius lo miró a disgusto, a pesar de que ambos eran esclavos, su estatus era superior.

La cortina se abrió de golpe cegándole los ojos, Acacius se tapó con el antebrazo distinguiendo la silueta de seis legionarios que se aproximaban rápido hacia él.

—¿Qué sucede? —llegó a decir el esclavo sin obtener respuesta, un puñetazo certero lo recostó nuevamente haciéndolo desfallecer, la nariz comenzó a sangrar una vez más, lo amarraron y lo arrastraron rumbo a los calabozos sin la más mínima delicadeza.

La puerta de la celda se abrió con un crujir aterrador, dos guardias arrojaron a Acacius contra el suelo, el esclavo apenas podía respirar, le habían partido la nariz una vez más y se acurrucaba

desesperado por el dolor. Galicana se acercó y le ayudo a ponerse de pie, lo recostó sobre el camastro con delicadeza, la tabernera tenía el rostro desfigurado también, pero ya no le sangraba, se sentó e intentó relajarse, todo se había complicado, habían sido descubiertos y ahora pagarían por ello. Miró alrededor, el guardia que debía cuidar a Breogán también estaba allí, le habían pegado una buena paliza, pero no se quejaba, por primera vez en su vida estaba aterrada, algo tenían que hacer y el único que los podía ayudar era Quinto Fabio.

## *Campamento Romano*



## Capítulo XXVII

### La venganza del Centurión

Los trabajos de acondicionamiento del campamento temporal iban más rápido de lo previsto, Tito Labieno había dado la orden de edificarlo sobre un llano, a pocas millas del anterior, las unidades de reserva llegarían pronto y tenía que estar todo listo. El acuartelamiento fijo estaba abarrotado y no cabía un alma, a los altos mandos le preocupaba un posible brote de enfermedades. Quinto Fabio había recibido la orden de supervisarlo, algo que no le gustaba, pero que aceptaba como buen soldado, pareciera que Tito Labieno estuviera siempre poniéndolo a prueba. Casi seiscientos soldados y unidades auxiliares trabajaban día y noche sin descanso, a pesar de que las legiones se pondrían en marcha en breve, la seguridad de las unidades era lo más importante para el general.

Una leve brisa le acarició el rostro haciéndole estornudar, Quinto Fabio montó a Tormento y se alejó hacia una colina cercana, desde allí podía vislumbrar las obras con más claridad. Era un espectáculo ver trabajar a tantos hombres con tanta rapidez y eficacia, un centenar de legionarios cavaban una gran fosa por delante de la empalizada, las palas se movían al unísono bajo la atenta mirada de una veintena de guardias que garantizaba su seguridad ante un eventual ataque.

Se secó el rostro con el antebrazo, comenzaba a hacer mucho calor, cogió un poco de agua y bebió, se mojó la nuca para refrescarse y se lavó la cara. El sol estaba en su cenit, en poco pararían para comer, el crujir de su estómago lo anunciaba. Un jinete al galope le llamó la atención, se dirigía directo hacia él, por la forma de montar Quinto Fabio lo reconoció de inmediato. Kaeso galopaba exigiendo al semental, llevaba tiempo buscando al Centurión y comenzaba a desesperarse; le habían comunicado su paradero y se dirigía a toda prisa hacia la colina cercana, por la cara que llevaba las noticias no eran buenas.

—¡Señor! —dijo el legionario sin llegar a detenerse, el caballo agitó el cabeza nervioso, sentía su corazón latir frenético entre sus piernas. Quinto Fabio asintió sin dejar de mirar las obras del campamento, el legionario se acercó un poco más y sin desmontar le anunció:

—Tenemos problemas señor y muy serios —dijo, Quinto Fabio se giró curioso, ahora si había logrado llamar su atención.

—¿Qué es tan importante para que vengas hasta aquí de esa manera? — preguntó el Centurión, Kaeso respiró profundo, no sabía cómo decirlo, intentaría soltarlo de una vez, tragó saliva y comenzó a hablar:

—¡Titus nos ha descubierto! Sabe que el niño galo a huido y ha ordenado detener a todo aquel sospechoso de haber participado en la fuga —dijo. Se tomó un instante para continuar, estaba nervioso. Quinto Fabio lo miraba perplejo—. Por lo visto estaba al tanto de todos nuestros movimientos y nos ha tendido una trampa— Tragó saliva y continuó, era hora de dar las malas noticias.

—La tabernera gala, Acacius y el guardia han sido encarcelados y se encuentran en las mazmorras a la espera de nuevas órdenes, por lo que me han informado unos compañeros, están en estado deplorable.

Quinto Fabio lo miraba como si hubiese visto un fantasma, intentó mantener la calma, se tomó un instante, y con tono preocupado preguntó:

—¿Por Júpiter, se sabe algo de Breogán o Alana?

—¡Nada! —respondió Kaeso sin darle tiempo a continuar—, pero no demorará mucho en

saber dónde están y aún menos en averiguar que lo hemos ayudado, vendrá por nosotros y con suerte tendremos un mal juicio militar.

Quinto Fabio permaneció un instante en silencio, necesitaba pensar, acarició la empuñadura de la espada, sólo quería ensartar como una liebre a ese mal nacido de Titus, aún así, se relajó, se acercó a Kaeso, lo cogió del hombro y ordenó:

—Ve directo hacia las minas, descubre si han enviado una patrulla o si ya los han capturado, yo tendré que averiguar qué sabe Titus de todo esto, él me quiere a mí, no permitiré que os involucre a vosotros.

Ambos jinetes se estrecharon la mano, azuzaron los caballos y se dirigieron al galope en sentidos opuestos.

El sol comenzaba a descender detrás de las montañas nevadas, la infinidad de flores que brotaban formaban un colchón perfumado para cualquiera que quisiera descansar. Alana se sentó bajo un viejo roble que le proporcionaba una placentera sombra, ahora tocaba esperar; cogió de la alforja un trozo de queso, un poco de pan y comenzó a comer a desganas, tenía el estómago cerrado, la incertidumbre del paradero de su hermano la incomodaba. «Ojalá este bien», pensó. Había llegado antes de lo previsto y la

espera se le hacía interminable, hizo un esfuerzo para comer, ya no estaba sola, tenía que alimentar a la criatura que crecía en su ser, se esforzó en tragar a pesar de las constantes arcadas que le invadían. Se recostó sobre el césped, cerró los ojos y suspiró. Los minutos pasaban lentos, la brisa cálida y el calor del sol la hicieron adormilarse, hubiese querido dormir durante mucho tiempo y despertarse en un lugar donde ella y el Centurión pudieran vivir sin la necesidad de huir.

Una ráfaga de aire golpeó las ramas haciéndolas estremecer, tras un instante de silencio el gorgojeo nervioso de los pájaros y el relinchar de unos caballos le hicieron despertar. Alana se puso de pie de inmediato, cogió el arco y con mucha precaución se deslizó entre los arbustos hacia la arboleda cercana, sentía el crujir de la madera del carruaje cada vez más cerca, pensó en volver por Ixo y huir, pero la sola esperanza de que fuese su hermano la animó a seguir. Como era costumbre, se colgó el arco en la espalda, se remangó el vestido y comenzó a trepar un gran árbol, desde la altura no demoró mucho a vislumbrar el carro.

El Nubio se había cansado de caminar y cabalgaba montando al viejo animal, Alana no lo dudó, los toneles en su carga confirmaban que allí estaría Breogán, agudizó la vista, pero no lograba ver bien, veía al negro, al carruaje, pero no a su hermano y eso no le gustaba nada. Descendió del árbol con cuatro saltos, montó a Ixo y se aproximó al trote empuñando el arco, el carruaje ya no estaba a mucha distancia. El esclavo a ver la guerrera de rostro azul apuntándolo, empalideció, pensó en correr, pero sabía que la flecha era mucho más rápida, alzó las manos en señal de rendición; nunca había sido demasiado valiente, estaba aterrado y no podía hablar. El demonio azul que tanto lo había asustado de chico apareció cabalgando un gran caballo negro. La joven rodeó el carro sin dejar de apuntar al negro, buscaba algo de información sobre su hermano, se acercó al esclavo y en un modesto latín preguntó:

—¿Dónde está Breogán?

El negro no supo que responder, no había entendido bien, aún así, con movimientos lentos, señaló la parte inferior del carro. Alana desmontó sin hacer ruido, se agachó, dio dos pasos hacia el carro, cogió al joven de un pie que sobresalía y lo arrastró dejándolo caer torpemente en el suelo.

Breogán que aún estaban medio dormido y no se había percatado de la situación, cogió un puñal de entre la ropa y se abalanzó sobre Alana que reía entre lágrimas ante tan graciosa situación; al reconocer su voz, Breogán, soltó el puñal, gritó su nombre y fue directo a abrazarla.

El abrazo fue tan intenso como el olor que desprendía el joven; Alana después unos segundos de emoción optó por separarse e invitarlo a que se bañara en un arroyo cerca de allí.

Olix se limitaba a cabalgar a una distancia prudente de la carreta, según la información que habían recibido, allí se encontraba el príncipe escondido, si todo iba como estaba previsto, lo llevarían hacia Alana, la princesa de Brigoles. Miró al cielo, el sol comenzaba su arco descendiente, se cubrió los ojos en busca de su rastreador que seguía de cerca la carreta a pie, no había señales de él. La orden había sido clara, informar la ubicación cada poco tiempo. Un sólo soldado tenía más posibilidades de pasar desapercibido que toda la unidad. Hacía rato que no daba señales y eso no le gustaba.

Se colocó la capa para cubrirse del sol que le estaba enrojando la piel, cogió un poco de agua y bebió con ansias. «¿Dónde estará este inútil?», se preguntó, no quería esperar más, hizo una señal a su segundo, se acercó a paso lento. Olix le ofreció agua y este la rechazó con un gesto de la cabeza—. ¿Por qué tarda tanto? —preguntó, su compañero que también estaba desconcertado, no supo que responder.

—Tendremos que acercarnos un poco más hacia el norte —dijo señalando las cimas—, quiero saber qué sucede, hace rato que tenía que haber informado y no tenemos noticias. Su compañero levantó la mano para hablar cuando la silueta del explorador asomó entre unos matorrales, corría ágil esquivando árboles y rocas, como un fantasma desaparecía para volver a aparecer poco después, era su mejor explorador. Olix afirmó satisfecho; permaneció un instante mirándolo. El guerrero estaba empapado en sudor, se había desprendido de todas sus armas a excepción de un cuchillo que llevaba en la cintura, su piel curtida por el sol le daba una apariencia temible. Poco tardó en volver a reunirse con el grupo y acercarse al general.

—¡Señor! —dijo el guerrero con la voz entrecortada por la agitación, Olix lo miraba a la expectativa, aún llevaba el agua en la mano, pero no se la ofreció, quería saber primero que sucedía. El guerrero tragó saliva a duras penas y sin dejar de jadear, pasó el parte.

—He demorado más de lo debido porque quería estar seguro, he seguido el carro hasta el otro lado de la loma, allí se han reunido, no hace mucho.

—¡Por fin los hemos encontrado! —gritó Olix palmándole la espalda y tras digerir las palabras del guerrero, ya un poco más contento, le ofreció un poco de agua. Las cosas iban como estaba previsto, tenía a los hermanos juntos, ahora había que esperar a que cruzaran las montañas y allí los capturarían. El capitán se frotó el bigote satisfecho, cuando entregara a la joven a Criox nadie impediría que cobrara la gran recompensa que le habían prometido.

Titus se dirigía con la escolta habitual hacia las barracas de los oficiales, le esperaba Rómulo inquieto. Entró sin aviso y sin esperar ordenó que salieran todos de inmediato. Rómulo lo miraba impaciente, había recibido la visita del Legado Tito Labieno y como era costumbre no había ido nada bien. Titus esperó que todos los hombres se hubiesen marchado y apoyándose sobre la mesa, comenzó a infórmale al Primus Pilus.

—Es hora de cobrar nuestra venganza —dijo el Centurión—, sólo necesito saber si tengo tu plena confianza —agregó. Rómulo no supo muy bien qué contestar, apenas estaba al tanto del plan de Titus, aún así, cualquier cosa que lo ayudase a afianzar su tambaleante situación era buena.

—Ya sabes que cuentas con mi apoyo —respondió Rómulo—, pero si me tengo que jugar el cuello por ti, necesito saber que está sucediendo, no puedo arriesgarme una vez más a que el Legado cuestione mi liderazgo. Titus asintió, se acomodó en la silla y con tono pausado comenzó a detallar su plan, con el que de una vez por todas se librarían de Quinto Fabio y su séquito. Rómulo lo miraba dubitativo, lo que el Centurión le ofrecía era muy arriesgado, aún así, era su única salida.

—¿Acacius también? —preguntó el Primus Pilus, Titus afirmó con desprecio, a Rómulo la idea de deshacerse de su esclavo que

tan bien le había servido, no le gustaba en absoluto, pero sabía que en el fondo había sido un traidor y en Roma la traición se pagaba con el dolor.

—¿Y cómo haremos para involucrar a Quinto Fabio en todo esto? —preguntó Rómulo.

Titus permaneció en silencio con la soberbia que le caracterizaba, miró a su superior a los ojos y con una sonrisa sombría, agregó:

—Ya lo tengo todo previsto, sólo necesito que confíes en mí una vez más. A Rómulo no le gustaba demasiado tanto misterio, se estaba jugando el cuello y quería estar al tanto de todo, a pesar de todo convino, no tenía más opción que confiar en él. Se sentó pesadamente en la silla y mirándolo fijamente a los ojos, agregó:

—Confiaré en ti, porque me encuentro con las manos atadas, pero como la situación se te vaya de las manos y me pongas en evidencia ante el Tribuno, te juro que haré todo lo posible para que te degraden a soldado raso y te envíen al punto más alejado de la república.

Titus tragó saliva, nervioso, sabía que el Rómulo se jugaba el cuello más que nadie y si nada salía como lo previsto, el precio que pagaría el, también era muy alto. El Centurión asintió con confianza y se puso de pie para marcharse, cuando todavía no había llegado a la puerta se giró en busca de Rómulo y agregó:

—Necesito algo más —Rómulo que había hundido la cabeza entre una pila de rollos, alzó la vista expectante. Titus lo miró serio y tras un instante de silencio comentó:

—Necesito que mañana mandes a formar las unidades frente al pretorio a primera hora, le daremos a entender quién manda aquí y qué sucede a los que traicionan a Roma.

Rómulo intentó decir algo, pero el Centurión se giró y se marchó sin darle tiempo a digerirlo. Rómulo se cogió el cabeza preocupado, los dados habían sido lanzados, la jugada era arriesgada, pero confiaba en Titus y en su suerte.

El guardia y Acacius ayudaron a Galicana a recostarse sobre el camastro, se había puesto de pie después de una mala noche y al poco se había desvanecido nuevamente. Acacius le revisó la herida de la cara, no tenía muy buena pinta, a pesar de que había intentado vendarla y procurar que los tumores no le afectaran. Galicana había tenido algo de fiebre, las condiciones de la celda no eran las mejores, a pesar de que la tabernera no se quejaba, el dolor era insoportable. El esclavo arrancó un trozo de tela de su túnica que era la que más limpia estaba, cogió el cuenco con agua del suelo para limpiar la herida, no había logrado humedecer la venda, cuando el guardia lo sujeto del brazo haciendo que el cuenco se derramara, miró al esclavo a los ojos y en tono suave le dijo:

—No tenemos más agua Acacius y no sabemos cuándo traerán más, no podemos desperdiciarla, las vidas de todos dependen de ese cuenco.

Acacius le quitó el brazo de mala manera, se acercó al rostro del guardia y en voz baja, pero con tono firme dijo:

—Creo que no te has dado cuenta soldado, pero nosotros ya estamos muertos, este poco de agua sólo dilatará un poco nuestra agonía, prefiero morir de sed que ver cómo esta mujer se retuerce del dolor frente a mis ojos. Si quieres impedírmelo hazlo, pero yo no quiero cargar con otra muerte en mi conciencia.

El soldado dio dos pasos hacia atrás, las palabras del esclavo lo habían vuelto a la realidad, sabía que no se equivocaba, el terror se le reflejaba en sus ojos, sabía que si estaban todos juntos tenían más posibilidades de sobrevivir.

—Si has terminado de quejarte por qué no me ayudas con Galicana.

El soldado afirmó, se acercó un poco más y sujetó a la tabernera de los hombros para que no

se moviera. Acacius humedeció el trozo de tela y con la delicadeza que le permitía la situación, comenzó a sanear la herida, Galicana intentó resistirse agitando su cuerpo, pero el dolor era tan intenso que en poco se desmayó nuevamente permitiendo al improvisado enfermero cumplir su tarea lo mejor que le permitía la situación.

Claudius, el guardia, se sentó sobre el lecho de cemento, la incertidumbre le carcomía las entrañas, él era un hombre de Quinto Fabio, fiel como ninguno, al que el Centurión le había salvado la vida, en tantas batallas que habían combatido hombro con hombro, tenía la esperanza de que el Centurión pudiera revertir la situación una vez más. Cerró los ojos y agachó la cabeza, morir de hambre o de sed no era una muerte digna para un soldado como él, hubiese preferido viajar al Eliseo bajo el yugo de una espada enemiga en algún rincón de la república. Respiró hondo, se debía al Centurión, estaba convencido que, si cabía la menor esperanza, Quinto Fabio lograría sacarlo de allí con vida.

## *Campamento romano*

## *Capítulo XXVIII*

### Un castigo ejemplar

La puerta se abrió de repente levantando una gran polvareda, los tres reclusos se sobresaltaron, aún estaban un poco aturridos por el poco sueño, los que habían podido dormir algo en la noche. Una docena de soldados se abalanzaron sobre los prisioneros de mala manera. Acacius intentó anteponerse entre ellos y Galicana pero un puñetazo en el estómago lo hizo caer de rodillas; los guardias sin pocos miramientos, los sujetaron bruscamente para colocarle los grilletes. Claudius, el guardia, se abalanzó sobre uno de los captores derribándolo de un cabezazo en la sien, saltó sobre otro guardia y con un par de puñetazos lo hizo retroceder hacia la puerta sin darle tiempo a desenfundar, los demás soldados, esta vez, fueron más rápidos haciéndole retroceder contra el muro con una lluvia de patadas y puñetazos. Claudius no se amedrentó y continuó batallando hasta que un garrotazo en la cabeza lo hizo desfallecer. Los tres prisioneros estaban boca abajo inmovilizados, habían intentado defenderse, pero la superioridad de los legionarios pudo más. El soldado regordete, que había recibido el primer cabezazo, se abalanzó sobre el guardia que aún no se había espabilado y comenzó a patearle la sien causándole numerosos cortes en el rostro y espalda, Claudio se removía intentando zafarse, pero la presión de los soldados se lo impedían. Galicana, por primera vez en su vida se reprimió, permanecía sentada en la cama de cemento mirando la pared inmovilizada por el pánico, se sentía débil y cansada, en otro momento hubiesen tenido que poner todo su esfuerzo para reducirla, esta vez no, callada en el camastro, mirando absorta, se había rendido.

El mayor de los legionarios que hasta el momento se había mantenido al margen, dio la orden y sus hombres arrastraron los prisioneros hasta el exterior dejando un reguero de sangre.

La luz del día le obligó a cerrar los ojos, dos guardias lo arrastraban de los brazos haciéndole crujir los huesos, Acacius no se inmutó, la idea de confesar y pedir clemencia ahora no le parecía tan buena, quería poner fin al sufrimiento, al dolor físico y a la tristeza que soportaba desde hacía años. el recuerdo de sus hijos y su mujer le dio paz, no tenía miedo, quería una muerte rápida y poder descansar de una vez por todas. Galicana, en cambio, caminaba a paso lento sujetada por un sólo guardia que de vez en cuando le daba un empujón para que se diera prisa, la gigantona gala era una sombra de lo que había sido, había aceptado su final de una manera más cobarde de lo que se hubiese nunca imaginado, se frenó durante un instante, cerró los ojos y miró al sol, quería sentir su calidez una vez más, la idea de haber ayudado a Alana le sacó una mueca en forma de sonrisa, ahora se sentía mejor. El guardia cansado de tanta demora, le volvió a empujar de manera más brusca, Galicana se giró lentamente y con una mirada fulminante le dijo:

—He aceptado mi destino, malnacido, pero como me vuelvas a empujar te arrancaré los ojos con mis propios dientes —El soldado al ver la cara de ira de la tabernera, optó por señalarle el camino con un gesto calmo para que emprendiera la marcha.

Alana se remangó la falda y se sentó sobre una roca, sumergió los pies en el agua y un escalofrío le recorrió el cuerpo, era agua de deshielo y a pesar del calor estaba realmente fría, se quitó una cinta que llevaba atada en la muñeca y se ató el cabello, comenzaba a hacer calor, las gotas de sudor caían por su cuello y le mojaban su gran cabellera rojiza. Una sonrisa se le dibujó en el rostro, volvía a estar con Breogán después de tanto tiempo, el joven se zambullía en el arroyo como un pez, estaba contento, después del cautiverio, disfrutaba de su libertad y el pequeño placer de nadar que le volvía a dar la vida. Se acercó buceando hasta Alana, trepó unas rocas y se volvió a zambullir de cabeza. Alana permaneció un rato mirándolo, estaba desnudo.

¡Como había cambiado en todo ese tiempo!, ya no era un niño, el cautiverio lo había hecho madurar, el pequeño que cada noche dormía abrazado a ella, ahora era un joven, había crecido y las cicatrices de su sufrimiento lo habían marcado.

Alana alzó la vista en busca de una ruta propicia, tenía prisa por seguir y alejarse de territorio romano, pero el hecho de ver disfrutar a su hermano hacía que se lo tomara con más tranquilidad, al fin y al cabo, se lo merecía. Un destello en una colina cercana le llamó la atención, Alana se frotó los ojos y volvió a mirar detenidamente, algo brillaba entre los arbustos, pero un movimiento rápido lo hizo desaparecer, algo no iba bien. Se acercó a su bolsa y cogió el cofre que le había dado Galicana, lo abrió y el bronce de la tapa le sirvió de espejo, intentaba mirar sin fijar la vista en el arbusto, sus sospechas se hicieron realidad, a través del metal, una silueta volvía a emerger de entre las ramas, confiado en que la joven no miraba directamente hacia él. Alana ahora tuvo la certeza de que alguien los estaba espiando. Tragó saliva, nerviosa, si huía se abalanzarían sobre ellos, tenía una sola opción, seguir como si nada y escaparse cuando menos se lo esperasen. Hizo un gesto y Breogán se acercó, con todo el disimulo posible y una gran sonrisa, le puso al tanto de la situación, haciendo hincapié en que no mirara. Una sensación de hormigueo le revolvió las tripas, las cosas volvían a cambiar una vez más, otra vez estaban en peligro. «¿Quiénes serán?», se preguntó, la esperanza de conseguir la ansiada libertad volvía a estar comprometida.

El guía de Olix desmontó de su caballo de un salto, el capitán se le quedó mirando, había partido hacía muy poco y ya estaba de vuelta, tenía la ropa y el cabello enfangado, las gotas de barro aún caían de su larga cabellera, se acercó al general y lo saludó con un gesto austero. Olix le hizo una señal para que informara, el soldado repitió las mismas palabras que una hora antes.

—Están aún en el arroyo y creo que se quedaran un rato más —dijo secamente, estaba agotado y hambriento, quería descansar, llevaba varios días tras la pista de Alana. Una vez encontrados, la tarea de no perderlos era sumamente fácil, aún así, Olix insistía en que le siguiera la pista a toda hora y esto al explorador no le gustaba, él era el mejor y todos lo sabían. El capitán lo miró con desprecio, sabía lo que pensaba y no le gustaba en absoluto, si no fuese porque lo necesitaba lo hubiese azotado, lo miró de arriba abajo y dándole la espalda le ordenó que regresara al puesto de vigilancia; el rastreador asintió a desgana, era una orden a la que no se podía negar, bajó la cabeza, saltó sobre el caballo y volvió al punto elevado de donde podía observar con más precisión.

El sol estaba en su cenit, el rastreador sacó una ampolla con agua y bebió intensamente, se mojó el cabello dejando un reguero de fango chorreando por la espalda, no había comido nada en todo el día y estaba exhausto. Cogió un trozo de queso de la montura y se lo guardó entre la ropa, se acercó gateando hasta el borde del precipicio para no llamar la atención y se recostó en la hierba húmeda. Un enjambre de avispas le revoloteaba por el rostro, intentó espantarlo con la mano, pero sólo logró llamar más su atención, respiró hondo rendido, nada podía hacer, desde allí se veía a la perfección y alejarse no era una opción, intentó ignorarlas con la esperanza que se cansaran, pero no fue así. Recostado boca abajo y sin moverse pasaron los minutos, cerró los ojos un instante para descansar la vista, el sol golpeaba directamente sobre él; la cantidad de avispas que le rondaban por la cabeza hacían que fuera una misión imposible, optó por espabilarse e intentar comer algo, sacó el queso de entre la ropa y con el cuchillo que llevaba en la cintura lo troceó en pedazos pequeños, no era mucho, pero lo suficiente para entretenerse durante un rato. El calor golpeaba con fuerza haciéndole sudar en demasía, los árboles que lo rodeaban ya no le hacían de escudo, se secó el sudor con el brazo, pinchó un trozo de queso y se lo puso en la boca. Permaneció un instante contemplando a Alana, desde la distancia su belleza no disminuía, el rastreador la miró orgulloso, a pesar de todo era una mujer de su tribu y cualquier hombre que se



respetase valoraba sus guerreras.

Alana permanecía con los pies en el agua fría, se había recogido el pelo con una coleta, el contraste de su tez blanca con el rojizo de su cabellera resaltaban como una fresa en la nieve, el soldado volvió a pinchar un queso, cuando alzó la vista nuevamente, la joven lo estaba mirando directamente cubriéndose la vista con el antebrazo, algo no le gustó, el destello del sol sobre el cuchillo lo había delatado, automáticamente lo soltó y rodó sobre sí mismo alejándose del precipicio, con tan mala fortuna que impactó sobre el panal de avispas que estaba caído, provocando una nube de insectos que se ensañaron con él, a pesar de los numerosos picotazos, mantuvo la calma y alejándose lentamente del lugar, volvió a asomarse para verificar si realmente lo habían descubierto.

Alana continuaba sentada en el mismo lugar, llevaba un cofre en la mano, esta vez no miraba, le daba la espalda, el guía se sintió más tranquilo, por los movimientos calmos y la sonrisa en el rostro no lo había descubierto, por lo menos eso era lo que pensaba. Cogió un poco de barro y se lo desparramó por el rostro, con la esperanza de que el ardor disminuyera, tenía tantas picaduras en el cuerpo que pensó que se moría, a pesar de todo, no abandonó el puesto, ya conocía el ardor del acero en su cuerpo y comparado con esa picazón era un placer. Volvió a mirar al cielo, el revoloteo de las aves, anunciaba que se habían puesto en marcha nuevamente, sólo en ese instante optó por regresar al campamento, bajo las miradas atónitas de sus compañeros al verlo regresar con el rostro hinchado y lleno de fango.

Quinto Fabio, regresó al campamento al galope, la escena que se encontró le destrozó por dentro, se frotó los ojos y volvió a mirar como si de esa forma su visión desaparecería. Desmontó de un salto y a paso firme se dirigió hacia los soldados que infringían el castigo. Una muchedumbre de legionarios se arremolinaba frente a los prisioneros, al ver llegar al Centurión le fueron abriendo paso, saludando con respeto, la cara de Quinto Fabio lo decía todo.

—¡Alto! —gritó al Centurión, el Optio encargado de los azotes, se detuvo de inmediato, el Centurión lo cogió del brazo y le quitó el *flagran* arrojándolo a pocos metros, este se acercó al rostro del Centurión desafiante ante tal humillación, pero Quinto Fabio lo apartó de un empujón, haciéndole caer al suelo.

La escena era desoladora, los tres prisioneros estaban desnudos, habían sido atados a unos postes con los brazos estirados en alto. El guardia era el primero de los tres, seguido por Acacius y la tabernera. Quinto Fabio permanecía mirando la escena pasmado, habían recibido numerosos latigazos, tantos que la piel se le desprendía de la carne como se despelleja una liebre, a su alrededor un reguero de sangre que comenzaba en la nuca y descendía hasta los pies formando una aureola. El Centurión se centró en el guardia, que por el aspecto era el más castigado, había llegado al máximo de lo soportable, prácticamente estaba inconsciente, la cabeza le colgaba moviéndose sólo por el movimiento agitado de su pecho.

—¡Detengan esto de inmediato! —gritó el Centurión—. ¿Qué sucede aquí? —preguntó a los gritos, se sentía muy mal, por su culpa uno de sus hombres leales estaba recibiendo un castigo terrible.

El Optio que se había recompuesto del empujón, volvió a coger el látigo para continuar con su cometido, alzó la mano para lanzar el primer golpe, pero Quinto Fabio fue más rápido y lo desplomó de dos puñetazos. Los gritos de los presentes se alzaron como una ola, vitoreando a su superior.

—¿Alguien más quiere desafiarme? —gritó enfurecido, los soldados dieron un paso hacia atrás, muchos eran sus hombres y el guardia, su compañero, los demás le temían. El Centurión se acercó a los prisioneros, quería poner fin al calvario, sacó el punjío de la cintura para desatarlos,

pero una voz le hizo detenerse:

—¡Suelta ese cuchillo! —gritó Titus abriéndose paso entre los soldados, le acompañaban una veintena de sus mejores hombres espada en mano, Quinto Fabio retrocedió un par de pasos y acariciando la empuñadura de su gladius, dijo:

—¡Sabía que tú estarías detrás de esto!

—¿De qué se les acusa a estos hombres? —insistió. Titus se acercó a paso lento, se agachó en busca del látigo y se lo entregó al Optio encargado del castigo.

—Se les acusa de traición contra Roma y como sabrás, se paga con la muerte.

Titus hizo una señal al verdugo para que recomenzara con el castigo, Quinto Fabio se antepuso desenfundando la espada, automáticamente los hombres de Titus lo rodearon, el Centurión no se amedrentó manteniendo la postura.

—Si no quieres terminar como ellos, baja tu espada y hazte a un lado, hoy me divertiré con estos desgraciados —agregó Titus. Quinto Fabio dio dos pasos hasta colocarse a pocos centímetros de su cara, los soldados que abarrotaban el lugar no daban crédito a lo que sucedía, dos centuriones, quizás de los dos de más peso en la legión, se enfrentaban espada en mano.

—¡Estos hombres merecen un juicio justo! —gritó Quinto Fabio, no permitiré que los vuelvas a tocar.

Titus lo miraba con una sonrisa burlona, tenía un plan y todo iba como estaba previsto.

—Centurión —dijo Titus con tono arrogante—, el soldado ha sido juzgado y el castigo impuesto por un superior, los demás son esclavos y no merecen nuestro tiempo, si no dejas el arma y te haces a un lado, te acusaremos de traición, y no hay nada en el mundo que me dé más placer que azotarte a ti también.

Quinto Fabio no se inmutó, se antepone entre el verdugo y los prisioneros y por la expresión de su rostro, nadie lo movería de allí. —¡Soldados!, apresadlo por insubordinación —gritó Titus, señalando al Centurión. La guardia personal se abalanzó sobre el soldado, pero cuando aún no había logrado acercarse, un grupo de legionarios a Quinto Fabio, desenfundaron sus espadas y se enfrentaron a la guardia de Titus.

La situación se tensaba aún más, ahora los hombres de Quinto Fabio eran más, casi un centenar de hombres que habían servido a sus órdenes y le debían su vida, desafiaban órdenes directas y se enfrentaban a cargos de traición. Titus retrocedió un par de pasos, a pesar de que había logrado lo que buscaba, tenía que ir con cuidado.

—¡Soldados! —gritó Titus, os estáis rebelando ante una orden directa y amenazando a un superior, esto se paga con la muerte, les doy la posibilidad de deponer las armas y haré como si esto nunca hubiese sucedido, pero como continuéis con vuestra postura lo que les pasará a estos desgraciados será poco con lo que les haré a vosotros.

Los soldados en vez de retirarse, como una máquina perfectamente engrasada, rodearon a Quinto Fabio, protegiéndole de Titus y sus captores, eran hombres fieles y darían la vida por su Centurión. Los hombres de Titus sabían la lealtad de los soldados a su superior y dudaban como proseguir. Titus dio dos pasos hacia adelante, con postura firme se dirigió al Centurión.

—¿Quieres ser responsable de la muerte de estos soldados? Me iré y volveré con muchos más hombres, Roma me respalda, diles a tus hombres que depongan su actitud, entrega tu arma y ríndete, te prometo que a ellos no les sucederá nada.

Los acontecimientos de esa mañana habían convulsionado el orden habitual de la legión, prácticamente la mayoría de los soldados estaban presentes y de una manera u otra se habían posicionado para uno de los bandos, lo que comenzó como un simple castigo terminaría en una masacre entre hermanos. Quinto Fabio dudaba, la cabeza le iba a mil, si daba la orden de

rendición, les perdonarían la vida a sus hombres, pero él y los prisioneros sufrirían las consecuencias, si optaba por lo contrario antes o después morirían todos, había caído en la trampa, todo había sucedido como Titus esperaba, sabía que sus hombres nunca permitirían el castigo al Centurión, haberlos convocado aquella mañana había sido una jugada maestra.

Quinto Fabio aceptó su destino, enfundó la espada y ordenó a sus hombres que se dispersaran, tuvo que repetirlo tres veces, hasta que finalmente depusieron su actitud, sus hombres hubiesen muerto allí mismo si el Centurión se lo hubiese solamente insinuado.

***Algunos años después. Ciudad asediada de Alesia, otoño  
52 a.m.***

*(continuación del capítulo XXIV)*

## *Capítulo XXIX*

### Adiós a un hermano

Gaius se había adentrado en las barracas de suministros con sus hombres, tras un instante de búsqueda infructuosa finalmente encontraron las bombas hidráulicas que le había pedido el Centurión, estaban acomodadas contra una pared, separada con grandes tablones de madera, los legionarios examinaron las máquinas, necesitaban cargar unas cuantas si quería que la tarea fuese rápida y efectiva. Gaius analizaba el artilugio, dos cilindros redondos con uno más grande en el centro donde una palanca curva servía para generar presión y forzar al agua a salir, era casi tan grande como él, sujetó con fuerza, la alzó en un intento para trasladarla, pero el peso casi le destroza la espalda, la cantidad de cobre utilizado en su fabricación hacía que fuera una tarea imposible para un sólo hombre. El legionario suspiró afligido, tener que trasladar todas las bombas, una a una, supondría un trabajo de todo un día, un tiempo limitado con el que no contaba, tenía que encontrar una solución a la brevedad y por el momento no sabía cómo. Uno de los soldados que lo acompañaba, un viejo canoso que había servido toda su vida en la legión, lo llamó de un grito:

—¡Gaius!

El legionario que seguía concentrado en su tarea lo miró desganado, aún así, se acercó al compañero que permanecía en una de las habitaciones colindantes.

—Creo que esto nos servirá —dijo el viejo.

Gaius sonrió de inmediato, la suerte daba un vuelco, el viejo canoso había encontrado una carreta destartalada, que a pesar de que no estar en buenas condiciones, le facilitaría mucho las cosas; se acercó al carro y lo revisó con cautela, a primera vista no estaba tan mal como parecía, era lo único que tenían, así que tenía que servir. La humedad de la sala le hizo estornudar varias veces, se acercó a la puerta y gritó al último legionario que se acercara, necesitaban su ayuda, entre los tres y con mucho esfuerzo, pudieron empujarlo hasta la habitación donde se encontraban los artilugios para el agua.

La primera parte del plan iba bien, con el carro podrían cargar varias bombas y en dos o tres viajes, tenían el problema resuelto. Gaius estaba satisfecho, una a una, fueron cargando las máquinas, las acomodaban paralelas intentando que el peso de una no dañase a la otra, luego con mucho cuidado acomodaban la siguiente en una segunda fila, en total doce máquinas dispuestas sobre el carro que apenas aguantaba su peso. El viejo se acercó a Gaius rascándose el mentón, no estaba muy convencido de que forzar tanto al carro fuera una buena idea, miró a su compañero y dijo:

—El carro no aguantará tanto peso, quizás sea mejor aligerarlo un poco.

Gaius sabía que tenía razón, aún así, no quería darse por vencido, cada minuto contaba, tener que hacer un viaje más podía ser el paso definitivo entre la victoria y el desastre absoluto, miró a sus camaradas y dijo:

—¡Ayudadme a empujar, no nos rendiremos tan fácilmente!

Los soldados se acomodaron en la parte trasera, sujetaron con todas sus fuerzas y haciendo presión con el pecho comenzaron a mover la carreta, el crujir de la madera no auguraba nada bueno, aún así, continuaron empujando poco a poco, los soldados ponían todo su empeño, pero la labor estaba siendo infructuosa, apenas habían logrado moverla un par de metros y ya estaban exhaustos. Gaius se rascó el cabeza nervioso, tenía que tomar una decisión el tiempo apremiaba, a pesar de su frustración tendrían que descargar parte de las maquinas, era demasiado peso. Miró a

sus compañeros y dijo:

—No creo que podamos trasladar más de cuatro, como mucho seis.

La situación otra vez se complicaba. El tercer soldado que apenas había abierto la boca en toda la mañana, un joven hispano trasladado hacía poco a su unidad, pegó un grito de alegría, miró a sus compañeros y voceó:

— No descarguéis nada, esperadme aquí ya tengo la solución.

Los compañeros lo miraron consternados, el soldado saltó la carreta y se marchó por donde había venido.

La escolta personal del Cónsul lo esperaba formada bajo la torre de vigilancia, el general montó a Genitor con la ayuda de uno de sus soldados. Se acomodó la capa roja que distinguía su rango, quería que sus soldados lo reconocieran en la batalla, se haría cargo personalmente de la situación, lucharía en primera línea, buscaba que las tropas tuvieran un subidón de moral y combatieran con más vigor para expulsar a los bárbaros. Cerró los ojos y le dedicó un último pensamiento a su esposa, siempre que estaba en una difícil situación le reconfortaba, deseaba que estuviera allí,

que lo acompañara, que pudiera aconsejarlo, siempre tenía una visión diferente y pocas veces se equivocaba. Cabalgó junto a sus hombres hasta una zona elevada, alzó la vista, el sol había desaparecido tras una nube espesa, miró con atención. Un grupo de buitres negros, revoloteaban sobre su cabeza, giraban en círculos, descendían y ascendían, esperando el momento justo, estaban saboreando lo que pronto sería su festín, no tenían prisa. Siguió con la mirada al ave, un ejemplar negro como el carbón, grande y poderoso, plegó las alas, arqueó el cuello y se lanzó en picada sobre su víctima agonizante, como un rayo impactó hundiéndole las garras en el cuello, lentamente y sin piedad comenzó a desgarrarle el pecho, el guerrero se revolvía queriendo espantarlo. El Cónsul sintió pena por el soldado, una herida en su tórax dejaba al descubierto sus entrañas, el animal se ensañaba punzando y estirando, le arrancaba las tripas sin piedad, estaba al límite de sus fuerzas, una muerte miserable y poco honrosa para alguien tan valiente. Como un trabajo sincronizado, una segunda ave impacto violenta sobre su cabeza, el guerrero se desplomó inconsciente, habían logrado su objetivo, ya no se resistía, ahora podrían saciarse a voluntad. El general sonrió satisfecho, no por lo triste de la escena, sino porque las aves le habían dado una idea que podía solucionar parte de sus problemas, era arriesgada, pero podía funcionar; se acercó al guardia y le pidió que fuera en busca de Tito Labieno de inmediato. Aquella mañana tomaría una decisión que cambiaría por completo el rumbo de la guerra. Estaban en una situación crítica y se jugaría todo o nada.

Tito Labieno apareció poco después en busca de nuevas órdenes. El Legado lo saludó con respeto una vez más.

—Necesito de toda tu pericia —comenzó diciendo el Cónsul—, estamos en una situación crítica, tenemos dos frentes abiertos y el que más me preocupa son las nuevas tropas que nos asaltan por el río.

El Legado, permanecía mirándolo atento.

—Nuestras defensas no tardarán en derrumbarse, si los galos logran derribar las torres y ampliar el frente, estaremos perdidos.

El general hizo un silencio incómodo.

—No contamos con suficientes tropas para luchar en un frente amplio, si nos rodean estamos perdidos.

Tito Labieno analizaba la situación, era peor de lo que pensaba, el general se acercó un paso más y lo cogió del brazo, con una confianza poco habitual en él.

—Reunid la totalidad de la caballería, incluido a los auxiliares disponibles, daremos un golpe de efecto. Salid por la puerta sur para no ser vistos, rodead las montañas y caed como un buitre hambriento por la retaguardia del enemigo. Antes de atacar, intentad ser vistos, ampliad mucho la línea de ataque, que piensen que es un inmenso ejército de refresco que viene en nuestra ayuda, con un poco de suerte, los engañaremos y lograremos que se retiren. Es nuestra única posibilidad para frenar el ataque y poder reponer nuestras líneas defensivas.

Tito Labieno hizo un gesto para que le permitiese hablar, no estaba convencido que fuera una buena idea. César asintió dándole paso.

—Señor —comenzó diciendo el Legado—, no creo que dejar las tropas del campamento sin la protección de la caballería sea una buena idea, si los guerreros de la ciudad deciden atacarnos, no tendremos tropas suficientes para contrarrestarlos, sin resistencia nos aniquilaran fácilmente.

El Cónsul asintió, ya había pensado en eso.

—Es un riesgo que tenemos que asumir, por el momento las tropas enemigas siguen dentro de la muralla de la ciudad, ahora el problema más importante es intentar que no rompan las líneas defensivas en el anillo exterior.

Tito Labieno asintió no muy convencido, la decisión había sido tomada y tenía que obedecer, lo que el Cónsul y el Legado no sabían, era que las tropas de Alesia ya estaban listas para el ataque.

Las unidades romanas retrocedían cada vez con más rapidez, las dos cohortes que combatían en primera línea se separaban ordenadas, dejando un espacio cada vez más amplio a los jinetes, era como una puerta con bisagras que se abría de a poco, Ovidus hizo una señal a sus hombres, ya no había vuelta atrás, la trampa estaba en marcha. Como una ayuda divina la inmensa lluvia de flechas que había caído durante toda la mañana, había cesado dando un respiro a los legionarios. Ovidus estaba listo, gritó a sus hombres que se mantuvieran agazapados para que no delataran su posición, las tripas se le revolvían una vez más, cogió dos lanzas y las clavó en el suelo, cogió una tercera y se agachó listo para el asalto.

Los primeros guerreros cruzaron la línea defensiva aullando como bestias, primero una decena, luego varias docenas más, al superar el frente recuperaban fuerzas, avanzaban empujados por sus camaradas que intentaban hacerse hueco. Ovidus permanecía arrodillado listo para lanzar, pero todavía no era el momento, su misión era acabar con la caballería, de la infantería se ocuparían las demás unidades. Cogió la lanza con fuerza, la mano le temblaba, los primeros jinetes aparecieron abriéndose paso a empujones, la forma de combatir de los galos era un caos total, no mantenían una mínima disciplina, aún así, eran imprescindibles y peligrosos. Tras varios interminables minutos, varias decenas de jinetes se habían adentrado en los añillos, el Optio seguía con la mano en alto listo para dar la señal, había que esperar un poco más, los legionarios lo miraban impaciente, necesitaban acción, llevaban mucho tiempo preparados para el combate.

—¡Esperad! —gritó Ovidus.

Cada minuto que pasaba, cientos de jinetes atravesaban la brecha, el Optio se estaba arriesgando demasiado, si se adentraban en demasía no lo detendrían ni con todas las lanzas del campamento. Ovidus miró alrededor, en ciertas zonas las cohortes estaban siendo superadas por el ímpetu de los galos, ya no mantenían un orden total, eran demasiados guerreros. Un robusto jinete sobre un semental negro pasó como un rayo junto a Ovidus, gritando como un demonio, revoleando la espada y aplicando brutales golpes a las unidades romanas que intentaban defenderse como podían. El ruido del choque contra los escudos era ensordecedor. El Optio alzó la lanza, apuntó con cuidado y lanzó el dardo atravesándole la yugular al jinete, el galo que no lo había visto venir cayó del caballo muerto al instante, otro jinete que le seguía de cerca, tropezó

con el cuerpo, provocando que el caballo chocara lanzándolo por encima de la montura; un legionario que permanecía escondido cerca, saltó sobre él clavándole la lanza en la espalda, el jinete se retorció de dolor y tras varios segundos de espasmos, dejó de moverse ahogado en su propia sangre. Con ese ataque Ovidus había dado la señal de partida, decenas de legionarios escondidos salieron como alimañas empuñando sus lanzas, la primera andanada surcó el aire atravesando soldados y caballos, decenas de guerreros perecieron al instante, bajo el estupor de sus compañeros que no esperaban el brutal contra ataque. El Optio estaba satisfecho, todo iba mejor de lo esperado, en pocos minutos había sembrado de cadáveres el terreno.

—¡No os detengáis! —gritó, pero su voz se perdió entre los chillidos de dolor de los soldados heridos.

Las lanzas seguían surcando el aire sin descanso, los guerreros que se había percatado de la trampa, tiraban de sus caballos intentando retroceder, pero la cantidad de soldados muertos y la presión de los guerreros que intentaban entrar, hacían que la retirada fuera imposible. Esa primera investida se había convertido en una emboscada mortal.

Ovidus no se detenía, entre la adrenalina y la presión sentía que su corazón le iba a explotar. Tras varios minutos de arduo combate, se asomó para verificar la situación de sus hombres. Uno de sus soldados, un joven balear que llevaba poco tiempo en la unidad, saltó entre los cuerpos empuñando una lanza, no había logrado arrojarla cuando un jinete apareció por su espalda arrancándole la cabeza de cuajo, el legionario no tuvo ni tiempo de gritar, la muerte fue inmediata.

Ovidus frunció el ceño, ellos también estaban teniendo bajas considerables. A primera vista una decena de soldados yacían muertos o heridos, varios de los jinetes habían optado por desmontar, tras la imposibilidad de controlar el caballo en tan poco espacio.

El Optio había lanzado la mitad de las pilum, el brazo le dolía, cogió una nueva jabalina, apuntó a otro soldado y la lanzó con virulencia, el dardo surcó el aire desviado, impactando en el animal que, encabritándose sobre las patas traseras, lanzó el jinete por los aires. Ovidus se arqueó del dolor, el feroz lanzamiento le había descolocado el hombro, el malestar era insoportable, cerró los ojos y suspiró hondo, necesitaba ayuda. Cruzó el campo y se acercó a un compañero que esperaba algún guerrero incauto que pasase por su lado. El soldado se lo quedó mirando al verlo venir.

—Necesito que me acomodes el hombro —dijo el Optio sin miramientos.

El legionario que nunca lo había hecho, lo sujetó con fuerza y estiró hasta que un crujir sordo de huesos, anunció que ya había vuelto a su lugar, Ovidus se plegó de dolor una vez más, el soldado le había acomodado el hombro más por fortuna que por pericia. Apenas lo podía mover. Lo de lanzar jabalinas se había terminado para él, cogió su espada y junto a un compañero se adentraron en la refriega luchando ferozmente, abatiendo soldados y liquidando a los heridos.

Las puertas de la ciudad se abrieron majestuosas, el general fue el primero en salir, montando su gran semental blanco y escoltado, de cerca, por los líderes tribales y sus oficiales más cercanos. Miles de guerreros aparecieron poco después dispuestos para la batalla. Como hormigas se desplegaron frente a las murallas formando una gigantesca línea que abarcaba casi todo el frente de la ciudad.

El general se paseó mirando a sus hombres, el cansancio y el hambre era evidente en sus cuerpos, llevaban semanas encerrados y sin apenas provisiones, el hambre mermaba sus ánimos.

Aquella misma mañana, Vercingétorix había enviado varias unidades de limpieza, cientos de soldados se apuraban a recoger los cadáveres en carretas para luego arrojarlos en grandes fosas lejos de la ciudad. No quería que sus hombres vieran tan macabro espectáculo, desde hacía días, miles de cadáveres se desparramaban por el campo, la mayoría mujeres y niños muertos por



inanición; habitantes de Alesia que él mismo había obligado a salir con la esperanza de que Julio César se apiadara y que los capturara como esclavos, pero no había sido así, el general romano era implacable y no compartiría las pocas existencias de alimentos en una maraña de civiles hambrientos, al igual que Vercingétorix no tenía suficiente comida para todos. Una decisión que al general galo lo acompañaría para el resto de su vida, ya no sonreía, no comía, caminaba como un fantasma por las murallas con la cabeza gacha, una tortura que amagaba por destruirlo por dentro, cada noche se despertaba sobresaltado con los gritos de los pobres suplicando alimentos y rogando volver a entrar, ya no podría volver atrás, quizás haberlos matado hubiera sido una decisión más piadosa.

Vercingétorix cabalgaba empuñando su espada para hacerse ver, lanzaba consignas e insultos para levantar el ánimo a sus guerreros, necesitaba que estuvieran en su mejor forma, él también se la jugaba a todo o nada. Su ejército permanecía en formación frente a las murallas, el general lo analizó con cautela. Un nutrido grupo de guerreros traídos desde todas partes de la Galia, hombres fuerte y fieros, dispuestos a morir por su tierra y sus familias. Los soldados gritaban alzando sus espadas, se movían erráticamente amagando con correr hacia los romanos, Vercingétorix intentaba imponer orden, insistía en que se reagruparan y que esperaran su señal, la disciplina no era una de las

virtudes de estos hombres, algo que habría querido corregir si hubiese podido. El general negó consternado, conocía a la perfección el ejército romano, había servido en las legiones como auxiliar durante años y algo que había aprendido era que el éxito era su minuciosa disciplina, hasta casi llegar a ser enfermiza. Una leve brisa se alzó moviendo la copa de los árboles, el sonido del roce de las ramas apenas se percibía bajo el estruendo de los soldados.

Vercingétorix hizo una señal a sus generales para que le siguieran, se alejaron del campamento hacia una colina donde se podía ver el despliegue táctico con más claridad, estaba confundido, como podía ser que los romanos no habían desplegado las legiones al ver que sus tropas salían de la ciudad, no había movimiento alguno de tropas. «Quizás se están viendo desbordados en otros frentes y no disponen de soldados suficientes», pensó, fuera como fuera en breve lo averiguarían. Debatieron durante un rato la mejor estrategia a seguir, la estrategia era sencilla, superar las murallas y unificar las tropas que habían venido en su ayuda. Señaló a sus hombres un punto en la empalizada, desde allí se podía ver cómo los guerreros habían abierto una brecha y luchaban encarnizadamente dentro de las líneas defensivas.

Dio las últimas indicaciones a sus oficiales, el ataque sería vertical y directo, centrando la embestida en un punto clave que había indicado, todo estaba estudiado minuciosamente, utilizarían la infantería para derribar la empalizada, a sabiendas de los miles de bajas que sufrirían, era un precio dispuesto a pagar la caballería replegada permanecería de reserva por si eran atacados por la retaguardia.

Varias carretas se encontraban dispuestas frente a las puertas de la ciudad, en su interior, cientos de artilugios improvisados, ganchos para asaltar la empalizada, grandes tablones como puentes para atravesar los fosos y justo delante de ellos, casi trescientos arqueros dispuestos a dar cobertura a sus hombres.

Vercingétorix se enroscaba el bigote preocupado, no entendía porque no presentaban batalla, se acercó a uno de sus generales y le ordenó que juntara unos cuantos jinetes y que patrullara los alrededores en busca de posibles enemigos, él no podía esperar más, era hora de lanzar el ataque.

Los hombres de Quinto Fabio trabajaban sin descanso, con un esfuerzo demoledor habían logrado trasladar más de treinta barriles; los fueron distribuyendo sobre el frente de batalla agrupándolos de a tres y distanciados unos de los otros unos pocos metros; la tarea aún no había

acabado, quedaban muchos más que trasladar, más del doble si querían que la defensa fuera efectiva y lograr su objetivo. Saltó sobre la carreta en busca de Gaius y las bombas, pero no había la más mínima señal de los soldados, el Centurión negó consternado, aunque pudieran trasladar el resto de los toneles, sin los artilugios, desperdigar el aceite sería una misión complicada. Se acercó a sus hombres y los animó a proseguir, no estaba seguro de que pudieran terminar antes de que lanzaran el ataque. Cargar los barriles era una tarea sencilla, el problema residía en empujar la carreta cargada por todo el frente, arrastrando por el fango con la única fuerza de sus músculos, el cansancio hacía que cada vez empujaran con menos vigor.

Un legionario regordete se acercó y le ofreció agua, llevaba las manos ensangrentadas y una brecha en el rostro que ya no sangraba. El Centurión le apoyó la mano en el hombro, valoraba su esfuerzo, estaba extenuado, necesitaba descansar, pero no lo pedía. Bebió agua y se la devolvió al soldado que asintió sin decir nada, le estrechó la mano y retornó a su labor junto a la carreta.

El estruendo de la batalla cada vez se oía más cerca, la imagen de Ovidus le vino a la cabeza. «¿Cómo irá esa emboscada?», se preguntó. Se subió sobre una barrica para ganar altura, desde allí no se podía ver demasiado, sólo una maraña de siluetas en el fragor del combate. Un rayo asomó entre las nubes cegándole, el resplandor no le permitía ver con claridad, intentó agudizar la vista, la silueta difuminada de un jinete apareció a la distancia. Quinto Fabio reconoció de inmediato el caballo, por los adornos, no era romano, lanzó una maldición.

«Los jinetes habían sobrepasado las líneas defensivas de Ovidus», pensó. Saltó de la carreta, alertó a sus compañeros y desenfundó la espada, era hora de combatir.

El jinete cada vez se acercaba más, el sol de frente apenas le permitía ver, se agachó y recogió una lanza de entre los pertrechos desparramados, arqueó la espalda, inclinó las piernas y se dispuso a lanzarla. Era un único guerrero, la sorpresa jugaba a su favor, contuvo la respiración, ya estaba a unos pocos pasos, se inclinó un poco más, tomó envión y lanzó la jabalina con todas sus fuerzas. El dardo surcó el aire recto y mortal, impactando contra el guerrero que cayó como si hubiese chocado contra un muro. Apenas la había visto venir, el Centurión se abalanzó sobre el jinete desenfundando la espada para lanzar la escotada final. No había logrado alzar el brazo cuando el soldado regordete se abalanzó sobre él derribándole de un empujón. Quinto Fabio tropezó cayendo a unos metros, estaba confundido, no entendía que pasaba, el legionario se acercó al jinete herido, llevaba la lanza clavada en el pecho y no se movía. Quinto Fabio se puso de pie, dio dos pasos hacia el jinete, el soldado desesperado intentaba quitarle la lanza. La jabalina había penetrado por el pliegue de la armadura, clavándose en el pecho, sangraba en cantidad. Quinto Fabio se acercó más, la expresión se le transformó, dejó caer la espada y corrió hacia el jinete herido. Ovidus permanecía en el suelo con la lanza clavada en el pecho.

—¡Qué he hecho! —gritó Quinto Fabio, se quitó el casco y se acercó—. ¡Lo siento! —atinó a decir.

Ovidus lo miraba con una sonrisa desencajada.

—Tenías que ser tú —balbuceó—, los dioses nos juegan extrañas pasadas.

Quinto Fabio desesperado intentaba parar la hemorragia, su mundo de desmoronaba, junto a él su hermano en tantas batallas se debatía entre la vida y la muerte por su culpa.

## *Ciudad de Brigoles*

## *Capítulo XXX*

### La purga de Crixo

Se desató el vestido y lo dejó caer deslizándose por su cintura, la joven esclava dejó al descubierto su cuerpo desnudo lleno de lunares y pecas; unos pechos pequeños pero firmes de largos pezones oscuros. Crixo la analizó con cautela, era realmente hermosa, alzó la mano y le hizo una señal para que se girara, la joven, avergonzada, se giró lentamente, dejando al descubierto una cintura fina que terminaban caderas anchas y voluptuosas, algo que, al nuevo líder, le agradaba. La miraba con deseo, le sonrió y la invitó a que se sentara en el lecho junto a él, Beilén dudó un instante, no estaba acostumbrada a yacer con cualquiera, aún así, no se podía negar, dio dos pasos y se acercó al guerrero, que desnudo permanecía sentado en el borde de la cama. Crixo volvió a sonreír, la cogió de la cintura, la giró, y comenzó a besarle la cicatriz que como un río se desplegaba por la cadera hasta al cuello, siguiendo la línea de la columna. Crixo se detuvo un instante, la acarició con los dedos y se frenó en su cabello dorado como el oro.

—¿Te duele? —le preguntó, la joven negó con la cabeza, ya había pasado mucho tiempo de ese accidente a caballo, aún así, le incomodaba hablar de eso. La esclava permanecía de espaldas, con las caderas a la altura de su boca, Crixo respiró profundo, hundió su boca entre sus muslos y la besó; la sensación cogió desprevenida a Bailén, un escalofrío recorrió su cuerpo erizándole la piel, cerró los ojos e intentó relajarse, todo eso era nuevo para ella, acostumbrada a la brutalidad, tantas caricias le eran desconocidas. Él, la sujetó de la cintura y la invitó a que se acostara, la joven no se resistió, se recostó lentamente y abrió las piernas invitándolo a venir, Crixo asintió satisfecho, se reclinó pesadamente sobre ella que permanecía húmeda y excitada.

No la había podido besar, cuando la puerta se abrió de un portazo, el general empujó a la joven de la cama, haciéndola rodar hasta caer por uno de los lados, como rayo cogió la espada de entre la ropa y se abalanzó hacia la puerta.

—¡Señor! —dijo un soldado asomándose por la entrada, Crixo se detuvo de inmediato, llevaba la espada en la mano y el corazón que sentía salir del pecho.

—¿Pero eres idiota? —le reprochó el general, he estado a punto de ensartarte como a un conejo, cómo osas entrar de esa manera a mi tienda. El soldado, un joven alto con el rostro colorado lleno de granos, dio un paso hacia atrás y bajó la cabeza; Crixo cerró el puño y tuvo que hacer acopio de toda su paciencia para no darle un puñetazo, era el hijo de un caudillo de una tribu local y ahora no estaba en situación de enemistarse con nadie más.

—¡Lo siento! —dijo el soldado, pero lo que vengo a informarles es importante y me pareció bien avisarle a la brevedad. Crixo afirmó con la cabeza, aún estaba agitado, a pesar de la buena voluntad del soldado, todavía no podía quitarse la idea de darle un buen golpe.

—¿Y bien? —preguntó Crixo intentando relajar la respiración.

—¡Señor! —comenzó diciendo—, los centinelas que patrullan el río han llegado hace un instante, informan que un contingente numeroso de guerreros se dirige hacia aquí, han acampado a unas millas y han enviado una embajada a parlamentar, en breve estarán aquí.

—¿Han podido averiguar quiénes son y que quieren? —preguntó Crixo, mientras se frotaba el mentón. El joven guerrero arqueó los hombros en señal de desconocimiento—. ¡Reúne a mis hombres ahora mismo, algo no va bien! —El joven afirmó con dos rápidos cabezazos y se marchó por donde había venido. Crixo se sentó nuevamente en el borde de la cama, necesitaba pensar, se giró y encontró a Bailén sentada en una esquina tapada con una manta, todavía no se había

repuesto del susto, Crixo la miró con indiferencia, le hizo un gesto para que le acercara la ropa, la joven obedeció de inmediato—. ¡Ahora vete, ya nos volveremos a ver pronto! —dijo el general, la joven suspiró aliviada y se marchó con pasos rápidos y cortos. Se acercó y tiró un par de troncos en la hoguera, no era una tarde fría, pero necesitaban más luz, encendió una pequeña rama y comenzó a prender las lámparas de aceite de la estancia, el viejo sirviente miró alrededor, estaban reunidos todos los guerreros más poderosos y fieles al nuevo rey, la reunión se había convocado hacía poco y todos sus hombres estaban presentes. Crixo entró minutos después con el semblante serio, todos se pusieron de pie de inmediato, el general ni los miró y se dejó caer sobre la silla—. ¿Qué sabemos? —preguntó sin dar demasiado rodeo. El silencio se hizo en la sala, algo que a Crixo no le gustó, alzó la cabeza y comenzó a mirar uno a uno a sus oficiales. Tras unos segundos de incómodo silencio, un general mayor, emparentado por parte de madre, alzó la vista y comentó.

—Son Helvecios, más de quinientos soldados acampan al otro lado del río; Crixo lo miraba sin decir nada, no eran buenas noticias, Orgetorix era un enemigo declarado y primo directo del rey asesinado, nada bueno podía surgir de esa inesperada visita.

—¿Algo más? —cuestionó Crixo, le intrigaba saber qué hacía con un ejército a las afueras de su aldea. Nadie dijo nada. El general mayor carraspeó y continuó—: Ha enviado una embajada, pide reunirse contigo en un lugar neutral y con una simple escolta.

Crixo continuaba mirando al guerrero, pero este calló, ya no había más que informar, ahora tenía que tomar una decisión. Uno de los oficiales jóvenes, se puso de pie y golpeó la mesa.

—Puede ser una emboscada —dijo secamente—, no nos podemos fiar de ese malnacido.

Crixo sabía que tenía razón, era una forma muy fácil de eliminarlo y ninguna de las tribus tomarían represalias, al final él había hecho lo mismo; sin Breogán y Alana para muchos el trono seguía estando vacante y el rey de los Helvecios tenía más derecho de linaje que él. Crixo suspiró hondo, tampoco podía negarse, lo considerarían un cobarde y si quería hacerse con el definitivo control, tenía que demostrar valor. Crixo se puso de pie apoyando los puños en la mesa, miró uno a uno a sus hombres y hablando con voz sosegada ordenó:

—Envía una embajada, confirma que nos reuniremos mañana con una escolta en su propio campamento —Era la manera de demostrar que no le temía, todos los presentes se miraron incrédulos—. ¡Tú! —continuó señalando al oficial joven que había intervenido con ímpetu—. Reúne trescientos jinetes, quiero que estés en las puertas de Helvecia mañana a esta hora, si este malnacido osa tocarme le daremos donde más le duele, mataremos a su familia y a cualquiera que este emparentado con él, ha cometido un gran error trayendo sus soldados aquí, ha dejado su casa desprotegida. Vosotros —agregó—, doblad las guardias, reunid a todos los hombres en edad de combatir, quiero patrullas en ambos lados del río, cualquier movimiento extraño me informáis de inmediato. Todos convinieron, se pusieron de pie, saludaron al rey y se marcharon de inmediato.

El sol estaba en su cúspide, Crixo se detuvo un instante, alzó la vista en busca de algún augurio, pero nada, no era una buena señal, pero tampoco mala, hubiese pagado cualquier precio por no estar enemistado con el viejo druida, quizás para que lo pudiera aconsejar o mejor, pedir la bendición a los dioses con alguna plegaria, el general cerró los ojos, ahora las cosas eran así, el viejo había tomado partido por Alana y no lo pasaría por alto; o estaban con él o estaban muertos. Se giró en busca de sus hombres que le seguían de cerca, veinte jinetes bien armados, hombres valientes e incondicionales, elegidos por él personalmente, poco podían hacer contra tantos hombres, aún así, venderían cara su piel y morirían con valor. Acarició el caballo y reanudó la marcha ya un poco más decidido. Las flores silvestres le escoltaban a cada lado del camino, puntos lilas, rojos y amarillos dibujados por el camino, era una imagen preciosa, si no fuera

porque del otro lado de la colina, un ejército enemigo amenazaba su seguridad y la de sus hombres.

Orgetorix había reunido a sus hombres a las afuera de su tienda, había ordenado que montaran varias mesas y que prepararan una comida copiosa, sólo había puesto límite al vino, no quería que sus hombres bebieran demasiado, tenían que estar alerta en todo momento y el vino en exceso podría caldear los ánimos más rápido de lo debido. Uno de sus capitanes fue el primero en llegar, se acercó y le estrechó la mano, Orgetorix lo miró durante uno segundos.

—¿Y bien preguntó?

El soldado se apresuró en responder, sabía la poca paciencia del rey.

—Las patrullas acaban de regresar, nos informan que Crixo está cruzando el río, en poco se presentará y sólo cuenta con un puñado de hombres —dijo y el rey se mostró satisfecho—, además, —continuó diciendo el capitán—, he desplegado soldados en todos los accesos y no hay noticias de que haya movilizado su ejército. Sólo sabemos que ha reforzado las guardias y al igual que nosotros tiene patrullas por todo el valle.

—Muy bien —dijo Orgetorix. Se sentó en la mesa y se sirvió una copa de vino rebajado con agua, la bebió de un sólo sorbo e hizo un gesto para que le sirvieran más. El soldado permanecía de pie a la espera de nuevas órdenes, con un rey tan cambiante a veces no sabía cómo actuar.

—Es muy inteligente o muy estúpido —dijo el rey—, algo está tramando, nadie es tan confiado —razonó sujetando del brazo al guerrero con fuerza—. Envía unos jinetes a Brigoles, quiero saber dónde está su caballería en cada momento, cualquier mínimo movimiento quiero estar informado a la brevedad —El soldado asintió aliviado y se marchó de inmediato.

Crixo se detuvo en las afuera del campamento, para su sorpresa nadie lo vino a recibir, permaneció unos minutos vislumbrando el campamento, un reguero de tiendas mal distribuidas desde el valle hasta la ribera del río, sólo una tienda más grande y ornamentada se distinguía del resto. «Debe ser allí», pensó. El general hizo una señal a uno de sus hombres para que se aproximara, una vez estuvo cerca señaló un punto en una pequeña desembocadura del río.

—¿Qué piensas? —preguntó Crixo, el capitán permaneció unos instantes en silencio, agudizó la vista, miró al general y comentó:

—Pocos caballos para tantas tiendas —Crixo asintió, eso mismo había notado él.

—Algo está tramando ese desgraciado —dijo, tras un instante de silencio continuó—, hay dos opciones o su ejército no es tan grande como nos quiere hacer creer con tantas tiendas, o gran parte de su caballería se ha marchado. Sea cual sea la opción, en breve lo averiguaremos.

El capitán convino algo preocupado.

—Si me permite, señor, enviaré a uno de mis hombres a verificar cualquier movimiento extraño.

—Muy bien —respondió Crixo sin mirarlo—, cualquier preocupación es poca.

Orgetorix había sido informado de la llegada de Crixo, había dado la orden de que nadie fuera a recibirlo, quería que se presentara ante él como un súbdito, no como un igual. Crixo se presentó poco después, el rey de los Helvecios lo esperaba sentado en la mesa con alguno de sus hombres, alzó un poco la vista del plato que estaba engullendo, y dijo:

—Disculpa que no te esperáramos para comer, pero el estómago me crujía.

Crixo asintió serio, era el segundo desplante de Orgetorix y recién había llegado, el Helvecio le hizo a una señal a uno de sus hombres para que le sujetaran el caballo, Crixo desmontó y se acercó un par de pasos a la mesa.

—¡Ya, aquí estoy! —dijo sin dejar de mirarlo a los ojos—. ¿Qué es tan importante para presentarte con tus guerreros a las puertas de mi ciudad?

Orgetorix sonrió, Crixo había acentuado que la ciudad era suya, hizo un gesto con la mano y lo invitó a que se sentara; Crixo miró alrededor sólo había una silla y ellos eran más.

—Tu hombre se puede sentar allí —dijo el Helvecio señalando una mesa desierta lejana bajo los rayos del sol. Crixo lo miró con desprecio, volvió a mirar la mesa desierta y comentó:

—Son mis hombres y se sientan conmigo.

Orgetorix volvió a sonreír, estaba intentando sacarlo de sus cabales y por el momento lo estaba consiguiendo.

—Muy bien —dijo el rey—, traed sillas para todos.

De inmediato un grupo de esclavos se apresuraron a obedecer.

—Servidle vino y algo de comer, han hecho un largo trecho para presentarse ante mí.

Los Helvecios sonrieron grotescamente; a Crixo no le gustó nada ese comentario, aún así no dijo nada. Una hermosa esclava latina se acercó al nuevo rey de Brigoles, este la miró con curiosidad, le acercó una copa y le sirvió vino en abundancia, poco después un sirviente algo mayor le dejó un plato con jabalí en salsa de nuez y miel. Crixo no miró el plato, sólo se acercó la copa a la boca y bebió un par de sorbos rápidos.

—¿Y bien? —preguntó Crixo, esperando una respuesta, Orgetorix dejó el trozo de carne que tenía en la mano, se limpió la boca con el antebrazo y comentó:

—Disfrutemos de la comida, ya habrá tiempo para hablar —dijo y

volvió a hundir la cabeza en el plato devorando como un cerdo, algo que a Crixo no le pareció agradable.

—Yo no he venido hasta aquí a comer y no me gusta que se presenten con un ejército en mis tierras sin invitación —gritó Crixo haciendo a un lado el plato con un empujón.

Orgetorix alzó la vista poco a poco mirándole fríamente, como un leopardo a punto de saltar sobre su presa, nadie se atrevía a hablarle así, menos delante de sus hombres y sobrevivir para contarle.

—Está bien —dijo el Helvecio—, vamos a hablar. Apuró el vino de un sorbo, se tomó unos segundos que concluyeron con un gran eructo. Crixo seguía mirándolo fijo como una estatua griega, el Helvecio metió la mano entre su ropa, sacó un rollo de pergamino y se lo arrojó a Crixo. Todos los presentes permanecían en silencio mirando al rey de Brigoles, nadie comía, la tensión era evidente, Crixo desató el rollo y lo desplegó sobre la mesa, permaneció un instante mirándolo fijo, sin hablar, tras unos instantes de silencio hizo una señal a uno de sus hombres para que se acercara y se lo leyera, él no sabía. Orgetorix lanzó una carcajada burlona, cualquier motivo era bueno para demostrar su superioridad y si era posible humillarlo delante de todos. El guerrero terminó de leer, se acercó al oído y le susurró unas palabras, a Crixo se le desfiguró el rostro. Se puso de pie y le lanzó el pergamino al rey de los Helvecios en la cara.

—¿Qué es esto? —gritó.

Los hombres de Orgetorix se pusieron de pie amagando a desenfundar, igual que los de Crixo, pero el rey los calmó con un gesto. La alegría del triunfo era evidente en el rostro del rey Helvecio, a cambio de su apoyo en la revuelta contra Roma, había logrado convencer a los reyes tribales de unificar fuerzas bajo unos pocos mandos, lo que significaba, que tribus enteras tendrían que ceder sus tropas y que estas lucharían bajo las órdenes de un líder distinto, algo muy peligroso si estabas enemistado con éste e intentase robarte el poder. Crixo aún negaba con el cabeza incrédulo, la misiva era clara, la caballería de Brigoles en su totalidad lucharía bajo el mando de Orgetorix, algo inaceptable, pero a lo que no se podía negar.

—¡No te entregaré mi caballería bajo ningún concepto! —gritó Crixo golpeando la mesa—, es muy superior en número y experiencia a la tuya, no dejaré desprotegida mi ciudad.

—No puedes negarte, has dado tu palabra y Vercingétorix como líder —respondió Orgetorix —, si no aceptas por las buenas, se hará por las malas y en pocos días tendrás toda la coalición de tribus aquí para hacerte cambiar de idea.

A Crixo ahora le quedó claro porque se había presentado con todo su ejército, si no aceptaba, tenía la orden de usar la fuerza, y con sus tropas desperdigadas, se haría fácilmente con el mando y la ciudad sería definitivamente suya, no tenía más remedio que aceptar el chantaje.

Crixo se puso de pie, sacó un puñal de entre la ropa y lo apuntó al rey Helvecio, lo miró a los ojos y con toda calma dijo:

—Este puñal perteneció a tu primo, antiguo rey de Brigoles, y te juro que, si intentas jugármela, te despellejaré con mis propias manos.

Orgetorix permanecía recostado en la silla con mirada desafiante y sonrisa burlona, todos los soldados de uno y otro bando se habían puesto de pie y acariciaban las empuñaduras.

—Tú guiarás las tropas en la batalla —continuó diciendo—, pero mientras tanto yo daré las ordenes, ¿lo has entendido? —gritó Crixo. El Helvecio asintió, había logrado lo que quería, sabía que Crixo estaba al límite y no quería forzar más la situación.

—Estas tierras pertenecían a mi primo y por ende a mi familia, tú se las arrebataste y te has hecho con el control, algo que no permitiré, mientras Alana y Breogán estén con vida, les pertenece y he venido hasta aquí para recordártelo.

—Una cosa más —dijo Crixo— Yo no entrego algo sin llevarme nada a cambio, recuérdalo —añadió, se dio media vuelta montó al caballo y se marchó. No había salido del campamento enemigo cuando hizo un gesto al capitán para que se acercara para no ser oído.

—¿Sabes lo que hay que hacer? —le preguntó a su segundo, este asintió, Crixo lo cogió de la chaqueta y le susurró—. Quiero su mujer y sus hijos mañana mismo en mi poder, no le entregaré mi caballería sin quedarme con algo a cambio. El capitán afirmó, apuró el caballo y se marchó a cumplir su misión.



## *Campamento romano*

## Capítulo XXXI

### El perdón de un César

Doce guardias se presentaron esa misma mañana antes del alba, de un portazo se abalanzaron sobre Quinto Fabio sin darle la menor posibilidad de reaccionar, en pocos segundos había sido inmovilizado y puesto de rodillas de mala manera. Al Centurión le sangraba la nariz, giró la cabeza y se limpió la sangre con el hombro, de manera desafiante, dejando una gran marca roja en la túnica. El Centurión alzó la vista y miró a los ojos al Optio que estaba al mando, un viejo canoso de gran nariz aguileña que había servido casi toda su vida en la legión y que a pesar de que estaba al servicio de Titus, Quinto Fabio lo conocía muy bien.

Aliarse con Titus le había supuesto un ascenso rápido, algo que se le había negado siempre por su mala conducta y su problema con el alcohol, a pesar de todo, era un soldado rudo, apreciado por sus camaradas.

—¡Tratadlo como a un soldado de su rango, idiotas! —gritó el Optio, propinándole un bofetón en la cabeza a unos de sus hombres que se reía del prisionero. Sujetó a Quinto Fabio del brazo y lo ayudó a sentarse en el camastro. Durante un instante sólo se miraron, el viejo canoso apoyó su mano en el hombro del Centurión, pero no dijo nada, no había necesidad ambos eran hombres de acción y se tenían mucho respeto. Quinto Fabio asintió con la cabeza y el Optio lo ayudó a ponerse de pie para acompañarlo fuera del calabozo, los demás legionarios caminaban detrás en silencio, como en un cortejo fúnebre por la muerte de un camarada.

Rómulo caminaba con pasos rápidos por el campamento, había salido personalmente a controlar que todo estuviera en calma, el castigo a Quinto Fabio era una jugada arriesgada, era consciente de la fidelidad de los hombres a su Centurión; esa misma mañana había solicitado que le doblaran su escolta, no se sentía nada cómodo. Los murmullos y las miradas de malestar se propagaban por todo el campamento, un aire enrarecido como nunca había visto, un presagio de la calma ante una gran tormenta que estaba a punto de desatarse. Por un instante dudó si había sido una buena idea, pero ahora era tarde, tenía que imponer un castigo y ser duro con quien osaba desafiar la cadena de mando y ponerse en su contra.

La muchedumbre se arremolinaba nerviosa en los alrededores de la tienda de los oficiales, no tanto para presenciar el castigo a su

Centurión sino para demostrarle su apoyo. Titus había dispuesto una centuria de vigiles, casi cien hombres para controlar los soldados y aplacar cualquier intento de desorden.

Quinto Fabio apareció escoltado con las manos atadas a su espalda, caminaba serio con la cabeza alta, desafiante; a cada lado del camino cientos de legionarios lo miraban orgulloso, se ponían firmes y golpeaban su pecho cuando pasaba a su lado.

Quinto Fabio levantó la mirada para contemplar el cielo, la imagen de Alana le vino a la cabeza, sintió que se le revolvían las tripas, estar alejado de ella era peor castigo de lo que le pudiera deparar el *Flagran*, hubiese aceptado cien latigazos con la simple promesa de volver a abrazarla.

Titus lo esperaba rodeado de sus hombres, había dado la orden que estuvieran atentos y que no se alejaran demasiado, a pesar de que la pena había sido impuesta por Rómulo por su rango superior, él había sido el ideólogo y todos lo sabían. Había dispuesto un círculo alrededor del mástil donde iba a ser castigado y sus hombres se encargaban de que nadie sobrepasara el perímetro.

Titus se acercó a unos pasos del Centurión, ambos se miraron con desprecio, pero ninguno

dijo nada, miró a la multitud una vez más, era hora de dictar sentencia, algo que todos conocían, pero así era el protocolo en la legión, sacó un rollo de entre la ropa y comenzó a leer.

—Quinto Fabio, Centurión de la segunda cohorte de la décima legión —gritó Titus para hacerse oír lo más alto y claro posible—, por la acusación de rebelión, desorden y complicidad con convictos, se te condena a la reducción de rango de Centurión a legionario raso y el castigo de treinta latigazos por flagrum que se harán efectivos en esta misma mañana.

Los legionarios presentes comenzaron a abuchear al ser dictada la pena, las masas comenzaron a presionar agitadas, los guardias tuvieron que utilizar todos sus recursos para que no sobrepasaran el perímetro. Titus miraba alrededor nervioso, quizás una cohorte no sería suficiente para aplacar a tantos legionarios, algo que tenía que haber tenido en cuenta, aún así, instó a sus hombres a no sobrepasarse al imponer orden, el menor descuido podría desatar una masacre entre compañeros de armas.

Ovidus apareció entre la muchedumbre poco después de la llegada del Centurión, se fue abriendo paso a empujones, al reconocerlo los soldados se hacían a un lado hasta que logró llegar a la primera fila. Se cubrió la cabeza con la capucha, detrás le seguían treinta hombres de la misma unidad, todos soldados incondicionales que servían bajo las órdenes del Centurión, ninguno llevaba el uniforme ni ninguna insignia para no ser identificados.

La impotencia le carcomía las entrañas, Ovidus escuchó la sentencia con relativa calma, hizo una señal a sus hombres para que se desperdigaran en grupos de tres y estuvieran alerta a su señal. Durante un instante permaneció mirando fijo al Centurión, se sentía orgulloso, era como una estatua de marte, parecía más fuerte e imponente que nunca. Ovidus comenzó a impacientarse, tragó saliva y silbó una melodía que sólo él y Quinto Fabio conocían. La misma que hacían servir desde siempre para salvaguardar las guardias cuando alguno quedaba rezagado al regresar de la taberna; de inmediato el Centurión reconoció el silbido y alzó la vista, encontró a Ovidus escondido bajo la capucha. No había tiempo que perder, el Optio señaló los hombres desperdigados entre la multitud, Quinto Fabio miró alrededor rápidamente, reconoció a cada uno de sus soldados, todos dispuestos a la acción. Ovidus separó la capa y dejó al descubierto el filo de la gladius, Quinto Fabio volvió a mirar a sus hombres. Kaeso no estaba, eso no era buena señal, si no había vuelto, significaba que Alana aún estaba en peligro. Se centró de nuevo en Ovidus que lo miraba en busca de su aprobación, conocía al Optio, daría la vida por él, preferiría morir antes que verlo humillado frente a todos. Quinto Fabio se tomó un instante, miró al Optio con ojos tristes, hubiese dado cualquiera

cosa por gritarle que saliera en busca de Alana, pero no podía; Ovidus volvió a repetirle el gesto, pero Quinto Fabio negó con la cabeza, la desesperación era evidente en el rostro de su camarada, aún así, insistió una tercera vez, pero el Centurión volvió a negar una vez más, no arriesgaría la vida de sus hombres ni la unidad de la legión por su integridad. Quinto Fabio veía como los ojos de su amigo brillaban de impotencia, hasta le pareció ver caer alguna lágrima, lo miró por última vez, susurró el nombre de Alana y se giró dándole la espalda.

El Optio hizo una señal para que sus hombres se replegaran, miró como Quinto Fabio era despojado de su ropa y maniatado al poste a empujones. Sentía el corazón partirse en dos, pero entendió por primera vez lo que realmente deseaba su amigo, él no lo iba a presenciar su castigo, tenía que encontrar a Alana y traerla nuevamente con él.

Fue abriendo paso entre el gentío con pasos seguros, nadie parecía reconocerlo, sólo cuando prácticamente chocaban con él se ponían firmes y lo saludaban como correspondía a un general de su rango. Algo extraño sucedía ese día, algo fuera de lo habitual, Julio César caminaba junto a Tito Labieno y seis soldados, una escolta ridícula para alguien de su estatus, quizás por eso no

llamaba demasiado la atención y pasaba desapercibido.

—Quiero ver qué sucede —dijo Julio César señalando una multitud que se arremolinaban cerca de las tiendas de los oficiales, sus hombres se esmeraban en abrirle camino a empujones o amenazando con la espada.

—Rodearemos la muchedumbre —dijo Tito Labieno—, por aquí es imposible —dijo con un poco de frustración en su voz, César asintió.

—Intentad pasar lo más desapercibido posible, quiero saber qué demonios sucede.

Caminaron durante un rato rodeando las barracas, pasaron por las cuadrigas y desembocaron a un pasillo que daba a la parte trasera de la tienda de los oficiales, al reconocerlo los guardias que había dispuesto Titus, se hicieron a un lado de inmediato, dejando pasar al Cónsul y su pequeña escolta.

—Por fin alguien que sabe quién soy —dijo Julio César con una sonrisa, provocándole la carcajada a su camarada. Desde allí podían ver todo con más claridad, le llamó la atención la cantidad de soldados dispuestos para controlar la masa.

—¿Sabes algo de esto? —preguntó a Tito Labieno, este negó rotundo, llevaba días afuera y estaba desinformado—. ¿Y tú? —le preguntó a uno de los escoltas, un joven soldado recién llegado de Hispania, este dudó un instante para asentir lentamente—. ¿Y bien? —preguntó el Cónsul algo impaciente.

—Sólo sé lo que nos han comentado unos camaradas esta mañana —dijo el legionario— se rumorea que un Centurión muy valorado entre sus hombres va a recibir un castigo que dicen no merecer, los soldados no están muy contentos, algunos llegaron hablar de un posible levantamiento. César permaneció unos segundos mirándolo, eran pésimas noticias, algo devastador para sus planes—. Esto es todo lo que sé, nosotros no pertenecemos a esta unidad —dijo el soldado para justificarse.

Una intensa bruma se alzó en el aire, el sol que hasta hacía poco brillaba vanidoso, comenzaba a esconderse detrás de nubes grises, el Cónsul alzó la vista algo preocupado, aquella mañana dos aves rapaces habían entrado en su tienda y una había muerto al golpearse con una columna, sin duda un mal presagio. Los gritos de la multitud lo hicieron volver en sí, agudizó la vista tapando con la mano los intermitentes rayos del sol. Quinto Fabio caminaba con paso firme y andar orgulloso rumbo a su castigo, al pasar frente a sus hombres, estos le rendían respeto poniéndose firme y golpeándose el pecho, al Cónsul le pareció una imagen emocionante.

—¿Quién demonios es ese hombre? —preguntó el general, pero Tito Labieno que no lo había reconocido, no supo que contestar. Cada vez llegaban más y más soldados, esto parecía no tener un buen final. El Centurión fue arrastrado hacia una tarima donde le leyeron los cargos, la multitud estaba exaltada apenas se podía oír algo. Sin el sol de cara, el Pretor pudo finalmente reconocer al Centurión.

—¡Es Quinto... Quinto... Fabio! —exclamó Tito Labieno con una sonrisa, el general se lo quedó mirando como si tuviera que conocerlo. Un intenso rayo se abrió paso entre las nubes, iluminando la multitud, grupos de soldados se dispersaban organizados entre los legionarios, apostándose en puntos claves, algo que el general identificó de inmediato.

—Esto no pinta bien —dijo—, si no intervenimos va correr mucha sangre.

El verdugo se acercó a la tarima algo nervioso, había optado por cubrirse el rostro para evitar represalias, algo no muy inteligente, ya que todos sabían quién era y cuál era su unidad. Titus se acercó y le susurró unas palabras, quería poner fin al castigo de inmediato, había logrado degradar el Centurión y con eso ya se lo quitaba del medio, lo demás era un extra. Titus dio la señal y dos guardias sujetaron al Centurión al poste con los brazos en alto dejando la espalda

desnuda, era hora de comenzar.

Los primeros dos latigazos marcaron la piel de Quinto Fabio, haciéndolo retorcer de dolor, este arqueó la espalda, pero no gritó. Unas líneas rojas en vertical aparecieron donde afloraban los primeros hilos de sangre. El enmascarado no se ensañaba demasiado, no era algo que estuviera disfrutando, sabía que los hombres de Quinto Fabio antes o después tomarían represalias, y él era el eslabón más débil. Miró dubitativo a Titus, este le hizo un gesto para que continuara, alzó la mano y lanzó una nueva sacudida, esta vez Quinto Fabio abrió los ojos por el dolor, la piel comenzaba a abrirse, los músculos se le tensaban formando bultos en su espalda, no gritó, sólo un murmullo de sufrimiento salía de la boca. Los legionarios presentes, estaban cada vez más exaltados, con cada latigazo subía la tensión, ya se había producido algún altercado y los guardias estaban siendo superados en ciertas zonas.

El Cónsul miraba la situación preocupado, los hombres organizados se retiraban al recibir el Centurión los primeros golpes, la multitud cada vez presionaba más contra los guardias haciendo la situación insostenible. Era hora de poner fin a esto. Con un empujón apartó al guardia de Titus, sin esperar a sus hombres se encaminó decidido hacia la tarima, seguido de cerca por el Pretor.

—¡Detente! —gritó César, el verdugo al reconocer al Cónsul suspiró aliviado, dio dos pasos hacia atrás y dejó caer el látigo. Por primera vez en su vida un grito de un superior le dio tanto placer—. Creo que ya ha sido suficiente —continuó el Cónsul—, ¿quién es el responsable de este castigo? —gritó.

Como acto reflejo la presión e insultos de los legionarios fueron decreciendo, los gritos se fueron calmando, todos querían oír que decía su general. Quinto Fabio, apenas podía levantar la cabeza, no había desfallecido, pero casi, había recibido numerosos latigazos, tantos, que el dolor de la piel desgarrada era insoportable, aún así, no les había dado el placer de oírlo gritar, los ríos de sangre caían por su espalda hasta teñirle ambas piernas, pintando de rojo la tarima a sus pies —. ¿Quién es el responsable de esto? —repitió Julio César.

Rómulo, que hasta el momento se había mantenido al margen, dio dos pasos hacia adelante y se presentó ante su general con la cabeza agachada. Los gritos y los insultos que hasta el momento habían predominado esa mañana se habían transformado en un silencio espectral, todos querían escuchar lo que tenía que decir su general.

—¡Señor! —dijo Rómulo sin atreverse a mirarlo a la cara, Julio César estaba fuera de sí, había llegado hacía pocos días y ya tenía que lidiar con un motín, durante unos interminables segundos permaneció mirándolo fijo a los ojos, le hubiese gustado darle un puñetazo, pero no quería agravar la situación, respiró profundo un par de veces, se acercó un par de pasos y gritándole le ordenó que se marchara y que se llevara consigo a sus hombres. Rómulo asintió con cara de circunstancias, estaba siendo humillado por el Cónsul delante de toda la legión, algo que no iba a tener un buen final. El Primus Pilus aceptó lentamente, le dio la orden a Titus y sus hombres se marcharon de inmediato.

La multitud comenzó a ovacionar a su general, los gritos de júbilos se oían por todo el campamento.

—¡César!, ¡César! —gritaban los legionarios, todo había dado un cambio esa mañana, algo que el general había sabido controlar y se había volcado a su favor.

—¡Que alguien desate a este hombre y lo lleve a la enfermería! —gritó Tito Labieno, de inmediato decenas de hombres se empujaban para acceder a la tarima y ser los primeros en ayudar a su Centurión. Desataron a Quinto Fabio, que apenas podía mantenerse de pie, lo sujetaron con delicadeza y lo trasladaron a

la enfermería, bajo los gritos de alegría de los camaradas y los vítores hacia su general.

El general permaneció mirando al Centurión, había actuado por instinto y todo había salido bien; mientras hablaba aquella mañana había tenido una sensación extraña, como si su destino estuviera unido al de aquel hombre que se llevaban desfallecido, sin saber porque sabía que no sería la última vez que sus vidas se cruzarían.

## *Campamento romano*

## Capítulo XXXII

### La maquinaria romana

Aquella mañana se había levantado con mucho malestar, la noche anterior había tenido una de sus crisis y no había pegado ojo en toda la noche, Marcus lo había tenido que sujetar durante un buen rato y utilizar un leño para que no se tragara la lengua; igualmente se había levantado antes del alba como era habitual en él. Cayo Julio César se frotó los ojos fatigado, cada vez le costaba más descansar, no sólo por el ataque, sino por la ansiedad de la aventura que estaba por emprender, se sentó lentamente y acercó una lámpara a la mesa, desplegó un gran mapa del sur de la Galia, se tomó un instante para repasarlo, agudizó la vista, últimamente no veía muy bien. «Será el cansancio», se justificó. Sujetó el rollo con una copa para que no se cerrara y se centró en el cruce de los Alpes. Repasaba con los dedos cada paso, lo conocía de memoria, cada cima, cada ciudad, cada río, era como si tuviera miedo de que de un día al otro el mapa cambiara.

Marco se aproximó sigiloso como siempre, algo que César detestaba, le acercó el desayuno sin decir palabra, pan seco con ajo y miel remojado en vino, el general ni se inmutó, ahora mismo no le apetecía demasiado, continuaba sumergido en la carta. Acercó la lámpara un poco más y se centró en una pequeña ciudad tras limes llamada Brigoles, el primer obstáculo en su aventura. Julio Cesar la rodeó con los dedos, como si con ese gesto la pudiera asediar sin el menor esfuerzo, esbozó una sonrisa. «No será tan fácil», pensó.

Un aire suave cruzó la sala haciendo titilar la luz de la lámpara, las sombras se movieron como fantasmas erráticos. Marcus volvió a aparecer acercándole su uniforme, lo dejó sobre una silla y se marchó sigiloso como siempre, el general lo miró arrugando el entrecejo, algún día tendría que hablar con él. «Si hubiese sido su asesino a esta hora estaría en el hades», pensó.

El Cónsul dedicó un instante a repasar su uniforme, la lorica brillaba bajo la luz de la lámpara, acercó su rostro al metal, su cara se reflejaba como en el más bello espejo Corintio, si no fuese porque la tenía desde hacía años y había servido en numerosos destinos hubiese pensado que era nueva. Marcus se tomaba el trabajo muy en serio y el de cuidar su uniforme era una de sus tantas tareas. Buscó con la mirada al esclavo y le hizo un gesto para que se marchara, necesitaba un poco de intimidad, aquel sería un gran día, el comienzo de su sueño, esa misma mañana pasaría revista a las unidades llegadas de todas partes de la república y finalmente pondría en marcha su plan de conquistar la Galia. Un cosquilleo le rondó por el estómago, ya no había vuelta atrás, su futuro se definiría en pocas semanas, la gloria o la muerte, como mejor fracaso.

La puerta se abrió con un crujir sordo. El Cónsul alzó la vista lentamente, sus hombres de más confianza acababan de aparecer, Marco Antonio lucía uniforme militar, alto y apuesto, algo que a César siempre le había gustado, lo consideraba la reencarnación de Apolo, lo miró durante un instante, era fiel y buen militar, pero algo desordenado y de carácter difícil de controlar. Tito Labieno le seguía de cerca, quizás más austero, pero el porte del Legado imponía respeto y era sin duda uno de los mejores estrategas que había conocido.

—¡Señor! —dijeron al unísono. Julio César asintió, devolviéndoles el saludo.

—Ya está todo listo — continuó diciendo Marco Antonio—, las tropas se encuentran formadas en la explanada fuera de la fortificación, es hora de pasar revista y dirigirse a los soldados.

—Perfecto —dijo el Cónsul, miró al esclavo que aún no se había marchado y le ordenó que le ayudara a vestirse—, ahora, podéis marcharos. Los soldados, se golpearon el pecho y se fueron por donde habían venido.

Las estrellas esa noche no brillaban, la luna se escondía detrás de nubes espesas y grises como



murallas, la oscuridad era absoluta, Alana permanecía recostada cerca de la hoguera, se cubrió con la manta y acurrucó las piernas, no hacía mucho frío, la sensación de calor le hacía sentirse segura. No había tenido una noche agradable, había estado con náuseas y se había levantado varias veces a vomitar, su hermano la miraba con una sonrisa, se burlaba de lo que consideraba una indigestión. Alana no le dijo nada, no sabía cómo hacerlo, tenía miedo de su reacción, cómo decirle que esperaba un hijo de un romano después de lo que había sufrido todos estos meses, estaba convencida de que no lo aceptaría, como a todo galo que se apreciara. Una sensación de malestar le recorrió las tripas, desde hace años estaban en guerra y su pueblo había sufrido mucho, cualquier mujer que se relacionara con un extranjero la consideraban una traidora, algo inaceptable para su cultura y desterrarla sería su mejor castigo. Por el momento lo mejor era callar y esperar, cerró los ojos y comenzó a llorar en silencio, hubiese dado cualquier cosa por tener a Quinto Fabio junto a ella, poder abrazarlo y sentir su calor, el pensamiento del Centurión le dio un poco de paz; suspiró hondo, aquella noche se limitó a intentar descansar hasta que finalmente el agotamiento pudo más.

Breogán permanecía recostado cerca de ella, no juntos como antes, ya no era un niño que necesitaba su calor, ni se lo iba a pedir, aunque aquella noche un poco de calor de su hermano le hubiese hecho sentirse mejor.

El olor a venado asado todavía estaba presente en el aire, anoche se habían dado un buen festín, hacía mucho que Breogán no comía tan bien, muchas semanas encerrado a base de gachas y pan duro. Alana había derribado ese animal desde más de treinta metros con un flechazo certero, algo que su hermano había festejado como cuando era un niño, estaba orgulloso de ella, tenía una puntería insuperable, había mejorado mucho este último tiempo.

La fogata ardía alta y luminosa, la joven se había ocupado de alimentarla bien para que la luz se vislumbrara de lejos, dos pilas de leños se amontonaban a cada costado, Breogán había insistido en que se recostasen bajo un gran árbol, para permanecer escondidos de la luz que irradiaba.

—¡Breogán! —susurró Alana—, es hora de irnos.

El joven abrió los ojos expectantes, no había dormido tampoco, sólo la idea de caer nuevamente bajo el yugo romano, le aterraba, antes que eso la muerte. Alana susurró a su hermano, el plan estaba en marcha, era hora de huir. Protegido por la oscuridad, amontonó la maleza que había recolectado el día anterior y la escondió bajo la manta simulando su silueta, Alana tiró unas ramas verdes y el humo se propagó de inmediato, no sólo para cubrir su huida, también para que creyeran que aún estaban descansando. A hurtadillas cogieron los caballos y sin desarmar el campamento se adentraron en un bosque de altos pinares, cuando sus perseguidores se dieran cuenta ya estarían lejos de allí.

Alana acarició el hocico a Ixo y este se relajó, cargó las bolsas en su lomo y se colgó el arco en su espalda, a paso lento y con suma calma se adentraron entre los árboles, Breogán abría camino en silencio, tenían sólo unas horas para alejarse e intentar despistar a sus perseguidores antes que descubrieran que se habían marchado.

Julio Cesar salió de la tienda escoltado por sus oficiales, caminaba a pasos rápidos, muy cerca de allí le esperaban sus dos generales con las riendas de su caballo. Uno de sus custodios se acercó y lo ayudó a montar, sólo el general tenía el honor de montar el semental hispano, para el resto de los mortales, estaba prohibido. Se acomodó bien el uniforme e hizo una señal para que le siguieran. Habían tenido que alejarse bastante para encontrar un sitio donde formar tantas unidades. La explanada era un valle que llegaba hasta donde alcanzaba la vista, verdes prados pisoteados por más de sesenta mil legionarios y auxiliares, dispuestos y en formación desde hacía

horas. Durante varios días un gran número de soldados trabajaron arduamente en talar una infinidad de árboles, les habían ordenado que el espacio abierto fuera más grande para que las unidades pudieran ser desplegadas en orden y sin impedimentos. Las pilas de troncos se amontonaban a cada lado, formando inmensas barricadas que los generales habían ordenado preservar para posible fabricación de máquinas de asedio, todo estaba calculado en la legión, nada se hacía por que sí.

—Bonito espectáculo —dijo Tito Labieno con una sonrisa, Marco

Antonio se acercó con su caballo y le palmeó la espalda satisfecho, era sin duda el ejército más grande que la república había reunido nunca y todavía faltaban algunas legiones que llegaban con retraso y calculaban que se sumarían al grueso del ejército en unas semanas.

—No he visto tantos legionarios juntos en mi vida, si pudiéramos

las lanzas en fila llegaríamos hasta Roma —contestó Marco Antonio —, no habrá ejército que pueda impedirnos un avance rápido y demoledor —prosiguió.

Tito Labieno lo miró dubitativo, se rascó el mentón y comentó:

—Espero que sea así, porque según las noticias que llegaron esta mañana, no son muy alentadoras, dicen que el líder Galo ha unificado muchas tribus y nos superan ampliamente en número, las fuentes más fiables hablan de más de quinientos mil guerreros.

Marco Antonio frunció el ceño quitándole importancia, y con su característica arrogancia agregó:

—Como si son dos millones, los aplastaremos como hormigas —gritó para hacerse oír, lo que el general no sabía era que el número superaba ampliamente a la información recibida y no sería tan fácil como esperaba.

El leve viento de oeste empujaba las nubes refrescando el aire, el intermitente sol daba un respiro a los soldados acalorados bajo el peso de sus armaduras, el verano hacía tiempo que había llegado y el calor sofocaba desde temprano. Ovidus al igual que los demás Optios se limitaba a caminar entre sus hombres e imponer disciplina con la vara. Todo se estaba retrasando y los soldados comenzaban a estar cansados y hambrientos, aún así, la perfección era absoluta y los legionarios esperaban ansiosos por la llegada de su general.

Las diez legiones se desplegaban de norte a sur en la explanada, las habían dispuesto ordenadas por antigüedad, dando prioridad a las legiones más antiguas con más experiencia en combate, al final de todo, donde apenas alcanzaba la vista, las unidades más nuevas, de última creación, que el senado había ordenado fundar para esta aventura.

Julio César acarició la crin de Genitor con dulzura, el caballo agradeció el gesto cabeceando nervioso, invitando a su amo a que continuara, pero el general estaba centrado en otra cosa, le golpeó el lomo y este se puso en marcha de inmediato. Descendió de la colina y se encaminó hacia los soldados que esperaban formados, cada legión se separaba por pocos metros una de la otra, formando improvisadas calzadas de tierra. Genitor cabalgaba orgulloso entre las unidades, le seguían de cerca una gran comitiva de más de cincuenta altos mandos y escoltas, nadie se quería perder ese gran acontecimiento.

Las diez cohortes de cada legión estaban formadas una junto a la otra, cuatrocientos ochenta legionarios, divididos en seis centurias lideradas por cada Optio y Centurión. Julio César se detuvo frente a la décima legión, una unidad creada personalmente en su estadía en Hispania, sin duda la legión en la que más confiaba y que se había ganado ese derecho en el campo de batalla, hombres experimentados, muchos reclutados de otras unidades y que terminarían siendo cruciales en los acontecimientos venideros. Era un espectáculo asombroso ver tantos soldados formados en perfecta armonía.

Debido al encarcelamiento de Quinto Fabio, Ovidus lideraba la cohorte con su centuria, había examinado personalmente uno a uno sus soldados y por primera vez en mucho tiempo, no tenía nada de que quejarse. El Optio había realizado una tarea excepcional, cada soldado era una copia perfecta del anterior, los uniformes resplandecían y era difícil distinguirlos si no se le miraba atentamente a la cara. Así era el ejército romano, una máquina perfecta lista para el combate.

El viento del oeste comenzaba a soplar con más fuerza, levantaba una polvareda densa, tiñendo los uniformes de los soldados de gris. El Cónsul se frotó los ojos despacio, tosió levemente y reanudó la marcha, había recorrido cada unidad una a una deteniéndose frente a la caballería, no era un buen orador, el discurso que había preparado durante tanto tiempo le supo a poco, no necesitaba arengar sus tropas por lo menos no ahora, ya habría tiempo antes de la batalla. A pesar de vivir para la legión, en el rostro de cada soldado se reflejaba el ansia por lo desconocido, miles de almas dispuestas a combatir por Roma, sabía que darían hasta su última gota de sangre, lo que quizás más le preocupaba era si él estaría a la altura de su ambición, lo que había anhelado una vida, se encontraba formada junto a él.

## *Bosque de la Galia*

## *Capítulo XXXIII*

### Una mala decisión

El legionario se sentó sobre una roca afilada en la ribera de un pequeño arroyo, llevaba más de dos días cabalgando sin descanso, estaba realmente exhausto, le había dado su palabra al Centurión y haría todo lo posible para cumplirla. Kaeso abrió la alforja, la revisó con cuidado, pero estaba vacía, ya no le quedaba nada que comer, se quitó la armadura y la colgó del caballo. Le dolía mucho la espalda, en todos estos días apenas había dormido unas horas y muchas de las cuales, cabalgando, en dos jornadas apenas se había detenido para que el caballo descansara y pudiera pastar. Cogió agua de la montura y se refrescó la cabeza, los chorros caían por su espalda empapándole la ropa, la sensación de frescor le alivió el dolor.

Cogió la lanza y se acercó al arroyo, que a pesar de ser poco profundo, bajaba de la montaña con fuerza rebotando entre las rocas indomable. Se quitó las sandalias sumergiendo los pies en el agua gélida. La silueta alargada del sol se reflejaba como un sendero brillante en el arroyo. Kaeso permaneció inmóvil con la lanza apuntando a sus pies, había que comer y pescado fresco era la opción más viable. La rapidez con la que descendía el agua hacía que la tarea no fuera fácil, el legionario sonrió, le gustaban los retos; la primera estocada fallida pasó a pocos centímetros de su pie, el agua deformaba las sombras haciendo que las dimensiones cambiaran. «Con cuidado», se dijo, «o terminarás pescándote a ti mismo». La segunda y la tercera lanzada también fueron fallidas, el legionario negó con la cabeza, maldijo su mala suerte y lanzó la cuarta con más precisión, ensartando una trucha en la cabeza; no era un ejemplar grande pero lo suficiente para engañar el estómago. Kaeso estaba contento, pescar una pieza pequeña era más difícil que una grande, lanzó una gran carcajada, había sido un buen reto.

Alzó la vista mirando las montañas nevadas, no había señales de Alana ni de su hermano, estaba un poco preocupado, no estaba convencido que seguía el camino correcto. Sin ella no quería volver, haría todo lo posible para encontrarla. Kaeso llevaba varios días fuera del campamento. Sin la protección del Centurión a estas horas lo considerarían un desertor y la pena huir era la muerte; le debía la vida a Quinto Fabio, haría cualquier cosa por ayudarlo.

No había salido del agua, cuando el ruido de los cascos le llamó la atención; alguien se aproximaba, recogió sus pertenencias y desató el caballo con rapidez, intentando hacer el menor ruido posible, dio unos pasos y se escondió detrás de unas rocas rodeadas de un espeso matorral de altas ramas espinosas. El corazón le latía con frenesí, intentó calmarse, le acarició las patas al animal y este se recostó apoyando la cabeza entre sus piernas; no se podía mover, intentó estirar el cuello, pero desde allí no podía ver nada. El galope de los caballos se sentía cada vez más cerca, no se quería mover, intentar ponerse de pie podría provocar que el caballo se enderezara y delatara su posición, estaba atrapado; respiró preocupado; se relajó y agudizó el oído. El galope iba reduciendo de intensidad hasta transformarse en una cabalgada lenta, por la cantidad de golpes calculó que por lo menos eran cuatro jinetes; la situación se complicaba, se acercó a la montura cogió la espada y la clavó a su lado, lo mismo hizo con el puñal, tenía que estar preparado, si era descubierto tendría pocos segundos para defenderse. Las voces distorsionadas de los jinetes cada vez eran más claras y auguraba lo peor, eran guerreros galos. Kaeso negó frustrado. Los galos eran excelentes jinetes si era sorprendido no dudarían en cortarle el cuello antes de que pudiera ponerse de pie, su única opción era no ser visto y estar preparado para lo peor. Se secó el sudor con la única mano disponible, se recostó con cuidado para intentar ver algo, estiró el cuello por detrás de la roca, pero nada. El resplandor metálico junto a una roca le

llamó la atención se incorporó exaltado, estaba perdido, en la huida se había dejado su lanza con un pez ensartado junto al arroyo.

Rómulo entró en la tienda como una fiera, estaba totalmente fuera de sí, cogió una jarra y la estrelló contra el suelo, no podía creer lo que estaba sucediendo, se acercó a la mesa y la volcó con virulencia, la adrenalina corría por sus venas como en el fragor de la batalla; se apoyó contra la pared con la cabeza gacha, le dolía la pierna como hacía mucho, cogió una silla y se sentó con la pierna en alto. «¿Qué he hecho?», pensó, sin la medicina de Acacius, dormir se hacía imposible, apenas podía caminar más que unos pocos metros sin que las insufribles puntadas le doblaran los músculos y la reunión de esa mañana, amagaba con arruinarle la vida. Miró alrededor, la tienda estaba hecha un desastre, necesitaba conseguir un sirviente y medicina urgente o se volvería loco, sólo grandes dosis de alcohol le calmaban cada noche hasta caer desfallecido.

—¡Soldado! — gritó con desprecio, el guardia apostado en la puerta asomó la cabeza sin estar seguro que el grito era para él.

—¡Sí a ti, idiota! —le reprochó el Primus Pilus—, ve a la tienda de los oficiales y dile a Titus que venga ahora mismo.

El guardia viendo el mal humor de su superior, se marchó rápidamente en busca del Centurión.

Rómulo no daba crédito como habían cambiado las cosas en unos días, la reunión de esa mañana con Tito Labieno había sido un desastre, el Legado hablaba en nombre de César y prácticamente lo había humillado. El Primus Pilus recogió la copa del suelo y se sirvió un buen vaso de vino de la última jarra que continuaba entera, lo bebió de un buen sorbo y la llenó dos veces más, necesitaba calmar el dolor y tranquilizarse, sin la medicina del esclavo, beber era su única solución.

Titus apareció poco después serio como era costumbre, la mirada arrogante en su rostro, cada vez le molestaba más. El Centurión se inclinó, recogió una silla para sentarse, pero Rómulo con una mirada fulminante, le gritó:

—¡No te he dado permiso para sentarte! —el rostro del Centurión se transformó, algo no iba bien y en poco lo averiguaría. —¡Maldito el día en que te hice caso! —continuó diciendo.

El guardia que permanecía detrás del Centurión, al escuchar los gritos, susurró un saludo y se marchó sin esperar el permiso.

Titus permanecía firme a la espera de una explicación, no emitía palabra. Un fuerte calambre hizo que Rómulo se inclinara hacia delante, bajó la cabeza y respiró hondo un par de veces, tras un largo silencio el Primus Pilus continuó más calmado.

—Esta mañana se han presentado seis soldados de la guardia personal de César, me han invitado de mala manera a que me reuniera con Legado de inmediato. No me dejaron ni siquiera que terminara de ponerme el uniforme —gritó Rómulo dando un fuerte golpe sobre la mesa. El Centurión lo miraba asombrado, no era normal que actuaran de esa manera, tras un instante de duda entendió lo que estaba sucediendo, el fantasma de Quinto Fabio aparecía otra vez en su camino. El Primus Pilus se sujetó la cabeza con ambas manos, lo que tenía que decir le revolvía las entrañas.

—El Legado me reprochó a gritos que, por mi ineptitud, casi se produce un levantamiento entre las tropas, me gritó que el César estaba decepcionado conmigo y con los mandos de esta legión, que era inaceptable que se castigara de esa manera un Centurión que tan bien sirve a Roma y que tiene la confianza incondicional de sus hombres.

El tono de Rómulo era de decepción absoluta, el plan para librarse de Quinto Fabio había sido un terrible error y ahora el pagaría por eso. Titus sentía que el estómago se le revolvía, la intervención del Cónsul en el castigo al Centurión, había provocado que las tropas le fueran cada

vez más incondicionales, si era posible, él mismo lo había transformado en un mártir. Rómulo bebió un par de sorbos, tenía la garganta seca, volvió a mirar a Titus con una sonrisa irónica.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —le dijo. El Centurión negó con la cabeza, que podría ser peor que eso. Rómulo no sacaba su sonrisa forzada de la boca—. Que, por pedido expreso del general, nuestro querido Quinto Fabio ya no ostentara el rango de Centurión.

De inmediato una sonrisa se le dibujó en el rostro de Titus, por lo menos había logrado que lo degradaran a soldado raso, dentro de todo lo malo era una buena noticia. Cuando Titus, amagó a decir algo, Rómulo lo interrumpió de un grito:

—Ahora —dijo, —Quinto Fabio ostenta el rango de Primus Pilus de nuevo y sabes qué, idiota, ¡por encima de mí!

La sonrisa de Titus se borró de inmediato, las cosas eran peor de lo que se podía imaginar, el respaldo incondicional de la legión había logrado que el Legado en vez de degradarlo por su actitud, lo ascendiera al rango más alto que podía aspirar un soldado que no pertenecía a las familias nobles de Roma. Titus agachó el cabeza hundido, todo lo que había planeado durante meses se había derrumbado como las murallas de Cartago, había perdido totalmente su credibilidad y Quinto Fabio volvía más fuerte y respaldado más que nunca, la ira comenzó a invadir su cuerpo, estaba hundido. «¡Por Júpiter, nunca podré librarme de ese desgraciado!», pensó. Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada, había mucho en que pensar, todo estaba patas arriba.

—¡Ahora vete! —dijo Rómulo casi susurrando, ya no tenía fuerzas para discutir más. Titus saludó con más respeto del que lo había hecho nunca y se giró para marcharse—. ¡Espera! —dijo el Primus Pilus apurado, el Centurión se detuvo de inmediato—, envía algún soldado en busca de Acacius, necesito mi medicina.

—Lo siento, ha muerto esta mañana, se ha ahorcado en la celda mientras sus compañeros dormían —contestó Titus sin ni siquiera girarse. Era la peor noticia que podía recibir Rómulo en ese momento, cerró los ojos y una sensación de lloro, le invadió el cuerpo.

Los jinetes descendían al trote una pequeña colina arbolada, delante de ellos una inmensa pradera interrumpida ocasionalmente por arbustos de flores silvestres. Justo donde empezaba la zona más escarpada, un angosto riachuelo que descendía poderoso desde la montaña, Olix señaló el arroyo a sus hombres, era hora de hacer un merecido descanso, comer algo y que los caballos descansaran un poco. El capitán aminó la marcha para que su segundo se acercara, el viejo jinete se detuvo a pasar por su lado, era uno de los guerreros más valorados de la tribu. El viejo tenía un carácter incontrolable pero incondicional con la causa de su pueblo, llevaba batallando toda su vida y a pesar de haber sido herido en numerosas ocasiones nunca habían podido con él; sus camaradas de más confianza lo llamaban «animal», por una anécdota de hace muchos años. Tras discutir con su esposa se marchó colérico a la montaña, donde se cruzó con una patrulla de cuatro legionarios que vigilaban la frontera, sin motivo aparente ni provocación, se lanzó sobre ellos como un animal y armado sólo con una lanza y un cuchillo, logró abatir a dos y hacer huir al resto. A su regreso al campamento, entró a su casa con las cabezas de los dos legionarios, la dejó sobre la mesa y con una sonrisa traviesa le dijo a su esposa que era más fácil batirse con cuatro romanos que discutir con ella. Olix le tenía mucho respeto, apoyó su mano en el hombro y le dijo:

—Es el momento de actuar.

El viejo afirmó satisfecho, era la señal que esperaba, él era un hombre de acción, prefería resolver las cosas en su momento y dedicar el resto del tiempo en algo más productivo como beber y yacer con alguna esclava. El hombre desmontó rápidamente, estaba agotado, los años cada vez se sentían más y las largas marchas destrozaban su maltrecho cuerpo; cogió las riendas de su

semental y se acercó al arroyo, cogió la ampolla de la montura para rellenarla de agua y se agachó. Olix se acercó al río con la misma intención, se vertió todo lo que le quedaba de agua en el rostro, la cara le ardía, demasiado sol para su piel que no estaba acostumbrada. Estaba siendo un verano más cálido de lo habitual y a esas latitudes se sentía mucho más. Dio dos pasos y se acercó al capitán, le tocó el brazo con disimulo y le susurró que mirara a su izquierda sin girarse. Olix se puso de pie con cautela, sujetó el caballo amagando acomodar las riendas y se giró. Enseguida lo entendió, no estaban solos, una lanza romana con un pescado que aún se movía junto al río y lo peor que no estaban lejos. Se acercó al viejo y les ordenó que estuvieran alerta, que hicieran como si nada y que no se alejaran demasiado de sus espadas. Los cazadores también estaban siendo cazados. Una vez que todos los guerreros fueron alertados, no permanecieron mucho junto al río, prefirieron alejarse lo más rápido posible rumbo al norte, podía ser una emboscada y en campo abierto estaban desprotegidos.

El viejo fue el primero en montar, no se sentía cómodo con la situación. Estaba indignado cómo podía ser que no se hubiera dado cuenta que había romanos cerca, golpeó al caballo con los talones y reanudó la marcha, tanteó la empuñadura de la espada y se encaminaron hacia un punto alto donde la orografía les era más propicia.



***Algunos años después. Ciudad asediada de Alesia, otoño  
52 a.C.***

**(continuación del capítulo XXIX)**

## *Capítulo XXXIV*

### El César al rescate

Aulo continuaba su carrera contra el tiempo, rodeado de una improvisada custodia, intentaban llegar vivos al puesto de mando, habían dejado atrás la primera línea de batalla con muchas dificultades, se adentraban ahora en territorio neutro donde guerreros y legionarios campaban a sus anchas sin un claro dominador. El legionario se detuvo un instante a recuperar el aliento, sus compañeros lo imitaron, de la decena de hombres que le había proporcionado el Centurión, sólo cinco permanecían con vida, el resto habían perecido o habían sido heridos en diferentes escaramuzas; los soldados murmuraban entre ellos intrigados, qué información valiosa poseía el joven que valía la vida de tantos buenos soldados. Aulo se distanció un poco del grupo, había perdido la noción del tiempo y de la ubicación, sabía que los mandos estaban cerca, pero no sabía bien donde. Uno de los legionarios que lo escoltaba, un veterano de labios leporino, se acercó y le señaló una gran torre no muy lejos de allí, Aulo negó consternado, a pesar de que estaban relativamente cerca, tenían que atravesar otra zona de combate, si cabe, aún más encarnizada que la anterior.

—Quizás sea mejor salir y continuar por fuera de las murallas —dijo el soldado del labio leporino.

Aulo dudó un instante, salir de los anillos significaba alejarse de la protección de las legiones y entrar en territorio donde los galos eran los verdaderos dominadores, pero intentar atravesar la zona de combate era una locura, prácticamente no había espacio para correr y los guerreros presionaban a las legiones contra los muros, que apenas podían defenderse, era imposible atravesarla si pasar cerca de algún guerrero rabioso.

—Sí, mejor por fuera —dijo Aulo—, tendremos una posibilidad de llegar con vida.

Todavía estaba agitado, se agachó para atarse las sandalias, tenía los pies destrozados y la herida en el brazo no dejaba de sangrar, el legionario del labio se acercó a un cadáver, le arrancó un trozo de tela y le vendó el brazo impidiendo que se desangrase. Cruzar la empalizada no supuso ningún problema, el caos era tan grande que las unidades estaban desperdigadas por el campamento. Se arrastraron por un hueco provocado por el fuego y descendieron por el foso que debía impedir la carga de caballería. Ya estaban afuera, continuaron agazapados con las piernas hundidas en el fango, el desnivel le proporcionaba una relativa cobertura, pocos guerreros se acercaban a las empalizadas, corrían el riesgo de ser alcanzado por una flecha romana. Prácticamente habían logrado su objetivo, la torre se encontraba a pocos metros de allí, se detuvieron a descansar y a valorar su posición, una leve brisa recorrió la zanja refrescando el acalorado cuerpo de los soldados.

El sol no brillaba, las nubes cada vez ennegrecían más, auguraban lluvia, algo no muy bueno para los planes de Quinto Fabio. El soldado de labios leporino escaló la ladera, tenía el cuerpo totalmente enfangado, si no fuese por el casco apenas se reconocía el uniforme, no había rastros de enemigos. Le hizo una señal a sus compañeros para que se acercaran, tendrían que salir y recorrer los últimos metros en campo abierto.

—¡A mi señal! —gritó el soldado—. ¡Ahora!

Los seis legionarios comenzaron a escalar, intentaban no caer arrastrados por el ingente fango, poco a poco fueron saliendo. Un joven soldado que hasta el momento custodiaba la retaguardia comenzó a correr hacia la torre, menos de doscientos pasos lo separaban, le seguían de cerca los demás. No había logrado hacer ni diez pasos, cuando una flecha impactó en su cadera

derribándolo, los soldados se arrojaron al suelo y rodaron nuevamente dentro del pozo.

—¡Nos han visto! —gritó Aulo agitado.

El compañero volvió a escalar para cotejar el escenario, otra vez todo se complicaba, buscó a su compañero caído, ya no se movía rodeado de un gran charco de sangre. Negó consternado y se deslizó nuevamente dentro del foso. Se acercó a sus compañeros, los miró preocupado.

—Son una decena de arqueros, no nos dejaron salir, pero tampoco pueden acercarse, estamos en un punto muerto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aulo.

El compañero negó desanimado, estaban tan cerca y tan lejos a la vez. Uno de los soldados alzó la vista sobre la empalizada, seis arqueros romanos se habían percatado de lo sucedido y se disponían a rechazar a los galos si intentaban asaltarlos, dos grupos de arqueros enfrentados y ellos en el medio.

—Voy a salir —dijo Aulo—, no dispongo de tiempo, si no informo al general las tropas de Alesia nos aniquilarán, mi vida no vale la de tantos hombres. El soldado del labio leporino le estrechó la mano, no tenía más opción.

—Nosotros te cubriremos —dijo.

Les indicaron a sus arqueros la intención y comenzaron a escalar la ladera.

—¡Roma o muerte! —gritaron los soldados, se estrecharon la mano una vez más, desenfundaron las espadas y al grito de la legión, comenzaron a cargar contra los galos que los miraban desconcertados, una jugada suicida para darle una posibilidad a Aulo de cumplir su misión. El soldado miró atrás una sola vez, las flechas volaban mortales abatiendo uno a uno sus compañeros. Inspiró afligido, así era la vida de un legionario, eran como hormigas que protegen a su reina a cualquier precio, una hormiga no vale nada, la unión las hace fuertes e invencibles. «Al final todos moriremos», se consoló y continuó corriendo.

Julio César cabalgaba en cabeza junto a sus hombres, se dirigía hacia el frente a organizar la ofensiva, la gran capa roja que lo identificaba se desplegabá por el viento transmitiendo una apariencia divina, espalda recta y rostro serio, como la más bella estatua de Aquiles. Los soldados lo miraban orgullosos, era como si su sola presencia sirviera para cambiar el rumbo de la contienda; se ponían firmes y saludaban con el respeto que merecía un hombre de su valor, un hombre que creía que su vida valía lo mismo que la de cualquier soldado romano. El estado de las tropas era más crítico de lo que le habían informado, cuanto más se acercaba al frente todo empeoraba. Cientos de soldados heridos y exhaustos se agrupaba a su paso, los auxiliares se esmeraban en recoger los cadáveres y apilarlos en inmensas filas para evitar que las tropas tropezaran en su repliegue, los gritos de dolor se clavaban como agujones en la cabeza, los heridos eran intervenidos en camillas improvisadas, rodeados de fango y suciedad. Era un verdadero infierno. Algunos legionarios vagaban como fantasmas liquidando guerreros heridos, los ensartaban sin remordimiento, ni la menor muestra de piedad para los que suplicaban clemencia.

El general se acercó a un Centurión que gritaba enfurecido a sus soldados, corría como un poseo de un lado al otro intentando que mantuvieran las líneas juntas, tenía el rostro cubierto de barro y la espada goteaba sangre.

—¡Señor! —dijo el soldado al ver que se acercaba.

El general desmontó de un salto y se acercó al Centurión.

—Unidad y situación —dijo Julio César impasible.

—Cuarta cohorte, séptima legión «Claudia» —gritó el Centurión con orgullo, realizó un silencio de unos segundos, la situación no le orgullecía tanto—. El estado de las tropas es crítico

señor, nos triplican en número y aunque estamos logrando retrasarlos, el precio que estamos pagando es alto.

Las flechas cruzaban el cielo como rayos, quemaban y ensartaban todo a su paso, era como una nube de mosquitos que atacaba sin piedad en una tarde de verano, ni los heridos se salvaban de su picadura mortal.

—¿Dónde está el Primus Pilus al mando? —preguntó el general, agachándose para no recibir el impacto de una flecha en su casco.

—¡Muerto! ¡Una flecha! —gritó para hacerse oír en el estruendo de la batalla.

—¿Quién está al mando? —preguntó el general, el soldado arqueó los hombros en señal de desconocimiento—. ¡Muy bien, Centurión! —dijo Julio César—, ahora regresa con tus hombres, pondremos remedio a esto de inmediato.

Las unidades de reserva que había traído el general, dieron un respiro a los soldados de primera línea, se fueron reemplazando poco a poco, permitiendo a las legiones descansar un poco.

—Enviad soldados a apagar las llamas —gritó el general al ver una segunda torre que comenzaba a arder, de inmediato una docena de legionarios comenzaron a trasladar el agua desde el río y a extinguir lo que significaría la caída de una segunda torre y de sus hombres atrapados en ella.

Poco a poco las legiones volvían a ganar terreno, la presencia del general y las tropas de reserva habían levantado el ánimo, las fuerzas estaban renovadas, aún así, seguían estando en inferioridad y si Tito Labieno no cumplía su parte, estarían todos muertos al mediodía, incluido él.

En la empalizada este, los galos se afanaban con los ganchos, habían logrado hacer una abertura de unos metros a pesar de la cantidad de flechas y jabalinas que les llovían. Los guerreros caían como moscas y aún así no se rendían, cada vez se adentraban más; si lograban afianzar la posición sería otro punto importante del que preocuparse. Julio César montó a Genitor de un salto, desenfundó su espada y dio la orden a la caballería que lo siguiera, era el momento de entrar en acción, llevaba tiempo si combatir, pero eso nunca se olvidaba.

Las nubes como un buen presagio, se abrieron permitiendo al sol que cegara a sus adversarios; era como un relato épico, la caballería cargaba en inferioridad a todo o nada, contra una marea de guerreros, dispuestos a luchar, dispuestos a morir. El impacto fue brutal, el mismo César abatió a dos galos con su espada, no tenía miedo, en su cabeza sólo entendía gloria o muerte, volver a Roma derrotado no era una opción. Sus oficiales luchaban como leones, cargaban y retrocedían sin descanso, los guerreros habían quedado bloqueados en la abertura, demasiados hombres para tan poco espacio, algo que el general aprovechó para masacrarlos. Los gritos de desesperación, se mezclaban con los vítores de los legionarios al ver al Cónsul bañado en sangre, era como una invocación divina. Gran parte de los soldados que descansaban cogieron sus espadas y comenzaron a correr para ayudar a su general, hasta los heridos se acercaban como podían, si el César luchaba como una fiera, ellos no serían menos.

Julio César se alejó para analizar la situación, los guerreros estaban siendo rechazados, aunque vendían cara su piel, se subió a una de las torres cercanas seguido de sus escoltas, desde allí su panorama era más amplio, se apoyó sobre la barandilla pesadamente y mandó a llamar a uno de sus oficiales. A pesar de que estaban expulsándolos, la cantidad de guerreros dispuestos a batallar era cada vez mayor, aullaban como lobos con furia renovada, como si por cada muerto aparecieran otros diez, listos para el combate.

—¿Cuántos cree que son? —preguntó uno de sus allegados.

El general dudó un instante y contestó.

—Muchos más de los que podemos soportar. ¡Quizás veinte mil!

El soldado negó consternado, la situación seguía siendo límite, entre las torres el combate seguía siendo atroz.

—Reunid lo que queda de la caballería —ordenó el general, —si Tito Labieno no aparece, tendremos que tomar la iniciativa. ¡Atacaremos nosotros!

El oficial lo miraba abrumado.

—¿Atacar veinte mil soldados con trescientos jinetes? — preguntó no muy convencido.

—¡Trescientos jinetes romanos! —dijo el Cónsul con una sonrisa, — Saldremos de las murallas y los atacaremos por los flancos, partiremos su vanguardia en dos, algo que no se esperan, vamos a descabezar la serpiente —agregó.

—¡Sí, señor! —dijo el oficial.

No estaba allí para debatir órdenes, sino para obedecerlas. Saludó con respeto y se marchó en busca de sus unidades.

Julio César cabalgaba rodeado de su escolta y trescientos jinetes entre romanos y auxiliares. Marco Antonio había recibido la orden de permanecer entre los muros, organizando la resistencia y Tito Labieno con la caballería aún no aparecía. Habían tenido que rodear el campamento para caer a las tropas por sorpresa, el sol estaba en lo alto brillando altanero, las nubes habían desaparecido. Apenas habían salido por la puerta, se toparon con un grupo de arqueros galos, que hostigaban las defensas romanas, delante de ellos el cuerpo de cuatro soldados abatidos, el general dio la señal y el grupo de avanzadilla se lanzó al ataque con furia y los eliminó al instante, no tuvieron ni tiempo de cargar sus arcos, para el Cónsul cualquier muerte romana sería vengada.

—¡General! —se escuchó a la distancia—. ¡General! —insistió la voz.

El César seguía impassible hacia el combate, de repente un soldado embarrado y ensangrentado salió de la fosa y se interpuso frente al general y su caballo, Julio César tuvo que utilizar toda su pericia para detener el caballo y no pasarle por encima.

—¿Estás loco? —le reprochó el Cónsul.

—Disculpad Señor —comenzó diciendo el soldado—, tengo noticias urgentes del frente —gritó Aulo—. ¡Me han enviado con un mensaje urgente! He tenido que atravesar todo el campo de batalla para llegar hasta aquí.

—¡Te escucho soldado! —dijo el Cónsul.

Aulo respiró profundo:

—Me envía el Centurión Quinto Fabio para informarle que la infantería gala está formando frente a las murallas, pretende lanzar un ataque para crear un pasillo y unificar las fuerzas.

Julio César lo miraba impassible, el peor de los presagios se estaba cumpliendo, ahora tenía tres frentes abiertos y no contaba con tropas suficiente para contrarrestar todos los ataques.

—El Centurión solicita que envíe la caballería con urgencia. Julio César no decía nada, se tomó un instante para pensar, mandó a llamar un oficial que cabalgaba cerca de él y le ordenó:

—Volved al campamento y reunid cuatro cohortes de la décima legión, intentad resistir lo máximo posible, apenas podamos les enviaremos más refuerzos.

Aulo lo miraba pasmado, el general enviaba menos de cuatrocientos legionarios a frenar un ataque de miles de guerreros, era como querer frenar un río con la mano.

—Lo siento —continuó diciendo el Cónsul—, estas son las tropas que disponemos en este momento.

Se volvió a girar, azuzó el caballo y reanudó la marcha.

Quinto Fabio lloraba sobre el cuerpo inerte de Ovidus, las lágrimas caían por su rostro como cascadas de dolor, lo abrazaba sin consuelo; no podía creer lo que había hecho, durante su vida en la legión había perdido numerosos compañeros, pero esta vez, el que se iba era su hermano fiel e

incondicional en tantas aventuras; lo sujetó del pecho y comenzó a zarandearlo.

—¡Despierta Ovidus! ¡Es una orden! —gritaba entre lágrimas el Centurión, una orden que por primera vez el Optio no cumpliría. En poco tiempo había perdido las dos únicas personas que le importaban, siempre había estado sólo y cuando alguien se acercaba como un castigo divino era apartado para siempre de su vida; pensó en Alana, hubiese dado cualquier cosa para que estuviera en ese momento con él y lo abrazara, la necesitaba más que nunca.

—¡Señor! —dijo un soldado sujetándolo del brazo—, tenemos una misión que cumplir, el Optio ya no despertará y si no nos damos prisa, muchos de nosotros lo acompañaremos en ese viaje.

Quinto Fabio lo miró con rabia, no le gustaba el desinterés por la muerte del Optio, pero sabía que tenía razón, Ovidus no estaría sólo, aquella mañana cientos de compañeros lo acompañarían en esa última travesía. El soldado regordete apareció con el caballo de Ovidus, se acercó al Centurión y le ofreció las riendas.

—Esto es lo que vino a traernos el Optio —dijo señalando las riendas del animal—, quería que termináramos nuestro trabajo a tiempo, no hagamos que su muerte haya sido en vano.

El Centurión escuchaba sin decir nada, miró a su compañero por última vez, le cerró los ojos y lo abrazó, él era un legionario y la muerte era parte de la rutina. Cogió una moneda y se la depositó en la boca, Caronte tenía su pago, ahora podía transportar su alma al más allá, Ovidus descansaría en paz.

Miró a sus camaradas y ordenó:

—Ayudadme a trasladar el cuerpo del Optio, no lo dejare aquí para que sea la comida de buitres, era un buen soldado y se merece nuestro respeto.

Varios soldados alzaron al Optio por sobre su cabeza, comenzaron a caminar en silencio en una triste procesión hasta las barracas, como si aquellos soldados de luto estuvieran exentos de aquella guerra que se combatía en cada esquina.

Gaius apareció minutos después montando en un viejo burro, empujaba la carreta con varias bombas sobre ella, estaba contento, había logrado cumplir su misión, ahora todo sería más fácil. Le acarició el lomo, cuando pensaban que no lo podían lograr, el soldado recordó al animal, símbolo y mascota de la unidad, un burro que llevaba tanto tiempo con ellos que casi no lo recordaban, había sobrevivido a toda su yunta y a varios de sus descendientes, ahora ya muy viejo se dedicaba a descansar y pastar libre por el campamento, se había ganado su jubilación. Sólo lo hacían servir en algún desfile, los soldados le tenían mucho aprecio, les traía suerte, a todos les gustaría poder vivir tanto como el animal. Con la ayuda del burro y del semental la tarea fue más rápida, en menos de una hora, habían desparramado casi todo el contenido por el campo de batalla, miles de litros de aceite de lámpara, listo para calcinar guerreros. El olor era insoportable, muchos soldados llevaban el rostro cubierto, aún así, les costaba respirar.

El Centurión había ordenado preparar hogueras cada cierta distancia, en cada una de ellas, un soldado sería el responsable de encender el fuego cuando dieran la orden. La distancia era tan grande entre fuegos que los soldados tenían que comunicarse a los gritos.

Quinto Fabio miró el inmenso campo de batalla, sus hombres se afanaban en trasladar cualquier cosa que pudiera arder, desde grandes troncos hasta mobiliario de la tienda de oficiales, algo que al Centurión no le importaba demasiado y los soldados disfrutaban.

Desde hacía un rato el sol apretaba con fuerzas, las nubes que antes daban un respiro, se apartaban empujadas por el viento formando extraños dibujos en el cielo. Quinto Fabio miró alrededor, estaban solos, no había señales de Aulo ni de los refuerzos, quizás habían muerto. Los hombres de Ovidus continuaban luchando, les tocaba a ellos solos enfrentarse a miles de

guerreros con la ayuda de los dioses, quizás vivirían hasta primera hora de la tarde. Saltó sobre la carreta una vez más, miró hacia la ciudad, los soldados estaban nerviosos, Vercasivelauno dio la señal y un enjambre de guerreros comenzaron su carrera mortal hacia la empalizada. Quinto Fabio sonrió, si no podía tener a Ovidus ni a Alana, morir no era un problema.

***Algunos años después. Ciudad asediada de Alesia, otoño  
52 a.C.***

**(continuación del capítulo XXXIV)**



## *Capítulo XXXV*

### Una hazaña para la historia

Julio César dio la orden y sus soldados se detuvieron en formación; el general al frente junto a sus leales. Una inmensa colina se anteponía entre ellos y los guerreros que continuaban luchando encarnizadamente. Cabalgó frente a la caballería impasible, mirando a cada uno de sus trescientos jinetes, desenfundó la espada y la alzó al cielo:

—Los dioses nos han enviado hasta aquí con una importante misión, nos ponen a prueba constantemente y esta vez el reto es heroico —comenzó diciendo—. Esta mañana nos enfrentaremos en una carga mortal contra guerreros que multiplican por diez a nuestras unidades; nuestros hermanos dependen de nosotros y de nuestro valor, ¡un legionario jamás rehúsa un desafío. Hoy Roma logrará una victoria que permanecerá en los anales de la historia, una victoria de la que se hablará durante siglos y que hará que los dioses nos guarden un sitio junto a ellos en el panteón. ¡Soldados y hermanos! —gritó con furia—. Muchos de nosotros no volveremos nunca más a ver las tierras fértiles de Roma, nuestros cuerpos yacerán en un campo salvaje alejado de todo, pero oíd soldados, nuestra muerte no será en vano, nuestra muerte servirá para engrandecer aún más esa gran nación llamada ¡Roma! ¿Estáis conmigo en esta lucha? ¿Estáis dispuestos a morir por Roma? —gritó el general.

Los soldados animados por la palabra del Cónsul, comenzaron a gritar como leones hambrientos de gloria. El ruido de las espadas contra el metal era atronador. «¡Roma o muerte!, ¡Roma o muerte!».

Julio César bajó la espada y la caballería comenzó la carga que los llevaría hasta la gloria de Roma.

Las unidades de avanzadilla se presentaron frente a Tito Labieno, llevaban horas cabalgando, estaban agotados, el polvo le cubría el cuerpo y algunas manchas de sangre aseguraban que habían tenido algún encuentro con soldados enemigos. Habían recibido la orden de investigar el terreno y buscar la mejor ruta para rodear el campamento sin ser vistos, tras analizar el terreno a conciencia, habían encontrado una ruta libre, un camino a través del bosque, zona de druidas, que para los galos era sagrada y no se adentraban. Tito Labieno asintió satisfecho, se giró para contemplar su ejército, delante de él, más de tres mil jinetes formados en fila, en grupos de seis, todos hombres veteranos con mucha experiencia en combate. Llamó a su segundo y ordenó:

—Es hora de movernos, vamos retrasados, ordenad marcha forzada, quiero estar sobre ellos antes que el sol llegue a su cúspide —Estaba nervioso, todavía estaba lejos de cumplir su misión y no quería defraudar al general:

—Encabezad diez turmas de caballería de avanzadilla, tendréis que afrontar los peligros solos y abriros paso a cualquier precio, nosotros galoparemos sin descanso detrás vuestro y sólo nos detendremos cuando tengamos el ejército en frente.

Dio la señal y los soldados se pusieron en marcha sin más dilación, se organizaron en pequeñas filas y no tardaron en adentrarse en el bosque de los druidas. El follaje era tan espeso que cubría el sol por completo, dejando las tropas en una relativa oscuridad; el destacamento de avanzadilla se alejó rápidamente del resto de las tropas, cabalgando a la máxima velocidad que les permitía el camino. El estrecho bosque les permitía cabalgar en grupo de dos, tenían que estar vigilantes, era la peor zona posible para combatir con la caballería. Si eran emboscados, defenderse sería muy complicado, necesitaban campo abierto si querían sobrevivir dependían de que los galos no los descubrieran.

El Legado reanudó la marcha poco después, tras más de una hora camino sólo, los pájaros alzaban vuelo a su paso, no había rastro de enemigos ni de la avanzadilla. Descendieron un ripio muy inclinado donde el barro arrastraba los animales colina abajo, tuvieron que desmontar y aminorar la marcha a paso de hombre. Poco después atravesaron un arroyo no muy caudaloso, donde los animales aprovecharon para beber y descansar después del esfuerzo del descenso. Los oficiales dieron la orden y reanudaron la marcha, volvieron a adentrarse en el bosque, esta vez sin dificultades. El tiempo pasaba sin novedades hasta que, al cruzar una cascada, encontraron varios cuerpos de guerreros, que se amontonaban al costado del camino. Tuvieron que aminorar la velocidad y apartarlos para no pisotearlos, la avanzadilla estaba cumpliendo su misión despejando el camino con sudor y con la espada. El Legado miró alrededor, entre los cuerpos ningún jinete romano, eran buenas noticias.

La espesura poco a poco iba retrocediendo hasta desembocar en una llanura elevada, permitiendo reagrupar las tropas en un sólo frente, ya habían pasado más de dos horas desde que habían partido, a ese ritmo los caballos necesitaban descansar si querían que el ataque final fuera fructífero.

Tito Labieno no sabía cuál era el camino a seguir, desde allí se bifurcaban en varios senderos cada uno más estrecho, no estaba seguro donde se encontraban, el temor a haberse perdido le invadió el cuerpo. Dos de sus hombres se acercaron y comenzaron a debatir cual era la mejor ruta a seguir, no había llegado a ninguna conclusión cuando el oficial al mando de la avanzadilla apareció cubierto de sangre.

—¡Señor! —dijo sin desmontar, el Legado lo miraba perplejo, el jinete tenía tanta sangre en su cuerpo que apenas se distinguía

el brillo de la armadura. —Sígueme, por favor — continuó diciendo.

Tito Labieno azuzó el caballo y cabalgó hasta donde la colina se transformaba en un precipicio, el oficial desmontó soltando las riendas del animal y el Legado lo imitó. Alzó la vista, al cabalgar por el bosque, había perdido la noción del tiempo, el sol estaba en el punto álgido, los guías no se habían equivocado, habían llegado antes de los esperado.

El oficial dio unos pasos más hasta el borde del acantilado, alzó la mano señalando el horizonte y dijo:

—Hemos llegado señor y los guerreros no nos han descubierto.

Tito Labieno se acercó al barranco, la vista desde la altura era asombrosa, miles de guerreros presionaban contra las defensas romanas que resistían como podían. El oficial suspiró contrariado, eran muchos más de los que esperaban, más del doble de lo que le había informado el Cónsul.

La diminuta abertura entre los ríos hacía que los guerreros no pudieran hacer un gran frente, igualando la capacidad ofensiva de las tropas.

Los oficiales miraban el caos en la organización de las tribus. Varios grupos, seguramente tribus rivales, buscaban caminos alternativos para acceder a las defensas; los mandos no estaban unificados, cada uno buscaba llevarse el mérito, eso favorecía a las legiones disciplinadas bajo un sólo general.

—Muy bien —dijo Tito Labieno, —hemos llegado a tiempo, que los caballos beban y descansen un poco, en breve nos lanzaremos sobre ellos.

—No creo que dispongamos de ese tiempo, señor —dijo un oficial, señalando un punto fuera de las murallas.

Labieno tardó en entender lo que veían sus ojos, en el flanco izquierdo, unos trecientos jinetes cargaban en formación de cuña contra los guerreros galos desprevenidos. El impacto fue letal, los

jinetes se habrían pasado masacrando e invistiendo los soldados enemigos con las lanzas, los cuerpos mutilados de los soldados se desperdigaban por doquier, eran tantos y tan juntos que era imposible no derribarlos. La presión de los demás guerreros contra las murallas hacía imposible su huida, la muerte era su única opción. Los jinetes del general estaban abriendo una brecha y dividiendo el ejército enemigo en dos, la carga estaba siendo un éxito, a pesar de las numerosas bajas romanas.

El guía que miraba la contienda con atención, señaló un grupo de galos en la retaguardia que se movían en columnas, casi quinientos arqueros que se habían percatado del ataque y se estaban organizando para lanzar una lluvia de flechas sobre la caballería. Si no hacían algo en breve estarían todos muertos.

Tito Labieno fue el primero en distinguir la capa roja de Julio César, la cara de asombro del Legado no dejaba duda alguna, el general se la jugaba a todo o nada combatiendo en primera línea.

—¡Soldados! —gritó el Legado—, nuestro general nos necesita, no dejaré que se lleve todo el mérito de la victoria —continuó sonriente.

Se acercó al oficial de vanguardia y le ordenó, señalando a los arqueros, que los masacraran antes que lanzasen la primera flecha. Este obedeció de inmediato, saltando sobre el caballo, antes que pudiera volver a mirarlo, las ansias y la adrenalina corrían por sus venas, el oficial ya cargaba contra los desprevenidos soldados, como un chacal sobre una presa herida.

Los tres mil caballeros estaban ansiosos, las ganas de combatir se le reflejaba en el cuerpo, llevaban tanto tiempo a la defensiva que atacar por sorpresa los impacientaba.

—Formación de columna —gritó Tito Labieno—, y en campo abierto ampliar el frente y atacar en una sola línea.

El relinchar de los caballos reflejaba la ansiedad de los soldados, rostros serios e impasibles dispuestos a morir por el general y su Legado.

—¡Soldados —continuó gritando—, si hacéis bien vuestro trabajo, esta noche todo se habrá acabado y en pocas semanas estaréis en casa con nuestras familias!

—¡Roma o Muerte! ¡Roma o muerte! —respondieron los soldados y se lanzaron al galope contra la marea de guerreros desperdigados por el valle.

Quinto Fabio se subió a la carreta como improvisado centro de mando, desde allí sus soldados lo podían ver con claridad. Cada cierta distancia una hoguera con dos legionarios, desperdigadas de manera ordenada. Se inclinó lo máximo posible, aún así, no podía ver los últimos soldados. El frente de batalla era tan amplio que organizar la defensa sería una tarea difícil. Se subió sobre un barril vacío, el último que permanecía sobre la carreta, e hizo un gesto invitando a Gaius que se acercara. El legionario tardó unos pocos minutos en llegar al trote, la distancia era considerable.

Gaius llegó agitado, después de un día tan arduo la armadura pesaba más de lo habitual. Sobre todo, si se tenía el estómago vacío como la bolsa de monedas que le colgaba del cinturón. Quinto Fabio se lo quedó mirando, Gaius era el último con vida de sus camaradas, cerró los ojos y le dedicó un pensamiento a cada uno de los que ya no estaban, Kaeso había desaparecido en la búsqueda de Alana y no había sabido nada más de él, el Nubio muerto en la emboscada y Ovidus acababa de fallecer frente a sus ojos, la tristeza le contrajo el corazón, ya no tenía ni a Alana. Su amor por Roma era lo único que le daba algún sentido a su vida. Saltó de la carreta y se acercó al legionario, que intentaba recuperar el aliento. Lo sujetó del hombro.

—Gaius —comenzó diciendo Quinto Fabio—, necesito un soldado que me ayude en esta tarea, lo que te voy a proponer significa que quizás no haya un mañana —Gaius lo miraba impasible—. Yo no puedo abarcar todo el frente para organizar las defensas, necesito alguien que me asista y tú

eres la persona que más conozco y en la que más confío, necesito a alguien con quien dividirme el trabajo, seremos los primeros en ver al enemigo y los últimos en retirarnos, así que tú decides.

Gaius lanzó una carcajada burlona como hacía mucho que no se le veía, lo miró a los ojos y contestó:

—Bajo tus ordenes, nunca hay un mañana Centurión, hoy nos salvas y mañana me pides una misión suicida —Ambos comenzaron a reír—. —Siempre estoy dispuesto a seguirte, además no tengo nada mejor que hacer; pero esta vez con dos condiciones —continuó diciendo. Quinto Fabio lo miraba sin decir nada.

—Si salgo con vida de esta, seré tu nuevo Optio, sé que Ovidus es irremplazable y no pretendo hacerlo, pero estoy viejo para las largas marchas y la rutina del legionario —Gaius hizo una pausa, segundo —continuó—, y más importante, me proporcionareis un caballo o un burro, no me pasaré todo el día corriendo por el frente de una punta a la otra obedeciendo tus ordenes; es más probable que muera de un ataque al corazón que bajo la espada de un enemigo.

Quinto Fabio comenzó a reír, se abrazaron y comenzaron a planear la estrategia de defensa.

Quinto Fabio se montó al caballo de Ovidus y comenzó a recorrer el frente, los soldados de su centuria permanecían firmes junto a las hogueras; cada uno llevaba dos antorchas, la mayoría se había desprendido de sus armaduras y sólo llevaban la espada como única defensa. El plan que había trazado el Centurión era sencillo, tenían que aguantar lo máximo posible la carga de la infantería, una vez que los jinetes estuvieran prácticamente sobre ellos, a la señal del Centurión, debían lanzar las antorchas e incendiar todo a su paso, luego debían retirarse lo más rápido posible detrás de las defensas y comenzar con la lluvia de lanzas. Gaius se ocuparía del flanco izquierdo, donde la probabilidad de que centraran el ataque era menor, el Centurión se haría responsable del centro y del flanco derecho, algo demasiado extenso para un sólo hombre.

—¡No os acerquéis demasiado al fuego! —gritaba Quinto Fabio, al pasar por delante de sus hombres. La mayoría tenían las piernas hundidas en el aceite, un error podría provocar que se transformaran en antorchas humanas y lo peor que el fuego comenzara antes de lo previsto y todo el esfuerzo realizado fuera en vano.

Gaius hacía lo propio en el otro extremo, desde allí apenas distinguía la figura del Centurión, en el momento en que los galos cayeran sobre ellos, estaría sólo y sería él quien dictaminara las reglas. Se acercó a un joven soldado que no debía de tener más de dieciséis años, el pánico en su cara y el temblor de sus piernas auguraba que era su primer contacto con la muerte; el nuevo Optio desmontó, se acercó y señalando los legionarios sobre las murallas dijo:

—¡Soldado! Todos esos hombres dependen de tu valentía, hoy debemos estar serenos, un error podría ser fatal para nuestros planes, mantén la calma y te prometo que si salimos con vida de esta, sabrás lo que es un oficial agradecido.

El recluta dibujó una sonrisa.

—¡He nacido para ser soldado señor! Hoy daré cuenta de eso, desciendo de una estirpe de grandes legionarios y hoy no decepcionaré a mis antepasados. Gaius le estrechó la mano, montó al caballo y se marchó.

La infantería lanzó la carga poco después, miles de guerreros en un sólo frente desordenado aullando como bestias, el estruendo de la carga era de tal magnitud, que sentían la tierra temblar bajo sus pies. Los legionarios los miraban paralizados, los guerreros cargaban contra ellos aullando como lobos, eran tantos que tardarían una vida en contarlos y dos vidas más en eliminarlos.

El brillo de las espadas sobre las cabezas producía destellos de luz, haciendo la imagen aún más sobrecogedora. Los galos no eran disciplinados ni ordenados, pero lo que sí eran, agueridos

y valientes, no temían a la muerte, y hasta heridos eran peligrosos. En las legiones se decían que bebían una pócima que les nutría de un valor sobrehumano, perdían el miedo y no sentían ni el frío ni el dolor, un brebaje sacado de una planta de adormidera que se encontraba en las montañas del norte y que sólo el gran druida podría administrar.

Vercingétorix encabezaba la carga junto a un reducido grupo de no más de doscientos jinetes, la mayoría guerreros importantes y líderes tribales, que como era costumbre siempre eran los primeros en entrar en combate; el resto de la caballería permanecía protegiendo la retaguardia ante un posible ataque romano.

El general galo intentaba poner orden entre las líneas, una tarea bastante complicada, ante la diversidad de tribus que pretendían atribuirse el honor de ser los primeros en asaltar las filas enemigas.

Quinto Fabio miró al cielo preocupado, un fuerte viento del norte se alzó empujando oscuras nubes negras cargadas de agua; poco a poco el sol fue desapareciendo, sumergiéndose en una oscura tiniebla aquella cambiante mañana. Se besó el amuleto, lanzó una breve plegaria al cielo suplicando a los dioses que una vez más, estuvieran de su parte, el calor que sofocaba poco antes, se había transformado en un ennegrecido cielo cargado de agua que amenazaba con destruir sus planes.

Quinto Fabio cabalgaba frente a sus hombres intentando que mantuvieran la calma, una tarea complicada teniendo en cuenta que una marea de guerreros cargaba contra menos de cien hombres, armados con una antorcha y distribuidos a lo largo de una inmensa fila. Para un romano no sentir la presencia de su camarada en su flanco era como sentirse vacío, a diferencia de los enemigos, ellos luchaban en equipo, organizados y con estrategia.

El aire soplaba con virulencia, las hogueras amenazaban con apagarse para después reavivarse con más intensidad, el viento arremolinado causaba que las llamas bailasen una danza que amenazaba con extinguirlas. Los legionarios miraban espantados al ver caer las primeras gotas, sin fuego no tendrían la mínima posibilidad de salir con vida y todo el trabajo realizado sería en vano.

Gaius miraba al frente petrificado, no habían recorrido ni la mitad de trayecto y ya sentía el suelo temblar bajo sus pies, el Optio alzó la espada incitando a sus hombres a mantener la compostura. Ya podían mirar al rostro a sus enemigos, y no había señales del general con los refuerzos.

Un crujir de madera se oyó a su espalda, las puertas se abrieron y varias unidades de infantería aparecieron encabezadas por Aulo. Quinto Fabio se acercó al galope al legionario, Aulo lo miraba con una mezcla de satisfacción por haber llegado al general y de desilusión por no haber logrado los soldados suficientes.

—¿Dónde está la caballería y el resto de las tropas? —preguntó Quinto Fabio de inmediato.

—Lo siento —atinó a decir el soldado—, esto es todo lo que he podido conseguir, el general se encuentra combatiendo en otro frente y me pidió que aguantáramos como podamos, que enviará más tropas lo antes posible.

El Centurión no podía creer lo que escuchaban sus oídos, ¿qué tan importante era el otro frente para no poder auxiliar a las tropas que eran atacadas desde Alesia?

—¿Cuántos soldados? —preguntó.

—Tres centurias —respondió Aulo.

Quinto Fabio negaba con el cabeza decepcionado, menos de trescientos soldados para una carga de miles, algo irrelevante para lo complicado de la situación. Ya no había tiempo para lamentos, miró nuevamente al frente y ordenó:

—Apostaros detrás de las murallas, coged cualquier cosa que podáis lanzar, nosotros intentaremos frenarlos aquí, si cruzan las líneas vosotros haréis el resto. Dedicar una plegaria a los dioses, porque hoy lo vais a necesitar más que nunca.

Aulo asintió, pasó las órdenes al oficial que no sabía bien que sucedía y se marchó con las tropas a organizar la resistencia detrás de las empalizadas.

Quinto Fabio volvió a montar y comenzó a trotar con la espada en alto, los guerreros prácticamente estaban sobre ellos.

—¡A mi señal, no os apresuréis!

La vanguardia de los guerreros se había adelantado formando una cuña justo por delante del Centurión, era como una inmensa flecha que apuntaba hacia él.

Un par de gotas empezaron a caer desde su casco, Quinto Fabio miró al cielo, todo se complicaba. El Centurión centró la mirada en el frente, ya los tenía a unos pocos metros. El rostro enajenado de los guerreros daba verdadero pavor, sentía sus gritos reventarle los oídos. Se detuvo en un punto donde la mayoría de sus hombres podían verlo, todavía con la espada en alto.

—¡A mi señal! —continuaba gritando, pero ya no se oía su voz, que se disimulaba bajo los aullidos de los guerreros—. ¡Ya falta poco, sólo unos metros más, aguantad!

Vercingétorix iba en cabeza, la imagen de unos pocos legionarios desperdigados frente a las murallas le pareció inusual, aún así, continuó su marcha. Tenía la mente centrada en la empalizada y una de las torres donde centraría el ataque principal, él también tenía un plan. Se giró y miró a sus hombres que le seguían de cerca, dispuestos a todo. Un olor extraño le hizo arrugar la nariz, un olor intenso que iba aumentando cuanto más se acercaban a las empalizadas; dudó un instante, le recordaba a algo familiar, algo que ya conocía, bajó la vista y vio las pezuñas del caballo hundidas en un espeso líquido verde muy familiar, tras unos segundos de dudas, la cara se le transformó.

—¡Aceite! —gritó—, es una trampa. ¡Retirada!

Giró el caballo con tanta agresividad que pensó que se caía.

—¡Retirada! —continuó gritando. Cada vez el olor era más fuerte y cada vez había más líquido—¡Retirada! —gritaba como un poseso. Sólo parte de la caballería se percató del incidente, el resto de los soldados continuaban la carga con los pies hundidos en el espeso fango.

Quinto Fabio ya los tenía a unos pocos metros, veía los guerreros correr chapoteando en el aceite, algo que le pareció desagradable. Algunos soldados que descubrieron el engaño, intentaban detenerse clavando los pies y luchando contra corriente, pero la masa los empujaba hacia delante haciendo imposible la retirada, muchos caían sobre el barro para ser pisoteados por la muchedumbre cada vez más descontrolada.

El Centurión cabalgaba con una antorcha en la mano —¡Todavía no! ¡A mi señal! —gritaba.

Gaius hacía lo mismo del lado opuesto. Sólo pasaron unos pocos segundos cuando el Centurión lanzó la antorcha dando la orden de salida. La madera encendida surcó el cielo girando sobre sí misma, el destello de las llamas formaba estrellas de luz rápida y mortales, al instante decenas de antorchas impacientes la imitaron.

Los guerreros ya no se podían detener, la trampa estaba en marcha. El fognazo fue tan brutal que el Centurión cayó expulsado del caballo, el calor era tan intenso que pensó que se le derretía la armadura. Las llamas al instante alcanzaron los tres metros de altura sumergiendo a los guerreros en un mundo de fuego y dolor; los que estaban más alejados intentaban retroceder, pero el pánico cundía entre las filas galas, empujando a los incautos hacia de la bola de fuego.

El Centurión desde el suelo miró a sus hombres, todos a excepción de Gaius corrían hacia las murallas; el Optio en cambio permanecía sobre el caballo sonriente, quieto y satisfecho,

contemplando el fuego como si se tratase de la mayor obra de teatro de la historia, donde los protagonistas realizaban la última gran actuación. Disfrutaba viendo como los soldados rodaban envueltos en llamas, siendo pisoteados por hombres y caballos, los aullidos que antes intimidaban se habían transformado en gritos de dolor y sufrimiento.

Quinto Fabio miró las murallas, si el fuego no había sido suficiente castigo, dio la orden y cientos de lanzas cruzaron el aire matando sin discriminar hombres y animales de la segunda línea, provocando que los que estaban en vanguardia quedaran atrapados entre el fuego y la fila de cadáveres.

El caos era total entre las líneas enemigas, los jinetes transformados en antorchas humanas cabalgaban envistiendo todo a su paso, el olor a carne quemada revolvía las tripas.

—¡Es hora de irnos! —gritó Quinto Fabio a Gaius, que se había acercado al verlo caer. El Optio le estiró la mano para que montara a su caballo y comenzaron a galopar hacia las murallas. Todo había sido un éxito, mucho mejor de lo esperado, los legionarios seguían lanzando dardos, arrojaban todo lo que encontraban, hasta piedras entre risas y burlas. Los guerreros se retiraban en el caos absoluto, dejando un reguero de cadáveres y hombres heridos. Quinto Fabio miró al frente en busca de los oficiales enemigos, los jinetes se retiraban al galope hacia la ciudad en una desbandada descontrolada. No intentaban reagruparse ni tenía el menor miramiento por sus hombres caídos. Sólo Vercingétorix permanecía intentando organizar la retirada.

El oficial que había enviado César junto a Aulo con refuerzos, se acercó al Centurión con la sonrisa de satisfacción más grande que había tenido en su vida, le palmó la espalda y dijo:

—¿Sabes cuál es tu problema soldado? —Quinto Fabio negó sin decir nada, no estaba para reprimendas, ni sabía quién era ese hombre.

El oficial sonrió con orgullo en la mirada.

—Que eres un simple Centurión, porque si esta hazaña que acabo de presenciar la hubiera hecho un Cónsul, en Roma te colocaban una estatua el medio del foro.

Todos los soldados comenzaron a sonreír con gritos de vítores hacia su Centurión.

—¡Roma o muerte! ¡Roma o muerte! —gritaban los legionarios.

Una vez más los dioses sonreían al Centurión.

## *Campamento Romano*



## *Capítulo XXXVI*

### El final de un enemigo

Quinto Fabio llevaba varios días recuperándose de las heridas. A pesar de los insufribles dolores, ya se sentía mejor y había podido ponerse de pie y realizar tareas básicas. Apenas había recuperado el conocimiento, había ordenado que lo trasladasen a su barraca junto a sus hombres, se sentía más seguro allí, sabía que sus camaradas cuidarían de él y estaría más alejado de las miradas inoportunas. No recordaba demasiado lo sucedido, había perdido el conocimiento después de los primeros golpes, sólo algunas imágenes vagas rondaban su cabeza. Sus hombres orgullosos se habían ocupado en recordárselo a cada instante, en poco tiempo se había transformado en un héroe para los soldados, era como paladín en la lucha entre clases y el Centurión era el abanderado, algo con lo que no se sentía nada cómodo y menos aún si el que salía en su defensa era el mismo César.

Se recostó sobre el camastro boca abajo, hacía mucho calor, intentó acomodarse hacia un lado, pero los dolores se lo impedían. Necesitaba descansar un poco, llevaba días sin dormir, sólo se relajaba cuando le aplicaban una droga de plantas amargas, pero al despertar sentía la cabeza nublada, algo que no le gustaba. Volvió a recostarse boca abajo, giró la cabeza y se miró la herida que lo envolvía desde la espalda hasta pecho, era la única que podía ver bien sin necesitar el reflejo del metal. La llaga aún supuraba, la carne se había desprendido y aún tardaría en regenerarse, teniendo que mantenerla limpia constantemente.

La puerta se abrió con un sordo crujir de madera, una silueta entró si esperar invitación y se apostó en la puerta. La luz de fondo impedía reconocerlo, sólo los adornos del uniforme delataban al Legado.

—¿Has dado un buen espectáculo, soldado! —dijo con una sonrisa—, has tenido suerte que llegáramos a tiempo, sino quizás no la cuentas. ¿Cómo te encuentras? —preguntó con voz calma. Quinto Fabio se puso de pie como pudo y saludó como corresponde a un oficial. Tito Labieno hizo un gesto para que se dejara de formalismos y volviera a recostarse, aquella no parecía ser una visita formal.

—Mejor señor, gracias —contestó el Centurión, haciendo una mueca de dolor.

—Sé que no te encuentras bien, así que iré directo al grano —respondió el Legado mientras lo sujetaba del brazo para que se sentara, no había que ser médico para saber que el soldado estaba dolorido y le costaba ponerse de pie. La luz ya no entraba directa y Quinto Fabio podía ver el rostro del oficial con claridad. Le hizo un gesto y le invitó a sentarse. El oficial que también era un hombre de barracas, agradeció y se sentó junto al Centurión—. Lo que ha sucedido hace unos días, soldado, no fue del agrado del Cónsul y se siente preocupado por el ánimo de las tropas y por la unión de las mismas, —continuó diciendo.

Quinto Fabio lo interrumpió con educación diciendo:

—El ánimo de las tropas es el mejor, esperan con ansias cruzar el limes —dijo con algo de ansiedad en la voz. Tito Labieno asintió, alzó la mano para que le permitiera seguir hablando.

—No hay que ser muy listo para darse cuenta que en esta legión existen dos bandos. Tienes que saber que nosotros tenemos ojos y oídos en todas partes y tu enemistad con el Primus Pilus es un secreto a voces que nos preocupa, porque él también es un gran soldado — Quinto Fabio no decía nada, miraba avergonzado—. Sabemos que las tropas te admiran y te respetan, irían al fin del mundo si sólo se lo pidieras por eso, soldado, tengo que igualar fuerzas y nivelar los poderes.

—Disculpe señor, pero no entiendo a qué se refiere —respondió el Centurión con amargura en

la voz.

—Significa —respondió haciendo una pausa interminable—, que, a partir mañana, no ostentaras el rango de Centurión, si no que volverás a tu rango de Primus Pilus. Necesitamos los mejores oficiales para esta campaña y tus dotes de mando son excelentes.

Quinto Fabio lo miraba pasmado, no sólo que no lo degradaban a soldado raso, sino que el Legado le devolvía el rango que le había sido arrebatado hace años con la pelea con Craso. Lo que Tito Labieno le estaba proponiendo era, dejar las barracas y la compañía de los soldados y volver con los oficiales, a una vida cómoda y más placentera. El Legado se puso de pie y le estrechó la mano al Centurión, se giró y se encaminó hacia la puerta. No habría logrado abrirla cuando la voz del Centurión lo detuvo.

—¡Lo siento señor, pero no puedo aceptar! —la voz le temblaba—, mi lugar está en estas barracas con mis hombres, espero que sepa entenderlo —continuó diciendo.

Tito Labieno se giró con una sonrisa y tras una pausa agregó:

—No esperaba menos de ti Centurión, eres un hombre de primera línea y eso lo respeto. Aún así, espero que lo reconsideres —Volvió a girarse y se marchó por donde había venido.

Alana descendía una loma sujetando con fuerza las riendas de Ixo, Breogán le seguía de cerca, aún montando en su semental. El terreno se había vuelto empinado y rocoso, la marcha se había reducido a pasos lentos. Al pie de la montaña el clima era cambiante, había pasado de un calor asfixiante de la mañana a una brisa fresca cuanto más descendía el sol.

—Quizás deberíamos dejar que los caballos descansen un poco —dijo el joven. Llevaban muchas horas en la montura y el cuerpo lo comenzaba a notar.

—¡Aún no! —respondió Alana segura, ya tendremos tiempo cuando la noche nos cobije, a estas latitudes el sol se esconde temprano, tenemos que aprovechar la mayor cantidad de luz posible.

Breogán no contestó, sabía que Alana no cambiaría de idea fácilmente.

El descenso desembocaba en un pequeño valle verde, rodeando de inmensas montañas donde la nieve de la cima se resistía a abandonarla, a cada lado, sobre los pies de las mismas, grandes pinares, rodeados de flores amarillas que le daban un poco de color a la espesura verde. Alana se acercó y le ofreció un poco de pan duro, Breogán aceptó con ganas, apenas habían comido en todo el día, y engañar al estómago no era mala idea.

El sol desde hacía rato había comenzado su arco descendente, en poco se escondería detrás de las cimas y seguir el sendero, no sería nada fácil.

—Creo que podremos llegar a aquel ripio —dijo la joven señalando una abertura en la ladera —, con un poco de suerte llegaremos antes de que anochezca y podremos descansar un poco.

Breogán lanzó un suspiro alegre, aún quedaba un buen trecho, pero la sola idea de descansar un poco, le alegró la tarde.

El resto del camino fue más duro de lo esperado, la distancia era mayor de lo que pensaban y el camino se estrechaba tanto que a duras penas pasaba una persona, en más de una ocasión el caballo de Breogán estuvo a punto de deslizarse por la ladera, las rocas se desprendían generando una avalancha de piedras y tierra. El sol prácticamente se había escondido detrás de las cimas, la poca luz, alargaba las sombras de a ratos, dejando ciertas zonas en la oscuridad absoluta. Alana estaba asustada, no por ella, sino por la seguridad de su hermano, se giraba constantemente en su búsqueda, estaba arrepentida de haberlo presionado y tenía miedo de que se desplomara por el barranco y pudiera hacerse daño. Bastante después de que la luz había desaparecido del firmamento, llegaron a un claro que aquella noche serviría de cobijo, no era el lugar señalado, pero para aquella noche era lo mejor que podían esperar. El frío comenzaba apretar, algo que no

habían tenido en cuenta y sin la posibilidad de encender una hoguera la noche se esperaba larga y fría. Desplegó la piel de oveja sobre un montón de hierba seca bajo el reparo del único arbusto que crecía en la zona, Alana sentía los dedos de los pies helarse, se los frotó con delicadeza e invitó a Breogán a que se recostara junto a ella, la temperatura había variado considerablemente durante el día y un poco más de calor no vendría mal. Breogán asintió a desganadas, ya no era un niño, no necesitaba ser cobijado por su hermana, a pesar de todo, no se negó y se acostó junto a ella, en cierta manera añoraba el cariño de su hermana.

El viento gélido soplabla del oeste agrietándole la piel. La joven se había deshecho de las mantas en la huida, algo que no había tenido en cuenta para la noche. A pesar de todo la noche no fue tan dura como esperaban, Breogán se había relajado y había descansado en paz como hacía mucho no lograba.

Olix y sus jinetes siguieron la ribera del río hasta que la luna se surgió brillante detrás de las cimas, seguían desde abajo el rastro de Alana, manteniendo una distancia considerable. Seguir el rastro era considerablemente fácil, teniendo en cuenta el camino estrecho del que se desprendía habían seguido las víctimas.

El capitán había dado la orden al rastreador que bordeara el bosque y volviera sobre sus pasos, la presencia que aquel extraño merodeador no le gustaba nada, dudaba si podía ser una avanzadilla romana y eso no eran buenas noticias. Olix respiró profundo sintiendo como sus pulmones se hinchaba de aire frío de montaña, una sensación de tranquilidad le invadió el cuerpo, una sensación de paz que sólo sentía cuando se encontraba en su tierra, aquel clima era el que conocía y le gustaba. El viejo se acercó con rostro serio, algo muy normal en él, alzó la vista y señalando en un claro en lo alto de la montaña dijo:

—Han acampado en aquel descampado sobre el precipicio, a nuestra altura, pero bastante más arriba.

—¿Qué ventaja nos llevan? —preguntó el general.

El viejo alzó la vista nuevamente y sin pensar demasiado respondió:

—Media jornada como mucho, quizás menos siguiendo el sendero estrecho —Se rascó el mentón algo dubitativo.

—Debemos buscar una ruta alternativa si no queremos ser descubiertos antes de tiempo.

No habían terminado de trazar el plan cuando el rastreador apareció al trote entre los matorrales. Los tres soldados se giraron sorprendidos, a pesar de haber aumentado las precauciones no lo habían sentido llegar. El rastreador era muy bueno en su trabajo.

—¿Y bien? —dijo Olix sin dejar que recuperase el aliento.

El rastreador tragó saliva como pudo, se tomó un instante para recuperar el aliento y señalando el bosque informó:

—Un sólo hombre, quizás un desertor —Volvió a hacer una pausa y continuó—, lo he seguido durante un buen trecho y parece estar perdido, seguía la ruta al norte. ¿Quieres que me ocupe de él? — preguntó el rastreador. Olix negó con la cabeza, era poca cosa de que preocuparse en ese momento. El capitán alzó la vista una vez más en busca de sus víctimas. Alzó la mano para decir algo, cuando el rastreador lo interrumpió—. Una cosa más señor —dijo—, algo dubitativo. Olix le hizo un gesto para que hablara—. He descubierto otras huellas, huellas frescas de caballos. Al igual que nosotros siguen la ruta al norte. Media docena de hombres, quizás alguno más.

—¡Romanos! —dijo Olix preocupado. El rastreador se acercó un par de pasos, carraspeó la voz y dijo:

—¡No señor!, son de los nuestros, no sé de qué tribu, pero son guerreros galos.

El silencio se apoderó del momento, durante un instante nadie dijo nada, no era buenas nuevas,

podían ser de una tribu rival, tendrían que evitarlos si no quería combatir antes de tiempo. Olix miró uno a uno a sus hombres y tras unos segundos de silencio dijo:

—Seguimos con el plan original, por el momento, nada alterará los planes.

Titus deambulaba entre las mesas en estado de embriaguez, desde que Rómulo lo había humillado hacía unas noches, no había vuelto a estar tranquilo, llevaba días emborrachándose en la taberna y por la mañana su humor era irrisible y violento. Le acompañaban como era costumbre varios de sus hombres, hombres fieles que comenzaban a estar hartos de la actitud destructiva del Centurión.

—¡Otra jarra!, —gritó dando un puñetazo en la mesa. Los soldados de las mesas colindantes lo miraron con desprecio, después de lo sucedido con Quinto Fabio, ya no le tenían respeto—. ¡Qué miráis cabrones! —voceó. Varios hombres que se encontraban en la mesa más cercana, se pusieron de pie desafiando al oficial. Titus se acercó a la mesa con la jarra en la mano, miró a cada uno de esos irascibles soldados y con voz tambaleante dijo—: ¿Hay algún problema soldados? —Los legionarios se miraron entre ellos, reprimiendo su ira, hubiesen saltado sobre ese malnacido, pero sabían que era un superior y cómo se las traía.

La puerta se abrió con un ruido que quedó oculto tras los gritos de los alegres legionarios. Ovidus entró entre risas sujetando del hombro a su compañero; Gaius reía a desganadas, le importunaba que el Optio se metiera con él.

—Si te tengo que ser sincero amigo, ¡he yacido con mujeres mucho más feas! —dijo el Optio largando una gran carcajada—. Aunque amigo —continuó diciendo—, es muy difícil encontrar una mujer del norte tan abultada. Gaius lo miraba frunciendo el entrecejo, ya comenzaba a estar molesto.

—Fue sólo una vez, —se justificó el soldado—, además tuve que salir por la ventana porque el marido volvió antes de lo previsto —Ovidus lloraba de risa, la escena de su compañero saliendo desnudo por la ventana, le parecía muy graciosa.

—¡Si te hubieses escondido detrás de ella, seguro que no te hubiese descubierto! —gritó Ovidus arqueándose de tanto reírse. Gaius le hizo un gesto obsceno con la mano y se sentó en la única mesa que quedaba casi vacía.

—Hazme un sitio —le repechó a otro soldado que ocupaba parte de la misma, al soldado se le terminaba la paciencia.

—¡No te enfades amigo —dijo el Optio aún sonriente—, para compensar tu mala fortuna te invitaré a una buena jarra de vino, hoy no escatimaremos en gastos! —Gaius miró a Ovidus, el día anterior había sido día de paga y conociendo a su compañero, con suerte, el dinero le duraría un par de días.

Por instinto se giró en busca de Galicana como cada noche. Tras varios infructuosos segundos, recordó que la gala ya no estaba y que no volvería más. El soldado bajó la vista y le dedicó un pensamiento. Las risas que hace poco le invadían su cuerpo, se transformaron en rabia e impotencia. No siempre se habían llevado bien, pero se respetaban y en el fondo se sentía culpable por haberla involucrado. La tabernera no había tenido una muerte rápida ni digna, tras agonizar en las mazmorras había muerto por un tumor o eso era lo que se contaba. Una muerte triste para tan grande mujer. Ya no sería lo mismo, en cierto sentido le tenía aprecio.

De las cuatro personas detenidas por la huida de Breogán, sólo Quinto Fabio seguía con vida, los demás habían muerto o se habían quitado la vida, ante tan triste destino.

Tunella pasó junto al Optio y este la detuvo sujetándola del brazo.

—Traedme dos jarras del vino bueno —dijo secamente.

La camarera le respondió con una mueca de desprecio y se marchó. Desde que Galicana había

desaparecido, las cosas habían cambiado mucho. Se decía que Tunella había delatado a la tabernera y que como recompensa ahora administraba la taberna de la que se había apoderado Titus. Al Centurión la jugada no le había salido nada mal, había eliminado a varios enemigos y se había quedado con un negocio muy rentable, algo de lo que la camarera había sabido beneficiarse también. La vida en los cuarteles era dura, un día estabas arriba y otro no estabas más.

—¡Odio a esa zorra! —dijo Gaius viendo la expresión de su compañero. Ovidus asintió—. Antes o después me la pagará— Ovidus, también ajustaría cuentas.

Entre jarra y jarra la noche se hizo amena, el alcohol comenzaba a afectarle el habla y la sonrisa no se le quitaba de la cara. Ovidus estaba contento. Contaba cómo había desplumado a varios soldados a los dados, anécdota que repetía siempre cuando comenzaba a estar ebrio.

La taberna estaba abarrotada, había tantos soldados que los legionarios gritaban para hacerse oír. Las camareras no daban abasto, y a pesar de haber duplicado el personal, optaban por cobrar al momento evitando que se fueran sin pagar. Ante tanto aforo, las grescas se habían convertido en habitual. El alcohol y el roce nunca había sido una buena combinación y sin la tabernera que pusiera orden, todo empeoraba.

Titus se había ocupado personalmente de eliminar la competencia. Desde que había entrado en un negocio tan rentable, las demás tabernas terminaban en llamas o clausuradas. Nada se hacía sin su consentimiento y varios mandos recibían una pequeña parte del negocio; a cambio trabajaba tranquilo. Cualquier mercader de esclavas tenía la obligación de ofrecerle las chicas primero a él. Titus elegía las más guapas a un precio más que razonable, para dejarle las migajas a los demás, casi lo mismo con el vino donde el Centurión fijaba los precios. Si un legionario quería yacer con alguna esclava o emborracharse. El Centurión se beneficiaba.

El ruido de un altercando al fondo hizo que la sala quedara parcialmente en silencio. Ovidus alzó la vista y distinguió varios de sus hombres que se enfrentaban con otro legionario, tras prestarle más atención, reconoció a Titus, que se pavonaba altanero insultando a sus soldados. Otra vez volvían a verse.

Gaius miró a su compañero, lo conocía desde siempre y sabía cómo iba a reaccionar, lo que estaba a punto de suceder. No auguraba nada bueno.

—¿Que vas a hacer? —le pregunto. Ovidus lo miró arqueando las cejas. Todavía tenía presente el castigo a Quinto Fabio, algo que tardaría mucho en quitar de sus retinas.

Se puso de pie tambaleando y se fue acercando a la otra mesa a los empujones. Los soldados a verlo venir, abrían paso, la sala estaba abarrotada.

El olor a vino rancio mezclado con el sudor de los legionarios viciaba el aire, Titus frunció la nariz.

—¡Escorias! Volved a sentaros o mandaré a que los saquen con una buena tunda —gritó Titus a los soldados que permanecían de pie. Ovidus se acercó con paso lento.

—¿Sucede algo? —preguntó con arrogancia en la voz.

—¡Nada señor! —respondieron los soldados, conocían al Optio y su poca paciencia, no se atrevían a desafiarlo. Titus lanzó una carcajada grotesca.

—¡Ha venido vuestra madre a defenderos! —gritó para hacerse oír entre los demás soldados. Ovidus lo miró con desprecio, odiaba a ese cabrón; si no fuese un oficial lo hubiese tumbado de un puñetazo en ese mismo instante—. ¿Y tú que miras? —le reprochó al Optio. Ovidus escupió al suelo y se giró para marcharse, sin contestar. Todo seguía tenso y Titus seguía siendo su superior—. ¡Márchate! —continuó diciendo el Centurión—, eres un cobarde como Quinto Fabio—Ovidus que había dado un par de pasos, se detuvo.

—¿Cobarde? ¡El cobarde eres tú que te escondes bajo tus galones y te refugias tras tus

hombres!

—¿Quieres pegarme? —lo desafió el Centurión con una sonrisa.

—Nada me daría más placer —contestó Ovidus dándole la espalda. Titus ya no sonreía.

—¡No te he dado permiso para marcharte, soldado! —ordenó, pero Ovidus lo ignoró y comenzó a caminar rumbo a su mesa.

Los soldados miraban perplejos, el Optio seguía desafiado a un superior.

—¡No me des la espalda! —Volvió a gritar Titus, pero ante la negativa de Ovidus en detenerse, optó por arrojarle el contenido de una jarra en la espalda. Ovidus que había llegado al límite de su paciencia, se giró y con la rapidez de una gacela, le propinó dos puñetazos que lo desplomó sobre la mesa. Los gritos de vítores de los soldados hicieron enfurecer aún más al oficial que desenfundó la espada y cargó contra el Optio. Ovidus esquivó el ataque como pudo, sujeto una silla como escudo y comenzó a retroceder esquivando las estocadas. Estaba desarmado, lo único que podía hacer era defenderse en retirada. Titus furioso volvió a cargar una vez más, pero Ovidus en un movimiento rápido, bloqueó la estocada con la silla y contrató con otros dos golpes en el rostro.

Los gritos de los legionarios festejando era ensordecedor, por fin le daban su merecido al Centurión, algo que muchos anhelaban desde hacía tiempo. Titus arrodillado sangraba por la nariz, estaba fuera de sí, los soldados lo desafiaban con gritos e insultos.

—¡Cogedle! —gritó Titus a sus hombres—. ¡Que no escape! —Los soldados se lanzaron sobre el Optio derribándolo de inmediato. Ovidus se revolvía como podía, pero la superioridad de sus enemigos, se lo impedía—Llévalo fuera —gritó el Centurión—, me ocuparé personalmente de él—. Lo despellejaré sin piedad.

Los hombres comenzaron a arrastrar a Ovidus hacia la puerta, sólo se detenían para propinarle puñetazos al Optio que se revolvía como podía. Los legionarios impotentes, lo increpaban, pero no se atrevían a intervenir.

## *Campamento Romano*

## *Capítulo XXXVII*

### Morir no es tan malo

Los primeros rayos a floraban como espadas incandescentes; el calor que irradiaban daba un pequeño respiró a la piel curtida por el frío de la noche anterior. Daba comienzo a una nueva jornada que auguraba ser calurosa. Con los ojos aún cerrados se desperezó, añorando remolonear un poco más, había sido una noche apacible, después de tantas jornadas de marcha le apetecía descansar sin prisas. Se centró en el canto de los pájaros, que aquella mañana, la invitaban a despabilarse antes de lo habitual, algo inusual pero que le agradaba. Estiró los brazos y respiró profundo, intentando llenar de aire los pulmones, se sentía cómoda.

El aullar de una manada de lobos hizo que terminara de despertarse sobresaltada. Alana lamentó afligida. En su cultura despertar con el lamento de lobos no era buena señal. Un mal augurio de desgracias o una muerte anunciada; algo que el druida había insistido en que prestara atención. Sin duda era una señal de los dioses.

—¡Despierta Breogán! —susurró a su hermano. Se sentó sobre la manta y se frotó los ojos, había tenido náuseas toda la noche y se sentía algo pesada—. ¡Despierta holgazán! —Le insistió con más dulzura.

Volvió a respirar profundo, el viento rozaba las ramas produciendo un sonido fantasmal. Alana miró el cielo. Protegidos bajo la frescura de la mañana, era un buen momento para ponerse en marcha. Breogán miró a su hermana mal humorado, juntaba energías para ponerse en marcha y encarar un nuevo día que no le apetecía en absoluto, algo en su interior le daba a entender que no sería una jornada normal. No se había incorporado cuando un golpe en la cabeza lo hizo tumbarse de nuevo. El joven se retorció del dolor, aturdido y desorientado. Intentó levantarse, pero fue inmovilizado de inmediato, las imágenes iban y venían desenfocadas en su cabeza y sus fuerzas habían desaparecido tras el primer golpe.

—¡Quédate quieto bastardo, o te cortaré el cuello! —gritó una voz aguda es su mismo idioma, una voz que le resultó familiar pero no supo identificar.

Alana se incorporó de un salto, pero al instante fue reducida por dos hombres que la tumbaron a los golpes. Tirada boca arriba con los pies y las manos sujetas, intentaba soltarse, lanzaba patadas y mordiscos como una fiera acorralada. La presión sobre sus antebrazos, le hacía daño hasta tal punto que pensó que se la partirían.

—¡Soltadme bastardos! —gritaba furiosa—. Soltadme si no queréis que les corte el cuello—. ¡Los mataré uno a uno! —insistía.

Breogán aturdido había sido maniatado, permanecía boca abajo, revolviéndose como un pez fuera agua.

—¡Atadle los pies! —ordenó uno de los atacantes—. ¡Recordad que esta zorra es peligrosa! —Se sentó sobre su pecho sujetándole los brazos con sus piernas, se agachó a su cuello y con voz firme le susurró—: ¡Como no te quedes quieta destriparé a tu hermano y luego me divertiré un buen rato contigo, zorra! —Acercó la boca a la blusa y le arrancó la ropa, dejando su desnudez al descubierto.

Ovidus permanecía de rodillas con las manos sujetas a la espalda, había recibido una buena golpiza y por las risas de sus atacantes presagiaba que todavía no se habían divertido lo suficiente.

La parte trasera de la taberna estaba desierta, sólo los hombres de Titus que se entretenían con Ovidus, rompían la calma de la noche que auguraba ser larga. El Optio alzó la vista desafiante, un



hilo rojo caía desde su ceja pintando todo su rostro. Los pómulos hinchados y amoratado apenas le permitían ver, no tenía miedo, Ovidus nunca se rendía.

—¡Sois unas perras cobardes! —gritaba—. ¡Soltadme! ¡Por Castor y Pollux, y les daré su merecido, uno a uno!

Titus, que recién salía de la taberna, se había perdido parte de la paliza y no se quería quedar sin su premio.

La luz de una antorcha parpadeaba haciendo la escena aún más tétrica. Se acercó con calma y sujetó al Optio del cabello. Disfrutaba viendo su rostro roto e hinchado. Ovidus lanzó una blasfemia y le escupió el rostro, manchándole de sangre y saliva. El Centurión se limpió con el antebrazo y respondió con un rodillazo en la cara, que hizo que el Optio cayera desplomado. Esta vez recuperarse le costaría más, Ovidus permanecía de rodillas inconsciente. Titus lo sujetó del cabello, acercó la cara a su oído y le susurró:

—Hoy por fin saldaremos cuentas, te despellejaré tan lentamente que suplicarás que te mate. Acabaré contigo y luego iré por Quinto Fabio y su zorra, no me gusta dejar las cosas a medias.

El Optio, intentó soltarse para contratacar, pero le fallaban las fuerzas, las costillas rotas se clavaban en su pecho y apenas le permitían respirar. El cantar de los soldados desde la taberna hizo que sonriera, era la canción de su unidad, y por lo despreocupado de la melodía, auguraba que no vendrían en su ayuda.

Titus sacó la daga y se la acercó al cuello, presionó con lentitud hasta que la punta se clavó, provocándole una pequeña pero profunda herida que rápidamente comenzó a sangrar. Disfrutaba verlo sufrir, como un lobo jugando con su presa herida e indefensa. Tener el control sobre la vida y la muerte, le daba un placer que no podía controlar.

—¡Ya me estoy aburriendo! —dijo con cara de asco, Ovidus ya no se defendía y eso le quitaba emoción—. Es hora de poner fin a tu castigo.

Titus lo miró por última vez, ya no estaba disfrutando, alzó la mano para lanzar la estocada, cuando el silbido de una lanza lo hizo girarse rápidamente. El metal impactó violento contra su mano, provocando que soltase la daga y se tambalease retrocediendo varios pasos. Los guerreros alertas, soltaron al Optio, y desenfundaron sus espadas rodeando al Centurión.

—Creo que esto es entre nosotros —dijo una voz que Titus reconoció de inmediato. Quinto Fabio aparecía, abriéndose paso entre sus hombres, les seguían de cerca Gaius y dos oficiales de su unidad, hombres incondicionales con él y con su compañero. Ovidus dibujo una mueca en forma de sonrisa, una vez más el Centurión iba en su rescate. Quinto Fabio se acercó a los hombres de Titus y ordenó —: ¡Soltad las armas y dispersaros! Titus replicó alzando la mano para que se mantuvieran firmes en su actitud. Los soldados se miraron confusos. La calma de la noche se había roto y los murmullos de los soldados, no auguraban nada bueno. Quinto Fabio se acercó dos pasos más, hasta quedar a unos pocos centímetros de los legionarios rebeldes, firme y altanero demostraba autoridad. Apoyó la mano en la empuñadura y volvió a gritar—: ¡He dado una orden soldados, soltad las armas y haceros a un lado ahora mismo, no lo repetiré una vez más! —Los hombres, esta vez no dudaron, guardaron sus espadas y se hicieron a un lado, dejando un pasillo entre los dos centuriones. Pocos osaban a desafiar una orden del Quinto Fabio y salir ileso para contarlo. Una tenue brisa sacudía las ramas, haciéndolas bailar al ritmo de la luz de la lámpara. La tensión se palpaba en el ambiente, Titus se miró la mano, la lanza arrojada le había producido una herida, que a pesar de no ser profunda dolía cantidad—. ¡Suelta a mi hombre! —ordenó Quinto Fabio. Titus no se inmutó, lo miraba fijo como si esas palabras no fueran con él.

—¡Esto es algo entre él y yo! —Se justificó Titus, la valentía que había demostrado con Ovidus, se desvanecía con cada palabra—. Amenazó de muerte a un superior y eso es algo que en

la legión no se puede permitir.

Un silencio lúgubre se hizo en el ambiente, los murmullos cesaron, esperando el menor gesto que desatara la violencia. Quinto Fabio dio la orden y sus hombres comenzaron a desatar a Ovidus, que a pesar que se había recompuesto, seguía sangrando. Gaius cortó la soga y con la ayuda de su compañero lo alejaron, sentándolo contra la pared. Titus amagó a anteponerse, pero Quinto Fabio le cortó el paso. Otra vez estaba siendo humillado, las sonrisas de sus hombres demostraban el poco respeto que ya le tenían. Siempre que se enfrentaba a Quinto Fabio, salía mal parado. Preso de ira, cargó contra el Centurión que se había acercado a ver a su compañero. Lo arrebató por la espalda. El primer golpe impactó en la nuca haciéndolo trastabillar, el segundo pudo evitarlo con un movimiento rápido de cintura.

Los soldados dudaron en intervenir, era algo personal y sin una orden, se mantendrían al margen. Quinto Fabio giró sobre sí mismo, y con la misma fuerza lo empujó haciéndolo impactar contra la pared. Titus cayó de rodillas con el rostro magullado, sentía el pecho latir con cada respiración, como si el corazón quisiera salirse del cuerpo. Quinto Fabio aprovechando su mayor musculatura, volvió a atacar golpeándolo en el rostro, sin piedad. Los secuaces de Titus quisieron a intervenir, pero Gaius y sus hombres se lo impidieron, espada en mano.

—¡Como deis un paso más, esta noche dormiréis con vuestros antepasados! —gritó el soldado desafiante.

Los gritos que alteraban la noche habían hecho que los soldados salieran de la taberna. Permanecían atónitos ante el espectáculo que daban los centuriones más condecorados de la legión. La voz se corrió como una plaga y en pocos minutos decenas de hombres contemplaban el duelo de oficiales.

Titus de rodillas intentaba recomponerse, miraba impotente como los soldados se reían de su desgracia. Muchos habían sufrido su cólera y ahora disfrutaban de una alegría que le daba la vida, en forma de golpiza.

—¡Lárgate de aquí! —ordenó Quinto Fabio—. Esto ha sido suficiente, no es un espectáculo digno de oficiales. Titus no escuchaba palabra alguna, seguía de rodillas hundido en su desgracia, era la segunda vez que alteraba sus planes y lo dejaba en evidencia.

La calma de esa noche, se había transformado en un enjambre de hombres que buscaban venganza o diversión. La calle estaba abarrotada, los soldados se abrían paso a empujones, provocando algún que otro altercado. La situación estaba polarizada, cada soldado había tomado posición para uno de los bandos.

Gaius miraba sorprendido, la voz había llegado al campamento y en pocos minutos un reguero de soldados cruzaba las murallas rumbo a la cantina. No era buena señal, no pasaría demasiado tiempo hasta que aparecieran los altos mandos a imponer disciplina.

Para Titus no todo estaba perdido, numerosos soldados se habían reagrupado junto a sus hombres, algunos tenían cuentas que saldar y otros sólo buscaban la gracia del Centurión que pagaba bien los favores. Las fuerzas se igualaban y la nueva seguridad adquirida no auguraba nada bueno.

—¡Dispersaros! —gritó Quinto Fabio—. ¡Largaos, ahora! —repitió. La situación se estaba haciendo cada vez más incontrolable, nadie deponía su actitud y en ciertas zonas habían comenzado los primeros golpes. Quinto Fabio no podía permitir más violencia, alzó la espada y dio la orden a sus hombres que le siguieran. Los soldados de Titus, lo comenzaron a abuchear, que al grito de cobarde recobraban valor. Rehusar un desafío, no estaba bien visto, era signo de debilidad. Titus se volvía a ver con fuerzas, cogió la daga del suelo y se lanzó sobre el oficial desprotegido. Quinto Fabio trastabilló, cayendo sobre su compañero herido. El grito de los

soldados era ensordecedor, aullaban como hienas en busca de sangre. Los insultos y enviones iban a más, muchos aprovechaban la situación para saldar cuentas espada en mano. Titus volvió a atacar rajándole la espalda desde el hombro hasta la cintura, la camisa se abrió dejando las antiguas heridas al descubierto. Quinto Fabio apenas se podía mover, el peso de Titus lo aplastaba. Otra vez lo atacaba a traición, tan rápido y mortal que apenas había podido reaccionar. No había sabido eliminar su enemigo y ahora se volvía en su contra.

—¡Nunca me des la espalda! —gritó Titus viéndose vencedor, lo aplastaba con tanta fuerza que las venas de las manos se le hinchaban como ríos morados. Gaius quería intervenir, pero la presión de los soldados no le permitía moverse, sus hombres habían dispersado antes los altercados que cada vez se hacían más violentos. Titus golpeaba sin piedad, la sangre del Centurión empapaba su pecho tiñéndole el rostro de rojo, sabía que no tendría otra oportunidad, y no la desperdiciaría—. ¡En breve estarás muerto! —gritó para hacerse oír. Luego iré por tu zorra, me divertiré tanto haciéndole daño que rogará no haberte conocido. No había terminado de reír cuando un brillo metálico, surcó el aire seccionándole la yugular de cuajo. Los gritos de los hombres cesaron como en una gran interpretación de una obra de teatro. Todo había sido tan rápido que no lo había visto venir. Ovidus se había cobrado su venganza, desde el suelo y con las pocas energías, había destripado el Centurión con su propia arma. Titus se revolvía entre burbujas de sangre, intentando llenar los pulmones, nadie se acercó a ayudarlo. Todos comenzaron a retroceder, la muerte de un oficial era un delito grave, algo que nadie quería verse involucrado y menos aún por un vil, que muerto no tenía ningún valor. Ya que no le debían ningún respeto, había muerto como había vivido, ¡sólo!

El viejo druida se paró sobre el acantilado a centímetros del precipicio, una racha de aire agitó la capa como un fantasma que huye de su desgracia ante la inmensidad de aquel paisaje. Ante sí los grandes bosques de la Galia, verdes, floridos, salvajes... y detrás, las montañas en toda su majestuosidad. Alzó la mano en busca de una señal que lo guiara. Desde aquella posición podía vislumbrar los límites de su tierra, una tierra que pertenecían a su tribu desde siempre, una tierra donde el dios Dada imponía su voluntad y donde el desafío romano amenazaba con destruirlo todo.

—¡Oh dios regenerador de vida! —gritó el anciano con los brazos en alto—. ¡Dios que con tu poder iluminas el cielo creando vida a esta tierra, dame la fuerza para cumplir tu misión y guíame para no fallar tu voluntad!

Antar se descubrió la cabeza, los largos cabellos blancos, se arremolinaban siguiendo la trayectoria del viento delatando su incipiente calvicie. Cerró los ojos, una placentera sensación de calor le invadió el cuerpo, un sentimiento de bienestar que reconfortaba su alma. Se centró en el sonido del viento acariciando las ramas, poco después el gazar de un ave resonó a la distancia. Alzó el báculo, apuntando hacia el ave que giraba errante sobre su cabeza. Dos ráfagas intensas sacudieron su túnica enredando los cabellos en su frente, Antar había entrado en trance.

El sol se escondió detrás de la única nube para emerger poco después fuerte y altanero, alzó la cabeza, dos gotas frías impactaron sobre su frente en un cielo libre de agua. «Es una señal», pensó. Dos cuervos negros como el carbón, volaban cada vez más cerca, giraban en círculos volando en perfecta sincronización; subían y bajaban girando sobre su cuerpo, esperando el momento de caer sobre su desprevenida presa.

El sol volvía a brillar con fuerza, las aves rodearon el bosque en grandes círculos para luego girar en ángulos más estrechos justo por encima del hilo de humo que delataba una hoguera. El druida asintió satisfecho, los dioses habían hablado, señalaban un camino en un océano de árboles tupidos.

—Es hora de ponernos en marcha —dijo el anciano, se acercó al semental blanco y lo acarició con delicadeza. Ajustó las riendas y lo montó de un salto. A pesar de la edad era sumamente ágil, el caballo agitó la cabeza, lo volvió a acariciar y se tranquilizó. Antes de partir volvió a centrar la mirada sobre aquel punto humeante, por algún motivo los dioses lo enviaban allí, cerró los ojos, apretó las piernas y el animal comenzó el descenso a paso lento.

Kaeso se sentía perdido, después del encuentro con los rastreadores galos, no estaba seguro que rumbo seguir, la idea de volver al campamento le pareció la más justa, había hecho todo lo posible y el haber defraudado al Centurión, le revolvió las tripas. «¿Qué más puedo hacer?», se preguntó. Estaba decepcionado, se consideraba un buen rastreador, pero desde que había partido, en ningún momento había estado seguro que seguía realmente la pista de Alana. Se acercó a la hoguera y lanzó un par de troncos secos, el humo se alzó formando un camino serpenteante hasta el cielo. Alzó la vista, ante sí, un mar de hojas y tras ellas, las inmensas montañas nevadas. «¿Dónde ir?», se preguntó, tras el encuentro con los galos había optado por esconderse y a partir de allí, no estaba seguro que ruta era la conveniente. Volvió a centrarse en el firmamento, sobre él dos inmensos cuervos, giraban sobre su cabeza, Kaeso arqueó los hombros desconcertado, miró alrededor, nada que comer.

—Si buscáis comida, no la vais a encontrar —gritó, como si pudiera comunicarse con ellos. Comenzó a reír—. No hay comida ni para mí —continuó diciendo. Una ráfaga de viento sacudió las ramas bruscamente, se acomodó el cabello, dos gotas frías cayeron sobre su frente, alzó la vista—¿Sólo dos gotas? —gritó, como si Neptuno le fuese a responder.

El calor de aquella mañana era apremiante, se sentó durante un tiempo y tras meditarlo, llegó a la conclusión de que era hora de volver. Se arrodilló, removió la tierra, cavó un hoyo y con la ayuda de una rama, escondió las cenizas humeantes, no era bueno dejar rastro, no estaba en territorio seguro, mejor ir con cautela. Se acercó al caballo que pastaba cerca de él, le acarició el lomo y le acomodó las pertenencias, desde que había tenido el encontronazo con los guerreros, no lo había vuelto a desensillar, tenía que estar listo ante una eventual huida, mejor eso que estar muerto. Delante de sí, volver a cruzar el bosque, varias jornadas de marcha esquivando bandidos y patrullas romanas, no vaya a ser que lo confundan con un desertor y la suerte que lo acompañaba hasta el momento, lo abandonase de la manera menos sospechada. Miró por última vez el cielo en busca de los cuervos, pero ya no estaban, como ellos, abandonaría ese paraje y volvería a la seguridad del campamento.

*Aldea de Brigoles la Galia*

## *Capítulo XXXVIII*

### Un pueblo en juego

Los guardias se hicieron a un lado dejando pasar a la esclava, Beilén les agradeció con una sonrisa sensual y se detuvo impaciente a que le abriesen la puerta. Miró alrededor, seis hombres apostados en la entrada y otros seis en la puerta principal, Crixo se tomaba la seguridad de esa habitación muy en serio.

El guardia desbloqueó las trabas y empujó lentamente para que se abriera, Beilén le agradeció con un guiño, algo que al guerrero no le pasó desapercibido, le devolvió la sonrisa y la acompañó con la mirada mientras entraba. La joven era realmente cautivadora, un premio demasiado elevado para un simple soldado de la guardia del rey. Beilén disfrutaba jugando con ellos y ellos se esmeraban en satisfacerla, con paso lento se acercó a la cama, depositó la comida sobre un pequeño taburete y se arrimó a la joven que permanecía recostada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Alana la miró con desprecio, se arrastró para incorporarse, pero la atadura del pie se lo impidió. Beilen encendió una lámpara de aceite, apenas había claridad, las ventanas habían sido tapiadas por orden del general, sólo unos trazos de luz se filtraban entre la madera, dando algo de luminosidad a la sala. Alana maldijo a la esclava que se había acercado con un poco de agua, las sogas le apretaban agrietándole la piel. Desde que llegó hacía dos noches, había sido maniatada y sólo la desataban para poder orinar. Beilen se sentó en el borde de la cama y apoyó la mano en el hombro de la joven, Alana intentó apartarse, pero no pudo—. Te aflojaré un poco las ataduras —dijo con una sonrisa.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó. Beilen negó con la cabeza, era algo que desconocía, pero haría todo lo posible por averiguarlo. La esclava le dedicó una sonrisa para que se relajara, le recogió el cabello y la ayudó a incorporarse—. Tienes que comer un poco —dijo. Alana negó, desde que había llegado apenas había bebido agua, no le apetecía comer nada, la incertidumbre sobre su futuro la mataba por dentro. Beilen se acercó a la bandeja y le entregó un trozo de queso—. Aunque no te apetezca, tienes que comer, ya no estás sola —le insistió. Alana la miró intrigada, se miró el vientre, pero apenas se le notaba. Beilen sonrió—. No soy bruja —dijo intuyendo su curiosidad—, se te nota en el rostro —agregó, se levantó para coger un cuenco con agua y se lo dejó junto al plato—. No soy tu enemiga, estoy aquí para ayudarte, así que mejor que comas, necesitarás estar fuerte.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó Alana. Beilen no contestó, Cogió un trozo de pan y se lo acercó a la joven que comió lentamente—. Ahora debo irme —dijo—, me vigilan, recuerda que aquí no estás sola, hay mucha gente que sigue siendo fiel a tu padre.

No se había acercado a la puerta cuando el ruido de las trabas anunció una nueva visita, Beilen se hizo a un lado y la puerta se abrió.

Crixo entró acompañado de dos de sus hombres, le hizo un gesto y estos retrocedieron hasta la puerta. El general permaneció un instante contemplando a la joven, rostro serio y postura altanera, como era costumbre en él.

—Puedes irte —le dijo a la esclava que permanecía inclinada. Beilen asintió y se marchó rápidamente.

—Eres muy escurridiza —dijo el general sin inmutarse, Alana permanecía en silencio—. ¿Sabes porque estás aquí? —continuó diciendo, Alana no contestó—. Estás aquí porque te necesito para mis planes —dijo con una sonrisa—. Es hora de cumplir la voluntad de tu padre, así que no te acomodes demasiado, en breve te haré mi mujer y todos mis problemas se habrán

solucionado.

Alana intentó soltarse llena de rabia, se revolvía como una leona enjaulada, lanzó un insulto e intentó agredir a Crixo.

—Jamás me casaré con un bastardo como tú —replicó la joven—Antes tendrás que matarme —Crixo la contemplaba con mirada de superioridad y victoria, puso los brazos en jarra y con una gran sonrisa dijo—: Ya verás cómo cambias de idea cuando te traiga a tu hermano desmembrado en una bandeja de plata. Tu vida y la de tu gente ya no les pertenece, harás lo que se te diga, sino sufriréis las consecuencias. Puedo hacer que tu vida sea un infierno —Se arregló el cabello y se marchó sin decir nada. La puerta se cerró con un estruendo sordo, dejando a la joven sola en sus pensamientos.

Una pareja de estorninos entró por la abertura en la paja del techo, planearon hasta la biga central que sostenía la cabaña y comenzaron a alimentar sus crías que piaban hambrientas en el nido. Breogán lo miraba afligido, disfrutaban de una libertad que la mala fortuna otra vez le arrebató, se arrastró hacia la pared y cerró los ojos, la visión de su Alana fue lo primero que le vino a la mente, si a él lo trataban con tanta dureza, como la debían de estar tratando a ella. Se sentía mal, el hecho de no haber podido defenderla le entristecía, por primera vez en mucho tiempo, se volvió a sentir un niño.

Estiró la mano y recogió un trozo de leño de suelo, cogió una piedra afilada y con mucha cura comenzó a darle forma. En algo se tenía que entretener, desde que había llegado había estado sólo, se le prohibía cualquier contacto con el exterior, a excepción de los interrogatorios que cada mañana le sometían los hombres de Crixo. Se miró el antebrazo, estaba lleno de magulladuras, se tocó el rostro siguiendo el rastro con los dedos, no se lo podía ver, pero por el dolor que sentía cuando se tocaba, no debía de estar en muy buenas condiciones. Dibujó una sonrisa, no temía a los golpes, temía lo que le pudieran hacer a su familia, era algo que no podía controlar y sacaba toda la ira de su interior.

Aquella mañana se habían presentado antes del alba, al abrir la puerta, el cielo estrellado delató la hora, esta vez no habían sido demasiado complacientes, lo despertaron a los golpes y habían amenazado con quemarlo con un hierro incandescente, Breogán sonrió, lo querían marcar como al ganado. Los guardias se empezaban a cansar de no recibir información alguna, algo que pensaban que Breogán tenía pero que no lo quería compartir, pero la realidad era bien diferente, no sabía nada de ejércitos ni de conspiraciones, ni planes para derrocar a nadie. El gorgojeo del ave, le hizo volver de sus pensamientos, miró el trozo de leño que había tallado y asintió satisfecho, no era la mejor arma, pero un trozo de leño afilado podría servir como improvisado puñal, al fin y al cabo, era mejor que nada.

La luz que se filtraba por las ranuras dibujaba caminos zigzagueantes como una lluvia de flechas en el fragor de la batalla. Breogán se puso de pie y se acercó a la pared, se inclinó y comenzó a mirar por uno de los tantos agujeros de la estancia, en un principio la luz le cegó, pero cuando el ojo se acostumbró, pudo vislumbrar el centro de la aldea de su tierra natal. En seguida reconoció las casas colindantes y un poco más allá, detrás de la taberna, la que había sido la casa de su padre, nada había cambiado, ya había pasado muchos meses desde que se lo habían llevado y a pesar de estar prisionero, sintió la calma de volver su hogar.

Se recostó en el catre y cerró los ojos, no había pasado demasiado tiempo cuando el ruido de unos pasos anunció una visita. Breogán dudó un instante, una segunda visita de los guardias el mismo día era poco probable y la comida la traían una sola vez y por la noche. Se sentó sobre el lecho y escondió el puñal detrás de su espalda, si volvían a hacerle daño esta vez se defendería. Lo que hubiese dado por que fuera su padre, que la puerta se abriera y se fundieran en un abrazo

como cuando era un niño, suspiró afligido sabía que no era así y que eso no iba a suceder nunca más. Los pasos se detuvieron frente a la puerta, pero esta no se abrió, tras un instante de silencio un trozo de arcilla asomó por debajo, poco después los pasos se marcharon en silencio. Breogán tuvo que mirar varias veces para darse cuenta de lo que había debajo de la puerta, era un mensaje. Se puso de pie de un salto y se acercó a la entrada, lo recogió y se lo escondió bajo la ropa. Alguien quería ponerse en contacto con él, quizás después de todo no estaba sólo en aquel lugar.

Aquella mañana las legiones había formado desde primera hora del alba, la avanzadilla había partido de madrugada para despejar el camino y el reguero de carros que acompañaba a la legión se habían puesto en marcha poco después. Era un espectáculo ver la infinita fila serpenteante de carros que se dirigía hacia las montañas, eran tantos y tan largas, que sería imposible contarlas. Quinto Fabio como cada vez que comenzaban una nueva campaña estaba nervioso, sentía un hormigueo en el estómago y su mal humor crecía. En breve cruzarían el limes y se adentrarían en territorio enemigo. Les esperaba una campaña dura, interminables jornadas de marcha, pocas horas de sueño y lidiar con eventuales ataques enemigos.

Ovidus se acercó con pasos rápidos, había sido uno de los primeros en ponerse en marcha mucho antes del alba, conociéndolo seguramente no había dormido demasiado, le gustaba tener todo controlado y al igual que su centurión no estaba tampoco de buen humor.

—La unidad está pronta —dijo secamente, Quinto Fabio asintió, era algo que ya sabía y se había asegurado personalmente. Conociendo al optio sus hombres estarían listos desde hace horas. Alzó la vista y miró al cielo, ni una sola nube en el firmamento, lo que auguraba una jornada calurosa y asfixiante. Retrocedió unos metros hasta situarse sobre una roca en la explanada, desde allí podía contemplar el mar de soldados dispuestos a partir, delante de sí su centuria y detrás, el resto de las legiones. Los superiores habían sido explícitos en las órdenes, las legiones debían partir de inmediato, marchando según su antigüedad, era una tontería agotar a los hombres formando durante horas, cuando delante de sí, tenían muchas horas de marcha.

Quinto Fabio miró al Optio, estaba impaciente, no le gustaba esperar demasiado, preferían la acción. Se acercó y le palmeó la espalda, Ovidus sonrió.

—Partiremos en breve —dijo, el Optio asintió.

Todavía estaban frescas las marcas de su encononazo con Titus, algo que, para suerte de todos, había quedado en un leve castigo de unas pocas noches en el calabozo. Los generales habían hecho una investigación exhaustiva, pero como sabían, nadie delataría a Quinto Fabio, le debían demasiado respeto. A pesar de las quejas y la insistencia de Rómulo, la muerte de Titus había quedado como una barulla en la taberna. Para los presentes, Quinto Fabio sólo se defendió. Los generales no querían echar más leña al fuego, ni crear más malestar entre las tropas, al fin y acabo había sido bueno para todos, ellos habían perdido un buen soldado, pero los hombres estaban tranquilos y ya no había dos bandos, todo volvía a la normalidad.

El viento de las montañas levantó una tenue polvareda haciéndolo estornudar dos veces, el optio alzó la vista y señaló un jinete que se acercaba al galope. Un legado recién llegado a la legión se acercó y dio la orden de ponerse en marcha, Quinto Fabio se golpeó el pecho y comenzó a movilizar las tropas. Los legionarios comenzaron a desplazarse en formación y con movimientos coordinados, giraron hacia la calzada y tras la sombra del Optio, se encararon hacia las montañas. Delante, diez horas de dura marcha cargando con veinte kilos de avituallamiento. Sólo se detendrían cuando llegasen al descampado para montar el campamento y no por mucho tiempo, ya que tendrían que cavar las fosas y preparar las empalizadas, un trabajo arduo que realizarían día tras día. Ovidus se acercó con una sonrisa.

—¿Sabes dónde será nuestro primer destino? —Quinto Fabio negó. —Iremos rumbo a



Brigoles según lo que tengo entendido. ¿Sabes que aldea es esa? —continuó diciendo, el centurión asintió—. Con un poco de suerte Alana se encuentra allí, podrá huir antes que lleguen las legiones y arrasen con todo.

Crixo mandó reunir aquella mañana, toda la cúpula militar, como era costumbre estaba preocupado, el ambiente en el pueblo estaba enrarecido y a pesar de la presencia de los hijos del rey, se intentó que pasase desapercibida, se había corrido la voz y la noticia estaba en boca de todos. Los aldeanos estaban desconcertados ante la incertidumbre de la situación de la joven y su hermano. Muchos temían que el general se deshiciera de ellos y que las posibilidades de continuar la antigua estirpe desapareciese; para otros, la presencia de los hijos del rey daba un poco de esperanza para los que querían poner fin a la tiranía del nuevo líder. Sea como sea, Crixo debía andar con cuidado, era consciente que no gozaba de mucha popularidad, sólo el ejército le era incondicional, aún así, sabía que todo podía cambiar de un momento a otro. Las ejecuciones de posibles detractores se habían multiplicado y la población andaba con mucho cuidado de no verse involucrada en ningún tipo de conjura.

Se sentó en la mesa y se sirvió una buena copa de vino, los oficiales le imitaron y alzaron la copa en un improvisado brindis que a todos le supo un poco amargo. Aquella mañana, los centinelas de las montañas habían informado que las legiones se habían puesto en marcha y lo más probable que el primer destino fuese Brigoles. —Tenemos que tomar una decisión —dijo Crixo algo preocupado—, en pocas jornadas, tendremos frente a nuestras puertas más de sesenta mil legionarios, dispuestos a todo.

—¡Le presentaremos batalla! —gritó una voz desde el fondo de la sala. Todos se giraron, pero nadie respondió, sabían que era una idiotez, ellos eran buenos soldados y muy valientes, pero los superaban enormemente en número, aunque luchasen con toda su furia y los dioses les sonriesen, no durarían más de unas pocas horas con vida.

—He informado a la confederación de tribus —dijo el general con un poco de amargura en la voz—, todavía no tenemos respuesta, pero lo más probable es que nos aconsejen que la población se refugie en las montañas y que el grueso del ejército se encamine hacia el norte y se una a las demás tribus en las tierras de los Averno —Los soldados lo miraban perplejos, abandonar la aldea era sin duda una decisión terrible, la vida en las montañas era sumamente dura y aunque se llevasen todas las provisiones, no tendrían suficiente comida para resistir más de unos pocos meses—. No tenemos otra opción —continuó—, dejaremos una buena escolta para persuadir a los cazadores de esclavos y otros pocos más para que patrullen los caminos de montaña en busca de información.

—¡Los ancianos no resistirán demasiado en las montañas! —dijo uno de los oficiales de más alto rango. Crixo negó, para agregar con la voz entrecortada—. Ellos tendrán que quedarse, no hay suficientes alimentos para todos y pondrán en peligro la supervivencia del resto de la comunidad —Un silencio fantasmal se hizo en la sala, tener que abandonar a cientos de ancianos y tullidos, era algo que iba en contra de la costumbre de la tribu, algo que nunca se había hecho y hundía la moral de los valientes guerreros. Abuelos y heridos que no durarían con vida una semana cuando se presentaran los legionarios a las puertas de la ciudad, para ellos no tenían el más mínimo valor. Crixo carraspeó y alzó la cabeza—. Esto no es todo —agregó—, tendremos que quemar todo lo que no nos podamos llevar, no podemos dejar nada que les pueda ser de utilidad, arrasaremos los campos, las casas, quemaremos todo, ellos necesitarán alimentos y no seremos nosotros los que se lo suministremos —El murmullo se alzó en la sala y poco a poco se fue transformando en gritos de disconformidad como nunca antes había sucedido. Los oficiales discutían a viva voz, golpeando la mesa y maldiciendo a los romanos. Lo que el general proponía era deshacerse de todo aquello por

lo que estaban luchando, renunciar a sus mayores, sus casas, su modo de vida, algo que muchos de los presentes no estaban dispuestos a perder, preferían morir antes que quedarse sin nada.

Los gritos no permitían escuchar nada, los guerreros debatían a gritos una situación insostenible. Algunos de los oficiales enemistados se insultaban al punto de llegar casi a las manos. Crixo se puso de pie y pidió calma, tuvo que mantenerla en alto un buen rato hasta que los ánimos se calmaron lo suficiente para poder retomar la palabra.

» Si nos quedamos, nuestros hijos y mujeres serán asesinados de todas formas, en el mejor de los casos terminarán de esclavos de algún rico romano o prostituta en algún antro de Roma, ¿es eso lo que queréis? ¡Yo Jamás permitiré eso! —gritó dando un puñetazo en la mesa. Poco a poco los ánimos se fueron calmando, lo que decía el general era cierto y todos los sabían, a pesar de que no le gustase, era lo mejor para todos—. La decisión está tomada, ordenad ahora mismo movilizar a la población, partiremos en dos lunas. Recoged cualquier cosa que pueda servir de alimento, cargad lo imprescindible y quemad el resto. Ahora necesitamos sobrevivir y esta es la única posibilidad viable —Los guerreros presentes no se animaban a levantar la cabeza, era un deshonor que a muchos le costaba asumir.

—Una cosa más —agregó Crixo, ya un poco más animado—, como sabéis los hijos del antiguo rey se encuentran bajo mi poder. Antes de partir con las tropas, me desposaré con Alana, como era la voluntad del rey, afianzaré mi poder y silenciaré a los detractores. Será una ceremonia pública, aunque escueta. ¡No permitiré ninguna objeción a mi liderazgo! —gritó.

—¿Que harás con ellos? —Se animó a preguntar un oficial. Crixo se mantuvo un instante en silencio para contestar—. Al bastardo lo eliminaré enseguida y a su hermana, primero me dará un sucesor, luego ya veré qué hago. Confío en vuestra discreción y estad atentos a cualquier cambio o rumor en la aldea. ¿Puedo contar con vuestra discreción?

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono, se pusieron de pie y se marcharon por donde habían venido.

*Aldea de Brigoles la Galia*

## Capítulo XXXIX

### No todo está perdido

Se acercó hacia uno de los huecos del muro, la luz que se filtraba le permitía ver con algo más de claridad, se frotó los ojos cansados y se arrimó la tablilla para poder leerla con más facilidad. *«Haré algo que no será de tu agrado, lo haré porque te amo, en breve serás libre. Alana»*. Breogán lo había leído tantas veces y, como cada vez que lo leía, no podía más que llorar. Se secó las lágrimas con las manos sucias dejando surcos negros en el rostro magullado. Miró la tablilla una vez más, no le apetecía deshacerse de ella, era un trozo de su hermana que aún permanecía con él. ¿Qué era lo que tendría que hacer Alana que tanto le avergonzaba? Esa pregunta le rondaba la cabeza desde que la había recibido días atrás.

Miró arriba en busca de los pájaros que tanta compañía le hacían, cogió un trozo de pan, trepó y lo depositó sobre la viga para que se alimentasen. Esos pequeños polluelos le daban el poco de esperanza que tanto le hacía falta. En pocos días habían sacado sus primeras plumas, eran tan graciosos y feos que le costaba entender que con el tiempo se transformasen en un ave tan bonita. La madre ya no se alteraba cuando se acercaba, le permitía verlos siempre a una distancia considerable, igualmente Breogán prefería que no estuviera presente.

Aquella mañana el calor era insoportable, las gotas de sudor caían por su frente ensuciándole, aún más, el rostro. Se recostó sobre la piedra en busca de un poco de frescor que le propiciaba el suelo, no tenía mucho que hacer, pero sí, mucho que pensar. Unos golpeteos a la distancia anunciaban nuevamente visita, los guardias ya se habían presentado aquella mañana y la esperanza de que fuese otro mensaje de su hermana, hizo que se pusiera de pie ansioso. La puerta se abrió con un crujir metálico, la puerta golpeó la pared haciéndolo estornudar. La esperanza de recibir el mensaje se desvaneció en el momento que tres guardias entraron por la puerta.

—¡Hoy te toca dar un paseo! —dijo uno con una sonrisa, Breogán retrocedió un par de pasos asustado—. Eso no es todo —dijo el carcelero.

—Nos han ordenado que te pongamos guapo —replicó el compañero, dejando entrever unos dientes negros y astillados. Breogán no había asimilado las palabras cuando el más alto le encajó un puñetazo que lo tumbó contra el suelo. Sorprendido y dolorido sólo atinó a recoger la tablilla que se había hecho añicos contra el suelo, arrastró los pedazos con el brazo y los escondió bajo su cuerpo. Los guardias no le permitieron incorporarse y comenzaron a atizarlo con saña; apenas pudo cubrirse la cabeza y recibir los golpes con la mayor entereza posible.

El picoteo de las aves era el sonido que lo acompañaba en esos momentos, como un reclamo de piedad para aquel joven que recibía las palizas cada vez más seguidas. Durante rato se divirtieron con él, que tumbado sollozaba de angustia e impotencia. Apenas podía detener los golpes, sentía la sangre chorrear por su boca, mojando el suelo de aquella apestosa celda.

—Creo que ya ha sido suficiente —dijo el guerrero más alto—, tampoco hay que dejarlo tan bonito —agregó mientras reía a carcajadas. Se acercó con pasos lentos a Breogán, que permanecía tumbado cubriéndose aún la cabeza, lo sujetó del cabello y lo obligó a enderezarse, lo empujó contra la pared y le ató las manos detrás de la espalda.

—Sí que me han dejado guapo —pensó Breogán con una mueca en forma de sonrisa, le costaba respirar, apenas podía abrir los ojos, y estaba seguro que le habían partido la nariz.

—¡Muévete! —ordenó el guerrero mientras lo llevaba a empujones hacia la puerta.

La luz diurna le obligó a cerrar los ojos, caminaba a ciegas guiándose por las voces o por algún empujón que le hacía rectificar el rumbo. Los moretones y la hinchazón habían transformado

su rostro en el de una bestia deforme de algún infierno desconocido, apenas podía abrir los ojos y sentía el sol clavarse como agujas en su piel resquebrajada.

Caminaron durante un trecho esquivando la zona centro de la aldea, por lo poco que podía ver no se habían cruzado con nadie, los carceleros evitaban las miradas indiscretas.

Breogán llenó los pulmones con un poco de aire puro, exhaló lentamente disfrutando de cada bocanada de aquel aire de montaña. Aquella sensación le dio un poco de paz a su cuerpo dolorido, volvía a sentir aire de su tierra, aquel que le había sido arrebatado durante tanto tiempo.

—¡Muévete! —ordenó el guardia. Breogán intentaba mover los pies lo más rápido posible, pero una punzada en una pierna se lo impedía, arrastraba el pie dejando un surco en la tierra seca. Caminaron un trecho más por un camino empinado de cantos rodados blancos, que brillaban bajo aquel sol intenso de aquella calurosa mañana. Breogán intuyó que se encontraban cerca de la zona de los carpinteros, el olor a cuero y brea quemada se lo confirmaba. Un olor inconfundible, que cualquiera que hubiese estado allí, aunque fuese una sola vez lo reconocería. No necesitaba ver, conocía la aldea de memoria, podía repetir el camino sin abrir los ojos, nada había cambiado y eso era algo que le hacía sentirse más seguro.

Caminaban hacia el sur por un estrecho camino despejado, el sol matutino que golpeaba su espalda se lo confirmaba. Atravesaron un arroyo y pasaron cerca de la cascada «roja» que sonaba imponente arrastrando las aguas del deshielo. Ahora estaba seguro donde estaba, no había demasiadas chozas en esa zona, un paraje inhóspito y poco visitado donde nadie querría estar. Eran las tierras altas, un terreno escarpado donde sólo se encontraban las cabañas malditas.

Abrió los ojos para confirmar su deducción, no se sorprendió, ante sí, un conjunto de casas maltrechas alineadas juntas, unidas por un gran pasillo que desembocaba a una casa más grande y alta que las demás. Un conjunto de habitaciones donde aislaban las personas que contraían algún tumor o enfermedad contagiosa, un lugar prohibido, donde nadie podía estar y los que pasaban por allí, pocas veces volvían.

Se detuvieron ante un grupo de guardias que custodiaban la zona, el más alto sujetó a Breogán y lo inspeccionó mientras los demás se reían de su mal estado. Inspeccionaban las contusiones y debatían quien lo había hecho mejor. A Breogán no le importó, podía descansar un poco y así su pierna se lo agradecía. Poco a poco se fueron olvidando de él, la inminente invasión romana, ahora mismo, centraba todos los comentarios. El guardia de los dientes podridos, aburrido por la banalidad de la conversación, dio por terminado el descanso. Sujetó al joven del hombro para que se incorporase y lo empujó hacia la puerta que daba a un gran pasillo central. Lo detuvo uno de los guardias de la entrada, miró a Breogán con pena, lo conocía desde niño, que lo maltratasen así no le gustaba, era un guerrero y como tal, tenía honor. Algo en lo que su general últimamente andaba escaso. Breogán pudo intuir que esa situación no le divertía, abrió la puerta y lo ayudó a entrar sujetándolo del brazo.

Caminaron por el pasillo flanqueados por soldados de ambos lados, voces familiares que no pudo reconocer en ese instante. El pasillo desembocaba en una puerta grande al final de la galería, la habitación principal con varios soldados apostados. La puerta se abrió con un destello de luz, un empujón, hasta caer de rodillas.

Quinto Fabio encabezaba la marcha acompañado por Ovidus, llevaban más de cinco horas caminando y todavía no estaba previsto que se detuvieran para descansar. Tenía las piernas agarrotadas, la falta de entrenamiento y los últimos episodios habían dejado su cuerpo bastante maltrecho. Ovidus se había percatado de ello y a pesar de que él tampoco estaba en su mejor forma, la diferencia de edad le favorecía.

—Te estás volviendo viejo —dijo el Optio dejando ver los pocos dientes que le quedaban.

Quinto Fabio sonrió, lo miró sin girar la cabeza y contestó:

—Este viejo te ha salvado el culo en más de una ocasión y todavía puede darte una buena paliza. Los legionarios que marchaban detrás, al oír el comentario, comenzaron a reír, algo que al Centurión no le hizo ninguna gracia. Quinto Fabio aceleró el paso, algo que Ovidus intuyó y lo imitó hasta quedar alejados varios metros de los soldados.

—¡Dime! —dijo el Optio adelantándose a su superior, lo conocía tan bien que podía saber cuándo estaba preocupado por algo. Quinto Fabio, mantuvo un instante en silencio, hasta que se animó a hablar. —¿Que se sabe de Kaeso? —pregunto serio. Ovidus negó afligido.

—No sabemos nada desde que se marchó —agregó—. Tampoco de los hombres que envié tras su pista. Son buenos rastreadores, si está con vida lo encontrarán, les he pagado muy bien y les he prometido lo que no tengo si lo traían con vida —Quinto Fabio afirmó satisfecho—. Hay algo más —dijo el optio. Quinto Fabio lo miró intrigado—. Estaba buscando el mejor momento para decírtelo —comenzó diciendo—. Anoche, después de montar el campamento, nos relajábamos jugando a los dados con soldados de nuestra unidad, después de unas partidas, se sumaron jinetes de la avanzadilla que conozco de la campaña anterior, debían partir en breve así que aprovecharon para relajarse con algo de vino —Quinto Fabio lo miraba con interés—. Me informaron que ese mismo día tuvieron el primer encontronazo con las tribus de la zona. Los guerreros galos superados en número, intentaron huir hacia las montañas, pero ante la imposibilidad de escapar optaron por el enfrentamiento —Quinto Fabio escuchaba atento—. Al ser un puñado de guerreros mal equipados, derrotarlos, fue fácil. Después de varias escaramuzas y algunas bajas, lograron capturar a varios de ellos. A pesar de las ganas de sangre, el centurión tuvo la brillante idea de dejar con vida a alguno, para conseguir información.

—¿Y eso que tiene que ver con nosotros? —preguntó el centurión que perdía la paciencia. A Quinto Fabio le gustaba recibir la información sin tantas dilataciones. El Optio dudó un instante y tras un momento de silencio continuó el relato—. Los guerreros que han sido capturados son de la tribu de Alana —hizo una nueva pausa y con la voz entrecortada dijo —: Hay novedades importantes que deberías saber y mucha información adicional que me han negado. Te recomiendo que te adelantes a hablar con ellos antes que decidan cortarles el cuello.

—¿Dónde están? —preguntó Quinto Fabio—. Esta vez Ovidus no tardó en responder.

—Custodiados por soldados de la novena —dijo señalando un grupo de carros, que como hormigas, se encaminaban tortuosos hacia el horizonte.

Quinto Fabio permaneció con la mirada al frente aislado en sus pensamientos. Se ajustó el casco y sujetando a su amigo del hombro dijo:

—Asegúrate que estén con vida esta tarde, pide hablar con el centurión Fulvio Negrino, él me conoce y no se va a negar. Dile que quiero hablar con ellos, ¡ve, date prisa! Negrino no es de perder el tiempo con sus prisioneros. Ovidus se despidió con un gesto y aceleró el paso para reunirse con las tropas de vanguardia. No había tiempo que perder, los soldados de la novena no se destacaban por ser piadosos con los enemigos.

Quinto Fabio miró el cielo celeste y despejado, alzó la cabeza en busca de la ruta que debían seguir. A lo lejos una gran fila de legionarios serpenteaba como hormigas, rumbo a las montañas. Una fila interminable de hombres, carros y jinetes organizados a la perfección. Las famosas *“Mulas de Mario”*, una copia exacta uno del otro. Roma había industrializado la guerra y en eso residía su poder. Quinto Fabio miraba las legiones admirado, la perfección es absoluta, cada cierto espacio las unidades se repetían una y otra vez en su organización, hasta completar los sesenta mil hombres que el cónsul comandaba. Roma se tomaba la guerra en serio, cada soldado tenía su valor y la república no escatimaba en gastos. «¿Cómo no sentirse seguro, entre esos

hombres?»), se preguntó.

El Centurión ya había estado tras el *limes* y a pesar de todo lo sucedido, había conocido a Alana, aquella princesa salvaje que le había salvado la vida y le había robado el corazón. «¿Dónde estará?», se preguntó, una sensación de vacío le invadió. Todo lo que habían planeado, las noches juntos se habían difuminado, la idea de pasar el resto de su vida juntos, cada día parecía más lejano. Era como si los dioses jugaran con ellos. Quinto Fabio no perdía la esperanza, cuando se recostaba intentaba recordar su olor. Se imaginaba recorriendo su piel con los dedos hasta que los labios se fusionaban en un beso que prometía unirlos para siempre.

No había pasado demasiado tiempo cuando Ovidus apareció montando un semental manchado, tiró de las riendas hasta que el caballo se detuvo, alzando una gran cantidad de polvo. El centurión agachó la cabeza y tosió un par de veces, la nube de polvo lo envolvió incrustándose púas en su nariz. Ovidus sin desmontar se acercó al oficial, su caballo agitado zapateaba aún nervioso. Lo incitó a que se acercara y le ofreció la mano para que montara.

—Sube, no tenemos demasiado tiempo —dijo con la voz entrecortada—. El centurión de la novena nos da cinco minutos, los prisioneros ya no le son de ninguna utilidad y les han dado la orden de liquidarlos.

Quinto Fabio tomó del antebrazo a su compañero y de un gran salto montó a su espalda, Ovidus fustigó al animal y partieron al galope hacia las filas de vanguardia. La nube de polvo se alzaba como un huracán hacia las primeras filas, los soldados se hacían a un lado al oír los cascos del caballo que galopaba frenético, Ovidus no le aflojaba el paso a pesar de los gestos e insultos de los legionarios obligados hacerse a un lado de manera violenta.

La escena que se encontraron no era demasiado alentadora, en un árbol junto a una gran roca, dos guerreros desnudos se encontraban colgados con los brazos, sus pies apenas rozaban el suelo y los brazos entumecidos, se les desgarraban bajo su peso. Quinto Fabio saltó del caballo cuando todavía no se había detenido, con la envión se aproximó a uno de los prisioneros que intentaba mantenerse de pie como podía. Ovidus lo imitó y se unió a su superior sin soltar las riendas del caballo.

Quinto Fabio contemplaba con pena a los guerreros que anhelaban la espada para poner fin a su sufrimiento; no habían sido piadosos con ellos, la cantidad de golpes y heridas lo confirmaban.

Alzó la mano y con un gesto serio ordenó al guardia que desatase al más joven. El legionario dudó un instante, había recibido órdenes contrarias y no sabía cómo reaccionar.

—¿Te lo tengo que repetir, soldado? —volvió a insistir el centurión que perdía la paciencia. El soldado bajó la cabeza y argumentó:

—Señor, me han ordenado que no los suelte bajo ningún concepto. Mis órdenes son claras, debo esperar a que finalice su interrogatorio y acabar con ellos para volver con mi unidad.

Quinto Fabio se acercó hacia el soldado que aún dudaba si su argumento había sido lo suficientemente convincente, se arrimó a unos centímetros de su cara y gritando colérico replicó:

—¿Cómo lo tenga que repetir una vez más, el que va a terminar colgado de ese árbol serás tú!

El soldado esta vez no lo dudó, la fama de Quinto Fabio era más que conocida, sabía que el centurión no perdonaba la insubordinación y no dudaría en tomar represalia.

—¡Sí señor! —respondió de inmediato, se subió a la roca y cortó la soga dejando caer el guerrero pesadamente sobre la hierba.

Quinto Fabio lo sujetó del brazo y lo ayudó a incorporarse, el guerrero galo intentaba recuperar el movimiento de los brazos. El centurión hizo un gesto para que el legionario se alejara y con voz conciliadora preguntó:

—¿Hablas mi idioma? —El soldado, un joven que no debía tener más de dieciséis años,

asintió con la cabeza. Muchas de las tribus limítrofes hablaban algo de latín, acostumbrados a comerciar con las legiones y con comerciantes romanos.

—Trae agua —ordenó Quinto Fabio a Ovidus, que entendiendo sus intenciones se apresuró a obedecer. El guerrero en un principio dudó si beber, miraba a su compañero aún colgado y la culpa le carcomía, al final la sed fue más fuerte y bebió lentamente, sin alzar la cabeza por vergüenza.

—¿De qué tribu eres? —preguntó el Centurión, recogiendo el agua que le devolvía el guerrero, el galo alzó el cabeza agradecido para contestar.

—De una pequeña aldea, llamada Brigoles —Quinto Fabio afirmó satisfecho. Ovidus permanecía atento a cierta distancia, no podía oír la conversación, pero por los gestos del soldado galo, sabía haría lo posible por no morir. El centurión se sentó junto a el guerrero y comenzaron a hablar durante un rato, a pesar de que su latín no era nada fluido, Quinto Fabio había aprendido algunas palabras en su idioma, algo que hizo que el soldado se relajara y pudieron entenderse sin demasiadas dificultades. Mientras dialogaban con cierta cortesía, las legiones pasaban desfilando a su lado, algo que al soldado no le pasó desapercibido, esa marea de soldados daba realmente miedo, era mucho más imponente de lo que se imaginaban. El legionario que custodiaba se estaba impacientando, la cercanía entre soldados rivales no le gustaba, al fin y al cabo, sería el responsable si las cosas no salían como le habían ordenado. Esperaba la orden del centurión, pero Quinto Fabio lo ignoraba. Tras varios minutos de conversación, se acercó a Ovidus y le pidió que le entregara su caballo, se agachó y recogió la ropa del guerrero y se la entregó junto a las riendas. Quinto Fabio, volvió junto al guerrero y con voz complaciente, dijo—: ¿Entregarás el mensaje? —El soldado asintió, recogió la ropa y se acercó a su compañero que agonizaba aún colgado, lo tocó con cautela y le dijo unas palabras que sólo ellos pudieron entender.

Se vistió a duras penas y saltó sobre el caballo para montarlo, algo que el custodio intentó impedir, pero al que Quinto Fabio apartó de un empujón. Montó de un salto, apretó las piernas y salió al galope intentando alejarse lo más lejos posible de las legiones que marchaban hacia la guerra.

Quinto Fabio se arrimó al custodio que había quedado desparramado, le ofreció la mano y le ayudó a incorporarse, una vez en pie, dio la orden que desatara al otro guerrero, algo de lo que dudó, pero finalmente aceptó. Al fin y al cabo, él sólo recibía órdenes, no estaba allí para debatirlas y Quinto Fabio había dejado claro cómo se las traía.

El ruido de los cascos y la polvareda que levantaban los caballos lo hizo volver en sí, Ovidus se apartó de la carretera y se acercó a su compañero que todavía intentaba digerir las palabras del guerrero. —¿Y bien? —Preguntó el centurión, alzó su cabeza entristecido y respondió—. No son buenas noticias amigo, ya habrá tiempo para ponerte al día, asegúrate que el guerrero sea liberado, entrégale su ropa y que se marche —Ovidus asintió y se apresuró a obedecer.

Alana sentada sobre la cama, cogió un trozo de queso que le habían traído aquella mañana, todavía no había comido nada en todo el día y realmente le apetecía. Había perdido mucho peso y lo poco que comía lo terminaba devolviendo. Necesitaba un poco de aire fresco, Beilen había conseguido que destapiaran un poco las ventanas y había algo de brisa, aunque le parecía poco. Cogió otro trozo y se lo acercó a Beilen, que sentada detrás suyo, se esmeraba en desenredarle el cabello, eso le tranquilizaba, le hacía sentirse un poco como en casa. La esclava negó dulcemente y continuó interrogándola.

—Cuéntame más —insistió.

Alana se sonrojó, la sujetó de la mano y continuó su relato.

—Es muy apuesto y dulce, es un guerrero valiente y sus hombres le respetan más que a nadie.



Cuando estoy con él siento que nadie me puede tocar—Alana cerró los ojos, se calló por un instante y entre lágrimas agregó—: realmente lo extraño, quizás nunca más lo vuelva a ver, es como si los dioses se esmeraran en separarnos, quizás mi destino está aquí y mi deber es hacer lo que no quiero —Beilen la besó con dulzura, se recostó junto a ella y la abrazó. La esclava no sabía lo que era el cariño y menos aún el amor, era muy dura, pero si hubiese podido hubiese llorado con ella. Su vida había sido diferente, a pesar de que nunca había gozado de libertad, vivía bien y dentro de todo se sentía una afortunada. Alana le devolvió el abrazo acercándole sus manos al pecho. Desde que la esclava había entrado en su vida, se sentía acompañada. Beilen había logrado convencer a Crixo que le permitiera un poco de libertad, las condiciones de cautiverio habían mejorado considerablemente y ya no permanecía atada a la cama. La esclava había sido hábil cautivando al general, sin duda había sabido combinar su belleza, su astucia y su innata sensualidad.

El ruido de la cerradura hizo que la esclava se alejase de un salto, Alana la imitó mientras se secaba los ojos enrojecidos por el llanto. Beilen había insistido en que no era conveniente que percibieran afinidad entre ambas, delante de los demás mantenían la distancia. La puerta se abrió de un golpe que retumbó con un gran eco, una nube de polvo se alzó de la pared que se desprendía por el impacto. Alana se alejó ante la violencia de la escena, dos guardias aparecieron sujetando un cuerpo inerte y lo arrojaron al suelo delante de ella. A la princesa de Brigoles no le tomó demasiado tiempo descubrir que aquella persona era su hermano. De inmediato y como un rayo, saltó sobre él sujetándolo con mucho cuidado.

—¿Qué le habéis hecho hijos de perra? —gritó la joven—. ¡Los mataré uno a uno! —continuó gritando. Breogán alzó la cabeza dejando ver el rostro completamente magullado, tosió dos veces y agregó:

—Estoy bien hermana, no te preocupes por mí, peor le han quedados sus puños —dijo con una sonrisa. A Alana, aquel comentario, hizo que su ira se descontrolase, apoyó con cuidado a su hermano en el suelo y se abalanzó sobre uno de los guardias que permanecía mirando atónito a Beilen. La patada en la entrepierna hizo que cayera de rodillas, la joven giró rápidamente y le propinó otro golpe en la nuez provocando que el soldado caído se desesperara por respirar. Un golpe que le había enseñado el centurión y que la joven había aprendido muy bien. Cuando Alana intentó atacar al otro soldado, éste fue más rápido sujetándola con dureza de los puños. La joven intentó resistir, pero poco a poco se fue arrodillando por el dolor. El soldado sonriente alzó la mano para darle un golpe, pero una voz conocida lo obligó a soltarla.

—¡Suéltala, ahora! —ordenó Crixo. El soldado obedeció alejando a la joven de un empujón. El general se aproximó a Breogán que permanecía recostado y sin dejar de mirar a Alana apoyó un pie en su cabeza, presionando con fuerza—. Puedo acabar con él ahora mismo —dijo con la soberbia que lo caracterizaba—, o peor aún —continuó diciendo—, puedo hacer que su vida sea un infierno, todo depende de ti y de cómo te comportes. En dos días te desposarás conmigo y como quieras huir o intentes algo, lo despellejaré personalmente y lo dejaré para que se lo coman los buitres —Beilen se acercó y abrazó a Alana que lloraba desconsolada, algo que en otro momento no hubiese hecho y que dejaba en evidencia la complicidad entre ambas—. ¿Y bien? —preguntó Crixo. Alana estiró la mano para intentar tocar a su hermano, respiró profundo y con la voz entrecortada dijo:

—Lo siento hermano, lo haré por ti y por los nuestros, sé que algún día me lo perdonaras, lo hago por amor, lo siento —Breogán desde el suelo, se dio por vencido, cerró los ojos y una lágrima inundada en tristeza, cayó de su rostro.

*Aldea de Brigoles la Galia*

## *Capítulo XL*

### El fin de un sueño

El aire estaba más fresco de lo habitual, algunas ráfagas de aire sacudían los árboles ofreciendo un poco de respiro a aquella calurosa jornada. Brigoles estaba florecido a pesar de que las lluvias que azotaban en aquella época del año, se negaban a venir. El bosque estaba tupido de hermosos colores que regalaban la cantidad de flores silvestres y pequeños arbustos, donde los insectos se daban un festín, a la espera del duro invierno. La jornada era cálida, luminosa y colorida. Uno de los sirvientes a cargo de la organización, se acercó al círculo de flores que debía adornar la unión aquel día, un círculo verde con tonos rojos que decoraba la antesala donde la pareja uniría sus manos. Se agachó y recogió unas ramas del suelo, debía dejar todo lo más despejado posible a la espera que los contrayentes aparecieran de un momento al otro.

La decoración no era demasiado ostentosa, se habían seguido los dictámenes básicos para cumplir con la tradición. Estaban en época de guerra y para Crixo era un mero trámite para afianzarse en el poder, tenía cosas más importantes de que preocuparse, sobre todo teniendo en cuenta que gran parte de la población y su ejército habían partido hacia las montañas hacía días, sólo unas pocas decenas de personas, la mayoría ancianos, permanecían en la aldea para ser testigos y dar veracidad a la misma.

El joven sirviente llamó a una mujer que traía una cesta de frutas, la miró con picardía y le solicitó la cinta que debía unir las manos de los contrayentes, algo que la joven se apresuró a entregar, cogiéndola de su abultado escote, el mozo le guiñó el ojo y al pasar por su lado le tocó las posaderas, a lo que la mujer respondió con una sonrisa cómplice y se marchó rápidamente en busca de su marido que había salido de caza aquella mañana.

—Creo que estará todo pronto —se dijo el criado, miró a dos esclavas que estaban decorando los círculos de flores y las reprendió por la poca delicadeza con la que acomodaban los adornos; a pesar de que la boda no era del agrado de nadie, él se estaba jugando el cuello. Una bandada de pájaros comenzó a revolotear por encima del círculo de flores, el joven alzó la vista y permaneció mirándolo atónito ante la perfección y la sincronía del vuelo. «¿Será un presagio?», se preguntó, arqueó los hombros y se marchó rumbo a la cocina donde aquella tarde se debía servir el banquete que acompañaba a la ceremonia.

Crixo se acercó al druida que debía oficializar la unión, le dijo unas palabras que apenas entendió y se marchó rumbo al centro de la aldea, le seguían de cerca dos de sus mejores hombres. El sacerdote lo acompañó con la mirada y volvió junto a su ayudante que aprendía los oficios divinos. El viejo debía de tener más de sesenta años, apenas oía y cada vez más le costaba permanecer de pie. Ante su enemistad con los sacerdotes locales, Crixo había decidido mandarlo a buscar a una aldea cercana, un viaje que el anciano había sufrido y no quería repetir. Como todos, el druida quería poner fin a la farsa y volver a su choza donde descansaba y permanecía aislado de los problemas políticos. El ayudante cogió el báculo y se lo acercó al anciano que lo esperaba impaciente, lo sujetó del brazo y se encaminaron hacia la entrada del bosque donde se debía realizar la alianza. El anciano caminaba a paso lento, flanqueado por un centenar de personas y dos centenares más de soldados. Alzó la vista ante el silencio de los presentes, algo que le pareció muy inusual y que no le pasó desapercibido.

Crixo lo esperaba junto al círculo de flores, un círculo alto como el soldado, que resaltaba ante la elegancia del general con su vestimenta de gala. El anciano caminaba mirando al jefe galo que se impacientaba ante la lentitud del viejo. El general vestía una camisa clara, sobre esta, un

peto de cuero decorado a forma de armadura, lucía la espada en su cintura y una capa que a pesar del calor, le daban una apariencia formidable. El anciano siguió caminando hasta situarse junto al gran árbol que proporcionaba algo de sombra, golpeó dos veces el bastón y dio la orden de comenzar la ceremonia. El general respondió con un gesto y dos de sus hombres se apresuraron a ir en búsqueda de la novia.

Alana apareció poco después acompañada de Beilen y custodiada por seis soldados, caminaba lenta hacia el círculo de flores, donde la esperaban Crixo y el anciano. El druida alzó la cabeza y miró a la joven, la belleza de su vestimenta contrastaba con la frialdad en su rostro oculto tras un velo transparente, el anciano bajó la mirada y entendió que esa boda no era del agrado de nadie. Alana caminó hasta situarse a la izquierda del general, Crixo dio un paso hacia ella y le descubrió el rostro.

La princesa estaba radiante, un largo vestido verde con media mangas que terminaba con fruncido blanco decorado con símbolos, un delicado cinturón que resaltaba su hermosa figura y dejaba entrever una panza que comenzaba a ser evidente. Alana no brillaba a pesar de su belleza exterior, la tristeza en su rostro era evidente. Sus cabellos rojizos habían sido decorados con una corona de flores dando luz a las pecas que recorrían todo su cuerpo.

El ayudante del viejo alzó la mirada para contemplar la belleza de la novia, algo que al druida no le gustó demasiado pero no pudo impedir. Alana no dejaba indiferente a nadie.

—Acercaros —susurró el anciano. Los presentes tuvieron que esforzarse para entender las palabras que apenas se oían.

Una nube apareció dando un poco de sombra a aquel cielo que poco antes lucía despejado. El anciano alzó la vista buscando una señal, la bandada de pájaros continuaba girando sobre su cabeza, intentó enfocar para distinguir el ave, pero su vista ya no era la de antes, no se esforzó demasiado, miró a los presentes y comenzó la narración. —Nos hemos reunido ante el círculo sagrado para unir dos almas, dos almas gemelas que deberán afrontar el camino de la vida juntos, como un sólo cuerpo indivisible. Solicitamos con humildad a los elementos que guían nuestra vida su bendición. Aire, fuego, agua y tierra, cuidad de esta pareja y renovadla cada día con vuestra energía regeneradora.

Los testigos dieron un paso hacia delante, se esforzaban en descifrar sus palabras, que cuanto más transcurría la ceremonia, más tenues se hacían, algo que a nadie le importaba demasiado, pero era parte importante en la tradición.

—Acércate —solicitó a Alana, estiro la mano y la cogió con afecto junto a la suya. Sentía sus dedos temblar, algo que le pareció triste pero que no podía controlar. Miró al rostro de la joven, una lágrima cruzaba su mejilla hasta frenarse en la comisura de sus labios, una lágrima cargada de dolor que no auguraba nada bueno. El druida cerró los ojos y volvió a centrarse en el rito. Aclaró la voz y comenzó a relatar—: Que cada persona aquí reunida llame a este rito sagrado, a este sitio consagrado, a los poderes que nosotros conocemos como las fuentes del amor y de la inspiración. Tomemos unos momentos para ponernos en armonía y poder abrirnos del todo hacia la importancia de este momento —El anciano hizo una pausa y tosió un par de veces, el ayudante intentó intervenir en su ayuda, pero el viejo, lo apartó bruscamente—. Crixo y Alana —continuó con el relato—. ¿Acudís a este lugar por voluntad propia, libremente? — Ambos asintieron, aunque las palabras tardías de Alana parecían desvanecerse ante lo desolado de su futuro—. Honremos ahora las cuatro direcciones cardinales de nuestro mundo, para que sus bendiciones sean traídas a esta pareja y a sus descendientes.

Un viento frío surcó el aire haciendo que Beilen se estremeciera, cruzó los brazos y se los frotó. El clima estaba cambiante, algo muy inusual en aquella época del año. El anciano sujetó a

los novios de las manos y los acompañó al círculo sagrado.

» ¡Espíritus del este, espíritus del aire! —reanudó el anciano—. ¡Dejadnos sentir vuestro aliento en el rostro! —De repente como un augurio de desdicha, un golpe de aire sacudió el suelo envolviendo los presentes en un torbellino de polvo y hojas. El anciano cerró los ojos y volvió a toser con más fuerza. Cada vez se sentía más incómodo, nada le gustaba de lo que sucedía aquel día. Crixo inquieto, le hizo un gesto para que se diera prisa, nadie ya, quería permanecer allí. Era hora de finalizar con la farsa y volver a su poblado—. ¡Entonces sed bendecidos por los poderes del este! Que juntos encontréis la libertad del vuelo por el aire de las montañas, que vuestra unión florezca en cada nuevo amanecer. ¡Espíritus del sur, espíritus del fuego, dejadnos sentir vuestro poder! —Las palabras del viejo no habían concluido cuando dos relámpagos iluminaron el cielo, acompañados poco después por un ensordecedor trueno. El anciano se sobresaltó, eso no era nada bueno y por consiguiente, daría finalizada la ceremonia saltándose los dos restantes puntos cardinales. Al anciano ya le daba todo lo mismo, se limitaría en enlazar las manos y que los dioses se lo reclamaran en la otra vida. Estiró el brazo y juntó la mano derecha de Crixo junto a la izquierda de Alana. La novia no podía disimular su desagrado al sentir su piel, tuvo que utilizar todo su acopio para no soltarlo y salir corriendo. Detestaba que aquel hombre la tocara y ahora le estaba entregando su alma y su cuerpo. El ayudante viendo la prisa de su mentor, se apresuró en entregarle la cinta que llevaba envuelta sobre una bandeja. El viejo la desenrolló con cuidado y la alzó para que los presentes la pudieran ver, esta vez sí, con voz más imponente, daba comienzo la parte final de la ceremonia que debía unir las dos manos que representaban la unión de sus almas.

Se sentó sobre una roca con la mirada perdida, contemplaba las llamas que bailaban al ritmo del errante viento. Kaeso estaba agotado, abrió la alforja y cogió un trozo de carne que había sobrado de la noche anterior, miró a su acompañante y le ofreció un trozo. El joven negó sin decir palabra.

—No eres muy hablador —dijo el legionario en tono burlón, el compañero lo miró, pero de nuevo calló. Desde que apareció hacía dos días, no había hablado y Kaeso tenía dudas de que conociera su idioma.

Pinchó el trozo de carne con una rama y la acercó al fuego para darle un poco de calor, realmente no le apetecía demasiado, pero algo tenía que comer.

Descolgó del caballo una manta y la desplegó junto a un árbol, se recostó y comenzó a recordar el encuentro con aquel extraño anciano. No estaba seguro si había sido una buena idea seguir los dictámenes del viejo, pero no tenía nada que perder, si lo hubiesen querido matar, a estas horas sería comida para las alimañas.

—¿Quién es la persona que debemos cuidar? —preguntó Kaeso. El joven que se había sentado frente a él, lo miró y por primera vez, contestó:

—Por el momento, no te lo puedo decir —dijo en un latín más que aceptable—, en breve lo sabrás.

—¡Hablas mi idioma! —dijo Kaeso con una sonrisa—, algo de conversación no me vendría mal, ya que llevo solo unos cuantos días —El joven se giró y otra vez calló—. Como quieras —dijo el legionario y se volvió a recostar. La imagen del druida descendiendo de la montaña con su andar imponente, le volvió a la cabeza, se le había presentado hacía unas noches, aquel día donde los cuervos los escoltaban desde el cielo y nunca se alejaban de él. A pesar de que lo había amenazado con la espada, el anciano no había demostrado el menor temor, se había acercado a unos pasos y en un pésimo latín, le había propuesto un trato. Al recordarlo Kaeso sonrió, el viejo había insistido que los dioses lo habían elegido, algo que el legionario no había podido más que responder con una carcajada. ¿Elegido él, que era un enemigo irreconciliable? ¿Elegido el que lo

hubiese atravesado con la espada, ante la menor duda? El anciano había insistido que su destino era cuidar de un alma pura y que, si lo ayudaba en su tarea, él haría que su largo viaje no fuera en vano. Kaeso no se pudo negar, sabía que todo el valle estaba plagado de guerreros, si lo había encontrado un anciano, sin su ayuda, no duraría ni un día. No tenía nada que perder. El druida, para asegurarse que Kaeso cumpliera con su parte, le había ofrecido a su actual compañero como guía, para el legionario el joven era su salvoconducto, de él dependía su vida. El joven había dado indicios de que conocía la zona y además era un formidable cazador. «¿Proteger un alma pura?», se preguntó Kaeso. ¿Él sólo? Si estaría más segura rodeada de los guerreros que lo vigilaban a la distancia. Kaeso sonrió, a pesar que se esmeraban en no ser vistos, ya los habían descubiertos hacía unos días—. ¿Cuándo traerán a nuestra escolta? —preguntó el legionario impaciente, a lo que el guía contestó escuetamente:

—No más de dos noches —Kaeso cerró los ojos y se durmió durante un rato.

Breogán recostado boca arriba intentaba respirar con un poco de normalidad, por primera vez lo habían atado a la cama y a cada hora se presentaba alguien a verificar que estuviese bien. Le dolía mucho el pecho, se lo había revisado y estaba totalmente morado, más oscuro que una mora silvestre.

—¿Cómo estará Alana? —pensó. Los guardias le habían informado que esa misma mañana, se casaría con el asesino de su padre y a pesar de que lo estaba matando por dentro, había decidido aceptarlo, si él se rendía a su suerte, a Alana no la tratarían mal, podía tener una vida relativamente normal, al final, lo importante era su seguridad. Se arrastró hacia un rincón de la estancia donde la humedad se filtraba y caía como ríos por la pared, formaba un pequeño charco sobre la piedra, apoyó la mano y sintió como el frescor le invadía, humedeció la mano y se refrescó el rostro. En cada pequeña situación encontraba un pequeño placer. Se frotó los ojos y comenzó a recordar su última visita. Noches atrás habían hecho un cambio de guardia, el nuevo vigilante era un antiguo soldado de su padre, un soldado que le seguía siendo leal y apreciaba a su familia.

—Roloss —dijo sonriente y en voz alta al recordar su nombre. El soldado había sido bueno con él, mientras sus camaradas bebían y se divertían afuera, lo había ayudado a sanar la herida del brazo, le había traído comida decente y como favor especial, había enviado un mensaje a su hermana, algo que él nunca olvidaría. Realizó dos o tres bocanadas intentando que el aire entrara en sus pulmones, exhaló lentamente y rodando sobre sí mismo se acercó al muro junto a la cama, le gustaba el frescor del suelo. Quitó una piedra suelta y cogió el metal que allí guardaba, era su escondite, el único lugar donde le quedaba algo de dignidad. Breogán se arregló el cabello, lo tenía largo y descuidado, su rostro sucio y su ropa andrajosa le daban una apariencia lastimosa. Estiró la mano sujetando el pequeño metal de no más de unos centímetros, un pequeño estilete sin mango que le había traído Roloss por si la situación se complicaba. Lo miró a contraluz, la luz se reflejaba en su superficie irradiando un destello sobre la pared. Pasó el dedo por el borde, estaba realmente afilado, algo en lo que Breogán había insistido al solicitarlo.

Había llegado el día, cerró los ojos con tristeza y recordó uno a uno a los miembros de su familia. Su padre fue el primero, un gran guerrero al que admiraba y siempre había querido imitar, un ser fuerte y justo al que todos respetaban, una muerte honrosa a pesar de todo. Luego su madre a la que apenas recordaba, una mujer cariñosa y dulce que siempre tenía presente en sus oraciones, una mujer que por lo que contaban, de una belleza asombrosa. Para finalizar recordó a su hermana, el amor de su vida, el ser especial por la que había decidido, lo que iba a hacer.

Hizo una mueca cuando las palabras del guardia le vinieron a la mente:

—Dudo mucho que puedas hacer mucho daño con ese cuchillo —se burló el soldado, lo que

no sabía era que el daño no era para los demás. Estiró el brazo y se pasó el filo por la muñeca. «Un corte rápido y profundo y todo se acabará», pensó. No tenía miedo, él no era un cobarde, si lo hacía, era por el bien de su hermana, la demostración más grande de amor que podía hacer, si moría la dejarían en paz. El rozar del metal en su brazo hizo temblar su cuerpo, los pelos se desprendieron con facilidad, Breogán sonrió, era el momento, en unos minutos, todo habría terminado. Eligió el lugar exacto donde cortar, por detrás de la muñeca siguiendo la dirección de las venas, un poco de presión y todo acabaría.

El pinchazo apenas lo percibió, sintió el metal penetrar en su piel, cada vez más profundo, cuando ese acercó a la vena más gruesa se detuvo, no quería que esa arteria fuese la última imagen que viese, cerró los ojos y pensó en Alana, esa imagen le gustó más. Un hilo húmedo y rojizo se deslizó por el filo hasta manchar la mano con la que sujetaba el arma. No le dolía.

—¡Adiós hermana, me voy con mamá! —dijo, cerró los ojos y se dispuso a terminar el trabajo. No había logrado hacerlo cuando un estruendo se escuchó junto a la puerta, ruido de metal, un gran golpe y un reguero de sangre que se filtraba por debajo de la puerta, tras unos segundos de silencio y la puerta se abrió de un portazo. Breogán no entendía lo que sucedía, el estruendo hizo que desistiera de su acción, suerte para él ya que poco después apareció Roloss arrastrando un guardia muerto de los pelos. Lo lanzó contra el suelo y con voz firme dijo—: ¡Yo le debo respeto a tu padre y a tu familia, ahora vámonos de aquí! —Volvió sobre sus pasos intuyendo lo que quería hacer Breogán, lo miró con una sonrisa y dijo—: la próxima vez que intentes quitarte la vida, el corte debe ser en la ingle entre las piernas, allí nadie te podrá salvar —Cortó la sogá que lo sujetaba y se encaminó hacia la puerta esquivando media docenas de soldados muertos.

Beilen miraba desde la distancia con un nudo en el estómago, sentía pena por Alana, una pena tan grande que apenas le permitía respirar, algo que no terminaba de entender cuando ella siempre había sido obligada a hacer todo lo que debía, aunque no le apeteciera. Quizás porque Alana sabía lo que era la libertad y más importante aún, había conocido el amor, algo que ella seguramente nunca conocería. El cielo estaba cambiante, el sol, que antes apremiaba ya no lo hacía con tanto vigor, el cielo celeste que antes dominaba hasta el horizonte, ahora se había transformado en un grisáceo oscuro. La esclava se adelantó unos pasos y se acercó a pocos metros de los novios, algo que le permitían los soldados por cercanía con la princesa, desde allí podía oír mejor.

Crixi hizo un gesto al anciano para que se diera prisa, se dejara de tanto sermón y uniera las manos con la cinta, finalizando la ceremonia de una vez por todas. El anciano entendió la poca paciencia del general y se apresuró a dar los últimos dictámenes. Se apoyó del hombro de su ayudante para descansar un poco la pierna, un instante que le supo a gloria, pero menos de lo que hubiese gustado, se secó el sudor con el puño, sentía su pelo mojado gotear por su espalda, el calor no daba un respiro. Estiró ambas manos y sujetó la de los contrayentes, alzó la vista para mirar a la novia una vez más, Alana lloraba, lloraba de tristeza y desolación. La guerrera, que en otro momento le hubiese cortado la yugular a Crixi, se había rendido también. Había dejado de luchar por amor a su hermano, se lo debía. El anciano estiró la cinta, haciendo la forma de un ave, la enroscó entre sus puños y se dispuso a terminar ceremonia, uniendo con el lazo sus manos.

—Como enviado de los dioses ante vosotros, me dispongo a sellar la alianza de estas almas, como un único cuerpo...—No había terminado de decir sus últimas palabras cuando una voz firme irrumpió en la ceremonia.

—¡Esta unión es ilegal ante nuestros dioses! No podéis proseguir con esta farsa! Todos los presentes se giraron ante el cambio de las circunstancias, el viejo druida Antar, se había presentado, intentado poner fin a la boda desde lo alto de una pequeña loma. Crixi alzó la mirada con los ojos inyectados en sangre, ¿cómo se atrevía aquel viejo decrepito osar interrumpir la

ceremonia? Ese mal nacido tenía los días contados. Alana alzó la vista y al escuchar las palabras alejó su mano de la de general, aliviando un poco su amargura.

—¿Qué sucede aquí?, preguntó el viejo que auspiciaba el enlace. Antar se acercó unos pasos para que le permitieran hablar, no estaba sólo le acompañaban dos de sus discípulos más antiguos —Habla Antar, gran sacerdote de Brigoles —dijo el viejo—Crixo no podía creer lo que estaba sucediendo, aquel maldito anciano había realizado su condena a muerte, con un gesto rápido mandó llamar a sus hombres para que se desplegaran rápido frente de él.

—¡Gran sacerdote! —comenzó diciendo Antar—, he aquí mi presencia para impedir la unión de estas almas que contradicen las leyes de nuestros dioses y nuestras tradiciones más antiguas.

—¿En qué te basas para solicitar la anulación? —siguió interrogando el anciano. Ambos sacerdotes eran viejos conocidos y a pesar que en el pasado habían tenido sus diferencias, se debían respeto. Antar realizó una breve pausa para continuar—. Alana, hija de Aviorix verdadero soberano de Brigoles, estas incumpliendo tu promesa ante nuestros maestros, has solicitado el favor de nuestros protectores y se te ha concedido, a cambio debes cumplir tu promesa de entregar tu cuerpo y vida a sus servicios.

Todo el mundo callaba, lo que decía el viejo era real, Alana había entregado su vida a los dioses en busca de su favor y según el pacto de sangre, jamás podría unir su alma con la de nadie, ni yacer con hombre alguno.

—¿Qué prueba tenemos de esto? —siguió interrogando el anciano, a lo que Antar, respondió con la seriedad que le caracterizaba.

—Mi palabra como Gran Druida es prueba más que suficiente, y si esto no le basta... —Dio unos pasos hasta situarse junto a la joven, sacó un pequeño cuchillo de la cintura, y cortando la soga que lo sujetaba al cuello, el vestido se deslizó por el cuerpo de la joven, quedando al desnudo frente a los presentes. Antar alzó el báculo y señaló el símbolo negro tatuado en su cintura, junto a la ingle. Símbolo inequívoco de la promesa de Alana a los dioses. La situación cada vez se volvía más tensa, a pesar del miedo de los presentes nadie se animó a marcharse, el general no se daría por vencido tan fácilmente. Crixo respaldado por sus hombres, desenfundó la espada y se encaminó hacia el viejo para que finalizara lo que había comenzado.

—¡Alto! —amenazó el viejo apoyándose sobre su aprendiz—. Nadie puede amenazar con su espada a los representantes de nuestros dioses. Lo que afirma Antar gran señor de los espíritus es cierto, el símbolo se confirma y por ende, Alana no puede desposarse con mortal alguno. Su alma pertenece a los cielos.

Crixo estaba furibundo, se acercó al anciano y con la frialdad que le caracterizaba apoyó la espada en su garganta, acercó su rostro al del viejo y dijo:

—Como no termines lo que has empezado te cortaré el cuello a ti y a tu joven mascota. No estoy bromeando anciano, te despellejaré sin pensarlo —El anciano no se asustó, no era la primera que lo amenazaban con matarlo.

—No es posible —dijo el anciano, nuestras tradiciones lo prohíben, una joven que promete su vida, no puede dar marcha atrás, ¡ya está decidido! Este enlace nunca se llevará a cabo en mi presencia.

—¡El que toma las decisiones aquí soy yo! —gritó Crixo fuera de sí, alzó la espada y con un movimiento rápido, cortó el cuello del anciano que cayó desplomado a los pies de su ayudante, el esfuerzo por respirar del viejo fue en vano, en pocos segundos, el corazón se paró y su cuerpo inerte emprendía el camino hacia la otra vida.

Todos los presentes comenzaron a correr a pesar del esfuerzo de los soldados para impedirlo, nadie quería estar presente para ver el baño de sangre que estaba a punto de suceder. El general



no se podía permitir dejar testigos de lo que había sucedido esa mañana, eliminar un druida había sido un gran error.

Alana aún desnuda recogió el vestido y se alejó hasta situarse detrás Antar, que había soltado el cuchillo y se encaminaba hacia Crixo amenazándolo con el báculo, no tenía miedo, ya había vivido más de lo que correspondía.

Algo estaba sucediendo esa mañana, el cielo se había cubierto y el sol desapareció bajo una infinidad de nubes negras, tan negras como el mismísimo inframundo. El viento que antes acariciaba las ramas cada vez las batía con más virulencia y las nubes oscuras cargadas de agua, dejaban caer sus primeras gotas.

Los presentes que podían huir se refugiaban en el bosque, no sin antes, mirar el cielo que había caído en la noche más oscura.

—¿Cómo osas quitar la vida de mensajero de los dioses ante mis ojos! — Gritó Antar apuntando con su báculo, ¡en estas tierras se dictan las leyes del cielo, que están por encima de las de cualquier hombre! Antar alzaba las manos al cielo solicitando castigo divino, el viento volaba sus cabellos blancos y escondían sus ojos oscuros tras la melena arremolinada. Sólo el báculo parecía brillar más de lo habitual.

Cada vez más y más viento, las primeras gotas que azotaban los árboles se habían convertido en una tormenta eléctrica de verano. Crixo había cometido un gran error, nadie era tan osado para tocar un druida y no sufrir las consecuencias.

—¡Y tú! —gritó el general señalando al anciano —, tú serás el próximo, te destriparé tan lento, que rogarás no haberte presentado hoy aquí.

Antar ya no hablaba, permanecía con las manos abiertas apuntando al cielo en el trance más absoluto, su rostro impasible y sus ojos blancos lo atestiguaban.

—¡No quiero a nadie con vida —gritó Crixo a sus hombres! No se podía permitir testigos de lo que estaba a punto de suceder.

Un rayo como pocos se habían visto, golpeó uno de los árboles, la intensidad de luz fue tan grande que varios de los soldados tardaron un buen rato en recuperar la vista, momento que aprovecharon los que no habían podido huir para correr a refugiarse en el bosque.

Los soldados comenzaban a dudar, cada vez estaban menos convencidos de las ordenes que recibían. Había algo en el ambiente que daba miedo. Crixo decidió tomar cartas en el asunto, ya era hora de finalizar lo que había comenzado el viejo, alzó la espada y se dirigió a eliminarlo de una vez por todas. A pesar de la insistencia de Beilen, Alana no se marchó, permanecía junto al anciano, al ver como el general se abalanzaba sobre el druida, rodo sobre sí misma y se interpuso entre ambos, apuntando con el cuchillo que el anciano había dejado caer. Crixo continuaba su avance impertérrito, si no acababa con el viejo ni sus hombres ya le respetarían y Alana no iba a ser un escollo—. ¡Quítate del medio —ordenó el general a la joven—, a ti te necesito con vida! —Alana no se inmutó, alzó la mano y apuntó con el cuchillo al general. Alana ya no temía, el miedo que había pasado poco antes, no lo volvería a sentir. Dos estruendos se sintieron a poca distancia, una cabaña cercana comenzó a arder generando más caos aún, si fuera posible, el fuego que se iniciaba daba un poco de luz al día que se había transformado en noche. Crixo ya estaba sobre Alana, apuró los últimos pasos y con un golpe con el borde de su espada hizo caer el arma de la joven, Alana se retorció de dolor, cuando intentó recuperar el puñal, Crixo le propinó un puñetazo que dejó a la joven tumbada en el suelo. Antar permanecía en trance, ajeno a todo lo que sucedía, un remolino de viento lo envolvía alzando el polvo su alrededor. Crixo por primera vez dudó, la imagen del anciano no le pasaba indiferente a nadie, aún así, decidió continuar, había demasiado en juego—. ¡Este es tu final! —sentenció el general, corrió los últimos metros alzó la

espada y se dispuso a decapitar al viejo que permanecía inmóvil. No tuvo tiempo de reacción, esta vez Alana fue más rápida, desde el suelo su cuchillo surcó el aire, cortándole la pantorrilla, Crixo no pudo más que gritar, intentó continuar, pero la herida lo hizo trastabillar. Alana comenzó a retroceder arrastrándose con los pies, esta vez el general no iba a ser tan piadoso con ella.

Las nubes continuaban con su descarga cada vez más intensa, Crixo se puso de pie a duras penas, la herida era muy profunda le costaba mucho caminar, se tomó un instante para quitarse el peto que le pesaba, ante la torrencial lluvia. Alana continuaba su retroceso desesperado. Beilen que en un principio había huido, volvió sobre sus pasos y sujetó a la joven para ayudarla a incorporarse, Crixo no le dio tiempo, lanzó su estocada e hirió a la joven esclava en el abdomen cayendo desplomada sobre su amiga, imposibilitando la retirada. Alana miró alrededor, junto a ella decenas de cuerpos desparramados por doquier, los soldados del general habían hecho bien su trabajo. Otros tantos civiles, permanecían de rodillas esperando su ejecución.

Otros dos relámpagos azotaron los árboles cercanos, casi de inmediato un pinar centenario cayó desplomado sobre la choza que ardía, la cantidad de destellos y chispas provocados por el impacto iluminaron el cielo volviéndolo de día.

—¡Es tu turno maldita zorra! —gritó el general mientras se acercaba. Alana desde el suelo sujetó a su amiga que se retorció de dolor y empujándola como pudo la alejó de la amenaza que representaba Crixo.

No dio tiempo a alzar la espada, casi de inmediato el zumbido de las flechas que surcaban el cielo la hizo retroceder. Los dardos caían como agujas ensartando a cada uno de los hombres de Crixo. El general se lanzó sobre Alana y sujetándola del cuello la obligó a levantarse, si lo querían muerto a él, primero moriría ella. Poco a poco la lluvia fue disminuyendo su intensidad, las chispas que surcaban el cielo se fueron extinguiendo ante la presión del agua, las ramas ya no se movían con tanta violencia. Antar, al igual que el agua comenzó a despertar. Alana permanecía de pie sujeta del cuello, Crixo detrás de ella amenazaba con degollarla, el general alzó la vista, sobre la colina cientos de arqueros apuntaban sus flechas hacia él, miró alrededor en busca de sus hombres, la gran mayoría estaban muertos o heridos y los que habían logrado esquivar el envite, habían huido al bosque.

—¡Te había avisado que un día vendría por lo que le pertenece a mi familia! —gritó Orgetorix mientras descendía espada en mano flanqueado por sus hombres. Descendía con la arrogancia que le caracterizaba, sus hombres se fueron desplegando a su alrededor eliminando los heridos que pedían clemencia—. Un soldado que asesina a su pueblo no merece clemencia —dijo el rey de los Helvecios—, y una hiena como tú que se esconde detrás de una mujer herida, aún menos.

—Mi caballería está apostada a las afuera de la ciudad, en breve mis hombres los alertarán y vendrán a darte tu merecido, ¡maldito cobarde! —gritó Crixo desesperado. Orgetorix no pudo más que lanzar una gran carcajada, ¿tu caballería? —respondió el rey Helvecio—. Querrás decir mi caballería —lo corrigió el rey, se acercó a unos pasos de Crixo y con un simple gesto, todos los jinetes de Brigoles fueron apareciendo y comenzaron a desplegarse en las colinas colindantes—. Están bajo mis órdenes, ¿recuerdas? Tú mismo me la entregaste —continuó diciendo el rey mientras lanzaba la carcajada más hiriente que Crixo había oído.

—¡Maldita escoria! ¡Me has traicionado! —gritaba el general—. Acabaré con tu sobrina, aunque sea lo último que haga, esta maldita zorra no vivirá para ver un mañana —Crixo comenzó a presionar el cuchillo al cuello de Alana mientras retrocedía buscando algo de protección, sabía que era el momento de huir, quizás aún tenía alguna posibilidad de revertir la situación.

—¡Si la liberas te perdonaré la vida! —dijo Orgetorix. Crixo sonrió, no se fiaba de la palabra del rey, podía ser cualquier cosa, menos un idiota. Crixo no tuvo tiempo de responder,

cuando desde el suelo como un chacal herido, Beilen se arrojó sobre el general, mordiendo sin piedad la pierna herida, el ataque fue tan brutal y doloroso que Crixo trastabilló sobre la esclava, permitiendo que Alana se distanciara un poco, lo suficiente para que al instante decenas de flechas lo atravesaran sin piedad. Crixo dejó de respirar a la brevedad, aquella mañana gris el general comenzaba su ruta a la otra vida.

***Algunos años después. Ciudad asediada de Alesia, otoño  
52 a.C.***

**(continuación del capítulo XXXV)**

## *Capítulo XLI*

### La recompensa

Quinto Fabio caminaba rumbo a su tienda a paso rápido, al pasar junto a los soldados estos se ponían firmes y saludaban con el máximo respeto, la admiración entre sus soldados había traspasado los límites de su legión, todos sabían quién era y las historias que se contaban la mayoría ni siquiera eran verdad, muchos lo identificaban con la reencarnación de Marte, algo de lo que él no podía más que reírse.

—Dudo que Marte tengas tantas heridas como yo —solía responder ante los comentarios fantasiosos de sus camaradas, todos querían servir bajo su mando. El Centurión intentaba pasar lo más desapercibido posible, desde que habían logrado evitar la carga desde la ciudad hace algunos días, no había tenido noticias de ningún alto mando, algo que a Quinto Fabio le pareció raro ya que, por un lado había salvado a las legiones de la aniquilación y por otro lado había tenido que tomar sus propias decisiones desobedeciendo órdenes directas del mismo Julio Cesar. Fuera como fuera estaba convencido de que esto no acabaría así.

El Centurión se detuvo a vislumbrar la infinidad de tiendas que abarrotaban el doble anillo, llevaban meses allí y los soldados estaban desgastados, esta guerra había causado miles de bajas en ambos lados y por lo que se comentaba entre los oficiales, no estaba muy distante de terminar. Los guerreros galos habían tenido que volver a encerrarse entre los muros y por lo que comentaban los soldados de avanzadilla, el hambre estaba haciendo estragos entre sus filas, cada noche arrojaban desde las murallas decenas de cuerpos, muertos de inanición. Julio Cesar había sabido tener paciencia y el hambre terminó siendo su mejor aliado. Ya no tenían más comida y en estas circunstancias la decisión final era fácil, o se lanzaban en un ataque suicida honrando a sus compañeros muertos o se rendían, cualquiera de los dos finales no auguraba nada bueno para su pueblo.

Gaius se acercó a su encuentro y lo saludó de manera más fría de lo habitual, le tocó el hombro y dijo:

—Señor tienes visita en la tienda —Quinto Fabio no pudo más que alzar la cabeza y distinguir varios soldados de la guardia personal del general que estaban desplegados fuera de su tienda. Al Centurión se le hizo un nudo en la garganta. «La suerte está echada», pensó el oficial que juntó valor y se encaminó hacia su barraca. Los guardias que lo esperaban afuera al verlo venir se hicieron a un lado y lo saludaron con respeto, algo que no era habitual en la guardia personal de general. Quinto Fabio corrió la cortina y se adentró sin esperar permiso, en realidad no lo necesitaba ya que se encontraba en su tienda.

—Por fin nos honras con tu presencia —dijo el general con una sonrisa al verlo entrar. El Centurión no supo qué contestar, pero se puso firme y saludó con el máximo de los respetos.

—¡Señor! —dijo Quinto Fabio. Julio Cesar permanecía recostado en uno de los camastros de sus compañeros algo inusual en alguien de tan alto rango, la escena le pareció graciosa—. ¿Sabes por qué me encuentro aquí Centurión? —preguntó el general, Quinto Fabio negó con la cabeza—. ¿Cómo te debo llamar soldado? —continuó—. ¿Primus Pilus? ¿Centurión? ¿Quinto Fabio? —el soldado lo miró para responder:

—¡Centurión, está bien! —Julio Cesar largo una gran carcajada, a lo que se sumaron dos oficiales que le acompañaban.

—Siempre tan humilde —respondió el general. Quinto Fabio se estaba empezando a incomodar, esas visitas sorpresas no le agradaban demasiado y menos aún cuando no estaba

seguro que sucedía—. Estoy aquí —dijo—, porque quería saber cómo vive un soldado de tu estirpe, hubiese sido más fácil mandarte a llamar, pero tus camaradas comentan que aquí te sientes más cómodo y eso dice mucho de ti —Quinto Fabio se limitaba a oír—. Tengo que reconocer que cuando te encomendé la misión no estaba muy seguro que fueras capaz de cumplirla, pero por lo visto me había equivocado, tu fama te precedía, pero por lo visto no hace suficiente honor a tus dotes de soldado. ¿Cómo es que lo llaman? —preguntó el cónsul a uno de sus oficiales, quien respondió sin dilatación:

—¡Rencarnación de Marte!

—¡Rencarnación de Marte! —repitió Julio César—. Tengo al mismísimo dios de la guerra entre mis filas y no lo sabía —Todos los presentes comenzaron a reír —¿Y sabes qué? —continuó diciendo— Te hacen honor soldado, ojalá mis oficiales sean igual de valientes y decididos que tú —Las risas que resonaban en la tienda, cesaron de repente, esta vez el palo había sido para sus hombres más fieles—. Te debo mucho soldado, tú solo has logrado frenar la carga de miles de hombres, has salvado a tus compañeros y has mantenido nuestra seguridad intacta. ¡Es una hazaña digna del mismísimo Marte! La guerra pronto va acabar y parte de la victoria te la debo a ti —Quinto Fabio no sabía que decir, nunca había sido bueno con las palabras y quizás este no era el momento de decir nada—. Estoy muy agradecido Quinto Fabio, ¿cómo te lo puedo compensar? ¿Pide lo que quieras? ¿Mujeres? ¿Hombres? ¿Oro? ¿Tierras? ¿Qué quieres soldado? —Quinto Fabio permaneció un instante en silencio sin saber cómo decirlo. El Cónsul que siempre había sido hábil en leer la mente de los hombres, insistió en la pregunta. Quinto Fabio dio un paso hacia delante, juntó valor y dijo:

—¿Puedo hablar con franqueza señor? —Julio Cesar sonrió—. Eso es lo mínimo que le pido a los hombres que respeto—. Quinto Fabio sin dilatar más la situación respondió—: Quiero dos cosas, si me lo permite —el general se incorporó para sentarse en el camastro y prestar más atención a lo que le pedía, no conocía bien al centurión, pero por lo poco que sabía de él, estaba seguro que sería algo diferente.

—¿Y bien soldado?

—Quiero volver con mi familia.

—¿Quieres volver con tu familia? —respondió el César.

—Sí, señor —continuó diciendo Quinto Fabio—, tengo una mujer que me espera y una hija de tres años que aún no conozco, si me permite señor, ¡sí quiero volver con mi familia!

—Eso es una cosa, ¿qué es lo siguiente? —Esta vez la pausa fue más larga.

—Quisiera que perdone a uno de mis hombres que abandonó el campamento, por una orden mía. No es un traidor ni un desertor, es un gran soldado que cuida de mi familia en mi ausencia. Si hay castigo yo soy el responsable, él sólo obedecía órdenes —Por primera vez en toda la conversación Julio Cesar se puso serio, se incorporó lentamente y se acercó al centurión—. O sea que te ofrezco riquezas, esclavos o mujeres y tú sólo quieres volver con tu familia, ¿es correcto?,

—Sí, señor —dijo Quinto Fabio.

—Además me pides que perdone un soldado que abandonó el campamento y que te castigue a ti por su falta, ¿es correcto?

—Sí, señor —Volvió a responder el centurión.

—Sólo una última pregunta, ¿por qué tendría que dejar marchar a uno de mis mejores soldados? Al único hombre que respetan todas las legiones aún por encima de mí, al centurión que cualquier soldado seguiría sin dudarle y entregaría su vida si se lo pidiese —Quinto Fabio no respondió—. El precio que me pides es muy alto soldado —hizo una pausa larga y concluyó—: En breve tendrás noticias mías —Le estrechó el antebrazo con firmeza y se marchó por donde

había venido.

*Algún lugar de la Galia: Algunos meses después*



## *Capítulo XLII*

### Volver a casa

Los primeros rayos asomaban solemnes aquella mañana, cegaban la vista y acariciaban la piel brindando una sensación placentera; el tiempo cambiante auguraba que la primavera estaba cada vez más cerca y despedía el invierno que se había extendido más de lo normal. Alana se acercó al arroyo y relleno un cubo con agua del río; el frescor del líquido la hizo estremecer. Lo apoyó a su lado y se lavó el rostro lentamente, le gustaba sentir el frío en su piel, se acomodó el vestido y se encaminó hacia la modesta casa detrás de la colina. Los prados verdes brillaban ante la inmensidad del sol, la naturaleza salvaje daba vida a todo el valle. La joven miró las montañas, su blanquecino color desaparecía cuanto más se adentraba la primavera. Cogió un cubo con cada mano y puso rumbo a la cabaña. El sol apenas le permitía ver achinándole los ojos, se detuvo.

Alzó la mano y se cubrió el rostro, no tuvo dificultad en distinguir a la pequeña Berenice que venía a su encuentro de la mano de Beilen. Alana sonrió, se sentía afortunada, la pequeña guerrera con nombre de diosa griega descendía dando saltos a su encuentro; alzó la mano y la incitó a venir. Beilen se esmeraba en seguirle el ritmo, entre reproche y reproche. También la amaba, aunque para Alana la protegía demasiado. Berenice saltó sobre su madre apenas estuvo cerca, Alana dio dos pasos hacia atrás y se esforzó en mantener el equilibrio, soltó los cubos y la abrazó con el amor incondicional de una madre. La pequeña le devolvió el cariño estrujándole el cuello. Un viento cálido envolvió a la niña arremolinándole los largos cabellos negros, Berenice estornudó dos veces se frotó la nariz y la continuó abrazando. Una lágrima surcó su rostro desde sus grandes ojos azules hasta los labios, recorriendo su piel blanca y pecosa como la de su madre.

—¡Feliz cumpleaños guerrera! —dijo Alana. Berenice, sonrió, amaba que la llamaran así—. ¡Tres añitos ya! —le celebró. La pequeña le sujetó el rostro y la besó en la boca.

Beilen llegó poco después agitada, se acercó y la regañó por su falta de cuidado, algo a lo que la niña respondió sacándole la lengua. Las tres sonrieron. Beilen se sumó al abrazo igual de intenso que el anterior. Cuanto debía Alana, a aquella hermosa mujer que hace años le había salvado la vida; su única amiga, su compañera. La besó en la mejilla y dijo:

—¡Tres años ya, desde que nos tuvimos que marchar! —Beilen asintió sin pena, ella no añoraba su antigua vida, aquí era libre, no estaba sola y había conocido el amor de un apasionado y alocado Kaeso.

Alana en cambio, se sentía vacía, el amor infinito de Berenice, no complementaba su deseo de mujer. Extrañaba tanto a Quinto Fabio que sentía su corazón detenerse. Beilen sintió su pena y la sujetó con fuerza de la mano.

Tras la muerte de Crixo no todo había ido a mejor, tras firmar una dura tregua con Roma, Orgetorix se había hecho con el control de Brigoles regentando junto a Breogán hasta su mayoría de edad. A diferencia de las demás tribus, para su pueblo la situación no fue tan grave. A pesar de las duras tasas impuestas por Roma y el pago de una suma considerable en oro y esclavos, había tenido cierta paz y solo parte del ejército y de manera voluntaria, había partido en su lucha contra su agresor. Para Alana había sido duro, el exilio había sido el castigo impuesto por Antar por sus faltas. Al recordarlo sintió como el estómago se le revolvía. Engendrar un hijo de un extranjero era grave, aún más si se tenía en cuenta que era un enemigo que había provocado tanto daño en su pueblo. A pesar de todo, el druida había sido benévolo, había permitido que se quedara hasta que la criatura naciera y permitió que la asistieran con los medios necesarios para garantizar su bienestar. El niño era sobrino del rey y Alana todavía era princesa. Alana suspiró, el pueblo

estaba resentido, no habían visto con buenos ojos que la princesa tuviera un hijo de un soldado que había luchado contra sus esposos e hijos. Antar había tenido que mediar, el exilio impuesto debía ser en solitario, pero con la ayuda de Kaeso que no era de su tribu y de Beilen que era una esclava, no había sido tan difícil.

—Volvamos —dijo Alana acariciando el cabello revuelto de la pequeña.

Un grupo de pájaros alzaban vuelo detrás de una colina distante, huían en desbandada anunciando una visita que nadie esperaba. Alana frunció el ceño preocupada, alzó a la pequeña en brazos y junto a Beilen se encaminaron hacia la seguridad de la casa.

El sol de cara y el andar lento del caballo hacía que el soldado se adormilase, Quinto Fabio se acercó a Kaeso y le golpeó la espalda, el jinete se despertó de golpe disimulando con una sonrisa.

—¿Cuánto falta? —preguntó el centurión una vez más. Kaeso que estaba todavía atontado, respondió dubitativo:

—No demasiado, quizás un par de colinas.

Quinto Fabio sonrió dejando entrever unos dientes blancos y bien cuidados, sujetó a su compañero del hombro y dijo:

—En breve podrás yacer con tu esclava y descansar a voluntad, viendo el cansancio de su compañero. A Kaeso el comentario no le divirtió demasiado, lo miró y contestó secamente:

—¡Ya no es una esclava, ni me pertenece; libremente eligió estar conmigo!

Quinto Fabio lanzó una gran carcajada, señaló a su compañero y comentó:

—¡Algún defecto debe tener, si eligió estar contigo! —Ambos se miraron y tras unos segundos comenzaron a reír a carcajadas. Kaeso miró a su superior, le hizo un gesto despectivo y comentó:

—La verdad que ni yo sé que vio en mí, quizás porque soy el único hombre a menos de una jornada a caballo —Quinto Fabio no podía parar de reírse, el buen humor de su compañero hacía que el largo viaje fuese ameno.

—¿Cómo me has dicho que se llama? —preguntó el Centurión, Kaeso lo volvió a mirar intuyendo una nueva burla, pero no le importó, se sentía afortunado de poder volver abrazar a la mujer más bella que jamás había conocido.

—¡Beilen! —respondió sin mirarlo.

Los siguientes minutos cabalgaron en silencio, Quinto Fabio solo pensaba en poder abrazar a Alana y a su pequeña hija. Por primera vez el centurión todo poderoso, sintió verdadero pánico. Temía que la ilusión que arrastraba todos estos años, no fuese recompensada y que el amor que un día los inundó hubiese desaparecido por el paso de los años. Suspiró profundo, en el fondo sentía que algo tan especial no podía acabar de esa manera. Buscó a Kaeso que continuaba cabalgando absorto, quería pensar en otra cosa, que fueran los dioses los que definieran su futuro.

—¡Cuéntame más sobre Berenice! —insistió Quinto Fabio, Kaeso lo miró hastiado, le había contado tantas historias de la pequeña, que estaba seguro que sentía que la conocía desde siempre y que nunca había estado lejos de ella.

El inmenso prado quedaba marcado bajo el peso de su caballo, grabando las huellas de un guerrero que vuelve a casa después de años de soledad. Los pájaros alzaban vuelo a su paso, girando en círculos como maldiciendo tan inoportuna presencia.

Kaeso detuvo el caballo permitiendo que su compañero se acercara, alzó la mano y señaló una casa detrás de una colina entre dos frondosos cipreses. Quinto Fabio sintió el corazón detenerse, ya no había vuelta atrás. Juntó valor y azuzó a Tormento. No había terminado de descender la loma cuando un zumbido le hizo detenerse bruscamente. Un sonido de muerte que tantas veces había oído en batalla y que tanto dolor causaba, como algo innato, agachó la cabeza permitiendo que la flecha pasara a unos pocos centímetros de su cabeza. Quinto Fabio se incorporó torpemente sin

quitar su mano de la empuñadura.

La imagen que encontró no podía ser más bonita, la guerrera de cabellos como el fuego lo apuntaba con su arco arrodillada junto a la casa, protegía su familia como una leona amenazada. Quinto Fabio se detuvo en seco, alzó la mano en señal de rendición y agitó los brazos para que lo reconociera. Alana a la distancia poco a poco fue bajando el arco, se puso de pie, permaneció unos segundos mirándolo dubitativa. De repente, como una iluminación divina, soltó el arco y comenzó a correr hacia su encuentro, saltando de alegría.

Sintió el corazón explotar de amor, Quinto Fabio se había equivocado, la princesa de Brigoles lo había extrañado tanto como él. Saltó del caballo, soltó la espada y comenzó a correr al encuentro del amor de su vida.

## ***PERSONAJES***

### ***ROMANOS:***

***Cayo Julio César:*** militar y político de la última etapa de la República, uno de los personajes más famosos de la Historia. Nacido en Roma en julio del año 100 a.C. Murió en la misma ciudad en el 44 a.C, asesinado a manos de varios hombres en el Senado, en los Idus de Marzo.

***Marco Antonio:*** Político y militar romano, importante colaborador de Julio Cesar en las guerras de la Galia.

***Marcus:*** Esclavo de Julio César

***Rómulo: Primus Pilus*** de la X legión gemina, enemigo de Quinto Fabio

***Titus:*** Optio de Rómulo y fiel ayudante, enemigo de Quinto Fabio

***Acacius:*** Esclavo griego, matemático ayudante de Rómulo, amigo de Breogán.

***Quinto Fabio:*** Centurión de la X legión gemina, protagonista de la historia, degradado por Craso.

***Ovidus:*** Optio al mando de la cohorte de Quinto Fabio y amigo personal del Centurión.

***Tito Acio Labieno:*** Fue uno de los lugartenientes de Julio César durante la guerra de las Galias, mencionado frecuentemente en los relatos de sus campañas, Legado y segundo al mando de Julio César.

***Publio Licino Craso:*** Político y militar romano, tribuno de la caballería en la guerra de las Galias, enemigo de Quinto Fabio.

***Tormento:*** caballo de quinto Fabio

***Gaius:*** Legionario romano amigo de Ovidus y Quinto Fabio

***Kaeso:*** Legionario romano amigo de Ovidus y Quinto Fabio

***Galicana:*** tabernera de la cantina "El jabalí rojo", amiga de Alana y Quinto Fabio.

***Tunella :*** Sirvienta de Galicana en "La taberna el jabalí rojo"

***Claudius :*** Guardia fiel a Quinto Fabio juzgado por traición.

***Genitor :*** fue un caballo de Julio Cesar, presentaba una enfermedad llamada atavismo, los augures tomaron esta rareza como un designio de los dioses y profetizaron que quien lo montase dominaría el mundo. César lo adoptó como su caballo preferido y prohibió que nadie más lo usase como cabalgadura. Genitor (que significa "padre" en latín, nombre con el que César quiso honrar a su progenitor) participó en la Guerra de las Galias y le acompañó en el paso del río Rubicón.

***Aulus :*** Legionario romano a las órdenes de Quinto Fabio.

## ***GALOS:***

***Vercingétorix:*** Líder galo de la tribu de los Avernos. Unió a las tribus galas con el objetivo de enfrentarse a Julio César. Vencido en Alesia (52 a. C.), fue apresado y encarcelado durante seis años hasta que fue ejecutado tras celebrarse el triunfo de César. Sus hijos fueron educados como romanos.

***Vercasivelauno:*** primo de Vercingétorix que estuvo a su lado en su rebelión contra roma, acudió a su ayuda en la batalla de Alesia, tras la batalla de Alesia no se sabe que fue de él.

***Aviorix:*** Líder de la tribu de Brigoles, padre de Alana y Breogán

***Alana:*** Hija de Aviorix líder galo, hermana de Breogán, guerrera gala y protagonista de la historia.

***Breogán:*** Hijo pequeño de Aviorix, hermano de Alana, prisionero romano, destinado a suceder a su padre.

***Lug:*** Dios Galo de la guerra.

***Criox:*** Lugarteniente de Aviorix, enemigo de Alana y Breogán que se hace con el poder tras la muerte de Aviorix

***Virix:*** Hijo de Vercasivelauno, prisionero romano

***Elixa:*** Amiga y Tía de Alana

***Olix:*** capitán y fiel soldado de Criox

***Ixo:*** Caballo de Alana

***Antar:*** viejo sacerdote Druida, protector de Alana

***Alabastro:*** Caballo hispano de Aviorix

***Golovix:*** Lugar teniente de Criox, amigo personal de capitán.

***Orgetorix:*** rey de los Helvecios, tío de alana, enemigo de Criox.

***Golovix:*** Lugar teniente de Criox, amigo personal de capitán.

***Beilén:*** esclava personal de Criox, amiga de Alana

## **Glosario:**

**Sella curulis:** Silla sobre el cual los magistrados veteranos que poseían [imperium](#) tenían derecho a sentarse, derecho que incluía al [dictador](#), [magister equitum](#), [Cónsul](#), [pretor](#)

**Lorica:** [Armadura](#) de la [antigua Roma](#), los legionarios vestían corazas construidas de láminas o fajas de metal, que cubrían el pecho y la espalda, rodeando la cintura,

Había diferentes clases:

### **Las mulas de Mario:**

**Eliseo:** Campos Elíseos: paraíso de los griegos y romanos, adonde iban a parar las almas de los que recibían este premio.

**Gladius:** Término latino utilizado para designar una espada, utilizada por las legiones de la Antigua Roma desde el siglo III a. C. hasta el siglo II aproximadamente. Tenía una longitud de aproximadamente medio metro (aunque se podían hacer a medida del usuario) y una hoja recta y ancha de doble filo. De esta palabra deriva «gladiador».

**Centurión:** Oficiales con un mando táctico y administrativo, escogidos por sus cualidades de resistencia, templanza y mando. Comandaban una centuria, formada por 80 hombres.

**Tribunos:** Un tribuno militar es tanto un oficial de una [legión romana](#) como un cargo oficial del estado [romano](#).

**Cohortes:** Una [legión romana](#) constaba de 10 cohortes numeradas del 1 al 10. Una cohorte (en [latín](#): Cohors) estaba compuesta de 3 [manípulos](#); cada manípulo estaba formado por 2 [centurias](#) y cada centuria por ochenta hombres.

**Centuria:** Unidad básica de la infantería del [ejército romano](#), formando la espina dorsal de las [legiones](#) y las unidades [auxiliares romanas](#). Constaba de 80 hombres

**Turma:** Escuadrón de caballería romana, formada por 30 jinetes a las órdenes de un decurio en las unidades auxiliares y por un centurión en las legiones.

**Scutum:** Escudo Romano

**Optio:** Suboficial, segundo al mando del Centurión

**Cornicer:** Soldado romano que daba órdenes a través de un instrumento musical, parecido a un cuerno

**Pilum:** Lanza muy característica Romana

**Caligae:** Sandalia de cuero usada por los legionarios, con tachas metálicas en la suela.

**Decurión:** Oficial que comanda un contingente de treinta caballeros

**Legua:** Unidad de medida romana correspondiente a 2200mts

**Limes:** Término con que los romanos definían la frontera con los pueblos no romanizados

**Primus Pilus:** Era el Centurión de la primera centuria de la primera cohorte, era el rango máximo que un legionario podía alcanzar

**Castor y Pollux:** Expresión romana, referente a los dioses Castor y Pollux

**Dagda:** Diosa madre de la mitología celta.

**Gergovia:** Capital y ciudad principal del pueblo de los Avernos

**Triunfo:** (*triumphus*) era una ceremonia civil y un rito religioso, que se llevaba a cabo para celebrar y consagrar públicamente el éxito de un comandante militar que había conducido a las [fuerzas romanas](#) a una victoria, o que había culminado con éxito una campaña militar en el extranjero.

**Praetorium:** Era la tienda o edificio del comandante de una fortificación romana en un castrum o castellum.

**Cornu:** O cornum (del latín cornū, cornum, más tarde recuperado como "tuba curva") era un tipo de instrumento de cobre similar a la buccina usado por el ejército romano

**Flagrum:** El instrumento utilizado para la flagelación, mango de madera, al que estaban fijos tres correas de cuero de unos 50 centímetros, en cuyas puntas tenían dos bolas de plomo alargadas.

**Cálamo:** Es una caña hueca, cortada oblicuamente en su extremo, que se utilizaba para escribir en la antigüedad.

**Puerta Decumana:** Una de las cuatro puertas que componían un campamento romano.

**Brigoles:** Capital del pueblo al que pertenece Alana

**Pungió:** El instrumento utilizado para la flagelación, mango de madera, al que estaban fijos tres correas de cuero de unos 50 centímetros, en cuyas puntas tenían dos bolas de plomo alargadas.

***Legión X Gemina:*** Fue una legión romana reclutada hacia el año 70 a. C. en la Galia Cisalpina y enviada a la Galia Narbonense como guarnición de defensa de esta provincia. Como casi todas las legiones de Julio César, su símbolo fue el toro. Inicialmente esta legión llevó el sobrenombre de Equestris debido a que Julio César la utilizó una vez como caballería.

## Índice:

1. Capítulo I “El Asedio” ( <b>Batalla Alesia I</b> ) .....	pág. 8
2. Capítulo II “La chica Gala” (Historia principal) .....	pág.19
3. Capítulo III “Campaña de verano” (Historia principal).....	pág. 27
4. Capítulo IV “Un pacto con los dioses” (Historia principal) .....	pag. 32
5. Capítulo V “La huida de Alana” (Historia principal) .....	pág. 37
6. Capítulo VI “Una gran caída” (Historia principal) .....	pag.42
7. Capítulo VII “La asamblea Gala” (Historia principal) .....	pág. 50
8. Capítulo VIII “El encuentro” (Historia principal) .....	pág. 53
9. Capítulo IX “La emboscada” (Historia principal) .....	pág. 61
10. Capítulo X “La traición” (Historia principal) .....	pág. 65
11. Capítulo XI “Un rehén de importancia” (Historia principal) .....	pág. 69
12. Capítulo XII “Tras el rastro de Alana” (Historia principal) .....	pág. 74
13. Capítulo XIII “La muerte de un rey” (Historia principal) .....	pag.78
14. Capítulo XIV “El regreso de los legionarios” (Historia principal).....	pág. 85
15. Capítulo XV “El poder de un legionario” (Historia principal) .....	pág. 90
16. Capítulo XVI “El Asalto” (historia principal) .....	pág. 96
17. Capítulo XVII “Intento de asesinato” (Historia principal) .....	pag.106
18. Capítulo XVIII “La toma de control” (Historia principal) .....	pág. 113
19. Capítulo XIX “Un poco más cerca de casa” (Historia principal) .....	pág. 118
20. Capítulo XX “De vuelta a casa” (Historia principal) .....	pag.124
21. Capítulo XXI “La huida del campamento” (Historia principal) .....	pág. 130
22. Capítulo XXII “Reunión de los guerreros” (Historia principal) .....	pág. 136
23. Capítulo XXIII “Una despedida dolorosa” (Historia principal) .....	pág. 143
24. Capítulo XXIV “Una nueva misión” ( <b>Batalla de Alesia II</b> ).....	pág. 150
25. Capítulo XXV “Una huida pestilente” (Historia principal) .....	pág. 157
26. Capítulo XXVI “Un Adiós doloroso” (Historia principal) .....	pag.165
27. Capítulo XXVII “La Venganza del centurión” (Historia principal) ....	pág. 172
28. Capítulo XXVIII “Un castigo ejemplar” (Historia principal) .....	pág. 180
29. Capítulo XXIX “Adiós a un hermano” ( <b>Batalla de Alesia III</b> ) .....	pág. 188
30. Capítulo XXX “La purga de Crixo” (Historia principal) .....	pág. 199
31. Capítulo XXXI “El perdón de un Cesar” (Historia principal) .....	pág. 208
32. Capítulo XXXII “La Maquinaria romana” (Historia principal) .....	pág. 216
33. Capítulo XXXIII “Una mala decisión” (Historia principal) .....	pág. 223
34. Capítulo XXXIV “El Cesar al rescate” ( <b>Batalla de Alesia IV</b> ) .....	pág. 230
35. Capítulo XXXV “Una Azaña para la historia” ( <b>Batalla de Alesia V</b> ) ...	pág. 239
36. Capítulo XXXVI “El final de un enemigo” (Historia principal) .....	pág. 251
37. Capítulo XXXVII “Morir no es tan malo” (Historia principal) .....	pág. 261



38. Capitulo XXXVIII “Un pueblo en juego” (Historia principal) .....	pág. 270
39. Capitulo XXXIX “No todo está perdido” (Historia principal) .....	pág. 279
40. Capitulo XL “El fin de un sueño” (Historia principal) .....	pág. 290
41. Capitulo XLI “La recompensa” (Batalla de Alesia VI).....	pag.305
42. Capitulo XLII “Volver a casa” (Historia principal) .....	pág. 309

El nacimiento de un Imperio

Ira Edición, Octubre 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código Penal).

(c) Esteban Suárez Miceli

© Diseño de portada

(c) 2019 Editorial Fleming S. L.